
La Decisión
de ELIZABETH
LAS WHARTON 6
JANA WESTWOOD

Cuando Elizabeth y Meredith llegan a las Tierras Altas de Escocia, escoltadas por el hijo mayor de los McEntrie, no son muy bien recibidas. Elizabeth no es legalmente una Wharton y Bhattair y su familia se encargarán de dejarlo claro del modo menos sutil posible.

Que Dougal McEntrie no tiene pelos en la lengua, todo el que lo conoce lo sabe, pero esa resabida puritana que lo saca de quicio parece no tenerlo claro.

Jana Westwood

La decisión de Elizabeth

Las Wharton - 6

Dedicado a las que habéis seguido esta historia hasta el final.
Para cada una de vosotras, mi agradecimiento y mi cariño.

Dedicada a las que habéis seguido esta historia hasta el final.
Para cada una de vosotras, mi agradecimiento y mi cariño.

Carte Postale



La Decisión de ELIZABETH



JANA WESTWOOD

LAS WHARTON VI

Prólogo

1781, Lanerburgh. Tierras Altas de Escocia.

Craig McEntrie sostenía a su primer hijo en alto, como si quisiera evaluar cada detalle de su anatomía para asegurarse de que no le faltaba nada.

—Buen trabajo —afirmó sonriendo al mirar a su esposa.

Constance, agotada y dolorida no estaba para bromas, pero extendió los brazos para recuperar a su bebé y acunarlo contra su pecho.

—Es un McEntrie, no hay duda — dijo su padre sentándose en la cama junto a ellos.

—Eso me temo —dijo ella con voz cansada y apoyó la cabeza en su hombro.

Constance McEntrie no era una mujer al uso. Domaba caballos, cortaba leña con maestría y tenía un carácter de mil demonios, pero Craig la amaba profunda y apasionadamente. A su manera, claro. Cuando estaba embarazada de su segundo hijo se enteró de que no era la única en tener una simiente suya creciendo en su vientre y eso colmó un vaso que ya estaba completamente lleno.

—¿Has dejado preñada a la hija de los Done? ¡Maldito seas!

—Fue un desliz, Constance. Te juro que no significó nada para mí.

—Eres el mayor desgraciado de la historia, Craig McEntrie, y no voy a perdonarte mientras viva.

Por más que su esposo le juró y perjuró que era la única mujer a la que amaba, ella no cedió ni un ápice y durante todo el tiempo que duró el embarazo no dejó que la tocase. Cuando él amenazaba con buscar calor en otro lecho ella le animaba a hacerlo y él gruñía impotente consciente de que no podía volver a traicionarla o la perdería para siempre.

Cuando nació Caillen las aguas volvieron a su cauce y la paz llegó con ellas. Craig había sido fuerte y no había vuelto a engañarla y Constance lo perdonó. La felicidad se instauró de nuevo en el hogar de los McEntrie y los niños recibieron el cariño y la atención de su madre, siempre que no tuviese que domar un nuevo ejemplar o estuviese haciendo cualquiera de las muchas actividades relacionadas con los equinos. Porque los McEntrie criaban caballos.

⁎ ⁎ ⁎

Al cumplir tres años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Dougal: su madre se cayó del caballo con resultado fatal y su padre volvió a casarse.

—Hijo… —Craig trataba de mostrar entereza frente a su hijo mayor, mientras sostenía en sus brazos al pequeño Caillen —. Tu madre me hizo prometerle algo en su lecho de muerte. Algo que debo cumplir.

El niño lo miraba con sus enormes y curiosos ojos verdes. Hacía seis meses que habían enterrado a su madre y seguía sin cerrarse el enorme vacío que se había abierto en su pequeño corazón.

—Tendréis una nueva mamá —siguió Craig con la voz ronca al tiempo que se agachaba para estar a su altura. Miró a Caillen y luego a él de nuevo —. Voy a necesitar tu ayuda, hijo.

El niño asintió lentamente.

—Claro, papá.

⁎ ⁎ ⁎

Alana Done entró en el castillo de los McEntrie con un bebé en los brazos y expresión aterrada. Kenneth era el nombre del niño y era cuatro meses menor que Caillen. Solo hacía un mes que su madre lo había parido cuando Constance pasó a mejor vida y Craig decidió desposarla tras medio año de luto. El dolor por la pérdida de su primera esposa no menguaba, y saber que tenía un hijo bastardo no lo dejaba vivir en paz. Así que optó por hacer lo que su querida Constance le había pedido antes de cerrar los ojos para siempre y se casó con la madre del niño, a pesar de que no la amaba.

Alana era la mujer más hermosa que Craig hubiese visto nunca, pero su belleza era fría y carente de expresividad. Además, era débil, asustadiza y no le gustaban los caballos, todo lo contrario que su predecesora. Su esposo la soportaba como podía, pero no disimulaba su falta de afecto, lo que la hizo languidecer en poco tiempo. Un nuevo embarazo la debilitó hasta tal extremo que tras el nacimiento de su segundo hijo, se apagó como una vela consumida. Lachlan nunca fue arropado por los brazos de su madre y tuvo que conformarse con las carantoñas de Dougal y las pocas atenciones de su padre.

Tras la muerte de Alana, Craig volvió a casarse. Se había enamorado de Daphne Lindsay, una joven catorce años menor que él que le robó el corazón y le hizo perder la cabeza. Por suerte para él, su padre estuvo de acuerdo en que su hija se casara con un McEntrie y en 1786 entró a formar parte de la familia como su nueva esposa y madre de sus hijos. La joven y divertida muchacha se ganó el corazón de aquellos niños, ávidos de cariño y necesitados de la sensibilidad y el cálido afecto de una madre, por lo que los siguientes cuatro años fueron los más felices que se recordaban en el hogar de los McEntrie. De esa unión nacieron Brodie y Ewan.

En el invierno de 1790, lo que empezó siendo un enfriamiento se fue agravando hasta convertirse en una afección pulmonar irreversible y Daphne murió a la edad de veintiún años, dejando a Craig nuevamente viudo y esta vez completamente devastado. Sobre la tumba de su joven esposa juró que jamás volvería a casarse.

Después de la muerte de Daphne, Dougal se convirtió en algo más que el hermano mayor. Craig delegó por completo la tarea paterna sobre su hijo mayor y, aunque eso hizo que los hermanos estuviesen más unidos, cargó sus hombros con un peso excesivo difícil de soportar en algunos momentos. Por ejemplo con la enemistad entre Caillen y Kenneth que se iba agravando con los años. Su relación solo era medianamente buena cuando Dougal estaba cerca.

—¿Qué ha sido esta vez? —Dougal los miraba a ambos con expresión severa.

A sus quince años les sacaba ya una cabeza y su pelo rojo le caía sobre los ojos haciéndolo parecer aún más peligroso. Los otros dos tenían la cabeza baja y sangre seca en diferentes partes de su rostro, muestra de la trifulca que habían tenido.

—Ha tocado mis cosas —masculló Caillen —. Sabe que no puede tocar mis cosas.

—Necesitaba un broche para mi *filleadh màr* — dijo el otro con tono irónico.

—¿Lo ves? —Caillen lo señaló furioso —. Se está burlando. Nunca se pone el *filleadh màr*.

—No sé por qué dice eso —siguió Kenneth.

Dougal entornó los ojos ligeramente, sabía que Kenneth odiaba esa prenda escocesa, siempre se quejaba cuando su padre le obligaba a ponérsela, cosa que hacía muy pocas veces. En el vestir, como en muchas otras cosas, Kenneth era más inglés que escocés.

—Ya no tenéis edad para esto — sentenció Dougal con voz profunda —. A los trece años algunos ya han luchado en…

—Yo aún no tengo trece —lo cortó Kenneth y casi en el mismo instante en que lo hizo se arrepintió.

Dougal avanzó despacio hasta él y lo cogió de la oreja tirando de ella hacia arriba para acercarla a su boca.

—Conmigo no, Kenneth. Conmigo, nunca. ¿Me has oído bien?

Su hermano asintió como pudo y el otro lo soltó para volver al sitio en el que estaba.

—Sois hijos de Craig McEntrie. Los dos. Sois hermanos, ¿me oís? Eso es lo único que importa aquí.

Vio a Kenneth apretar los labios con fuerza.

—¿Quieres decir algo, Kenneth?

El otro levantó la mirada y clavó sus ojos en él.

—Caillen me considera un bastardo.

—Eso no es cierto —dijo Dougal con firmeza, pero vio como los labios de Caillen se curvaban ligeramente —. Nuestro padre se casó con tu madre, así que eres tan legítimo como los demás.

—Cuando él nació nuestra madre aún vivía — murmuró Caillen.

Kenneth lo miró rabioso y apretó los puños, pero fue Dougal el que se acercó amenazador.

—Mírame —ordenó.

Caillen levantó la mirada con expresión soberbia.

—Di lo que tengas que decir — ordenó el mayor —. Dilo de una vez para que podamos acabar con este tema.

—Padre se folló a su madre cuando mamá aún vivía — respondió con odio —. Los MacDonald dicen que no fue…

—Me importa una mierda lo que digan esos desgraciados — lo cortó —. ¿Ahora hacemos caso de lo que digan los MacDonald? Nuestra madre se cayó con su yegua, fue un accidente y las dos murieron por ello.

—Era una gran jinete.

—¿Y los grandes jinetes no tienen accidentes? Nuestro padre la amaba. La amaba muchísimo. Tú no lo recuerdas, pero yo sí. Lloró durante días…

—Pero enseguida se casó con esa… esa…

—¿Esa qué? ¡Dilo si te atreves! — Kenneth lo había agarrado de la camisa con violencia y levantaba el puño amenazador.

Dougal le sujetó la muñeca y le retorció el brazo tirando de él hacia atrás. Lo soltó sin miramientos y el otro trastabilló entre gemidos de dolor.

—Siempre estás de su parte — masculló Kenneth frotándose el hombro.

—¿En serio, Kenneth? ¿De verdad has dicho lo que he oído? — Dougal lo miraba con una expresión dolida que hizo que su hermano apartase la mirada —. Para mí siempre has sido mi hermano, exactamente igual que Caillen, Lachlan, Brodie y Ewan. Sois imbéciles por pelearos el uno con el otro y nuestras madres llorarían de amargura si os escucharan. ¿Daphne no os enseñó nada? Ella nos trataba a todos como sus hijos. ¿No era acaso nuestra madre? ¿Qué importa lo que diga nadie?

—A mí me importa —dijo Caillen.

—Y a mí —añadió Kenneth.

Dougal puso los ojos en blanco y dejó caer las manos derrotado.

—Está bien, haced lo que queráis, tengo demasiadas preocupaciones como para ocuparme de dos niños estúpidos como vosotros. — Los señaló con un dedo amenazador —. Solo os digo una cosa. A partir de hoy, cada vez que os peguéis yo os zurraré después. A los dos. Sin importarme quién tenga la razón. Me entrenaré con vosotros y os daré una paliza que haga que no os merezca la pena hacer el idiota.

Los otros dos se miraron algo asustados.

—Y ahora, poneos a trabajar — ordenó —. Limpiad los establos hasta que estén impolutos.

—Los limpiamos a…

—¡He dicho que los limpiéis! — gritó rotundo.

Se marcharon de allí tratando de disimular las molestias que sentían en distintas partes del cuerpo y Dougal maldijo entre dientes solo para él.

El mayor de los McEntrie cumplió su amenaza y tras la segunda paliza los dos mozalbetes aprendieron la lección y dejaron de usar los puños para dirimir sus razones. Desde ese momento la calma se asentó en el castillo con algunas interrupciones más o menos fáciles de controlar.

* * *

Al cumplir dieciocho años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Dougal: su padre y él dejaron de entenderse, y se embarcó rumbo a América.

—Brodie habría sido un buen *laird* — afirmó Caillen mientras cepillaba a Perthshire —. El mejor de nosotros.

Los hermanos estaban en los establos atendiendo a los caballos antes de ir a cenar. Desde que murió Daphne, Craig McEntrie cenaba con sus hijos todas las noches como un deber solemne y era una cita a la que ninguno podía faltar.

—¿Brodie? —El pequeño Ewan se colocó en una pose típica de su hermano —. ¿Qué no ha habido buena cosecha este año? ¿Y qué culpa tengo yo? ¡Veinte latigazos!

—Imbécil —dijo su hermano colocando el cubo de agua en la cuadra de *Dornoch*, el mejor semental que tenían en ese momento.

—El otro día hiciste llorar a la hija de los Gilbert — siguió el pequeño —. ¿Por qué eres tan estirado, hermanito?

—No soy estirado.

Todos emitieron algún sonido jocoso.

—¿Qué? —Los retó con soberbia, cerrando la puerta de la cuadra.

—Eres muy estirado —afirmó Kenneth.

—Y que eso lo diga Kenneth… — se burló Lachlan.

—Yo soy elegante. —Rebatió Kenneth —. Él es estirado.

—¿Elegante? —Brodie levantó una ceja —. ¿Acaso sabes lo que eso significa?

—¿Acaso quieres que te dé una paliza?

Los dos hermanos se retaron con la mirada, pero al darse cuenta de que su hermano mayor no les reprendía lo buscaron con el ceño fruncido. De pie junto al cercado, Dougal observaba las montañas lejanas con expresión circunspecta. No es que fuese algo raro en él tener aquella mirada y la pose severa, pero había algo más, una tensión contenida.

—¿Qué le pasa a Dougal? —preguntó Brodie sin el menor tacto.

Los otros también lo miraban, pero nadie dijo nada.

* * *

—¿Cómo puedes hacerles esto, padre? Conoces a esos hombres desde… ¡siempre!

Craig miraba a su hijo con aquella expresión tan suya entre enfadada y burlona.

—Las cosas han cambiado.

—¿Esa es tu respuesta a mi pregunta?

—¿Qué quieres que te diga, hijo? Las granjas no son rentables, perdemos más dinero del que ganamos rentándolas a esos campesinos. Necesito el dinero para los caballos, con el accidente de Kintyre he perdido mucho…

—¿Todo se reduce al dinero? — lo cortó impaciente —. Los McEntrie hemos cuidado…

—No me vengas con monsergas históricas, hijo. Los McEntrie hemos hecho lo que teníamos que hacer siempre que ha sido necesario.

Dougal apretó los labios y respiró profundamente por la nariz.

—Si no puedes vencerlos únete a ellos… ¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Vas a ser como el viejo Dearg y te vas a convertir en un malnacido?

Su padre se acercó a él en dos zancadas y lo agarró por la tela de su camisa mirándolo amenazador.

—Todavía puedo darte una paliza.

—Por supuesto que puedes y no te lo impediré. Aunque podría, ¿verdad?

Craig lo soltó de mala manera y Dougal se tambaleó ligeramente.

—No voy a dejarlos tirados, los ayudaré a encontrar otro trabajo — dijo al tiempo que se servía una generosa cantidad de *whisky* en un vaso.

—Finlay es mi amigo, padre, mi mejor amigo.

—Le he ofrecido a su padre la posibilidad de trabajar aquí, con los caballos, pero no ha aceptado. Dice que él es granjero y ya está mayor para aprender otro oficio.

—Es demasiado orgulloso —musitó Dougal —. Piensa que es por lástima.

Craig apretó los labios y gruñó para sí.

—Le ayudaré a establecerse en América. Es lo único que puedo hacer.

No pudo disimular el dolor que le causaba recordar la discusión que había tenido con Drew Gordon. El padre de Finlay lo tenía decidido, se iría de Escocia y se llevaría a su familia con él. Aquella ya no era su tierra y él ya no era «su gente».

—Les he conseguido trabajo y un lugar donde vivir en Carolina del Norte — siguió Craig con tono inseguro.

—Iré con ellos.

Su padre lo miró por encima del vaso del que bebía y no dijo nada hasta que se hubo terminado la bebida y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué? —La frialdad que emanaba de su voz no era nada comparada con la de sus ojos —. Tú no vas a abandonarme.

—Los acompañaré hasta allí y me aseguraré de que todo es como dices.

—He pagado una buena suma de dinero para que los alojen y les den trabajo.

—Quiero verlo con mis propios ojos.

—Tu lugar está aquí, ayudándome.

—Los estás echando de unas tierras en las que llevan trabajando toda su vida, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que estarán bien.

Craig apretó los dientes visiblemente enfadado.

—Drew Gordon es amigo mío.

—Y aun así le quitas su casa y la tierra que ya trabajaron sus padres y sus abuelos para nuestra familia.

—¡No da dinero! ¿Es que quieres que nos arruinemos? Los MacDonald los han echado sin más, yo estoy intentando que todos tengan un medio de subsistencia. ¿Es que eso no vale nada?

—Te ayudará a dormir por las noches — dijo Dougal en tono bajo.

Craig se mantuvo en silencio durante unos minutos y finalmente dejó escapar el aire con un largo suspiro.

—Está bien, ve con ellos si es lo que quieres. Pero vuelve, hijo, porque te necesito. Tus hermanos y tú sois mi responsabilidad, tengo que velar por vuestro futuro y las cosas ya no pueden seguir como hasta ahora. Todos están haciendo lo mismo, la tierra no da buen fruto y la mayoría están transformando sus granjas de labranza en ovinas. Nosotros criamos caballos, es así desde hace siglos y es en lo que deberemos centrarnos a partir de ahora.

Dougal quería enfadarse con él, pero no podía. Sabía que su padre pasaba por dificultades económicas y que había muchas personas que dependían de que a los McEntrie les fuese bien. Aun así, no iba a dar su brazo a torcer. El dolor que sentía por toda aquella gente que formaba parte del tejido emocional de aquellas tierras, merecía al menos su enfado. Sin decir nada más se dio la vuelta para salir de allí, pero su padre lo detuvo antes de que llegara a la puerta.

—Algún día aprenderás a tolerar que tu padre no es perfecto.

Dougal resopló como uno de sus caballos y salió cerrando de un portazo.

⁎ ⁎ ⁎

Al llegar a Carolina del Norte, los Gordon y las otras familias a las que Dougal acompañaba, descubrieron que las cosas no eran como les habían contado. Tras muchas dificultades la mayoría consiguió establecerse allí, pero Finlay y su familia optaron por trasladarse a Canadá. Dougal permaneció con ellos hasta que lograron cierta estabilidad y no volvió a Escocia hasta dos años después de su partida.

Jacob Burford había comprado varios caballos a los McEntrie, entre ellos uno que le había hecho ganar mucho dinero en las carreras. En cuanto el escocés supo que operaba allí como miembro de la Compañía de Indias, se puso en contacto con él y le pidió ayuda para sus amigos. Así fue como les consiguió trabajo y pudo regresar a casa.

⁎ ⁎ ⁎

Al cumplir veintidós años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Dougal: Drew Gordon murió de manera violenta y él se casó con Nuna.

—¿Por qué estás tan seguro de que lo mataron ellos? — Dougal miraba a su amigo con preocupación.

Hacía solo unas horas que había llegado a casa de los Gordon y estaba cansado del largo viaje desde Escocia, pero no iba a dormir hasta que tuviese toda la información de lo sucedido.

—Mi padre estaba convencido de que iban a quitarlo de en medio — explicó Finlay —. ¡El capitán Connelly lo amenazó de muerte! ¿Qué más pruebas necesitas, Dougal?

—Ese imbécil y sus bravuconadas. Conozco a Connelly, se le va la fuerza por la boca. Y Burford no permitiría…

—¿Burford? Ese maldito cabrón… ¿Sabes las cosas que nos hacen hacer? Trata a los indios *creek* como a basura y somos nosotros los que tenemos que negociar unos precios ridículos e injustos.

—¿No pueden haber sido ellos?

Finlay enarcó una ceja.

—¿En serio, Dougal? ¿Te vas a creer esa patraña? El jefe Weya me aseguró que no habían tenido nada que ver y yo le creo.

—¿Estás seguro? —Dougal mantenía su seria expresión, aunque por dentro se sentía como una rata por pensarlo siquiera —. Mañana hablaré con él.

—Es mejor que no intervengas.

—Yo os metí en esto y no me quedaré al margen.

—No te escribí para que vinieras, quería que hablases con Burford, tiene que ayudarnos a solucionar esto…

—Y lo haré cuando tenga toda la información.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te fías de mí?

—Sabes que sí.

Finlay movió la cabeza y se apartó el pelo con una tensa mano.

—Es un desgraciado, Burford es un hijo de la gran puta. Matará de hambre a los *creek* y a nosotros nos rebanarán el cuello en plena noche si no hacemos lo que nos dice.

—Déjame hablar con el jefe Weya y pensaremos algo.

⁎ ⁎ ⁎

Dougal se quedó seis meses con los *creek*. Una vez seguro de que no habían tenido nada que ver con la muerte de Gordon tuvo claro que no podía marcharse de allí sin estar seguro de que su familia no corría peligro. Los Gordon le ofrecieron vivir en su casa, pero él pensó que les haría mayor servicio si permanecía en el campamento *creek* y vigilaba los movimientos del capitán Connelly.

Nuna era una *métis*, hija de un francés y una *creek* y sentía una predilección declarada por el escocés de pelo rojo que conoció cuando tenía quince años. Nunca le había hecho caso porque para él era solo una niña, pero esta vez fue distinto. La infantil y espigada muchacha se había transformado en una joven hermosa y su cuerpo se mostraba ahora bajo la ropa con sinuosas curvas que aceleraron su corazón nada más verla. Esta vez cuando ella quiso dormir con él en su tienda, Dougal no puso objeción y cuando regresó a casa seis meses después no lo hizo solo.

—¿Una salvaje? —Craig miraba a su hijo y a la joven que lo acompañaba con expresión anonadada —. ¿Te has traído a una salvaje?

—Es mi esposa, padre, no la llames así. Su nombre es Nuna.

—¿Tu esposa? ¿Te has vuelto loco?

—Aprenderá nuestras costumbres.

Pero Nuna no aprendió y día tras día sucedía algo que ponía a Dougal en una situación complicada. No soportaba la ropa que pretendían imponerle, se quejaba del aprisionamiento de sus pechos, de que no podía respirar, de que el cuerpo le picaba… Con la comida pasaba algo parecido, todo le parecía repugnante y odiaba utilizar los cubiertos. Se montaba sobre el caballo a horcajadas, se alejaba del castillo en plena noche y se desnudaba a la luz de la luna mientras entonaba extraños cánticos. No hacía daño a nadie. Aunque sus hermanos dijeran a veces que estaba loca, todos sabían que Nuna solo buscaba mantener viva su memoria y la respetaban por eso.

Hasta la noche que se topó con Bhattair.

* * *

Al cumplir veinticuatro años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Dougal: estuvo a punto de matar a un MacDonald y él y Nuna regresaron a Canadá.

Nunca supo por qué se despertó aquella noche, quizá escuchó sus gritos, aunque era poco probable, pues Nuna se había ido demasiado lejos. Lo cierto es que se despertó para comprobar que ella no estaba y con irritación y sueño se obligó a vestirse para salir a buscarla. Podía aguantar las burlas de sus hermanos, pero no quería que aquellas salidas nocturnas acabasen en desgracia. Estaba claro que el empeño de su esposa por visitar los acantilados en plena noche, no era nada saludable para ella.

—¿Otra vez de excursión? —le preguntó Kenneth que llegaba en ese momento.

—¿Y tú otra vez de juerga? Mañana no vas a poder aguantarte en el caballo.

—No te preocupes por mí, hermanito, ya sabes que no bebo el día antes de una carrera. — Caminó a su lado fuera del castillo.

—¿Adónde vais? —preguntó Caillen desde la ventana de su dormitorio.

—Nuna se ha escapado —dijo Kenneth elevando la voz.

—¿Otra vez? —Brodie sacó el cuerpo por la ventana.

—¿A los acantilados? —preguntó Caillen que ya se ponía las botas.

—Eso creo. —Volvió a responder Kenneth.

Pero no estaba en los acantilados, al menos no donde la habían encontrado otras veces. Después de un rato dando vueltas decidieron ir hacia el bosque y entonces sí escucharon un grito, aunque no era la voz de Nuna, sino la de un hombre.

—¡Maldita zorra!

Dougal no pensó en coger un arma y gracias a eso Bhattair salió vivo de allí aquella noche. Cuando el escocés vio a su esposa sobre la hierba, desnuda e inconsciente, mientras el hijo de Dearg MacDonald trataba de beneficiársela sin el menor escrúpulo, Dougal lo vio todo negro. Se llevó la mano al cinto para descubrir que estaba desarmado y sin pensarlo se lanzó contra él con tal furia que hicieron falta sus cinco hermanos para separarlos.

—Estás muerto, hijo de perra. ¡Te sacaré las tripas y te colgaré con ellas!

Bhattair se arrastró como pudo, no podía ver bien y estaba seguro de que le había destrozado la mandíbula.

—¡Lárgate de nuestras tierras antes de que te matemos! — escupió Lachlan acercándose amenazador.

El otro trastabilló al tratar de ponerse de pie.

—Se ofreció ella —sollozó—. Os lo juro, yo estaba tan tranquilo y se desnudó delante de mí mientras cantaba.

—¿Por eso la has dejado inconsciente, pedazo de cabrón? — Brodie cogió a su hermano del brazo para impedir que siguiera donde Dougal lo había dejado.

—¡Me ha mordido! —gritó el otro enseñándoles el brazo —. Mirad, de repente me ha atacado como un perro rabioso.

—¡Soltadme que me lo cargo! — Dougal luchaba por soltarse de sus otros hermanos que tiraban de él como de un caballo desbocado. Caillen le rodeó el cuello con el brazo y lo inmovilizó.

—He dicho que te largues —masculló Lachlan.

—¡Estas son tierras de los MacDonald!

—¡Me cago en tu puta madre…!

Bhattair echó a correr justo cuando Lachlan se libraba del agarre de Brodie y se perdió en la negrura de la noche.

—¡Suéltame! —ordenó Dougal.

—Cuando te calmes —dijo Caillen.

Ewan cogió en brazos a Nuna para llevarla de vuelta al castillo y se alejó de allí sin esperar a que el conflicto se resolviese. Lo importante era que estuviese en un lugar seguro cuando despertase y ver si estaba bien.

—No voy a dejar que se salga con la suya — dijo Dougal temblando de rabia.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Caillen en su oído —. ¿Lo matamos? ¿Y luego qué? ¿Matamos a los demás cuando quieran vengarlo? ¿A sus hijos? ¿Al viejo?

Dougal respiraba con dificultad y el corazón golpeaba tan fuerte que retumbaba en sus oídos.

—Ha intentado violarla —dijo entre dientes —. Todos lo habéis visto.

—Es un MacDonald —dijo Caillen sin apartar el brazo —. ¿De parte de quién crees que se pondrá el juez? ¿Te lo digo yo que soy el que sabe de leyes o no hace falta?

—¿Quién ha hablado de jueces? — Dougal mordió cada palabra —. Voy a matarlo.

—Te colgarán —afirmó Caillen—. Y luego Dearg utilizará eso contra padre y conseguirá lo que siempre ha querido, quedarse con las tierras en conflicto.

—¿Crees que voy a quedarme quieto después de lo que ha hecho?

—No. Tenéis que iros. —Caillen lo soltó y se puso frente a él sin variar su seria expresión a pesar del dolor que veía en los ojos de su hermano —. Nuna no puede vivir aquí, es una *creek* y acabará por traernos la desgracia.

—¡Caillen! —exclamó Lachlan incrédulo.

—Es la verdad —insistió él sin apartar la mirada de Dougal —. Y tú lo sabes.

La mirada de su hermano se tornó fría y la decepción la vistió con un manto oscuro y peligroso.

—Es mi mujer.

—¿En qué iglesia te casaste, hermano? ¿Cuál fue el pastor que ofició la ceremonia? ¿Dónde guardas el acta matrimonial? ¡Despierta! Nunca será feliz aquí. Acabará saltando desde ese acantilado que tanto le gusta. ¿De verdad no te das cuenta? ¿O solo finges no verlo para no tener que renunciar a nada? Si la querías, deberías haber pensado en ella, en lugar de traerla aquí y obligarla a ser alguien que no quiere ser. La obligas a ponerse vestidos elegantes y a llevar zapatos que odia. ¿Esto que ha pasado te parece malo? ¡No es nada comparado con lo que esta vida hará con ella!

Sin decir nada más se alejó de él y se dirigió de vuelta al castillo.

—Dougal, sé que te duele, pero… — Inició Lachlan al tiempo que ponía una mano en su hombro.

—¡Largaos! —masculló librándose bruscamente.

Ninguno de los tres se movió.

—¡He dicho que os larguéis! — gritó furioso y amenazador —. ¡Dejadme solo!

Se marcharon de Escocia dos días después con la intención de no regresar jamás, pero el destino tenía sus propios planes.

* * *

Al cumplir veinticinco años sucedieron dos cosas importantes en la vida de Dougal: Nuna murió calcinada y él se convirtió en la mano derecha de *Bluejacket*.

Capítulo 1



1 de agosto de 1812. Lanerburgh, Escocia.

El coche se detuvo, tal y como Dougal les había anunciado unas millas atrás, y Elizabeth y Meredith bajaron del vehículo para despedirse. El escocés desmontó de su caballo y sonrió afable. Tras diez días de viaje habían establecido una relación cordial y Meredith no disimuló su pesar por tener que separarse.

—Esas son tierras de los MacDonald. Las de los McEntrie empiezan ahí, en ese cerro — dijo Dougal señalando en direcciones contrarias.

—Creía que los castillos de ambas familias estaban muy próximos — dijo Elizabeth.

—Ciertamente, desde el castillo de Lanerburgh se ve el nuestro, pero nuestras tierras están encaradas al mar y las de los MacDonald hacia el interior, por lo que aquí nuestros caminos se separan.

—¿Por qué el castillo de los MacDonald lleva el nombre de la población y el vuestro no? — preguntó Meredith.

—Solo uno podía llevar ese nombre. — Se encogió de hombros.

—Algún día tendrás que explicarnos a qué viene vuestra enemistad con esa familia — dijo Meredith sonriendo —. Son unos extraños para mí y quizá es algo que debería saber.

—Si necesitan ayuda, agiten una vela frente al cristal durante la noche. Yo prometo mirar hacia allí antes de meterme a la cama — sonrió burlón.

La baronesa se rio ante su ocurrencia.

—Eres un bromista.

Dougal se frotó la poblada barba con expresión pensativa.

—El barón me encomendó protegerlas, así que de algún modo están bajo mi responsabilidad.

—Supongo que nos veremos alguna vez — dijo Elizabeth sin expresión.

Dougal sonrió.

—Si no se queda enclaustrada, será inevitable, sí, pero yo espero que vengan a visitarnos. Tienen que conocer a mi familia.

—Y los caballos —dijo la baronesa —. Estoy deseando ver esa magnífica granja de la que tanto nos ha hablado durante el camino.

—Espero no haber sido un impertinente.

—¡Oh, no! —exclamó Meredith riendo —. Me ha gustado mucho escuchar las historias de usted con sus hermanos. Tengo muchas ganas de conocerlos a todos.

Elizabeth sonrió ligeramente, gesto que a Dougal no le pasó desapercibido. En los diez días que había durado el viaje se habían detenido en numerosas ocasiones y después de la cena y antes de retirarse a dormir en las posadas en las que habían pernoctado él las había entretenido con toda clase de anécdotas y había escuchado otras que había contado la baronesa. El escocés recordaría aquellos días con complicidad y afecto.

—Gracias, Dougal —dijo Meredith tomando su mano para subir al carruaje —, le aseguro que lo haré llamar si veo el más mínimo peligro.

Él cerró la portezuela tras ella y siguió a Elizabeth que iba a rodear el vehículo para subir por el otro lado. Cuando estuvieron fuera de la vista de la baronesa, el escocés la cogió del brazo y la hizo detenerse. Ella lo miró interrogadora.

—Lo he dicho en serio —dijo bajando la voz —. Lo de que estaré pendiente.

Elizabeth frunció el ceño confusa.

—¿Se refiere a lo de la vela? Estará de broma.

—No, no estoy de broma. No sabe cómo es Bhattair MacDonald, es un hombre despreciable y no debe fiarse de él.

Elizabeth miró su mano que seguía sujetándola y él la soltó con expresión turbada.

—Discúlpeme.

—No se preocupe por nosotras, estaremos bien.

—Pero prometa que me buscará si tienen cualquier problema.

—¿Está tratando de asustarme?

—No, solo quiero que me lo prometa.

—Se lo prometo.

—No era tan difícil —dijo malhumorado.

Elizabeth sonrió y Dougal se llevó la mano a la barba en un gesto mil veces aprendido. La acompañó y le dio la mano para subir al coche.

—Disfruten de su estancia en mi tierra y cuenten conmigo para lo que sea.

—Gracias, Dougal —sonrió la baronesa.

El escocés hizo una señal al cochero para que se pusiera en marcha y Meredith miró a Elizabeth con curiosidad.

—Al final os haréis amigos.

Su cuñada frunció el ceño y suspiró.

—No lo creo.

—¿No? Estaba convencida de que sí, durante el viaje me ha parecido que limabais asperezas.

Elizabeth hizo un gesto de resignación.

—Después de tantos días viajando juntos creo que me he acostumbrado a su…

—¿Sinceridad? —La baronesa terminó la frase con una mirada irónica —. Es cierto que no se anda por las ramas, pero a mí me cae muy bien. Tengo la sensación de que se puede confiar en él. No es fácil encontrar a gente así hoy en día.

—Piensa que soy una estúpida puritana.

—¿Qué? —Meredith abrió los ojos como platos —. ¿Te ha insultado?

—No fue un insulto, solo me dijo lo que opinaba sobre mí. Has dicho que te gustaba su sinceridad.

—Pero una cosa es que sea sincero y otra muy distinta… — Hizo un gesto como si mirando hacia atrás pudiera verlo —. No puedo consentirle que te trate así, hablaré con él y le dejaré muy claro cómo debe tratarte. ¿De qué te ríes?

—De ti. Eres muy graciosa.

—¿Graciosa yo?

—Hace un momento cantabas sus alabanzas y ahora…

Meredith fruncía el ceño visiblemente molesta.

—¿De verdad te llamó estúpida?

—Él dice que no. —La miró con una sonrisa pícara —. Pero es lo que yo escuché.

—Elizabeth…

La otra miró por la ventana unos segundos antes de volver a hablar.

—Hay algo en él que me confunde y me incomoda, pero quizá tengas razón y me caiga mejor que antes.

—Piensa que no te conocía y pudo llevarse una imagen equivocada de ti.

—¿Imagen equivocada? —Ahora fue ella la que frunció el ceño.

—Siempre vas vestida de color gris.

—¿Y qué tiene eso que ver con que sea estúpida?

—Estúpida no, puritana.

—No sabía que el gris significase eso.

—Parece que no te importe tu aspecto.

—Y no me importa.

—¡Elizabeth! Así no encontrarás esposo.

Su cuñada abrió los ojos como platos y finalmente se echó a reír a carcajadas.

—¿Todavía crees que puedo…? — Volvió a reírse sin dar crédito a lo que oía.

—¿Qué quieres decir?

—Meredith, querida. —La abrazó sin dejar de reírse —. ¿De verdad piensas que porque me ponga un vestido de color voy a encontrar un marido?

—A los hombres les gusta…

—Tengo treinta años —la interrumpió —. Y, que yo sepa, no hay nadie esperando para pedir mi mano. Vamos, Meredith, eso no va a pasar. Ya no.

—¿Por qué estás tan segura? Háblame en serio y con sinceridad.

—Meredith, no hagas que…

—¿Qué? Eres hermosa, buena y hacendosa, ¿cómo sabes que no hay un hombre para ti?

—¿Quién? —La interrumpió—. Vamos, di, ¿quién se atrevería a pedir la mano de la hermana bastarda del barón de Harmouth? Te recuerdo que no tengo su apellido, por más que algunos me llamen «señorita Wharton». No soy una Wharton.

—Claro que lo eres.

Elizabeth negó con la cabeza, pero su expresión siguió siendo afable y sin una pizca de amargura.

—Los que están a vuestro nivel me ven como una protegida y los humildes como una aristócrata.

—El pastor Clainbourne estuvo interesado en ti y a él no parecía importarle nada de eso.

—¡Hace diez años de eso, querida hermana! — se rio con ganas —. ¡Qué mal me quieres al recordármelo!

—¿Mal? —Se rio Meredith también —. ¿Por qué dices eso? Bebía los vientos por ti.

—El pobre hombre me doblaba la edad.

Y su interés le quitó el sueño durante muchas noches, no por la emoción de convertirse en su esposa sino más bien por el terror de que su hermano tomase esa posibilidad en consideración. Por suerte, Meredith tuvo claro desde el principio que esa unión era del todo inapropiada y el pastor dejó de visitarla, tras una amistosa charla con ella.

—Mejor sola —murmuró la baronesa sin borrar la risa de sus ojos.

—Desde luego —dijo Elizabeth aliviada.

—Era terrible.

—Nunca tuve claro si el barón se planteó…

—No, querida, de ningún modo. Fue él quien me pidió que interviniese.

La sonrisa de Elizabeth se agrandó enormemente satisfecha.

—Tu hermano te tiene en mucha consideración, Elizabeth, no dejaría que cualquiera se te acercase.

—Pues habrá vivido muy tranquilo todos estos años — dijo burlándose de sí misma.

—No seas tonta.

Elizabeth soltó una carcajada al ver el disgusto en el rostro de su cuñada.

—Tengo una vida de lo más agradable, Meredith, no tienes nada de lo que preocuparte. Soy afortunada por no tener la necesidad de casarme, gracias a vosotros mis espaldas están bien cubiertas.

Meredith suspiró cuando Elizabeth desvió su mirada para observar de nuevo el bello paisaje de las Tierras Altas. Era una mujer maravillosa y se merecía conocer el amor. Le mortificaba que no pudiera llamar a su hermano como tal, a pesar de que todo el mundo sabía que ese era el parentesco que los unía. Tan solo unos pocos se dirigían a ella como la hermana del barón, para la mayoría era su protegida. Se lamentó en silencio de que William Bertrand no hubiese puesto sus ojos en ella. Difícilmente encontraría una mujer mejor, pero el corazón es soberano y no admite presiones.

—Se escucha el mar —murmuró Elizabeth —, aunque desde aquí no podamos verlo, me alegra saber que está cerca.

Capítulo 2



El castillo de Lanerburgh era una fortaleza con más de cuatrocientos años. Eso era todo lo que sabía Elizabeth de la historia de la familia de Meredith. En cuanto a los McEntrie, parecían haberse mantenido al margen de las luchas de poder lo que les permitió poder nadar y guardar la ropa sin que sus intereses se viesen demasiado afectados. Según Dougal, los MacDonald casi siempre ganaban los pleitos contra ellos por las tierras y habían perdido muchos acres injustamente, pero también es cierto que el escocés parecía el tipo de persona que siempre cree tener razón. Sonrió al pensar en la cara que pondría si pudiera escuchar sus pensamientos. Seguro que lo irritaría sobremanera.

—Querida prima…

Bhattair MacDonald era un hombre alto y fornido, sin apenas pelo y con una frondosa barba gris. Sus ojos brillantes aún y una perfecta sonrisa lo hacían atractivo y a Elizabeth le costó ver en él la imagen perversa que Dougal se había esforzado tanto en transmitir. Meredith se mostró cercana y al mismo tiempo cautelosa, como era su costumbre.

—Esta es mi esposa, Rosslyn.

—Bienvenidas —dijo la mujer con frialdad.

Llevaba el cabello rubio atado en una trenza que rodeaba su cabeza en un estilo un poco anticuado, pero que le daba un aspecto regio acorde con su altiva pose. No parecía muy contenta de tenerlas allí y tampoco se la veía muy dispuesta a disimularlo.

—Estos son nuestros hijos. — Las dirigió hacia los jóvenes que esperaban detrás de ellas para saludarlas y procedió a presentarlos uno a uno.

El mayor, Duncan, se parecía a su madre, rubio y con unos ojos que Elizabeth no pudo discernir si eran azules o verdes de tan claros que se veían con la luz que entraba por la ventana. A su lado estaba su esposa, Alice, una oronda dama que sostenía una copa de vino en la mano, algo que sorprendió a las recién llegadas por la hora que era. La siguiente era Anabella, también rubia como su madre y su hermano mayor, cuya dulce expresión en el rostro no casaba con la

fría mirada que dedicó a las recién llegadas. A su lado estaba Finlay, su esposo, un hombre delgado y alto que cambiaba su apoyo de pie constantemente con nerviosismo y que a Meredith le recordó a uno de los hijos de los Talbot, de su época de institutriz. Pobre niño, era un saco de nervios…

La baronesa saludó al siguiente de los McDonald, Gilleasbuig, y sintió un rechazo visceral cuando se topó con su mirada fría y calculadora que clavó en ellas como lo haría si descubriese una mancha en un mantel. Su cabello era tan claro que la luz se reflejaba en él de manera intensa y sus ojos, de un gris azulado, le recordaron la fría hoja de un cuchillo. Por suerte, Carlton, el cuarto hijo de los MacDonald suavizó un poco las malas sensaciones de las recién llegadas, con una actitud cortés y amable y su evidente propensión a la verborrea compensó el momento incómodo que ambas acababan de vivir.

—Les presento a mi esposa, Blanche — dijo tras un pequeño discurso de bienvenida y una ligera disertación sobre el clima en Escocia.

Elizabeth saludó a la joven cuyo aspecto llamó su atención, no porque hubiese nada malo en ella, sino porque parecía demasiado frágil para aquella mirada tan penetrante. Hacían buena pareja, Carlton era alto y delgado, pero su apariencia era saludable y su mirada curiosa. También era rubio, pero sus ojos tenían un color marrón claro. Blanche tenía un pelo y unos ojos negros que hacían resaltar la excesiva palidez de su piel.

Le llegó el turno a Chisholm, el penúltimo de los hijos de los MacDonald. Estaría rondando los veintitantos. Era muy guapo, de aspecto aniñado, tenía el pelo castaño claro y su color de ojos recordaba al caramelo recién hecho. Pero era su cínica expresión y su falta total de interés lo que más lo distinguía de los demás. No estaba segura de si le gustaba más o menos que los otros, pero lo que sí sabía es que él no era un miembro muy querido de la familia. Solo había que fijarse en el desprecio con el que sus hermanos lo trataban o en la dureza en la voz de su padre al presentarlo y mencionar que no estaba casado.

—Esta es Bonnie —dijo Carlton, que no parecía dispuesto a abandonar el uso de la palabra —. Es la pequeña de la familia. Bonnie, saluda a nuestras primas.

—Solo *lady* Meredith es prima nuestra, querido — apuntilló Rosslyn, su madre —. La señorita… Elizabeth es…

Meredith miró a la anfitriona con una calmada sonrisa que Elizabeth conocía bien.

—Mi cuñada. Elizabeth es la hermana de mi marido — aclaró para que no hubiese ninguna duda.

—Encantada —dijo Bonnie haciendo una reverencia y recuperando la atención.

Elizabeth se fijó en que no levantaba la mirada de sus manos y comprendió que era muy tímida y apocada. De hecho, parecía deseosa de abandonar aquella estancia cuanto antes.

—¿Cuántos años tienes, Bonnie? — preguntó la baronesa, que también había captado su incomodidad.

—Dieciséis —respondió escueta.

—Tiene el pelo tan rizado como Harriet, ¿verdad, Elizabeth?

—Debe darte mucho trabajo.

La joven asintió levemente y con expresión de sentirse muy incómoda con tanta atención, por lo que decidieron dejarla tranquila.

—¿Harriet no ha venido? —preguntó la joven y rápidamente miró a su madre que había emitido un ligero suspiro de cansancio.

—Solo han venido ellas dos — apuntó Rosslyn con tono malhumorado —. ¿Es que no tienes ojos en la cara, hija?

—Perdón, madre. Perdón… baronesa.

—No tienes que pedirme perdón por preguntar por mi hija — respondió con dulzura —. Harriet es ya una mujer casada y tiene deberes que cumplir. De hecho, todas mis hijas lo están ya, excepto Elinor, que tendrá que esperar a mi regreso para celebrar su boda. Y, por favor, Bonnie, no me llames baronesa, puedes llamarme Meredith. Somos familia.

—Pasemos al salón —dijo Bhattair cogiéndola del brazo con demasiada firmeza —. Tomaremos un refrigerio y después podrás descansar en la habitación que te hemos preparado.

Rosslyn se cogió al brazo de su hijo mayor y salió a continuación. Elizabeth sonrió ligeramente, tendría que ser estúpida para no darse cuenta de que la estaban ninguneando deliberadamente, pero estaba acostumbrada a esa clase de comportamiento y no iba a dejar que la afectase lo más mínimo. Se apartó para dejar pasar a los demás y esperó a Bonnie para salir con ella.

* * *

—Mi abuelo… Nuestro abuelo, quiero decir. — Sonrió Bhattair —. Tendré que acostumbrarme. Bien, nuestro abuelo está muy enfermo, apenas permanece despierto unos minutos al día y en algunas ocasiones su cabeza no… rige bien. Es muy triste verlo así, con lo que él ha sido…

Meredith asentía con la taza descansando en el platito que sostenía en su regazo.

—¿Cómo supo de mi existencia? — preguntó.

—No lo sé, la verdad. Y tampoco entiendo muy bien su deseo de hacerte venir hasta aquí en este momento tan… crítico. Espero que puedas perdonar una exigencia tan poco considerada. Es un viaje demasiado largo para despedir a un pariente con el que no has tenido el menor contacto.

Meredith sonrió ligeramente, pero no respondió, consciente de que Bhattair no estaba nada contento con su presencia allí.

—Ni siquiera sé si podrá recibirte. Quiero decir, no sé si será consciente de quién eres, en su situación… Él no está…

—Lo que quiere decir mi padre es que al abuelo se le ha ido la cabeza — dijo Chisholm.

Bhattair lo fulminó con la mirada y su hijo cerró la boca con una expresión cínica en su rostro que no se molestó en disimular.

—¿Cuándo podré verlo? —preguntó Meredith.

—Oh, pronto, pronto. Espero. Todo dependerá de su estado. Pero bueno, ya hablaremos de eso, ahora tendrás ganas de descansar. Rosslyn se ha encargado de todo. ¿Verdad, querida?

Su esposa asintió sin dejar de mirar a su invitada con aquella fría expresión que no se borraba de sus ojos.

—Desgraciadamente no tenemos disponible más que una habitación en la primera planta y he tenido que instalar a la señorita Elizabeth en la planta superior.

—¡Oh! —Meredith miró a su cuñada con cierto sobresalto y después de nuevo a Rosslyn —. ¿No estaremos juntas?

—Hemos intentado acomodarla lo mejor posible, pero como ya he mencionado, no tengo disponible otro cuarto en el primer piso.

—No pasa nada, Meredith —dijo Elizabeth cogiéndole la mano con cariño —. Tardaré un minuto en bajar la escalera si me necesitas.

Rosslyn sonrió por primera vez desde que habían llegado y eso a Meredith le dio muy mala espina.

Capítulo 3



Craig McEntrie miraba a su hijo con expresión fría y ojos penetrantes.

—¿Te has perdido?

—Yo también me alegro de verte, padre.

Craig apretó los dientes sin moverse del sitio mientras los hermanos de Dougal observaban la escena entre divertidos y ansiosos. En especial Lachlan y Ewan que se morían por abrazarlo.

—Te escribí una carta —dijo Dougal.

Su padre levantó una ceja sin suavizar su expresión.

—No finjas que no la leíste. La curiosidad no te habría dejado dormir.

Craig miró a sus otros hijos señalándolo con el dedo.

—¿Habéis visto lo gallito que se ha vuelto? Se cree el rey de los mares, el muy imbécil.

—Padre… —Caillen lo miraba conciliador —. Deja ya el numerito, que hace años que no nos vemos…

—Sí, eso, años. —Craig necesitaba dejar ir su enfado de algún modo y optó por un golpe en la valla que hizo volverse a varios de sus caballos —. Maldito seas, Dougal. ¿Pirata? ¿A quién se le ocurre semejante estupidez? ¡Y encima te dedicaste a robarle al padre de ese… ese…! ¿Cómo mierda se llama?

Todos miraron al reverendo Campbell que había permanecido en silencio después de saludarlo.

—Por mí no os preocupéis —dijo el ministro —. Tengo muy mala memoria para los nombres.

—*Bluejacket.*

—No me… —Apretó los labios conteniendo una maldición —. ¡Su nombre de verdad!

—Será mejor no hablar de esto en voz alta y dando nombres, a no ser que quieras verme entre rejas. — Aunque Dougal confiaba en el reverendo como si fuese de su propia familia, no iba a arriesgar la vida de su amigo bajo ningún pretexto.

Craig fue hasta su hijo con tal ímpetu que Dougal temió que iba a darle un puñetazo, pero en lugar de eso su padre lo abrazó y pudo comprobar que seguía siendo un par de centímetros más alto que él.

—Maldito botarate —masculló el viejo dándole palmadas en la espalda antes de apartarlo de un empujón para que sus cinco hermanos pudieran saludarlo también.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Caillen, que había estado ejerciendo de hermano mayor en su ausencia.

—He estado pensando en el *Crannachan* de Gavin todo el camino.

Se relamió imaginando la textura de la crema batida, el aroma del *whisky* y el dulzor de la miel con la avena y los frutos rojos.

—Pues vayamos al comedor y que Ewan avise a Gavin de que tienes hambre — dijo Lachlan cogiéndolo por los hombros para llevarlo hacia la puerta —. Ese viejo gruñón querrá saludarte.

—Yo me marcho, muchachos —dijo el ministro con una expresión afable —. Tenéis que disfrutar de este momento juntos y a solas.

—¿No se queda? —Dougal regresó para estrecharle la mano —. Me alegro de verlo.

—Y yo. No sabes cuánto —sonrió afable y se alejó de allí a buen paso.

—Sigue estando en forma —dijo admirado de su constitución.

—Camina diez millas cada día. — Craig le dio un par de palmadas en el hombro —. Vamos, el *Crannachan* de Gavin te espera.

Los demás los siguieron hasta el comedor, excepto el pequeño que se dirigió a la cocina para dar la noticia y pedir la comida.

* * *

—Come, muchacho, vamos, verás que no he perdido mi don para la cocina, a pesar de lo que diga ese mocoso insolente al que nos mandaste.

Gavin Fraser era cocinero de los McEntrie desde que Daphne lo contrató y ya entonces parecía un viejo, a pesar de no haber cumplido los cuarenta. Dougal miró a Tom que permanecía de pie junto a él con los labios apretados y las manos juntas. Probó el postre y lanzó una larga y sonora muestra de satisfacción.

—¿Lo ves? —El viejo miró al muchacho con expresión de triunfo.

—Tiene demasiado *whisky* — insistió el joven marinero.

Dougal sonrió y le hizo un gesto para que se acercase. Le colocó una mano en el hombro, sentado como estaba con el trasero sobre la mesa del comedor.

—¿Te han tratado bien los McEntrie, muchacho? — preguntó alborotándole el pelo como solía hacer en el barco.

—¡Oh, sí, señor!, pero me gustaría poder hablar con alguien de los viejos tiempos, aquí la gente no se cree mis historias.

—Te dije…

—Tranquilo, señor, no le he dicho a nadie quién era el capitán para el que trabajaba, ni quién era su mano derecha — dijo con una enorme sonrisa —. De hecho, cambié los nombres de todos los implicados. Menos el mío, claro.

—Quizá por eso nadie te cree. Y me alegro porque de lo contrario te metería en un agujero para que te lamentaras de ser un bocazas. ¿Cuántas veces te dije que hablar demasiado puede llevarte a la horca?

—¿A la horca, señor? Pero si a la gente le encantan las historias de piratas. Además, nosotros no hacíamos daño a nadie que no se lo mereciera.

Dougal soltó una carcajada y agarró a Tom del cuello para acercarlo a su pecho y darle un abrazo.

—Me alegro de verte, muchacho.

—Y yo a usted, señor —sonrió feliz —. De verdad que me alegro. ¿Cómo está el capitán? ¿Y la señorita Harriet?

—Todos están muy bien. Stuart me dio recuerdos para ti cuando nos despedimos.

—Stuart me escribe de vez en cuando.

Dougal lo miró asombrado.

—¿Te escribe?

—Sí, señor.

El escocés miró a sus hermanos y luego de nuevo al muchacho.

—Supongo que alguien te lee sus cartas, entonces.

—No hace falta. —Dos hilos invisibles tiraron un poco más de las comisuras de la boca de Tom y una mirada orgullosa construyó su expresión —. Sé leer.

—Que sabes…

—El señorito Caillen me ha enseñado a leer y el señorito Kenneth a sumar y a restar.

—¿Qué? —Dougal soltó otra carcajada y miró a sus hermanos sorprendido —. Veo que tenéis mucho tiempo libre. ¿Habéis desatendido los caballos para enseñar a leer a este gañán?

—Hemos hecho un esfuerzo —dijo Kenneth con expresión irónica —. Los McEntrie nunca tenemos tiempo libre.

Dougal volvió a poner su atención en Tom.

—Parece que te gusta vivir aquí.

—Me gusta mucho, señor Dougal. Aunque debo decir que no espero ser siempre un pinche de cocina. Marcel me enseñó muchos de sus platos, pero el señor Fraser no me hace ningún caso. ¿No podría usted pedirle que no sea tan duro de mollera?

—Serás… —El cocinero levantó el puño amenazándolo con él —. Cuando salgamos de aquí verás lo duro de mollera que soy.

—No te metas con Gavin, muchacho — advirtió Craig sonriendo —. Este hombre tiene un humor de mil demonios y te lo hará pagar caro si lo haces enfadar.

—Bien que lo sé —dijo Tom—. El otro día no puse en remojo unas verduras que me había pedido y me lanzó un cuchillo bien afilado que por suerte fue a clavarse en la pared.

—Gavin es famoso por su puntería — dijo Dougal riendo —. Si hubiese querido que ese cuchillo te hiciese daño, no estarías aquí ahora.

—No te enfades con él, Gavin. — Lachlan rodeó los hombros del cocinero —. Es solo un crío y te tiene aprecio.

—¿Aprecio? No hace más que contradecirme.

Dougal miró al muchacho con una advertencia en los ojos.

—Muestra más respeto —ordenó—. Y tú, viejo cascarrabias… — Se acercó al cocinero y sin más le dio un abrazo que a punto estuvo de descoyuntarlo.

—Madre mía la fuerza que tiene — dijo el hombre tratando de disimular su emoción —. Y pensar que lo conocí cuando no era más que un niño.

Dougal se inclinó para que solo él pudiera escucharlo.

—Demasiado *whisky*. Me encanta.

Se apartó mirándolo con complicidad y el cocinero sonrió como un niño.

—Vamos, Tom. —Lo cogió de los hombros para llevárselo de allí —. Prepararemos una buena comida para celebrar el regreso del hijo pródigo. ¿Conoces la parábola, muchacho?

—¿Qué es una parábola?

Los dos salieron del comedor y Dougal se volvió a mirar a sus hermanos.

—Así que le habéis enseñado a leer — dijo atacando de nuevo el *Crannachan*. Miró a Caillen con fijeza —. ¿Acabaste tus estudios de derecho?

—Por supuesto. ¿Cuándo he dejado algo a medias?

—Que se lo pregunten a Catriona Dunlop.

—Serás…

—¿Catriona Dunlop? —Ewan frunció el ceño, no recordaba que su hermano hubiese tenido nada con ella.

—Teníamos quince años, solo éramos unos críos — dijo Caillen sin dejar de mirar a Dougal —. Y su padre me habría cortado los huevos.

—Siempre respetando la autoridad.

—La autoridad lo es todo —intervino su padre con sorna —. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Estoy seguro de que esos hombres a los que mandabas no te habrían seguido de no ser así.

—Cierto —afirmó y dejó el cuenco vacío sobre la mesa —. Gavin debería escuchar a Tom, el *Crannachan* tiene demasiado *whisky*.

—Piénsatelo antes de criticarlo, ya sabes que se entera de todo — le advirtió Lachlan —. Esta noche podrías encontrar un hueso afilado en mitad del pudín y acabar con él clavado en el esófago, hermanito.

Los demás asintieron para corroborarlo y Dougal soltó una carcajada.

—¿De verdad has vuelto para quedarte? — Su padre lo miró incrédulo.

—Dearg se está muriendo —dijo como respuesta.

—Y, claro, sabes que Bhattair no tardará en tomar las riendas de los asuntos de los MacDonald y quieres estar aquí para «controlarlo» — apuntaló Caillen su argumento mientras servía Drambuie en siete copas.

Craig se acercó a por la suya y se la llevó consigo hasta la repisa de la chimenea en la que la dejó apoyada para preparar su pipa.

—Ha estado muy tranquilo desde que te fuiste. No le gustará nada saber que has vuelto.

—Bhattair se ha codeado con lo mejorcito de la sociedad escocesa — siguió Brodie cogiendo su copa para volver a su sitio en la mesa —. No hay evento o celebración a la que yo haya asistido que no estuviesen.

—Está empeñado en convertir sus tierras en terreno de caza — dijo Caillen.

—¿De caza? —Dougal cogió su copa y la miró con duda, después del *whisky* del postre quizá debería abstenerse —. ¿Y qué pasa con las ovejas?

—Nunca ha sentido el menor interés por ellas — respondió Craig —. Ya has oído lo que ha dicho Brodie. Lo que quiere es vender las tierras de su familia y marcharse a Londres, vivir cerca de la corte. Sueña con un título desde que tiene uso de razón.

—Pues ojalá lo haga. —Dougal dejó su copa intacta sobre la mesa.

—Dearg no lo permitirá. Antes lo deshereda.

—También me parecería bien.

—El hermano de Bhattair vive en Francia. Y en cuanto a Adaira, esa no quiere saber nada de su familia, si su abuelo le dejara las propiedades también las vendería.

Dougal entornó los ojos y se preguntó si todo aquello tenía algo que ver con que Dearg quisiera ver a la baronesa. Como pensaba, aquel inesperado interés tenía motivos ocultos.

—Vienes dispuesto a trabajar en el negocio, ¿verdad?

Dougal asintió y se deshizo de sus pensamientos.

—¿Aún entiendes de caballos? — Se burló Kenneth —. Después de vivir tanto tiempo en el mar…

—Cuéntanos, Dougal —animó Ewan sonriendo más de la cuenta —. ¿Es cierto que esa Harriet Wharton te pateó el trasero?

—Sí, eso, cuéntanoslo, hermano — pidió Brodie dando vueltas a su copa.

Dougal apretó los labios maldiciendo para sí a ese mocoso de Tom al que le iba a dar la paliza de su vida en cuanto lo tuviese de nuevo al alcance de la mano.

—No me pateó el trasero. —Hizo una pausa —. Me lanzó por encima de su cabeza.

Todos soltaron una sonora carcajada.

—Pero ¿qué clase de mujer es esa? — preguntó Kenneth señalando a su hermano mayor de arriba abajo —. Debe ser un monstruo para poder contigo. ¿Cuánto mide? ¿Dos metros?

Dougal estiró el brazo para mostrar la altura de su adorada enemiga y las risas se agudizaron.

—En mi defensa diré que esa muchacha ha sido entrenada por los mejores hombres de Inglaterra. No solo conoce una manera de pelear que emplea su relativa fuerza con gran ingenio, también dispara el arco con más puntería de la que he visto jamás y utiliza un bastón como si fuese la prolongación de sus propios brazos. De los dos. A la vez.

Las risas cesaron.

—¿Y está casada con *Bluejacket*? — preguntó Lachlan admirado.

Dougal asintió.

—Pues debe ser muy valiente para casarse con una mujer que puede dejarlo lisiado si hace algo que no le gusta.

—Harriet es una mujer increíble. Joseph es muy afortunado por tenerla.

—¡Vaya! Está claro que no solo tiene su corazón, también ha robado el tuyo — se burló Kenneth.

El mayor de los McEntrie levantó una ceja como respuesta y su hermano se conminó a cerrar el pico consciente de que Dougal era aún más fuerte que antes.

—Hay un tema serio que debemos tratar. — La voz de Craig se había elevado por encima de la de los demás y todos callaron para escucharle —. Sentimos lo de Nuna.

Sus hermanos lo miraron muy serios y asintieron sin decir nada.

—No es necesario…

—Sí lo es —lo cortó su padre—. Sabes que para mí nunca estuvisteis casados, pero era tu compañera y jamás le deseé ningún mal.

—No quiero hablar de eso.

Su padre asintió lentamente.

—Tenía que decírtelo.

—Ya lo has dicho.

Antes de enrolarse en el barco con *Bluejacket* envió una carta a su padre y sus hermanos para despedirse, consciente de que no sabía si volverían a verse nunca. En esa carta les contó lo sucedido y su deseo de venganza. Luego, cuando se instaló en Londres, en casa de Joseph y Harriet, volvió a escribirles.

—¿Cuántos purasangres tenemos? — Cambió de tema.

—Ahora mismo, ochenta —respondió Lachlan.

—¿Treinta yeguas?

—Cuarenta.

Dougal sonrió satisfecho.

—¿Y sementales?

—Cinco.

—Buen trabajo. Parece que habéis aprendido mucho en mi ausencia.

—También tenemos *Clydesdale y Galloway* — añadió Ewan.

—¿Y todavía te queda tiempo para ir a bailes, Brodie? — se burló Dougal.

—Para eso siempre me quedará tiempo.

—Por cierto —intervino Kenneth con expresión perversa —. Supongo que nos habrás traído algún tesoro.

—¿Tesoro? Si quieres mañana te enseño como limpiar una cubierta.

—A Kenneth no le va eso de limpiar, lo suyo es más lo contrario — dijo Caillen sin mirarlo siquiera.

—Caillen en cambio, no vale ni para eso.

—Ya empezamos… —murmuró Brodie poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabéis cómo solucionábamos esto en alta mar? — Dougal miraba a sus hermanos con sarcasmo y una advertencia implícita en los ojos.

—¿Algo que incluye la palabra «borda» y «saltar»? — dijo Caillen con sarcasmo.

—Me alegra ver que sigo siendo transparente para vosotros.

Capítulo 4



—Elinor…

—¿Qué? ¿No puedo venir a ver a mi futuro marido? — dijo mohína al tiempo que rodeaba el escritorio para llegar hasta él.

—Tengo trabajo atrasado… —La dejó sentarse en sus rodillas y sonrió —. No es esto lo que acordamos. Dijimos que tú trabajarías en casa cuando yo estuviese en la fábrica, y al revés.

—Pero es que tenía cosas que consultarte. — Puso los brazos alrededor de su cuello —. Y cosas que quería hacer…

Lo besó en los labios antes de que él dijese nada y a Henry no pareció disgustarle el gesto porque enseguida la estrechó contra sí y profundizó con maestría aquella caricia arrancando un gemido de la garganta de su futura esposa.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

—Así no llegáis enteros al matrimonio — dijo Colin riendo al tiempo que cerraba la puerta para evitar miradas curiosas —. Esto se os escapa de las manos.

—Díselo a ella —pidió su hermano poniéndose de pie y provocando que Elinor trastabillara —. Es incombustible.

Colin se acercó a su amiga y la agarró por la cintura alejándola de Henry. Después se inclinó frente a ella mirándola a los ojos con falsa severidad.

—Señorita Wharton, es usted un peligro para mi hermano.

Ella sonrió divertida.

—Puedo derrotarlo cuando quiera.

—No me cabe la menor duda, pero vas a hacer que se quede calvo.

—¿Calvo? —Miró a Henry con temor —. ¿Eso puede pasar?

—He oído casos —afirmó Colin—. Y Henry no estaría muy favorecido sin esa mata de pelo, ¿no crees?

—Desde luego.

—Sois insoportables. ¡Largaos de aquí! — dijo el otro fingiendo enfado al tiempo que volvía a sentarse tras su escritorio para seguir trabajando.

Pero su hermano no parecía dispuesto a permitírselo.

—Me voy a Londres —anunció.

—¡Pero si acabas de regresar! — exclamó su amiga visiblemente disgustada —. Creía que te quedarías al menos un mes.

—George va a recibir a un amigo de Florencia, un escultor al que quiere que conozcamos. Además, todavía hay mucho ambiente en Londres. No volveré hasta septiembre. — Se sentó en la silla al otro lado del escritorio.

—Ya me extrañaba que Phillip no hubiese venido contigo. — Su hermano no disimuló su desagrado al mencionar al francés, que no era santo de su devoción precisamente.

—Las cosas se arreglarán entre nosotros — dijo Colin.

—Eso me temo —reconoció Henry.

—No he venido a que me sermonees, hermanito, solo quería saber si necesitas algo de Londres. ¿Cuándo llega la mercancía que pediste?

—Aún faltan varias semanas. No necesito nada. ¿Y tú, Elinor?

Ella caminaba hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte.

—Yo me voy a casa que tengo trabajo que hacer. ¿Cuándo te vas, Colin?

—Por la mañana.

—Entonces vendré a cenar para despedirte — anunció y sin esperar respuesta salió del despacho y de la casa de los Woodhouse, de la que entraba y salía como si fuese la suya con el beneplácito de Hannah, que la trataba como si fuese una hija.

* * *

Al llegar a su casa se sacudió el polvo del camino con la fusta de montar, alguna utilidad había que darle y eso era para lo único que la usaba. Encontró a Emma en el salón de mañana jugando con Robert y unos bloques de madera. El pequeño se reía a carcajadas cada vez que su madre los amontonaba para después tirarlos con un dedo. La expresión de Emma era sonriente, aunque sus ojos parecían haber perdido la luz que irradiaban solo unos meses antes.

—¿Todavía estáis con eso? Este niño nunca se cansa. — Avanzó hasta su sobrino para levantarlo del suelo y darle unas vueltas —. ¿Cómo está mi tesoro?

El pequeño respondió a su manera y su tía disfrutó de sostenerlo en sus brazos un buen rato antes de que la niñera acudiera a buscarlo aduciendo que ya había jugado bastante y tenía que descansar. Emma no protestó y Elinor la miró sorprendida. Al parecer su hermana estaba más decaída de lo que mostraba.

—Tendrás trabajo —dijo la mayor de las Wharton.

—Emma… —Se acercó a ella y la cogió de las manos.

La otra asintió. Si había alguien que la entendía esa era Elinor. Era la única capaz de comprender la angustia que la consumía, lo vital que era para Emma ser considerada y respetada. La confianza era para ella más importante que cualquier otra condición. Incluso más que el amor. De hecho, para Emma eran dos sentimientos inseparables. No podía darse el uno sin la otra.

Elinor la llevó hasta el sofá, se sentaron juntas y muy cerca creando un microhábitat en el que solo ellas dos tenían cabida.

—Vas a tener que encontrar el modo de perdonarle. Está claro que no podéis seguir así.

—Lo intento. No sabes cuánto.

Elinor asintió. Sí lo sabía, pero no dijo nada.

—Me digo que no es para tanto, que se arrepiente, que no volverá a pasar… Me digo muchas cosas, pero mi corazón sigue temblando cuando le veo y el nudo en mi garganta se aprieta hasta ahogarme. — Se puso de pie para moverse y descargar la tensión que la embargaba al hablar de ello en voz alta —. ¿Cómo no dudar de él? ¿Cómo sabré que no miente cuando me dice que me ama o que no le importan mis cicatrices? Ahora sé que puede ocultarme sus pensamientos y sus sentimientos. Que puede actuar a mis espaldas, que puede obviar mi opinión respecto a cualquier cosa… ¿Cómo hago para no dudar de todo lo que haga o diga? No consigo encontrar el modo. Y siento una rabia insoportable por ello, porque me haya hecho esto, por lo que me ha quitado.

—La confianza es una cuestión de fe, me temo — dijo Elinor —. Aprendiste a confiar en él. Volverás a hacerlo.

—¿De verdad? —La miró incrédula —. Porque ahora mismo me parece imposible.

—Nosotras tenemos un modo de ver la vida y nuestra realidad como mujeres de un modo muy distinto a como la ven nuestras hermanas. Tú me inculcaste esto y quiero que sepas que te entiendo. — Giró la cabeza para bajar el tono —. Probablemente sea la única.

—Lo sé —respondió Emma sin escuchar esto último.

—Pero ahora que sé lo que es el amor… — Su hermana se sentó de nuevo escuchándola con atención —. Sé que este sentimiento no se rige por los mismos cánones que ningún otro. Es un sentimiento poderoso y subyugante que se sostiene sobre pilares frágiles e inestables. Para mí la confianza también es uno de los más importantes.

Emma asentía con vehemencia, aliviada de escuchar un discurso que ella misma pronunciaría.

—Porque nos coloca en una posición de iguales que en realidad no ostentamos, Emma. Pero no debemos olvidarlos a ellos. Henry me enseñó que era injusta con mi visión de los hombres. Que daba por hecho muchas cosas sin ponerme en su lugar. Edward ha actuado movido por el miedo, por el deseo de proteger a aquellos que más quiere.

—¿Crees que no lo sé? Conozco a mi esposo, se dejaría matar por nosotros, pero saberlo no me alivia en absoluto.

—¿De verdad lo sabes? ¿Te has puesto en la situación en la que él estaba? ¿Has pensado en un escenario en el que Edward estuviese planteándose hacer algo que podría destruir el futuro de Robert?

—Eso no…

—Debes ponerte en esa tesitura porque es ahí donde él estaba. No importa si tú crees que no es real, él sí lo creyó. Para poder juzgarlo justamente debes colocarte en su posición y pensar en lo que estarías dispuesta a hacer para proteger a tu hijo.

—No quiero hacerlo.

—¡Claro que no quieres! Porque hacer eso te pondrá esto más difícil. — La señalaba de arriba abajo para referirse a su actitud melodramática.

—Eres perversa, Elinor.

Su hermana pequeña sonrió inocente.

—He aprendido mucho en los últimos meses. Que me golpearan y me colocaran un cuchillo en el cuello me hizo madurar de golpe.

—No bromees con eso —la regañó su hermana —. Es horrible.

—Sí, lo es —asintió—, no creas que no me provoca pesadillas algunas noches. Pero no se lo digas a Henry, bastante se angustia él solo.

Emma asintió pensativa.

—Meditaré sobre lo que me has dicho.

—No sé mucho del amor, no me las voy a dar de experta, pero me temo que no es nada fácil. Harriet me dijo una cosa que me hizo reflexionar. Dice que un barco no puede navegar con dos popas y dos proas. Y que no puede avanzar a sotavento y a barlovento al mismo tiempo.

Emma sonrió por primera vez sincera en muchos días.

—¿Ahora hablamos como los marinos?

—Lo que quiere decir —siguió la otra sin inmutarse —, es que en una relación unas veces hay que estar delante y otras mantenerse varios pasos por detrás. Unas en el avance y otras en la retaguardia. Que no podemos comandar los dos a la vez y hay que saber cuándo quedarse en la popa esperando a que cambie el viento.

—Creía que nada podría sorprenderme desde que supe que Harriet había vivido como una pirata, pero está claro que me equivocaba.

—Harriet se ha vuelto muy sabia. Supongo que vivir lo que ella vivió… Ya ves lo mucho que me han cambiado a mí unos pequeños «sucesos» en los que no murió nadie. ¡Ella luchó contra los franceses!

Elinor se dejó caer contra el respaldo del sofá con expresión triste.

—¡Cómo la echo de menos! —se lamentó —. Esta casa es un yermo desde que ella no está aquí haciendo locuras.

Emma se recostó también mirando al techo.

—Tienes razón. Espero que venga a visitarnos pronto. Ayer le escribí y mencioné que papá estaba muy triste por la partida de mamá. Creo que captará el mensaje.

Elinor giró la cabeza para mirar a su hermana.

—También echo de menos a las demás — dijo sintiéndose culpable.

—Por supuesto.

—Pero Harriet…

Permanecieron en silencio unos segundos hasta que Elinor miró a su hermana mayor dudando de si decir lo que tenía en la cabeza.

—No me decepciones, Emma.

La susodicha se incorporó lentamente sin dejar de mirarla. Durante un largo rato se sostuvieron la mirada, no hacía falta hablar para saber lo que querían decirse. Emma asintió lentamente y sonrió. Elinor le devolvió la sonrisa.

Capítulo 5



—¡Por Andrew! —brindó William—. ¡Y por el que está por venir! Que sea tan fuerte y sano como el primero de tus hijos.

Alexander y Edward levantaron sus copas y bebieron. Ya habían brindado por el pequeño Robert, por sus matrimonios, por la buena cosecha de algodón…

—Es sorprendente lo mucho que ha cambiado todo en este tiempo — dijo William meditabundo —. Estoy en casa y lo veo todo… como si fuese un extraño.

—No digas tonterías —se burló Edward —. Nada ha cambiado, en realidad.

—¿Que nada ha cambiado? Miraos, sois dos hombres casados y con hijos. Todas las Wharton están casadas…

—Todas no —dijo Alexander.

—Elinor está a punto de hacerlo.

—Me refería a Elizabeth.

—Elizabeth no es una Wharton. Bueno, sí lo es, pero… ya me entiendes.

Los dos amigos miraron al recién llegado con expresión interrogante.

—¿Qué? —preguntó sintiendo su escrutinio como una crítica.

—Tú sabrás —dijo Edward encogiéndose de hombros.

William suspiró y rellenó las copas pensativo.

—Esto es agradable —dijo Alexander con una sonrisa —. De nuevo los tres juntos. Te echábamos de menos.

—No te hagas ilusiones —advirtió Edward —. No ha vuelto para quedarse.

—Es cierto —afirmó William—. Tengo a una persona de confianza ocupándose de mis asuntos, pero solo me quedaré unos cuantos meses. Mi intención es regresar después de Navidad.

—Ya veo. —Alexander se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo.

—Cuéntanos cómo te ha ido — pidió Edward —. ¿Qué pasó con esa americana de la que nos hablaste?

—Emily Sawyer, ¿no? —dijo Alexander.

—Creíamos que por fin ibas a sentar cabeza.

—Pues no salió bien.

Sus amigos fruncieron el ceño expectantes y William sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Me atraía físicamente, es cierto, y confieso que casarme con ella me pareció una posibilidad plausible.

—Para eso ya tenías a Elizabeth — dijo Edward y sus dos amigos lo miraron sorprendidos —. ¿Qué? Está claro que también te gustaba físicamente. ¿Para qué irte a buscar algo tan lejos cuando ya lo tenías en casa?

—¿Crees que eso es suficiente? — le espetó Alexander.

—¡Por supuesto que no! ¿Acaso no me conoces? Pero parece que para William sí lo es, a juzgar por cómo habla.

—Deberá serlo —afirmó rotundo el mencionado —, dado que no creo que pueda volver a amar jamás.

—Entonces, ¿para qué has vuelto? — Edward parecía molesto.

—¿No te alegras de verme?

—No seas imbécil. Sabes a lo que me refiero. Las Wharton te harán pedacitos como vuelvas a hacerle daño — le advirtió —. Y yo no moveré un dedo para salvarte.

William soltó una carcajada mirándolo con asombro.

—¡Madre de Dios! Estás completamente dominado por Emma.

—No tanto como ella querría — masculló contenido.

—¿Problemas en el paraíso?

Edward dejó escapar el aire de golpe y cogió la botella para rellenar su copa. Sus amigos mostraron las suyas para que hiciese lo propio.

—¿Qué ha pasado? —William se sentó de nuevo y miró a su amigo con interés.

—Cometí una estupidez y mi matrimonio se va a pique.

—Eso no es posible.

—Ya lo creo que es posible. — Su mirada se había oscurecido por completo.

—Las cosas se arreglarán —intervino Alexander —. Emma necesita tiempo para perdonarte.

—¿La has engañado?

Edward miró a William como si se hubiese convertido en estatua.

—¿Estás loco?

—No sé… pareces tan agobiado.

—¿Engañar a Emma? ¿En qué cabeza cabe? ¡La amo más que a mi vida!

—Vale, vale… —William levantó las manos en señal de rendición —. Entonces, ¿qué es eso tan terrible que has hecho?

Edward le dio una explicación que podría resumirse del siguiente modo: Emma escribe una novela. El buen nombre de su familia está en peligro, de nuevo. Las repercusiones para su hijo. Edward amenaza al editor con arruinarlo si acepta publicarla. Emma se entera de su traición. Edward está acabado.

—¿Y no puede perdonarte? Está claro que lo hiciste para proteger a Robert, debería ser más comprensiva.

—Emma tiene un concepto de la lealtad muy estricto y yo lo sabía. De hecho, sabía exactamente lo que pasaría cuando se enterase y lo hice igual. Soy imbécil — musitó.

William se recostó en el respaldo del sillón y miró a Alexander.

—¿Tú lo entiendes?

—Conozco a Emma —asintió el futuro duque.

—¿Tu esposa no puede intervenir?

—Me consta que lo ha intentado, aunque también os diré que cuando estamos a solas maldice a Edward con gran fervor. — Su amigo levantó la cabeza y lo miró con ojos tristes —. Es su hermana, entiéndelo.

—Lo entiendo. Y lo comparto. Yo también me maldigo con gran fervor.

—¿Por qué? —William frunció el ceño —. Solo tratabas de proteger a tu hijo. Esa es la obligación de un padre, ¿no? No entiendo a las mujeres.

—Dejemos de hablar de esto o me largo — advirtió Edward y después apuró el contenido de su vaso.

—Volvamos al tema que nos ocupaba — dijo Alexander con los ojos fijos en William —. ¿A qué has venido?

Su amigo permaneció en silencio unos segundos con la mirada clavada en su copa que giraba a uno y otro lado ensimismado.

—Voy a pedirle a Elizabeth que se case conmigo.

—Pero acabas de decir que no la amas — apuntó Edward.

William se encogió de hombros.

—Siento afecto por ella y la respeto. Es mucho más de lo que tiene la mayoría.

Alexander no disimuló su disgusto y Edward bufó con desagrado.

—Le proporcionaré una vida cómoda y agradable y le daré la posibilidad de tener unos hijos a los que cuidar. A cambio, ella me dará una familia que dé sentido a mi vida. Lo he pensado mucho y es la mejor solución, tanto para mí como para ella.

—Sabes que Elizabeth está en Escocia, ¿verdad? — preguntó Edward.

—Eso he oído.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a esperar a que vuelva?

—Aún no lo he decidido. El barón me dijo que esperaba que no estuvieran mucho allí.

Sus dos amigos asintieron expectantes.

—Por cierto… —William movió la copa en su mano lentamente —. ¿Quién es ese Dougal que las acompañaba? ¿Qué podéis contarme de él?

Alexander y Edward se miraron un instante y después volvieron a fijar la vista en William.

—Es una larga historia —dijo Alexander.

—Necesitaremos más vino. —Edward se levantó para coger otra botella.

Capítulo 6



—De ningún modo te quedarás en este cuchitril otra noche. — Meredith miraba el cuarto que cabría en un rincón del suyo —. Ahora mismo hablaré con Rosslyn y…

Elizabeth puso una mano en su antebrazo mirándola con una amplia sonrisa.

—Estoy bien, Meredith, no te preocupes. — Caminó hasta la ventana y la abrió contemplando el frondoso bosque del lado norte —. Mira qué vistas tengo.

Lo que sí la había decepcionado era que por ninguna parte se veía el castillo de los McEntrie, cosa que se abstuvo de mencionar. No quería preguntas a las que no sabría cómo responder.

—¿Cómo se atreven a tratarte así? No sé por qué no me dejaste decir nada ayer. — Meredith temblaba de la rabia y retorcía sus manos nerviosa —. No nos quedaremos en este lugar si no eres bien tratada. Nos iremos inmediatamente.

—¿Otros diez días de viaje? ¡No, por Dios! — exclamó la otra con cara de susto —. Aún no conoces a tu abuelo. En cuanto hayáis hablado nos iremos. Bueno, espero que no sea enseguida, porque necesito más de dos para recuperarme.

—Esa bruja… —siguió lamentándose Meredith —. Seguro que no pegaste ojo anoche. Y si lo hiciste fue por lo cansadísima que estabas. Vamos, dormirás conmigo. ¿Para qué quiero yo una cama tan grande si no está Frederick? Trasladaremos todas tus cosas, aún hay tiempo antes de que nos llamen para cenar.

Elizabeth la detuvo mirándola con cariño.

—Te prometo que, si esta noche no puedo dormir, iré a tu habitación.

—¿Por qué se comportan así? — musitó la baronesa pensativa —. Anabella es una impertinente y Gilleasbuig… No me gusta nada como me mira ese muchacho.

Elizabeth asintió poniéndose seria. Ciertamente, ese joven no le transmitía buenas sensaciones y su sarcasmo durante el almuerzo había resultado, como poco, incorrecto.

—Quiero ir a visitar a los McEntrie cuanto antes — siguió la baronesa —. Mañana. Hay muchas cosas que quiero preguntarle a Dougal. De verdad que no me esperaba este recibimiento,

jamás he atendido con tal desagrado a un invitado a mi casa y mira que hemos tenido algunos de lo más peculiares.

Elizabeth sonrió abiertamente mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Ve a vestirte para la cena — dijo con cariño —. Yo también tengo que cambiarme.

—Espero poder hablar con Dearg mañana mismo. Y en cuanto lo haga, planificaremos nuestro regreso. — Meredith la miró compungida —. ¿De verdad estás bien? Cuando Frederick se entere de esto…

—Es mejor que no le digamos nada. Sufriría innecesariamente. Cuando estemos en casa hablaremos de esto y nos reiremos juntas, ya lo verás.

—No estoy yo tan segura —negó Meredith al tiempo que salía de la habitación —. Me temo que no vamos a llevarnos un buen recuerdo de Escocia.

Elizabeth cerró la puerta cuando su cuñada desapareció de su vista y se apoyó en ella pensativa. Quería a aquella fuerte y decidida mujer como a una verdadera madre y su afecto no dejaría nunca de sorprenderla.

* * *

Había llevado cinco vestidos sencillos y dos un poco más elegantes, pero al verlos sobre la cama cuando deshizo el equipaje tuvo que reconocerse que no se diferenciaban mucho. En el fondo eso era bueno, se dijo mientras escogía el que se pondría para la cena, le facilitaba mucho las cosas a la hora de decidirse. Apenas tenía que pensar.

A pesar de que aún estaban en agosto, a esa hora de la tarde ya empezaba a refrescar y la brisa del mar llegaba hasta ella con su característico aroma salado. Se moría por ver el mar, si había algo que había animado su viaje era la certeza de que podría pasear junto a la orilla y contemplarlo desde los altos acantilados que tantas veces había visto dibujados. De vez en cuando escuchaba el relincho de uno de los caballos de los McEntrie. Estaba deseando ver a los animales.

—Mañana saldré a caminar e investigaré un poco — musitó —. También tendría que presentarme a los criados, hoy he visto algunas cosas que no me han gustado, deberían tratar mejor a Meredith. Quizá, si me muestro cercana y amable…

¿Había tiempo de hablar con ellos antes de la cena? No. Lo haría a la mañana siguiente y quizá así pudiera neutralizar lo que fuese que Rosslyn les hubiese dicho sobre ellas. Si había algo que Elizabeth sabía de cómo funcionaba una casa era que tener al servicio de tu parte era la mejor baza. Sonrió. Tener un plan calmaba su ansiedad.

Capítulo 7



La cena de aquella noche fue bastante extraña. Los platos que degustaron estaban deliciosos y la conversación giró en torno a la vida de Meredith con preguntas sobre su madre. Bhattair habló de su padre y de los pocos recuerdos que le había transmitido sobre su hermana, absteniéndose de mencionar el hecho de que fue desterrada de la familia. También les contó el fallecimiento de su hermana mayor, que su hermano se fue a vivir a París después de casarse con una condesa y que su hermana pequeña vivía en Edimburgo. Pero su forma de hablar era siempre tan sutilmente agresiva y desagradable que cuando estaban con él los nervios de las dos mujeres se tensaban invariablemente.

Tanto la baronesa como Elizabeth, tenían una idea más clara sobre la familia MacDonald con cada encuentro que tenían. No solo de la familia directa, también de la política. La esposa de Duncan, Alice, mostraba una clara debilidad por el vino que se sirviese con cualquier plato y esa noche su marido tuvo que apartar la botella de su alcance en dos ocasiones. El marido de Anabella, Finlay, era un hombre tímido y apocado que se limitaba a corroborar cualquier cosa que ella dijese y al que su esposa miraba con tal frialdad que a Elizabeth le dieron escalofríos. Blanche, la esposa de Carlton, se mantenía en un estudiado segundo plano, ausente y distraída la mayor parte del tiempo, y poco habladora si se la interpelaba. Gilleasbuig tampoco estaba casado y Elizabeth se alegró por ello, había algo turbio y oscuro en él que le ponía el vello de punta. Escucharlo dirigirse a los criados con una total falta de respeto y decoro hacía que se sonrojase por vergüenza ajena.

—¿Están de reformas? —preguntó Meredith aprovechando que Bhattair había mencionado la arquitectura del castillo.

—¿Reformas?

Su primo frunció el ceño y Meredith miró a Rosslyn con elocuente expresión.

—El castillo es evidentemente enorme pero al parecer, no tienen habitaciones libres.

Bhattair miró a su esposa con severidad.

—¿Hay algún problema?

Rosslyn empalideció.

—Ninguno que yo sepa —dijo insegura.

—¿No estás cómoda en tu habitación, prima? — preguntó el anfitrión.

A Meredith no le gustó su tono, pero respiró suavemente tratando de calmar sus nervios. Percibía la tensión de Elizabeth, pero ya había aguantado bastante.

—La habitación que le han dado a mi cuñada es del todo inapropiada.

Bhattair dejó lentamente el cubierto en el plato y se limpió los labios con la servilleta antes de mirar a su esposa. Elizabeth tuvo un estremecimiento involuntario y se maldijo por no haber sido capaz de impedir aquello.

—Le pregunté y me dijo que estaba conforme, no pensé que me estuviese engañando. — Rosslyn temblaba visiblemente y Meredith sintió la misma desazón que su cuñada.

—Estoy perfectamente, no… — dijo Elizabeth con tono sereno.

—¿Dónde la has alojado, querida?

Aquella palabra cariñosa dicha en un tono áspero y cortante provocó un atronador silencio en el comedor.

—Ahora mismo haré que le busquen otra habitación como sea… — murmuró su esposa.

—¿Has violentado a nuestras invitadas dejándome en mal lugar? — La pregunta llevaba consigo una velada amenaza que hizo que Meredith interviniese.

—Es muy tarde, mañana lo solucionaremos. Estoy segura de que…

Y entonces sucedió algo que provocó un sobresalto inesperado en las dos mujeres. Bhattair cogió a su esposa del pelo y la levantó de la silla en la que se sentaba con tal violencia que tanto Meredith como Elizabeth se pusieron de pie de un salto como si sufriesen el mismo trato.

—Si hace falta le dejaremos nuestro cuarto — masculló cerca del rostro de su esposa —, no puedo permitir que me tilden de mal anfitrión. ¿Quieres que se hable de mí en Londres en estos términos, estúpida?

—Creí…

—¡¿Creíste?! Ya te enseñaré yo lo que tienes tú que creer.

—¡Bhattair! —El grito de Meredith resonó en aquel cuarto con una fuerza que nadie esperaba —. ¡Basta!

Elizabeth miraba a los presentes en aquel comedor preguntándose cómo podían permitir semejante trato. De los criados, podía entenderlo, pero sus hijos… ¿Cómo podían dejar que agrediese así a su madre? El anfitrión empujó a su mujer a la silla y esta cayó en ella como un fardo.

—Pueden alojarnos en el ala oeste — sugirió Meredith con voz tensa —. Sabemos que está vacía.

—El ala oeste no se usa desde hace décadas. — Bhattair les indicó que tomaran asiento para poder hacer él lo mismo —. Es fría y tiene malas vistas.

—¿Malas vistas? Se ve el mar y las tierras de los McEntrie que, por cierto, tienen unos caballos magníficos.

Bhattair miró a su prima con ojos fríos.

—Veo que ya has investigado por ti misma.

—El edificio es magnífico, no podía dejar de admirarlo.

—Ya veo.

—No vamos a estar aquí muchos días, pero estoy segura de que querrás que nos sintamos lo más cómodas posible.

—Por supuesto. —Miró a Rosslyn—. Haz bien tu trabajo.

Rosslyn asintió levemente.

—Todo arreglado. —Bhattair sonrió y cogió los cubiertos para seguir comiendo como si lo sucedido fuese de lo más normal.

—En el ala oeste hay un fantasma — musitó Bonnie.

—¡No empieces con tus tonterías, estúpida! — La regañó su padre —. ¿Es que quieres que piensen que eres idiota?

La joven bajó la cabeza al plato y siguió mareando a un guisante que no se dejaba pinchar.

—No hagan caso a mi hermana — intervino Anabella —. Se pasa el día leyendo y no sabe distinguir la realidad de esos estúpidos libros que lee.

—No son estúpidos —murmuró la pequeña sin levantar la vista de su plato —. Si hubieras leído alguno lo sabrías.

Su hermana le lanzó una mirada asesina.

—Leer puede ser muy edificante. — Se unió Chisholm con voz calmada —. Y Bonnie tiene razón, deberías probarlo alguna vez. Espera… — La miró con una sonrisa —. Sabes leer, ¿verdad?

—Estás mejor callado, Chisholm. — Anabella apretó la mano alrededor del tenedor —. No querrás que nuestras invitadas conozcan tan pronto tus peculiaridades, ¿verdad, hermano?

—«El ala oeste tiene un fantasma…». ¡Qué graciosa es Bonnie! — Alice estaba más contenta de lo que a su marido le gustaría —. Hay un montón de habitaciones en el ala oeste. Incluso hay un piano de cola allí. ¿Toca usted el piano, señorita Elizabeth? ¡Me encanta bailar! Lástima que aquí nadie lo toca. Podríamos organizar un pequeño baile si usted sabe tocar, ¿verdad, querido?

—Deja el vino. —Carlton le quitó la copa de la mano y la dejó sobre el mantel con demasiada violencia haciendo que el líquido se derramase dejando una mancha roja.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó ella compungida —. ¿Por qué tienes siempre que regañarme?

—Compórtate —advirtió él entre dientes.

—¿Qué tiene de malo que me guste bailar? Aquí nunca nos divertimos. Si la señorita Elizabeth sabe tocar podríamos organizar…

—Cállate —ordenó Bhattair y la joven cerró la boca inmediatamente.

—No tenemos intención de permanecer aquí más de una semana — dijo Meredith que cada vez estaba más arrepentida de haber hecho el viaje.

—Diré que trasladen sus cosas ahora mismo — musitó Rosslyn.

—¿Te has vuelto estúpida o qué te pasa esta noche, mujer? — gritó de nuevo Bhattair —. ¿Cómo vas a trasladarlas sin limpiarlo todo? Deja de decir tonterías. Y prepárate para la conversación que vamos a tener más tarde.

Elizabeth se percató de la mirada de terror que Rosslyn trató de ocultar bajando la vista y vio cómo se mordía el tembloroso labio.

Meredith se puso de pie sin poder aguantar más aquella tensa situación y Elizabeth la imitó.

—Si nos disculpan, estoy muy cansada. La cena ha estado deliciosa, felicite a la cocinera de mi parte — dijo esto último dirigiéndose al mayordomo.

—Gracias, *milady*, se alegrará de saberlo.

—Buenas noches, prima —dijo Bhattair poniéndose de pie al igual que el resto de caballeros.

Meredith se detuvo un momento para mirarlo y enseguida desvió la vista hacia Elizabeth con una expresión de lo más elocuente.

—Buenas noches, señorita Elizabeth — dijo Bhattair captando el mensaje.

Meredith asintió con ojos fríos y salieron del comedor.

—¡Madre mía! —exclamó Elizabeth en un susurro cuando estaban ya en las escaleras —. ¿Qué ha sido todo eso?

—Hablaremos en mi cuarto —musitó Meredith.

Las dos se apresuraron hacia las escaleras.

* * *

—¿Qué clase de familia es esta? — Elizabeth cerró la puerta del dormitorio una vez dentro.

—¿Se pensaban que iba a dejar que nos tratasen de un modo tan mezquino y burdo?

Elizabeth frunció el ceño al ver la expresión mortificada de su cuñada.

—No es culpa tuya —dijo comprendiendo su estado de ánimo.

—¿Has visto cómo la ha tratado? Dios mío, ese hombre es un monstruo.

—Hoy ha sido por esto, pero por la reacción de sus hijos, debe de ser algo habitual.

—¿Reacción? —La baronesa estaba horrorizada —. ¡Pero si nadie ha movido un dedo! Están todos aterrados.

Elizabeth asintió.

—Bhattair me pone el vello de punta desde el día que llegamos. Las otras veces que hemos estado con ellos no es que fuera agradable, pero esto… Ahora entiendo las advertencias que nos hizo Dougal.

—¿Debería haberme callado? — La miró interrogadora —. Ahora me siento fatal.

—No es culpa tuya —repitió Elizabeth cogiéndola de las manos —. Tú no sabías que reaccionaría así. Además, ya te he dicho que parece algo habitual para ellos. No hay mucho afecto en esta familia, me temo.

—Esas dos hermanas se hablan con tanto desprecio. Y los otros no es que muestren mejores sentimientos. No, desde luego que no hay afecto.

—Chisholm sí siente cariño por Bonnie, es el único que la defiende. Ya has visto esta noche.

—Me parecía un poco retorcido, por cómo trataba de desquiciar a su padre cada vez que hablaba, pero ahora creo que lo entiendo. ¿No te recuerda a alguien?

Elizabeth asintió.

—A Colin.

—Eso mismo he pensado yo. Pobre muchacho, no le será fácil con una familia como la suya.

—Bonnie me preocupa más que él. Esa niña está muy sola… — Se detuvo al ver la mirada de advertencia de su cuñada —. ¿Qué?

—No.

—¿No qué?

—No es asunto tuyo.

—Ya.

—Nos quedaremos una semana como mucho y si puede ser menos, mejor. En ese tiempo no vas a poder hacer nada por ella. Que lo que ha pasado esta noche nos sirva de escarmiento. Solo empeoraremos las cosas si nos inmiscuimos en sus asuntos.

—Tienes razón. —Estiró la colcha como si hiciese falta evitando mirar a Meredith.

—Mantente alejada de ella, Elizabeth.

—Ajá.

La baronesa puso los ojos en blanco consciente de que no había nada que hacer. Se quitó las joyas y se acercó al tocador para guardarlas en su caja.

—Deberías dormir aquí esta noche.

Elizabeth se acercó para ayudarla.

—¿Tienes miedo de que los fantasmas del castillo me confundan con una sirvienta? — se burló con cariño.

Meredith la miró y le hizo una mueca como respuesta a su burla.

—¡Un ala del castillo completamente vacía! Y, encima, se ve el mar. Esta familia está como una cabra.

—Ya has oído a Bonnie, no está vacía — siguió burlándose Elizabeth mientras la ayudaba a desvestirse —. Debe de haber muchos fantasmas si necesitan tantas habitaciones.

—Ni siquiera han tenido la decencia de ofrecerme a una de sus doncellas. Está claro que no quieren que nos quedemos y van a hacer todo lo posible para que nos vayamos cuanto antes.

—Me tienes a mí. Yo seré tu doncella. — Hizo una exagerada reverencia y su gran sonrisa arrugó la comisura de sus ojos dándole un aspecto aniñado y divertido.

—Sé lo que estás haciendo — dijo Meredith consciente de que trataba de hacerle olvidar lo sucedido —. Cuando Frederick se entere de todo esto…

—No. —La cogió por los hombros para mirarla a los ojos —. No debemos contárselo. Se sentiría muy apenado y no serviría de nada. Cuando regresemos todo esto quedará atrás, será nuestro secreto. Mañana nos trasladaremos al ala oeste, tendremos mejores vistas y disfrutaremos de una amplia zona de este castillo para nosotras solas. Tómatelo como una aventura.

—¿Aventura?

—Este castillo fue el hogar de tu madre hasta que se escapó con el infame MacNiall. ¿No sientes curiosidad por cómo fue su vida? — Bajó el tono como si hablase para sí —. Si Bhattair se parece a tu abuelo entiendo que Yvaine huyera de aquí.

—Desde luego.

—Bhattair te tiene miedo —dijo Elizabeth como si acabara de darse cuenta.

—¿Miedo? —Meredith se giró para mirarla interrogadora —. ¿Miedo de qué?

—De lo que quiere tu abuelo de ti. Y ahora que lo sé me muero por saberlo yo también. ¿Tú no?

La baronesa se encogió de hombros.

—¿Crees que tiene algo que ver con su testamento?

Elizabeth asintió.

—¿Con qué, si no? Al principio creía que era algo sentimental, pero está claro que a esta familia no la mueve el cariño.

—Pienso como tú. —Ya con el camisón de dormir, Meredith se metió bajo las sábanas y se quedó recostada en la cabecera, mientras Elizabeth se sentaba en la cama para seguir con la charla —. Mañana iremos a ver a los McEntrie. Hay muchas cosas que quiero preguntarle a Dougal sobre todo esto. Y me irá bien ver una cara amiga.

Elizabeth sonrió.

—Yo me muero por ver sus caballos. ¿Crees que me dejarán montar alguno? Nunca he montado un purasangre.

—Una vez estuvimos a punto de comprar uno — dijo Meredith orgullosa —, pero Frederick dijo que sería un desperdicio.

—Y tenía razón —se rio Elizabeth —. ¿Para qué íbamos a querer un purasangre nosotros?

—También podríamos dar un paseo hasta los acantilados para ver el mar. ¿Qué te parece? Cuando regresemos querrán que les contemos cosas y si no podemos hablarles de lo malo tendremos que hacer algo que sí podamos contar.

—¡Claro! Yo he salido a pasear esta mañana y debo decir que el entorno es impresionante.

—Pues eso haremos. —Meredith se deslizó hasta quedar tumbada —. ¿Sería mucha molestia que vinieras a despertarme? Siempre te levantas antes que yo y temo…

—Por supuesto, *milady* — la interrumpió poniéndose de pie e hizo una profunda genuflexión —. Señora baronesa, aquí estaré para atenderla, como buena doncella que soy.

—Vas a hacer que me enfade.

Elizabeth se inclinó para darle un cálido beso en la frente.

—Tienes que reírte más —advirtió —. Es bueno para el cutis. No querrás parecer una anciana, ¿verdad?

—Pues deja de hacer bromas con tan poca gracia — pidió la otra con cariño.

—Está bien —aceptó Elizabeth con voz aburrida —. Nada de diversión, entonces. Buenas noches.

—Buenas noches.

Meredith se acurrucó bajo las sábanas y Elizabeth cogió el candelabro y salió de la habitación para dirigirse a su cuarto. Era aún más lúgubre y triste que visto a la luz del día. Dejó el candelabro sobre una mesilla y se acercó a la ventana para abrirla y que entrase un poco de aire fresco, pero aquella estaba siendo una noche más cálida de lo normal y apenas notó la diferencia. Le gustó que se escuchase el rumor del mar a lo lejos. Se apoyó en el alféizar mirando las estrellas mientras repasaba lo sucedido. La familia MacDonald no era como ella había imaginado, desde luego, conocer el linaje de Meredith había sido toda una decepción. No podía entender que su queridísima cuñada procediese del mismo árbol que aquel horrible hombre. Aspiró hondo para llenar sus pulmones de aire y después se dispuso a prepararse para dormir.

Capítulo 8



A la mañana siguiente, antes de ir a despertar a Meredith, visitó las dependencias de los criados, tal y como había planeado el día anterior. Walter, el mayordomo del castillo era un hombre arrogante y estirado que hizo honor a su señor mostrando un instintivo desprecio por ella desde el primer momento, pero cuando la miró desde su altura con evidente desagrado no pudo evitar sorprenderse.

—¿Podemos ayudarla en algo?

Se preguntó asombrada si no pasaría con mucho los seis pies de altura.

—Quería saludarlos, ayer no tuve oportunidad — respondió mirando al resto del servicio que en ese momento se preparaba para el desayuno —. Buenos días a todos, soy Elizabeth Wharton. Como ya sabrán, mi cuñada, la baronesa de Harmouth, es la nieta del señor Dearg MacDonald.

Por sus caras dedujo que nadie los había informado de nada, como sospechaba, y se alegró de subsanar dicha carencia dándoles así una clara visión de cuál debería ser su actitud hacia Meredith. Una joven con expresión traviesa y unos rizos rojos bastante desaliñados mostró una enorme sonrisa y se dobló en una reverencia excesiva y graciosa, pero la que habló fue la mujer situada junto al mayordomo, que Elizabeth calculó rondaría los cincuenta años. Llevaba un vestido gris que no se diferenciaba demasiado del que ella misma vestía, aunque con el cuello más cerrado y un ribete negro bordeándolo.

—Mi nombre es Fiona Burns y soy el ama de llaves, la señora nos presentó ayer — dijo con frialdad —. Al igual que al señor Walter. No es común que los invitados deseen conocer al resto del servicio.

Elizabeth sonrió afable.

—Pues ya ve, yo quiero conocerlos.

El ama de llaves inclinó ligeramente la cabeza y procedió.

—Esta es la primera doncella, Ailleen.

La mencionada, que debía tener una edad parecida a la de Elizabeth dobló ligeramente las rodillas a modo de saludo. Tenía unos pequeños ojos azules que la miraron con curiosidad, pero sin un ápice de simpatía.

—La segunda doncella, Cecilia, y la tercera, Edith.

Elizabeth iba saludando con una mirada y una sonrisa según iba nombrando a cada miembro del servicio.

—Este es Sean, el primer lacayo y Hugh, el segundo.

—Bienvenida, señora —saludó el primer lacayo.

El otro se limitó a un asentimiento.

—Esta es nuestra cocinera, la señora Hume.

La enjuta mujer portaba un delantal blanco con algunas manchas rojizas. Bajó la mirada y pasó las manos por encima visiblemente incómoda.

—Disculpe mi aspecto, señora — pidió nerviosa —. Esto es mermelada, no se vaya a pensar…

—No se disculpe, por favor. Sé que no esperaban visitas. Estoy deseando probar esa mermelada, seguro que está deliciosa.

La de la cocinera fue la primera sonrisa sincera que vio en aquella sala.

—Untada en mis bollos le sabrá a gloria, señorita.

—Se me hace la boca agua —dijo sincera —. El almuerzo y la cena de ayer fueron deliciosos. Me tiene que dar la receta del pavo, estaba exquisito.

—¿Sigo? —El ama de llaves llamó su atención como un látigo.

—Sí, por favor.

—Esta es Ida, una de las ayudantes de cocina.

La cocinera cogió a la muchacha de pelo rojo y tiró de ella con decisión para que saludara.

—Encantada de conocerte, Ida — dijo Elizabeth conteniendo una sonrisa más amplia al verla repetir su exagerada reverencia.

—Señor Walter, ¿cree que las señoras necesitarán el co…?

El hombre que entró en la sala de servicio con paso firme y actitud segura se paró en seco al verla.

—¡Vaya! —exclamó sonriente—. Tenemos visita. Yo soy George, el cochero. Usted es la doncella de la señora…

—Esta es la cuñada de la baronesa, George. — Lo detuvo el mayordomo con expresión severa.

El cochero empalideció y por unos segundos no supo cómo reaccionar.

—Yo… Creí haber oído que…

—No se preocupe. —Lo tranquilizó Elizabeth —. Ya que está aquí aprovecharé para preguntarle por los caballos. ¿Cree que habrá alguno para mí? Me gustaría conocer un poco la zona y un caballo me facilitaría mucho las cosas.

—Por supuesto, señorita —respondió el mayordomo al ver que George seguía sin poder emitir palabra —. ¿Quiere que avise a Jasper para que le prepare una montura esta mañana?

—No, hoy no. Después de desayunar, mi cuñada y yo iremos a visitar a unos amigos y a dar un paseo por los alrededores. — Sonrió —. Dígale a Jasper que saldré mañana.

El joven asintió sin dejar aquella mirada pícara que Elizabeth estaba segura le traería muchos problemas.

—Bien. —Se volvió hacia los miembros del servicio con expresión afable —. Tanto mi cuñada como yo misma intentaremos no importunarlos demasiado con nuestra presencia. Suelo levantarme una hora antes que la baronesa y tomo un desayuno muy ligero porque me gusta hacer ejercicio bien temprano. Hoy haré una excepción y probaré esa mermelada, señora Hume. — La cocinera sonrió de nuevo satisfecha.

—Los señores desayunan a las nueve — dijo el ama de llaves.

—Yo suelo levantarme a las seis de la mañana, pero no les causaré ninguna molestia, no se preocupen. Si me dicen dónde está lo necesario, yo misma me prepararé el café y…

—De ningún modo —la cortó el ama de llaves —. ¿A qué hora quiere desayunar?

Elizabeth pensó que su actitud arisca pasaba de lo aceptable, pero estaba decidida a no crear ningún conflicto así que se limitó a borrar su sonrisa y le respondió con tranquilidad.

—A las siete estaría bien.

—Ya lo ha oído, señora Hume, deberá tener listo su desayuno a esa hora, aunque eso le suponga tener que levantarse dos horas antes.

La cocinera frunció el ceño, pero asintió y Elizabeth pensó que el ama de llaves había conseguido con un simple comentario quitarle a la única persona a la que parecía haberse ganado.

—¿Necesita algo más, señorita?

—Nada más, gracias —dijo y se dio la vuelta para marcharse.

—Señorita… —La detuvo el ama de llaves —. En el futuro puede llamarnos al señor Walter o a mí para cualquier cuestión que desee tratar. No es necesario que baje a las dependencias de los criados. Si temen que puede aparecer de improviso, no se sentirán cómodos.

Elizabeth respiró hondo y la miró con fijeza para que supiera que había captado su intención y que no estaba dispuesta a dejarse amedrentar.

—Ahora que ya los conozco a todos y que ellos me conocen a mí, no será necesario importunarlos más. No volveré a bajar, descuiden. — Miró a los demás consciente de que esa batalla la había perdido sin remedio —. Que tengan un buen día.

Capítulo 9



El paseo hasta los acantilados fue de lo más agradable y en cuanto tuvieron ante sí las impresionantes vistas, Elizabeth se olvidó del incidente con los criados de esa mañana y se alegró de que su cuñada no se hubiese percatado de nada. Meredith se agarró a su brazo y lo apretó con cariño.

—Has bajado a las dependencias de los criados, ¿verdad? — Elizabeth la miró sorprendida y la baronesa sonrió divertida —. Te conozco como si fueses hija mía. No me has dicho nada, así que no ha salido como esperabas.

—Esa mujer, el ama de llaves…

—Fiona.

—Esa.

—Es un hueso duro de roer, ¿verdad?

—No sé por qué me considera su enemiga.

—Es esa clase de mujer. Me di cuenta en cuanto mi primo me la presentó.

Iniciaron de nuevo el paseo sin perder de vista el mar y sin que Meredith se soltase de su brazo.

—Hay mujeres que viven con la permanente sensación de que tienen que rivalizar con todas las demás. Sin importar su rango o parentesco. Con todas. Se muestran agradables y conciliadoras con los varones, pero siempre son ariscas y duras con las de su mismo sexo.

Elizabeth asentía, pero su expresión mostraba que se sentía confusa.

—Por algún motivo me ha venido a la cabeza el rostro de Lavinia Wainwright.

—Porque es una de esas, sí.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál es la causa de esa animadversión tan injustificada?

—No creo que haya una causa común, creo que es más una cuestión de experiencias y trato. Yo lo achaco a una mala relación con sus madres. Aunque tampoco podría asegurarlo. — Le frotó el brazo con la mano a modo de cariño y sonrió —. Pero cuéntame, ¿qué ha pasado?

En pocos minutos Elizabeth le hizo un relato pormenorizado de lo sucedido y provocó la risa de su cuñada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Eres de lo que no hay, Elizabeth — siguió riéndose —. Te presentas en las dependencias del servicio y les hablas como si fuesen los de nuestra casa, pero ¿no te das cuenta de que eso les habrá sorprendido muchísimo?

—Cuando estuve en casa de Katherine, Emma y Harriet fue igual.

—¡Pero ellas son mis hijas! ¡Las eduqué como a ti! — siguió riéndose —. Sus criados, como los míos, están acostumbrados a ese trato, pero te aseguro que no es así en el resto de casas. Y me da a mí que con los MacDonald es aún peor.

—Pues sigo sin comprenderlo. Me parece una falta de consideración presentarse en una casa y dar trabajo a unas personas sin ni siquiera dedicarles unos minutos para que sepan a quién sirven.

—Querida mía, eres demasiado buena.

—Querrás decir tonta. —Arrugó los labios y Meredith siguió riéndose a su costa un rato más.

El castillo de los McEntrie estaba situado en mitad de una explanada y resultaba abrumadoramente hermoso. El antiguo edificio resultaba imponente por su tamaño, pero el manto verde que lo rodeaba y las flores que adornaban la entrada le daban un aspecto de casa solariega que provocó la sorpresa en el rostro de Meredith y una satisfecha sonrisa en el de Elizabeth. Pero enseguida el castillo perdió toda su atención.

—… cómo padre te vea te va a moler a palos.

—Está en Crailloch, no sé cómo va a verme.

—Baja.

El tono de Dougal era sereno, pero su orden no dejaba lugar a dudas.

—Dougal…

El escocés agarró al joven de pelo negro y sin miramientos lo desmontó tirándolo al suelo.

—¡Maldito capullo! —gritó el del suelo poniéndose de pie —. ¡Me has roto la camisa!

—Por lo que he visto, tienes demasiadas…

El otro muchacho que se reía a carcajadas las vio y le hizo un gesto a Dougal señalándolas después.

—Qué grata sorpresa —dijo el escocés cuando se hubo acercado lo suficiente.

—¿Esos son sus hermanos? —preguntó Meredith.

Dougal se giró un momento a mirarlos y asintió.

—Kenneth y Ewan.

—Ese caballo es impresionante — dijo Elizabeth.

—Es un purasangre, un *Thoroughbred*.

Sin poder contenerse Elizabeth se acercó para verlo de cerca. Le acarició el cuello con admiración y sonrió al muchacho con el cabello entre pelirrojo y marrón.

—Soy Ewan, el hermano de Dougal — dijo tendiéndole la mano y enseguida la apartó al ver que no la tenía limpia —. Disculpe.

Elizabeth amplió su sonrisa.

—Yo soy…

—La señorita Elizabeth, lo sé. — Miró a la baronesa que había llegado hasta ellos —. Dougal nos ha hablado de ustedes. Encantado, señora Wharton.

—Este es mi hermano Ewan y él es Kenneth.

El susodicho las saludó también con cortesía, aunque su semblante enfurruñado demostraba que no era su mejor momento.

—Ve a buscar a los demás —ordenó Dougal mirando a Ewan que echó a correr sin que hiciera falta repetírselo.

Elizabeth siguió acariciando al caballo que se dejó hacer con total indiferencia.

Las cuadras eran enormes y estaban construidas con grandes bloques de piedra gris. Varias chimeneas indicaban que el invierno allí dentro debía ser cálido y acogedor para los caballos. Desde allí le llegaba el olor a heno fresco, madera recién cortada y otros aromas menos agradables.

—¿Cuántos caballos tienen? — preguntó la baronesa.

Dougal miró a Kenneth para que contestara él. Siempre había sido el de los números.

—Unos ciento cincuenta, entre purasangres, *Clydesdale y Galloway*.

—Esos son muchos caballos — dijo admirada.

—Esperamos llegar a los doscientos en un par o tres de años.

En ese momento llegó Ewan con los demás.

—Estos son Caillen, Lachlan y Brodie — dijo Dougal —. La baronesa de Harmouth…

—Meredith —dijo ella con una sonrisa.

—Y su cuñada, la señorita Wharton.

—Elizabeth —corrigió estrechándoles las manos —. Encantada de conocerlos.

—El placer es nuestro —dijo Caillen con actitud caballerosa y gesto serio.

—¿Quieren ver las cuadras? — preguntó Ewan con evidente orgullo —. No las hay mejores en estas tierras.

—Sí, por favor —dijo Elizabeth sin disimulo —. Lo estoy deseando.

Los seis hermanos y las dos damas recorrieron el interior del edificio deteniéndose en los boxes para contemplar a los caballos que allí se alojaban.

—La mayoría están pastando en alguno de los cercados — explicó Brodie.

—¿Tienen una zona de entrenamiento? — preguntó Elizabeth cuando salieron por el lado opuesto al que habían entrado.

Caillen asintió y las llevaron hacia allí.

—Tenemos dos pistas, una cubierta y otra al aire libre — dijo orgulloso —. De ese modo sorteamos los días de lluvia.

—El cuidado de los caballos es una tarea seria — apuntó Ewan —. La llevamos a cabo con gran atención a los detalles. Somos un equipo experimentado.

El muchacho sonrió orgulloso y asintió para dar énfasis a sus palabras.

—Estoy segura —dijo Elizabeth.

—A mi cuñada le encantan los caballos — dijo Meredith como si le resultase algo incomprensible.

Desde las cuadras se podía ver el majestuoso castillo, con sus altas torres y sus muros imponentes. Elizabeth se sentía emocionada y al mismo tiempo serena en aquel lugar. Nada que ver con lo que le inspiraba la propiedad de los MacDonald.

—¿Ya has tenido bastante? — preguntó Meredith a su cuñada —. Quiero hablar con Dougal y preferiría hacerlo en un lugar más cómodo.

Los hermanos del escocés se despidieron de ellas para regresar al trabajo y Dougal las acompañó hasta el interior del castillo.

El mayordomo las miró unos segundos fijamente y su expresión era una mezcla entre perpleja y feliz.

—Avisaré al señor de que tiene visita — dijo demasiado alegre.

—Vienen a verme a mí, Ian.

—Pero habrá que avisar al señor — insistió el mayordomo —. No es que vengan muchas visitas. Las acompaño al salón de los tapices.

—Puedo llevarlas yo —dijo Dougal.

—Usted debería ir a quitarse esas botas. Va a ponerlo todo perdido. Yo las acompaño y haré que sirvan un poco de té. ¿O prefieren café?

—Yo sí —dijo Elizabeth—. Si no es molestia.

—Ninguna en absoluto. Por aquí, señoras.

Elizabeth miró a Dougal con una sonrisa divertida y el escocés frunció el ceño sorprendido viéndolas alejarse.

Las dos mujeres siguieron al mayordomo sin perder detalle del edificio según avanzaban. La temperatura allí dentro había bajado algunos grados en comparación con el exterior y Meredith no pudo evitar preguntarse cuánta madera gastarían los McEntrie para calentar las zonas habitables de tan enorme mausoleo en los fríos días de invierno.

—¿Quieren algo de comer? —preguntó el mayordomo antes de retirarse —. Nuestro cocinero es experto en dulces y no tiene muchas ocasiones de lucirse con ellos. A los jóvenes McEntrie no les gustan demasiado.

—¿Lleva muchos años al servicio de la familia?

Elizabeth miró a su cuñada con cariño, no podía evitar mostrarse cercana con el servicio. ¡Y luego la criticaba a ella!

—¡Oh, sí, baronesa! Desde que el señor era un muchacho.

—Debió ser difícil manejar una casa llena de jóvenes y sin una mujer para templarlos.

El mayordomo asintió con expresión de pesar.

—No fue fácil, no. Solo durante cuatro años este castillo respiró los vapores de un hogar. Mientras vivió la señora Daphne, que Dios la tenga en su Gloria.

—Esa era la tercera esposa del señor, ¿verdad?

Elizabeth miró a su cuñada sorprendida de su falta de tacto, pero estaba aún más sorprendida de lo cómodo que parecía el mayordomo con sus preguntas.

—Dougal me habló algo de esto. Sus hermanos son hijos de tres madres distintas.

—Así es, señora. Los dos mayores son hijos de la primera esposa del señor. Constance, una mujer valiente y decidida donde las haya. Extraordinaria jinete y una domadora de caballos impresionante. Lamentablemente su pericia no la salvó de las lesiones de una aparatosa caída y murió cuando Caillen era un recién nacido. El pelo rojo y los ojos verdes de ambos muchachos es suyo. Después mi señor se casó con Alana, la madre de Kenneth y Lachlan. Pero no fue hasta que entró la señora Daphne en este castillo que vivimos un periodo de paz y alegría constante.

Esa joven era… — Movió la cabeza visiblemente emocionado y se enjugó una lágrima que amenazaba con precipitarse por la comisura de uno de sus ojos.

Elizabeth no daba crédito y tenía una expresión que así lo evidenciaba.

—Quería mucho a los chicos. A todos, no solo a los suyos. Fue una auténtica madre para ellos, hasta que…

—¡Ya estás llorando! —exclamó Dougal entrando en el salón con paso firme —. ¿Para eso querías quedarte a solas con ellas?

—Me han preguntado por las señoras.

—Como si necesitaras que te preguntaran para contar toda nuestra vida. Anda, trae ese café y avisa a mi padre.

El mayordomo inclinó la cabeza y salió del salón cerrando la puerta tras él. Meredith se volvió a su cuñada que seguía con la boca abierta.

—Qué hombre tan peculiar —dijo la baronesa a punto de echarse a reír.

—Debe rondar los cien años. — Dougal señaló el sofá para que se sentaran y él se acomodó en una butaca frente a ellas —. Ya era viejo cuando yo era niño y sigue tan fuerte y sano como siempre. Pero desde que he vuelto me he percatado de que su cabeza no está tan bien como el resto. Se pasa el día hablando del pasado y llora con sorprendente facilidad.

—Ha hablado con admiración de su madre y con mucho cariño de la tercera esposa de su padre — dijo Elizabeth.

Dougal la miró de un modo casi infantil, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Es impresionante —dijo Meredith mirando los altos techos, la enorme chimenea y los grandes tapices que cubrían las paredes.

El juego de sillones y sofás estaba tapizado en terciopelo rojo oscuro y dispuestos en semicírculo alrededor de una mesa baja. Tocó los suaves cojines, adornados con intrincados bordados de hilo dorado y asintió satisfecha de la delicada manufactura.

—Bienvenidas al castillo de los McEntrie — dijo el escocés consciente de su admiración.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Elizabeth.

—Los primeros datos son de 1414, pero se refieren solo a la Torre del Homenaje. Desde entonces ha sufrido numerosos cambios.

La baronesa asintió, pero su mirada indicaba que ya estaba dispuesta a hablar de lo que la había llevado allí.

—¿Las han recibido bien? —preguntó el escocés para darle el pie que necesitaba.

—No como esperaba —reconoció sincera —. Pero puedo entenderlo, dadas las circunstancias. Somos unas desconocidas que han invadido su hogar sin que se hayan tenido en cuenta sus deseos.

—El castillo es de Dearg y él es quien las ha invitado.

—Aún no he podido verlo. Según Bhattair, dio órdenes de que no me dejasen verlo si no estaba en condiciones. Al parecer tiene momentos lúcidos y otros… no tanto. — La baronesa cambió su expresión —. Tengo la sensación de que mi primo no tiene el menor deseo de que su abuelo me conozca.

—No creo que Bhattair se atreviese a contravenir los deseos de su abuelo — dijo Elizabeth.

—Yo tampoco —confirmó la baronesa —, pero está claro que no está nada contento con mi presencia aquí.

—Imagino que teme que vaya a hacerla partícipe de su herencia — dijo el escocés.

—Eso me temo —afirmó Meredith—. Pero no tiene sentido. Dearg MacDonald no me conoce, no se ha interesado nunca por mí.

—Aun así, usted es su nieta y está claro que algo tiene en mente. Si hay algo que puedo decirle de su abuelo es que nunca hace nada que no esté muy meditado.

—¿Qué cree que debería hacer? — preguntó directa.

El escocés lo pensó unos segundos antes de responder.

—Dearg siempre ha ocupado la habitación que se encuentra justo encima de la biblioteca. Es la más grande y allí durmió siempre el señor del castillo.

—¿Me está diciendo que me cuele en su habitación a hurtadillas?

Dougal sonrió con mirada pícara.

—Desde luego. Debe ver por sí misma si es cierto que Dearg no puede verla o se trata de una artimaña de Bhattair. No creo que se atreva a contravenir las órdenes de su abuelo, pero no me extrañaría que quiera irritarla a usted para que se enfrente a él con peor ánimo. Dearg MacDonald es un hombre complicado y no cae bien de primeras.

—¿Después sí? —preguntó burlona.

Dougal amplió su sonrisa.

—No, después, tampoco.

—Sabía que diría eso.

Dougal miró a Elizabeth con sorna.

—Me temo que la señorita Elizabeth no está de acuerdo con mi propuesta.

—No creo que sea buena idea enemistarse con ese hombre — respondió la interpelada.

—¿Con Bhattair? —Dougal oscureció su mirada —. ¿Por qué lo dice?

—No es por nada en concreto, solo una sensación.

—¿Qué clase de sensación? ¿Ha sido desagradable con alguna de las dos?

El modo en el que hizo la pregunta provocó una cálida y dulce emoción, que la sorprendió.

—A Elizabeth la alojaron en una de las habitaciones de la segunda planta, en la zona de los criados, pero ya lo hemos solucionado. Al principio no me dejó quejarme, pero ayer me sacaron de mis casillas y aproveché para exigir que nos dejasen utilizar el ala oeste.

Dougal sonrió.

—Así que el ala oeste, ¿eh?

—¿Usted también cree que está encantada? — preguntó Elizabeth burlona.

—¿Encan…? —Dougal se echó a reír a carcajadas —. ¿Eso les han dicho? Ha sido Bonnie, seguro.

—¿Cómo lo sabe?

—Esa niña… Por supuesto que no está encantada, lo que pasa es que el ala oeste tiene este castillo en sus vistas y Dearg MacDonald no soportaba tenernos tan presentes.

—Pues ahí es donde nos vamos a alojar a partir de hoy. Espero que a nuestro regreso ya nos hayan acomodado como es debido.

—Vamos a estar muy pocos días aquí, no merecía la pena… — murmuró Elizabeth desviando la mirada.

—No estoy de acuerdo —dijo el escocés —. Bhattair es un hombre mezquino que juzga a las personas con un criterio tan mezquino como él. Si permite que la rebaje, conseguirá que todos

en esa casa la vean como una víctima propiciatoria.

—¿Víctima? —Elizabeth lo enfrentó —. ¿Víctima de qué?

—De lo que sea. No estoy en la cabeza de los MacDonald, y doy gracias por ello, pero le aseguro que disfrutan martirizando a los demás. Incluso entre ellos mismos.

Meredith respiró hondo y asintió.

—Dougal tiene toda la razón. No podía consentir que te tratasen como a mi sirvienta y me alegro de haber dejado claro este asunto.

—No sabía que habíamos venido aquí a hablar de mí — se quejó Elizabeth molesta.

Su cuñada puso una mano sobre las suyas y le sonrió antes de volverse de nuevo hacia Dougal.

—En realidad quería que me contase todo lo que crea que debo saber sobre esa familia. Hay algo en ellos que me pone el vello de punta y solo puedo pensar en que nos marchemos de aquí cuanto antes. Mi madre nunca me habló de ellos. Solo mencionaba a su madre alguna vez. Siempre creí que todos habían muerto. Ahora imagino que su vida en ese lugar no fue nada agradable y comprendo su deseo de mantenerme alejada de todo ello.

Dougal suspiró al tiempo que ponía en orden sus ideas borrando de su mente las palabras desgraciado, hijo de su madre y demás calificativos que se le venían a la mente en cuanto pensaba en la mayoría de los MacDonald.

—Intentaré ser frío y ecuánime en mis descripciones. Discúlpenme si me excedo en algún momento y no duden en hacerme callar de inmediato si eso sucede.

Meredith sonrió abiertamente y Elizabeth contuvo su deseo de hacerlo sin demasiado éxito.

—Bien, de Bhattair ya conocen mi opinión, es un ser abyecto y despreciable al que no respeto en absoluto.

—¿Qué me dice de su esposa? — preguntó Meredith —. Tengo la impresión de que me detesta incluso más que él.

—Rosslyn fue obligada a casarse con Bhattair y puedo asegurarle que no hubo amor en ese enlace. Es una mujer amargada.

Las dos mujeres asintieron. Después de lo visto la noche anterior, podían entenderlo perfectamente.

—Duncan es el digno heredero de su padre. Es cruel y vengativo, pero sabe comportarse y no creo que les dé ningún problema.

—¿Y su esposa? Hemos visto que disfruta excesivamente de la bebida…

—Alice siempre estuvo enamorada de Duncan, desde niña. No sé por qué él se casó con ella, por amor seguro que no, la ridiculizaba siempre que podía. Supongo que el dinero y las tierras de su padre tuvieron algo que ver en esa boda. En ese tiempo yo procuraba no estar en la misma habitación que cualquiera de ellos, así que no sé demasiado. En cuanto a lo de que le guste el vino, no me sorprende. Si tuviera que vivir entre ellos le aseguro que necesitaría algo más fuerte que el vino para soportarlo.

—El que me da mala espina es Gilleasbuig — confesó Meredith —. Hay algo en él que me resulta muy desagradable.

—A ese lo conozco poco, es menor que yo y apenas hemos tenido trato.

—¿Y Anabella? —preguntó Elizabeth con curiosidad.

Dougal entornó ligeramente los ojos y se encogió de hombros.

—Se casó con un Campbell, es todo lo que sé. Chisholm es la oveja negra de la familia —siguió por sí mismo—. Hubo un tiempo en el que fue muy amigo de Brodie. Recibió muchas palizas de su padre por visitarnos, y por otras cosas…

—¿Su padre le pegaba mucho? —Elizabeth pensó en Bhattair con mucho desprecio.

—La última vez lo echó de casa. —El rostro de Dougal se endureció y su mandíbula se marcó con fuerza—. No volvió a venir más.

—Pues sigue siendo el más despegado de su padre —dijo Elizabeth.

—Los MacNiall no tuvieron grandes posesiones, pero mi padre era un hombre maravilloso que nos hizo muy felices a mi madre y a mí. Así que me alegro de que lo eligiera, gracias a eso pudo ser feliz.

—¿Sabe algo de los MacNiall? —preguntó Elizabeth con curiosidad.

—Lo cierto es que no he oído hablar de ellos.

—Debían ser gente humilde —dijo Meredith aún pensativa—. Por eso mi abuelo no lo quería para mi madre.

—Los MacNiall emigraron a América después de que su hijo secuestrara a una MacDonald.

Meredith miró sorprendida a una versión más madura de Dougal que había entrado en el salón sin anunciarse y caminaba hacia ellos con la misma firmeza con la que se movía su hijo. Cuando Dougal se puso de pie y estuvieron uno junto al otro Elizabeth se maravilló del enorme parecido de los dos hombres. Era como estar viendo al Dougal del futuro y había que reconocer que esa imagen ganaba incluso presencia con los años.

—Mi padre, Craig McEntrie —presentó—. Estas son la baronesa Meredith Wharton y su cuñada, la señorita Elizabeth.

—Encantado de conocerlas —dijo Craig saludándolas debidamente—. Pero siéntense, y discúlpenme por inmiscuirme en la conversación.

A Elizabeth le sorprendió el increíble carisma que tenía el patriarca de los McEntrie y se dijo que era una pena que su hijo no hubiese heredado un ápice de sus maneras.

—¿Usted conocía a mi padre? —preguntó Meredith sin disimular su emoción.

—¡Robert Malcolm MacNiall! —exclamó riendo—. ¡Claro que lo conocí! Menudo granuja era. Tu abuelo Gideon, era uno de los terratenientes intermedios de los MacDonald. Inquilino y propietario a la vez. Pagaba un arrendamiento por una buena cantidad de tierras y a su vez las alquilaba a campesinos para que las trabajasen. Los MacNiall gestionaron esas tierras durante generaciones, hasta que Robert se fugó con Yvaine, claro, entonces todo se acabó para ellos.

—¿Secuestró? Mi padre no secuestró a mi madre. Además, la familia de mi padre vive en América.

—Lo sé, pero eso es porque Dearg los echó de aquí. La casa de tu abuelo paterno fue pasto de las llamas y, aunque nunca se pudo demostrar que fuese por orden suya, Gideon no lo dudó jamás. Se marchó por temor a que la próxima vez se asegurase de que no solo ardía la casa.

Meredith lo miraba asustada. Nunca había escuchado aquella historia. Al parecer sus padres tenían muchos secretos.

—Nunca volví a ver a tu padre —dijo Craig asintiendo pensativo.

—Regresó a Escocia tras la muerte de mi madre, pero se instaló en Edimburgo. Yo ni siquiera había oído hablar de Lanerburgh. La tía abuela de mi padre vino a visitarnos una vez a

Harmouth cuando mis hijas eran pequeñas, es el único familiar que conocí.

Meredith sintió un irrefrenable deseo de hablar con Dearg MacDonald, quería saber su versión de la historia. Se puso de pie de repente y los demás la imitaron enseguida.

—Debemos regresar —dijo con apremio —. Creo que voy a seguir el consejo de Dougal.

—¿Qué consejo? —preguntó su padre mirándolo.

—Bhattair no parece tener interés en que vea a su abuelo. Yo solo le he dicho dónde está situada su habitación.

Craig asintió.

—Por lo que sé, no le queda mucho — afirmó —. Probablemente Bhattair esté esperando que el desenlace se produzca antes de que puedan hablar. Aunque, conociendo a Dearg, eso no cambiaría sus planes.

—Agradecemos su hospitalidad — dijo Meredith con una sonrisa —. Es agradable ser bien recibida, después de lo sucedido estos dos días.

—Vuelvan otro día y les enseñaremos el castillo — dijo Dougal.

Meredith sonrió con simpatía.

—Por supuesto, si a usted le parece bien.

—Considérense las dos permanentemente invitadas — afirmó Craig —. Sé que su familia ha acogido a mi hijo a pesar de sus… circunstancias.

—¿Acogido? Dougal es el mejor amigo del esposo de mi hija Harriet, y me consta que ella lo adora. Es un miembro más de la familia, se lo aseguro.

El susodicho la miró con sincero afecto y Elizabeth sonrió al ver su turbación.

Una vez fuera del castillo las observaron alejarse en silencio, hasta que Craig miró a su hijo para espetarle:

—No habla mucho esa Elizabeth ¿no?

—Es de las que solo habla cuando tiene algo que decir.

Dougal se dirigió a las caballerizas y su padre lo observó con una expresión desconcertada.

—Todos hablamos porque tenemos algo que decir… — musitó llevándose una mano a la cabeza —. ¿Qué habrá querido decir este muchacho?

Capítulo 10



Elizabeth se quedó al pie de las escaleras mientras veía a su cuñada dirigirse resuelta a su destino. No estaba segura de lo que sucedería cuando Bhattair descubriese que se había colado en el dormitorio de su abuelo sin consultarle primero, pero de lo que sí lo estaba era de que no le iba a gustar nada.

Al pasar junto a la biblioteca en dirección al ala oeste, vio que la puerta estaba abierta y a Bonnie rebuscando en una estantería.

—Hola —dijo desde la entrada para no asustarla.

La joven dio un respingo sobresaltada y la miró con ojos muy abiertos.

—No quería asustarte —sonrió al ver que eso era tarea imposible.

—Es que… Nunca viene nadie por aquí. No me lo esperaba. ¿Necesita algo? Puedo ir a buscar a…

—No, tranquila, no necesito nada. Pensaba ir a ver si ya han trasladado nuestras cosas. — Una idea cruzó veloz por su mente —. ¿Quieres acompañarme? No he estado en esa ala del castillo y seguro que hay historias interesantes que podrías contarme. Sobre ese fantasma del que hablaste, por ejemplo.

—¿Lo dice en serio?

—Claro. Me encantan las historias de fantasmas. — Elizabeth entró en la biblioteca y señaló a su alrededor —. En realidad me gustan muchas clases de historias, por eso me encanta leer, como a ti.

—Ya habrá adivinado que este es mi lugar favorito — dijo con una tímida sonrisa.

—Y lo entiendo perfectamente.

Observó con mayor detenimiento las altas estanterías, de una de sus paredes, que se alzaban hacia el techo abovedado repletas de libros voluminosos, algunos con cubiertas de piel y decoraciones doradas. La madera de las estanterías tenía un brillo cálido por el sol que entraba por las altas ventanas. Estas se abrían hacia el este y ofrecerían hermosas vistas al lector que

escogiese sentarse en cualquiera de las butacas cercanas a ellas. A pesar de que la biblioteca era grande y espaciosa, tenía un ambiente acogedor, gracias a las gruesas alfombras y las pesadas cortinas de terciopelo verde que cubrían dichas ventanas. Elizabeth atravesó la estancia observando y deleitándose con cada detalle del mobiliario, el artesonado y las molduras y se detuvo frente a la chimenea de piedra con una talla elegante en su borde superior. Los detalles eran finos y cuidados, con intrincados motivos florales y una variedad de animales salvajes esculpidos en relieve.

—Definitivamente, es magnífica — dijo volviéndose para mirar a Bonnie y una chispa prendió en los ojos de la joven haciendo que aflorara una discreta sonrisa en sus labios.

—¿De verdad le gusta leer, señorita Wharton?

Elizabeth asintió.

—Muchísimo. En casa tenemos una extensa biblioteca, aunque debo reconocer que no tanto como esta. Debe ser muy admirada por todo aquel que los visite.

—Oh, no, la de los McEntrie es mucho más grande que esta. Todas las paredes tienen estanterías y hay un voladizo con una escalera para alcanzar los libros que están más altos. La última vez que los conté tenían cuatro mil setecientos veintidós ejemplares.

Elizabeth estaba perpleja.

—¿Los contaste?

Bonnie se mordió el labio.

—Me gusta contar cosas. Pero ahora serán más. En esa familia todos leen y son muy cuidadosos con su colección de libros. Hace mucho que no voy…

—¿No puedes ir a visitarles? — Elizabeth recordó lo que había dicho Dougal sobre las visitas de Chisholm.

—Lo tenemos prohibido —murmuró.

Elizabeth entornó los ojos poniendo mucha atención en los gestos de la muchacha. Estaba claro que tenía miedo de su padre y se preguntó si a ella también la habría golpeado alguna vez, como hacía con su hermano. La mera idea le pareció horrible y trató de librarse de ella, no tenía ninguna prueba de ello.

—¿Has leído muchos de estos libros? — preguntó.

—Cuatrocientos cincuenta y tres terminados, ochenta y siete que dejé sin acabar y doce que mi padre me prohibió.

—Es cierto que te gusta contar — rio Elizabeth.

—Nunca dejo ninguno sin haber leído al menos la mitad. A veces no me gustan al principio y luego son de mis favoritos. No son muchos, soy lenta leyendo y me encanta releer las partes que me gustan. Hay tres libros que leo cada año.

Elizabeth no podía disimular su sorpresa ante tantos datos concretos y estudiados, pero sobre todo estaba sorprendida de que hablase tanto.

—¿Cada año?

Bonnie asintió con una sonrisa.

—Me gustan tanto que tengo que volver a ellos para sentirme bien. Es como una cita. Me emociono solo de pensarlo. Puede coger los libros que quiera. Aquí nadie más les presta atención. Es un desperdicio.

Elizabeth pensó que debía sentirse muy sola.

—¿No hay nada que te guste tanto como leer?

Bonnie negó con la cabeza.

—¿Cómo podría? En estos libros he sido un millón de cosas y he vivido un montón de aventuras. — Negó de nuevo —. No hay nada en el mundo que pueda compararse a esto. Nada.

Elizabeth conocía a una persona con el pelo tan rizado como el suyo pero el color de las llamas de una hoguera, que no estaría para nada de acuerdo con ella. Definitivamente Bonnie le gustaba.

—¿Me acompañas a ver mi habitación?

A Elizabeth no le pasó desapercibido el amago de sonrisa que se esforzó en ocultarle.

—¿Qué más cosas haces, aparte de leer? — preguntó cuando salieron de la biblioteca.

—Me gusta correr.

—¿Correr? ¿Eso puede considerarse una «actividad»?

—Mi madre suele decir que tengo prisa por llegar a ningún sitio — sonrió con timidez —, pero es que me gusta correr. Solo eso. Lo hago cuando nadie me ve, para que no me pregunten que adonde voy con tanta urgencia.

Elizabeth asintió sin decir nada y giraron para acceder al ala oeste.

—Han estado limpiando toda la mañana — explicó Bonnie —. Mi madre no está muy contenta con esto, pero yo me alegro. Me gusta mucho esta parte de la casa. Chisholm y yo…

—¿Sí? —La animó al ver que se detenía.

—No es nada.

Elizabeth decidió que no era momento de insistir y dejó que se guardara el resto de la frase.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro, lo que quieras.

—La baronesa tiene cinco hijas. ¿Se llevan bien?

—¡Oh, sí! Nos queremos muchísimo.

Bonnie frunció el ceño desconcertada.

—Mis hermanos no me soportan. Excepto Chisholm, pero él no cuenta.

—Por lo que he visto, a ti tampoco te caen ellos demasiado bien.

Bonnie negó rápidamente.

—No los soporto.

La joven se detuvo frente a una puerta.

—Este es su dormitorio —dijo—. Es lo que tiene ser invisible, nadie te presta atención así que te enteras de todo.

Entraron a una habitación luminosa, con papel *beige* en las paredes y muebles claros que hizo aparecer una sonrisa en los labios de Elizabeth.

—¿Le gusta?

—Es preciosa —respondió asintiendo —. Me encanta.

—A su cuñada le dieron la habitación de su madre. ¿Usted conoció a Yvaine? El abuelo dice que me parezco a ella.

Elizabeth la miraba sorprendida.

—¿Aquella es la habitación de su madre? ¿Por qué nadie se lo dijo?

—Padre dijo que no lo mencionáramos, pero como se han trasladado he pensado… No se lo diga, por favor, no sabe cómo es cuando se enfada — murmuró esto último como si temiera que pudiera escucharla.

—No diré nada. —La tranquilizó con una sonrisa —, pero puedes sentirte orgullosa de ese parecido, Yvaine era una mujer maravillosa. Puedes preguntarle por ella a mi cuñada, seguro que estará encantada de hablarte de su madre.

—¡Oh! —Sonrió feliz—. A partir de ahora me lo tomaré como un halago.

Elizabeth dedicó entonces toda su atención a la estancia y se acercó a la ventana para contemplar el paisaje.

—Muchos cuadros —afirmó la joven que seguía deambulando por el cuarto —. Demasiados cuadros para mi gusto por toda la casa. Yo he conseguido librarme de ellos y ya no hay ninguno en mi dormitorio. Me gustan las paredes vacías. Por suerte, soy invisible, ya se lo he dicho y mi madre ni se ha enterado. Lo cierto es que solo Edith entra en mi habitación, así que no fue difícil. Ahora es la doncella de menos rango, pero antes era pinche de cocina, como Ida, son las únicas que no están contaminadas por el veneno de la señora Burns. Me gusta Edith más que ningún otro criado de la casa. Bueno, también me cae bien Ida y la señora Hume, la cocinera. Sé que bajó a saludarlas y que la señora Burns le afeó la conducta. No haga caso de esa mujer, está tan amargada que casi puede verse un halo negro a su alrededor. ¿Lo ha visto?

Elizabeth se giró sonriendo divertida y negó con la cabeza. Al parecer, Bonnie no era tan silenciosa como parecía.

—Las vistas son espectaculares — dijo volviéndose de nuevo hacia el exterior —. Se ve el castillo de los McEntrie.

—¡Oh! Si quiere unas vistas increíbles venga, la llevaré al mejor sitio. — La joven la cogió de la mano y la arrastró fuera de allí.

El interior del castillo de Lanerburgh no era tan impresionante como el de los McEntrie, pero también tenía techos altos con detalles exquisitos que obligaban a elevar la mirada al entrar en cualquier habitación. El gran salón de la primera planta fue la habitación más destacable que Elizabeth había visto hasta entonces. Pero tuvo que reconocer que nada de lo que había visto se podía comparar con aquella estancia.

El sol que entraba a raudales a través de tres ventanales y sus rayos saltaban por encima de los muebles y rebotaban en los adornos de cristal de las lámparas descomponiéndose en distintos colores. Las cortinas, de tonos dorados, combinaban a la perfección con el oscuro tinte de los muebles. Las figuras de porcelana que se distribuían por distintas mesas auxiliares le daban a la estancia un toque elegante y sofisticado que minimizaba la falta de algún jarrón con flores. En un lado del salón, un piano de cola, adornado con refinadas curvas y molduras, se convertía en el protagonista de la habitación.

Elizabeth se acercó y acarició las teclas de marfil. Sin poder resistirse se sentó en la banqueta y un desagradable y desafinado sonido la devolvió a la realidad.

—Nadie ha tocado ese piano en años — dijo Bonnie que se había apoyado en el instrumento con cara risueña —. Muchos años. Chisholm intentó que trajeran a un afinador, pero mi padre no consintió. No sé por qué no se han deshecho de todo esto aún.

—Tenéis otro piano en el salón que sí utilizáis — dijo Elizabeth levantándose de la banqueta con expresión decepcionada. Le habría gustado poder pasar el rato tocando, ahora que

aquella parte del castillo iba a ser solo para ellas.

Los sofás y sillones forrados de brocado verde en distintos tonos, estaban dispuestos simétricamente a ambos lados y daban a la estancia un aspecto acogedor. Pero Elizabeth se dirigió a uno de los ventanales para comprobar si lo que había dicho Bonnie era cierto y desde allí se tenían las mejores vistas.

—¡Oh! —exclamó sin poder resistirse.

—Se lo dije. —Bonnie sonreía satisfecha mientras se agarraba al alféizar de la ventana para balancearse —. Desde aquí las tierras de los McEntrie se ven espectaculares. Ahora entenderá por qué nadie aquí quiere ocupar estas habitaciones. Bueno, Chisholm y yo sí, pero a nadie le importa.

Elizabeth tuvo que reconocerlo, aquella estampa era digna de un cuadro. No solo la edificación se veía majestuosa e imponente, sino que el mar la enmarcaba como si quisiera engullirla y le otorgaba un mayor contraste. Además, desde allí podían verse las cuadras y el trajín con los caballos.

—Aquella de allí es la pista. — Señaló Bonnie —. Desde aquí puede ver los entrenamientos para los caballos de carreras. ¿Le gustan las carreras, señorita Elizabeth?

—En realidad lo que me gusta son los caballos. Me parece un animal noble y fuerte, mucho más inteligente que algunos de sus amos.

Bonnie la miró con expresión divertida.

—Opino lo mismo.

—No me explico cómo pueden dejar abandonadas estas habitaciones. El mobiliario está anticuado, pero en perfectas condiciones. Aunque hay excesivos adornos. — Se dio la vuelta para señalar —. Demasiado barroco y estampados. Y también demasiados cuadros, como tú has dicho antes. El dorado de las cortinas y esas patas que simulan las de un león… — Movió la cabeza en señal de que no le gustaban nada —. Pero nada de eso le quita magnificencia a la estructura, a los detalles arquitectónicos o a las vistas. Sobre todo a las vistas.

—Pero son precisamente las vistas lo que los MacDonald detestan — se rio Bonnie —. Y el frío, estas habitaciones son muy frías.

Elizabeth la miró entornando los ojos, era sorprendente el cambio que se había producido en ella. De ser un ratón asustado a aquella jovencita risueña y alegre que hablaba por los codos y se movía con total seguridad. ¿Podía una estancia provocar esa transformación? ¿O era la adecuada atención de otro ser humano la que hacía emerger a la mariposa?

—Me gustaría enseñarle otra habitación.

—¿La de Meredith?

—No, la de Daphne MacDonald.

Elizabeth la siguió con curiosidad creciente.

—Todo está tal y como ella lo dejó.

Bonnie se hizo a un lado para que Elizabeth entrase y lo hizo con paso lento impregnándose de la atmósfera que allí se respiraba. Las cortinas estaban echadas, pero se notaba que alguien había ventilado la estancia hacía poco. Bonnie pasó junto a ella y las descorrió para que entrase la luz y pudiese ver con claridad.

—En esta habitación murió Arthur McEntrie, asesinado por mi tátara tátara tátara… Bueno, por Duncan MacDonald, uno de mis antepasados.

—¿Un McEntrie aquí?

Bonnie tenía una expresión que a Elizabeth le recordó la de Emma cuando se disponía a contarle la trama de una historia que se le acababa de ocurrir.

—Ha visto un retrato de Duncan MacDonald sobre la chimenea del salón de verano —explicó Bonnie.

—¿Ese con una poblada barba roja, que sostiene una espada con la punta apoyada en su rodilla?

—El mismo —asintió Bonnie—. Lo apodaban «el bárbaro» porque no tenía compasión de sus enemigos y solía disfrutar con su sufrimiento. Él era el padre de Daphne y fue el causante de su muerte.

—Y ese Arthur McEntrie y ella… —Hizo una pausa meditativa —. ¿Eran amantes?

—Tiene facilidad para entrelazar una trama —dijo la joven con agrado.

He aprendido de la mejor, pensó Elizabeth para sí.

—Duncan MacDonald se enteró de que un McEntrie «visitaba» la habitación de su hija y entró en cólera. Como buen MacDonald le dio una tremenda paliza a su hija, pero después de hacerlo sintió que eso no era suficiente. Nunca lo es…

Aquel comentario hizo que Elizabeth se estremeciera y miró a la joven con preocupación.

—Amordazó y ató a Daphne a la cama sin hacer caso de sus súplicas. «Si viene esta noche, le daré muerte y después te dejaré aquí sin comida ni bebida para que te consumas por tu vil y abyecta traición». —Utilizó una voz masculina y profunda para escenificar el momento —. Después, «el bárbaro» se escondió en las sombras de ese rincón para esperarlo. Cuando Arthur llegó, encontró a su amada en tan aciaga situación. Imagino que tardó unos segundos en comprender lo que sucedía y esos segundos fueron su sentencia. Sin que pudiera hacer nada, *el bárbaro* lo ensartó con su espada, mientras su hija se revolvía presa de la más absoluta desesperación.

—¡Qué horror! —Elizabeth fue a sentarse junto a ella en la cama y a punto estuvo de saltar por encima del lugar en el que la joven había señalado que cayó Arthur McEntrie, como si el cuerpo del difunto continuase allí tendido.

—El padre de Daphne cumplió todas sus promesas —siguió Bonnie con un tono muy triste —. Dejó a su hija atada y amordazada, mientras el cadáver de su amado se descomponía. Durante tres días y tres noches nadie entró en este cuarto. Imaginemos los sonidos que se escucharían desde fuera, sollozos desconsolados y gritos amortiguados por la cruel mordaza… —Hizo una pausa dramática que a Elizabeth casi la hace sonreír, pero se contuvo para no estropearle la diversión —. Habría alguien que sintiese afecto por Daphne, una criada, un familiar, ¿no? Pero nadie entró en este cuarto, ni siquiera para darle un sorbo de agua o acariciar su cabello enredado. Tres días sin comer ni beber y viendo cómo el hombre al que amaba se descomponía ante sus ojos.

—Pobrecita —dijo Elizabeth tratando de ser colaboradora.

—Al final su padre permitió que una doncella entrase en el cuarto para darle agua y soltar sus ataduras, pero prohibió que su hija abandonase esta estancia por ningún motivo hasta el día de su muerte. No se sabe cuánto tiempo aguantó la pobre Daphne aquí encerrada, pero no fue mucho. Un día, maldijo su sangre MacDonald y a su padre, deseándole que no descansara jamás, corrió hacia la ventana y se lanzó por ella.

Elizabeth se tapó la boca para ahogar un grito y se llevó la mano al pecho al verla escenificarlo. Bonnie se volvió a mirarla y su extraña sonrisa le erizó el vello de la nuca.

—Me has asustado —la regañó Elizabeth poniéndose de pie.

—¿Creía que iba a saltar? — La muchacha negó con la cabeza —. Si quisiera hacerlo no lo haría desde aquí, subiría a una de las torres para asegurarme de que nadie pudiese salvarme. — Se inclinó hacia delante para mirar hacia abajo —. Esto está bastante alto, pero no me arriesgaría.

—No hables así. —Volvió a regañarla —. No está bien hablar de eso con tanta ligereza.

La joven observó el paisaje en silencio durante un rato y Elizabeth aprovechó para mirarla a ella. Su perfil se recortaba con el cielo de fondo y tenía un aspecto dulce y sereno que chocaba con todo lo que había dicho en los últimos minutos.

—¿Qué hicieron los McEntrie cuando se enteraron? — preguntó acercándose a ella.

—No pudieron hacer nada, en aquel entonces los MacDonald tenían mucho poder y podían pintar la realidad del color que mejor les pareciera. En la época que he narrado mi familia tenía más influencia que los McEntrie. Cumplieron el mandato de los Estatutos de Iona y enviaron a sus herederos a estudiar a las escuelas protestantes de habla inglesa, tal y como quería la corona. En cambio, los McEntrie se negaron junto a otras familias de las Tierras Altas y siguieron abrazando su fe católica. Mi padre siempre dice que en una contienda siempre hay que ponerse de parte del que tiene más posibilidades de ganar. Los McEntrie no tendrían más opción que aceptar la versión oficial que, por supuesto, sería la que dio «el bárbaro». Arthur MacDonald entró violentamente en la habitación de Daphne, abusó de ella y la retuvo contra su voluntad durante toda la noche. Su padre lo mató por su vileza y ella se tiró por la ventana días después al no poder soportar su deshonra.

—Una auténtica historia de terror — dijo Elizabeth —. ¿Qué porción de verdad hay en ella?

Bonnie se encogió de hombros sonriendo.

—Duncan MacDonald murió loco, es lo único que sabemos seguro. Pero a mí me gusta pensar que perdió la razón al ver a su hija muerta, de pie junto a su cama, cada noche.

Elizabeth miró a su alrededor con expresión sarcástica.

—¿Y por eso nadie ha dormido aquí desde entonces?

Bonnie volvió a mostrar esa mirada perversa tan desconcertante.

—Los McDonald y los McEntrie se han relevado en cuanto a poder en estas tierras, dependiendo del rey que reinara en cada momento. En el último siglo las cosas se han decantado más hacia el lado de los McEntrie, el negocio de los caballos ha sido muy rentable para ellos, mucho más que las ovejas que pastan en las tierras de los MacDonald. Algunas lindes han estado en conflicto durante siglos, haciendo que parcelas de tierra pasaran de unas manos a las otras y aumentando la enemistad de las dos familias.

Elizabeth asintió escuchando con total atención. Aquello sí le interesaba de verdad.

—Las vistas desde este lado del castillo se convirtieron en un tormento para los MacDonald, pues desde aquí pueden verse gran parte de esas tierras de las que hablo.

Elizabeth volvió a contemplar el paisaje y el castillo con más detenimiento.

—Supongo que para ellos debió de ser igual de frustrante.

—Ellos no son como nosotros. Tienen una forma muy distinta de ver las cosas.

Elizabeth la miró sorprendida.

—Parece que los aprecias.

Bonnie asintió y sin poder contenerse se giró temerosa.

—Si mi padre o mis hermanos me escucharan… — musitó al ver la expresión interrogadora de Elizabeth —. No soportan ni siquiera que se los mencione. No digan que los han visitado.

La inglesa sonrió sin disimulo.

—No me da miedo tu padre.

—Pues debería. —Su expresión no dejaba lugar a dudas.

—Dougal me ha advertido también sobre él.

El rostro de Bonnie se suavizó y una tímida sonrisa se dibujó en sus labios.

—Debe haber disfrutado mucho durante el viaje escuchando las aventuras de Dougal. Me gustaría tanto saber lo que ha hecho y lo que ha visto…

—Parece que te cae bien.

Bonnie asintió.

—¿A usted no?

—No lo tengo muy claro. A veces es tan… — No encontró el adjetivo concreto que buscaba.

—¿Rudo? ¿Sincero? ¿Cascarrabias? — La sonrisa de Bonnie se tornó divertida y dio de nuevo a su expresión un tinte relajado —. Es todas esas cosas y algunas más, pero a mí siempre me ha tratado bien. A pesar de ser una MacDonald.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Sería un estúpido si se dejase arrastrar por esas tonterías.

—Mis hermanos son estúpidos entonces. Excepto Chisholm, ninguno de ellos movería un dedo para rescatar a un McEntrie que se estuviese ahogando.

—Los rencores heredados no tienen sentido. — Elizabeth movió la cabeza con expresión reprobadora.

—Pues de eso hay mucho por aquí — dijo la joven asintiendo —. Me temo que los MacDonald tienen un amplio recorrido en cuanto a rencores se refiere.

—Me encantaría oír más relatos como el que me has ofrecido sobre la pobre Daphne, aunque preferiría alguno más edificante la próxima vez.

—¿La próxima vez? Acabo de notar algo aquí dentro — dijo poniéndose la palma de la mano en el pecho. En serio, ha sido como un golpe. No imagina lo maravillosas que han sonado sus palabras en mis oídos. Mi padre me detesta, mi madre apenas me soporta y mis hermanos… Bueno, ellos fingen que no existo la mayor parte del tiempo.

—Estoy segura de que no es para tanto — dijo Elizabeth con una afable sonrisa —, pero sea como sea, a mí puedes contarme todo lo que quieras mientras esté aquí. Incluso cuando me marche, puedes escribirme si quieres.

—¿Escribirle? —Tenía los ojos como platos —. Nunca he tenido a nadie a quien escribirle. ¿Está segura? Porque pienso hacerlo si no se retracta. ¿Y usted me contestará? ¡Oh, sería maravilloso recibir una carta suya! Me encantaría ver la cara de la estirada de la señora Burns cuando reparta el correo y vea que recibo correspondencia. Es una mujer horrible, no la he visto sonreír en toda mi vida. Chisholm dice que no puede, que no tiene los músculos que hacen falta.

Elizabeth no tuvo duda de que había conseguido atravesar la barrera que Bonnie había levantado a su alrededor y extrañamente eso provocó una cálida sensación en su pecho.

Atravesaron el pasillo para regresar a su habitación y Bonnie ya no quiso entrar.

—La dejaré para que descanse de mí. No he parado de hablar todo este rato y debe tener la cabeza llena de palabras.

—Me da la impresión de que tu familia no está muy contenta con nuestra presencia aquí. Me alegro que a ti no te disguste tanto — dijo Elizabeth con simpatía.

—¿Disgustarme? No sabe lo feliz que me siento por ello. Y no hagan caso a los demás. Temen al abuelo. Mi padre y él no se llevaban muy bien últimamente y creo que piensa que ha hecho venir a la baronesa para castigarlo.

—¿Castigarlo? —Elizabeth frunció el ceño.

Bonnie miró hacia el fondo del pasillo y bajó el tono.

—Oí que hablaban del testamento.

—Ya veo.

Bonnie suspiró.

—Pero de quién más tiene que cuidarse es de Anabella — dijo la joven al tiempo que asentía con expresión grave —. Mi hermana es muy retorcida y odia a cualquier mujer que se acerque a Dougal McEntrie.

Elizabeth abrió los ojos asombrada.

—El señor McEntrie y yo somos meros conocidos.

Bonnie sonrió.

—No se lo diga a Anabella — pidió —. Déjela que sufra un poco más.

—No pienso hacer tal cosa.

—Mi hermana estaba enamorada de Dougal, pero él no le hizo nunca el menor caso, todo estaba en su cabeza.

—Eso no es asunto mío.

—Me encanta que usted y la baronesa sean amigas de los McEntrie.

—Quizá puedas acompañarnos un día a visitarlos.

—Oh, no, eso es del todo imposible. Mi padre me daría una paliza si me atrevo a poner un pie en ese castillo. No quiere ni que me acerque a sus tierras.

De nuevo la mención de un posible maltrato. ¿Es que acaso Bhattair le pegaba o solo era una manera de hablar?

—¿Tu padre te pega? —preguntó sin poder contenerse más.

—Ahora ya no —negó con naturalidad —. Supongo que ya soy demasiado mayor para eso.

Elizabeth trató de contener la ristra de insultos que se le venían a la boca.

—Eso está mal —murmuró—. Muy mal.

Bonnie sonrió con tristeza.

—Tengan cuidado con él y no le hagan enfadar a propósito, por favor. Puede ser muy cruel.

—Te aseguro que tu padre se guardará mucho de hacer nada que incomode a la baronesa. Su esposo es un hombre muy bien situado y no lo consentiría. Además, Dougal está ahí al lado y sabemos que podemos contar con él para lo que sea.

—Eso no debería tranquilizarla — musitó la joven desviando la mirada —. Sea como sea, tengan cuidado.

—¿Puedo preguntarte algo? — Esperó hasta que la joven asintió —. ¿Qué papel juega Gilleasbuig en todo esto? No consigo hacerme una idea de tu hermano.

—Por él no deben preocuparse, es un cínico, pero solo quiere irse de aquí adonde sea. Unas veces dice que a Canadá otras que a América… Cualquier parte que esté lejos de Escocia le parece bien. Se cree por encima de todos, pero no se lleva bien con nuestro padre, lo que es bueno.

—En cuanto Meredith haya hablado con su abuelo, nos marcharemos.

—Ojalá yo también pudiera marcharme — musitó Bonnie para sí.

Elizabeth sonrió y acarició su cabello rizado.

—El tiempo pasa muy rápido, ya lo verás. Pronto serás lo bastante mayor para casarte y entonces…

—¿Casarme? —La miró horrorizada —. ¡No quiero casarme!

—¿Cómo…? Pero…

—¿Casarme? —Se apartó—. Si lo hiciese sería con alguien que eligiese mi padre y eso solo supondría una vida de sufrimiento y… ¡Oh, no vuelva a decir eso!

—Lo siento. —Contuvo la risa ante tan exagerada reacción.

—¿Es que no ha visto a Anabella? Su boda fue el pago de una deuda. Ella aceptó porque así se sentía menos ridícula, después de que Dougal prefiriese a una india antes que a ella.

—Está claro que quieres mucho a tu hermana — dijo Elizabeth con ironía.

—Pues no, la verdad —dijo con total sinceridad —. A ninguno. Excepto a Chisholm, claro, pero él no cuenta, es como si no tuviera sangre MacDonald en sus venas. Es arisco y molesto algunas veces, pero le quiero, aunque si se lo dijera me aventaría como a una mosca, no soporta las sensiblerías. Pero es valiente, es la persona más valiente que conozco. Nunca ha temido a mi padre. A pesar de… todo. Es el único que visitaba a los McEntrie, aun teniéndolo prohibido. Era buen amigo de Dougal y de Brodie. Algo le pasó con Brodie porque dejaron de hablarse.

—He visto varias veces cómo salía en tu defensa. Está claro que él también te quiere mucho.

Bonnie sonrió.

—Cuando era niña me llevaba a casa de los McEntrie a escondidas. Quería que conociese lo que era una familia normal. Aunque de normal no tuviesen nada. No hay ni una mujer en ese castillo, ¿se ha fijado?

—Estuve muy poco tiempo allí, no he podido…

—Pues no hay mujeres, se lo digo yo. Ir allí cuando era niña era una auténtica aventura. ¡Y su biblioteca! Es la más impresionante que haya visto, estoy segura.

—He visto algunas muy admirables. La de los duques de Greenwood es magnífica.

—Claro, olvidaba quién es usted.

—Quizá algún día pueda enseñártela, si vienes a visitarnos.

Los ojos de la muchacha brillaron de emoción y de pronto pareció darse cuenta de algo y se tapó la boca para ahogar una exclamación.

—¿Qué sucede?

—Acabo de darme cuenta… Chisholm y yo solemos «escondernos» en la sala de música cuando queremos estar solos sin temor a que nadie nos moleste. Pero ahora…

—Podéis seguir haciéndolo. No os molestaremos.

—¿De verdad no le importa? Es que a veces mi hermano, simplemente, no puede soportarlo y necesita aislarse de todo. Entonces venimos aquí y pasamos el rato charlando, comiendo o en silencio.

Elizabeth podía entenderlo bien, a pesar de tener una vida agradable, también necesitaba aislarse a veces.

—Algún día nos iremos de aquí — dijo Bonnie convencida —. A un lugar lejano y exótico. Cuando tenga oportunidad le preguntaré a Dougal, él ha viajado mucho y seguro que puede decirnos algún sitio en el que merezca la pena vivir. Chisholm encontrará una buena mujer, se casará y yo la querré como a una hermana. Cuidaré de ellos y de sus hijos. Seré como usted.

Elizabeth sintió una punzada en el pecho, como si aquel halago no lo fuese tanto. Y también estaba segura de que su hermano tampoco estaría de acuerdo con aquel plan, en especial con la idea de casarse.

—Veo que lo tienes todo planeado — dijo tratando de no evidenciar su incomodidad.

—No podría soportar depender de alguien que escogiera mi padre para mí. Prefiero quedarme sola, después de todo estoy acostumbrada y no me desagrada mi compañía. — Sonrió —. Usted es la prueba viviente de que no por estar soltera se tiene una que convertir en una amargada, así que le agradezco enormemente que decidiera venir con su cuñada hasta aquí. Y ahora me voy, antes de que me eche.

Se alejó con paso rápido y sin mirar atrás. Elizabeth no pudo hacer otra cosa que sonreír.

Capítulo 11



Meredith sintió cierta emoción al reconocer en las facciones de su abuelo vestigios de las de su querida madre. Así que ese era el padre del que nunca hablaba, el que, según ella, había muerto poco después de que conociera a Robert Malcolm MacNiall. Cuántas cosas le había ocultado.

—Yvaine… —musitó abriendo los ojos somnoliento.

—No, yo…

—Te pareces mucho a tu madre — la cortó.

—Soy Meredith —dijo con una calma que a ella misma la sorprendió.

—Así que tu madre no te habló de mí. — Movió la cabeza ligeramente —. Menudo carácter tenía esa muchacha. Espero que no hayas heredado eso.

Meredith permaneció en silencio y a la espera. Había ido a escuchar y eso haría.

—Ayúdame a sentarme —pidió Dearg haciendo el esfuerzo de incorporarse —. No quiero que me veas como un moribundo.

Es lo que es, se dijo Meredith, pero lo ayudó colocando las almohadas como soporte en el que apoyar la espalda.

—¿Mi hija tuvo una buena vida? — preguntó ya erguido.

Meredith pudo vislumbrar en su expresión los restos de una antigua fortaleza. Aquel hombre había sido alguien poderoso y fuerte y verse sometido por la enfermedad y los años debía de ser una dura prueba para él.

—La mejor. Mi padre y ella se amaron hasta el fin de sus días. — Quiso dejarlo claro.

—Me alegra saberlo. Era lo menos que ese MacNiall podía hacer, después de ser el culpable de que ella lo perdiera todo.

Meredith tuvo que morderse la lengua para no decir algo impertinente.

—¿No tuvo más hijos?

Su nieta asintió antes de responder.

—Tuve un hermano, pero murió siendo un niño.

Otra pausa. Al parecer Dearg necesitaba su tiempo para procesar la información que iba recibiendo. O quizá era que se esforzaba tanto en mostrar solo lo que él quería, que debía comedirse para no meter la pata.

—Tú tienes cinco hijas.

—Así es —afirmó orgullosa.

—Y te casaste con un barón. La vida puede ser muy soberbia. Cuando tu madre se marchó, renunciando a una buena vida sin penurias económicas, creí que acabaría muerta de hambre, viviendo en un cuchitril y recibiendo las palizas de su amargado marido, pero ya veo que me equivoqué de cabo a rabo.

—No podría haberse equivocado más. Mi padre jamás le puso una mano encima, era un hombre bueno y respetuoso con todo el mundo. Ya le he dicho que se quisieron hasta el fin de sus días.

—¿Cómo murió mi hija?

¿*Ahora le interesa*?

—De unas fiebres. Cuando aceptó que la visitase un médico, ya era tarde.

Dearg asintió y su rostro se contrajo con un recuerdo.

—Su madre era igual —musitó—. Mi Evangeline…

Bueno, al menos parece que quiso a alguien.

La puerta de la habitación se abrió y el ama de llaves puso cara de susto al verla allí.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha…?

—¡Háblale con respeto! —la cortó Dearg con muy malos modos —. ¿Es que acaso no sabes que es mi nieta?

—Sí, por supuesto, pero…

—Pero nada. ¡Lárgate y déjanos hablar tranquilos! Y asegúrate de que nadie vuelva a molestarnos.

La mujer se inclinó y salió del cuarto con el rostro rojo de vergüenza y Meredith supuso que también de rabia porque ella lo hubiese visto tratarla de ese modo.

—Bruja… —murmuró el anciano—. Todos están esperando que me muera. ¿Se piensan que no lo sé? Ese nieto mío… Es el diablo, el mismísimo diablo. Se cree que va a poder hacer lo que quiera con mis tierras, pero le voy a dar una buena sorpresa. — Sonrió perverso —. ¿Qué te ha parecido tu nueva familia? Te habrán recibido con una banda de gaiteros, supongo.

—No exactamente.

Dearg soltó una carcajada y Meredith pudo ver en sus ojos una pizca de su antigua fortaleza.

—Ay, mujer. Esos de ahí fuera son una sarta de buitres frotándose las manos mientras esperan que me muera para darse el gran banquete.

—Son lo único que tiene, por lo que veo. — No pudo contenerse más.

La risa cesó de golpe y una helada expresión cubrió el ajado rostro del escocés.

—Tuve tres hijos y los tres están muertos — sentenció —. En cuanto a mis nietos, Bhattair se ha quedado porque es el único que iba a heredar. A los otros ya les dejé claro que no dividiría mis tierras, así que se largaron con viento fresco.

—Entonces tiene lo que usted quería — sentenció sin un ápice de duda.

El hombre la miró de nuevo con excesiva intensidad, pero Meredith no tenía intención de amilanarse. Para tener poder sobre alguien debes tener algo que a esa persona le importe o tema

perder. Nada de lo que representaba Dearg MacDonald le interesaba a su nieta, por lo que su poder sobre ella era completamente nulo.

—¿Para qué me ha hecho venir? — preguntó directa.

—No te andas por las ramas, ¿eh?

—Está claro que no existe afecto entre nosotros y me parece una pérdida de tiempo alargar esta situación más de lo debido. Como ha dicho, su nieto no se ha alegrado de verme y yo tampoco tengo ningún interés en seguir en este lugar. Así que, si le parece bien, dígame de una vez lo que quiere de mí para que yo pueda negarme y regresar a casa.

El anciano no daba crédito a lo que oía. En otra época nadie se habría atrevido a hablarle así.

—Está claro que estoy acabado. ¿Ves la muerte sentada junto a mí en esta cama? Porque de no ser así…

Meredith suspiró con cansancio y el viejo se dio por vencido.

—Está bien —aceptó su desventaja —. El cabeza de chorlito de mi nieto quiere convertir mis tierras en su coto privado de caza para traer a sus amigos de la corte y pavonearse ante ellos. Para ello necesita deshacerse de nuestros arrendados, devaluando el legado de los MacDonald, algo que ni los malditos McEntrie con sus malditos caballos han conseguido en siglos, que el diablo se los lleve a todos. Todo ello con el beneplácito de mis biznietos. Menuda panda de idiotas tengo por familia. — La miró entrecerrando los ojos —. Espero que al menos tus hijas no te hayan salido tan estúpidas, bastante tiene tu marido con tener que aguantar a tantas mujeres en su casa.

—Mis hijas son un regalo de Dios y su padre las adora.

Dearg soltó una carcajada.

—Me gustaría conocer a ese hombre, debe estar loco si es capaz de decir que adora a una caterva de mujeres.

Meredith apretó los labios molesta. Empezaba a ver claro lo que su madre debió vivir allí y un rechazo visceral creció en sus entrañas.

—¿Cuándo supo de mi existencia?

—¿A qué viene eso ahora? Estamos tratando un tema…

—Si no me responde me marcho ahora mismo.

—Seguí la pista a tu madre durante un tiempo — dijo con evidente cansancio —, quería ver con mis propios ojos cómo se hundía en el fango para regodearme en su desgracia por haberme traicionado. Pero después de que tú nacieras, me aburrí.

—Se aburrió porque supo que no la vería nunca arrepentida.

—Soy tu abuelo, me debes respeto. — Cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Respeto? Usted echó a mi madre de casa, jamás se ha interesado por ella o por mí. Solo me ha hecho venir para… No entiendo por qué me ha hecho venir, pero ya no quiero seguir escuchándolo más.

—Tienes que ayudarme. —La detuvo antes de que llegara a la puerta —. Te necesito, Meredith, y estoy seguro de que tu madre no querría que me dieras la espalda. A pesar de todo.

Su nieta se había detenido, aunque no se dio la vuelta. Quería irse de allí, pero sentía una mano invisible reteniéndola.

—Bhattair me ha amenazado con venderlo todo si no lo dejo seguir adelante con su propósito. Por eso he rectificado mi testamento y agregado algunas cláusulas que le impedirán

salirse con la suya. He creado un fideicomiso que controla las tierras y granjas, y te he incluido como fideicomisaria para asegurar que se mantengan nuestras tradiciones y legado familiar intactos.

Meredith se volvió hacia él despacio.

—¿Hizo eso sin mi consentimiento?

—Escribí a tu marido hace mucho y no obtuve respuesta alguna. No podía esperar.

Su nieta se acercó de nuevo a la cama mirándolo con frialdad.

—Establecí un derecho de retención sobre la propiedad y todo lo que contiene hasta que se renueven los contratos de arrendamiento en abril. En caso de que yo muera antes de esa fecha, Bhattair no podrá echarlos de ningún modo sin tu consentimiento.

Meredith frunció el ceño.

—¿Eso es posible?

Dearg asintió.

—¿Y qué pasará cuando se hayan firmado? Ha dicho que Bhattair le amenazó con vender las tierras si no podía convertirlas en coto de caza.

—Si intenta vender la propiedad la herencia pasará a ti.

—¡¿Qué?! ¡No!

—No dejaré que ese desgraciado destruya nuestro legado. No le tengo tanto afecto.

—Tiene otros nietos, nómbrelos herederos a ellos. O alguno de sus biznietos.

—¿A esos imbéciles? Ellos tampoco sienten ningún afecto por estas tierras. Las venderían cuando aún estuviese mi cuerpo caliente.

—Quizá debió esforzarse más en transmitirles su amor por ellas.

El hombre apretó los dientes y aguantó el golpe sin resistencia.

—¿Y cree que a mí me importan sus tierras? — Meredith se encogió de hombros —. Me ha hecho hacer un viaje demasiado largo para llevarse una decepción.

—¡Estúpida mujer! —Su tono se elevó lo bastante como para que Meredith se enervara.

El viejo respiró varias veces para calmar su ánimo y cuando habló lo hizo en un tono mucho más sereno.

—Estoy dispuesto a arriesgarme a que todo pase a tus manos, ¿eso no te dice nada?

Meredith no pudo evitar sonreír.

—¿Arriesgarse? Bonita forma de conseguir una aliada…

—Tampoco es que vayas a tener que hacer un gran trabajo. Solo deberás quedarte hasta la primavera y asegurarte de que los contratos se firman, después podrás marcharte. Si entonces Bhattair intenta vender las tierras, perderá la herencia irremediablemente. No hará ninguna tontería, no se arriesgará a quedarse sin nada.

—Ponga eso en su testamento. Una cláusula que le impida convertirlas en coto de caza o venderlas. No me necesita para eso, cualquiera de sus abogados puede…

—¿Quieres que deje en manos de un extraño el legado de los MacDonald? Cualquiera puede corromperse con el estímulo adecuado. No, necesito que sea alguien de la familia. Y tiene que ser alguien en quien se pueda confiar.

—¿Y por qué piensa que yo soy ese alguien? ¡No me conoce!

Meredith vio algo en sus ojos que la hizo fruncir el ceño.

—Espere un momento… —musitó y Dearg asintió.

—He seguido cada movimiento que has hecho todos estos años — confesó.

—¿Cuántos años?

—Desde que murió… mi hija.

Meredith abrió la boca con sorpresa.

—¿Usted supo…? ¡Y no dijo nada! — Estaba horrorizada —. ¿Qué padre ignoraría la muerte de su hija?

—No la ignoré… —Sus ojos se nublaron por las lágrimas y Meredith no pudo evitar un ligero estremecimiento —. Estuve allí, en su funeral. Aunque me mantuve alejado de todos y no presenté mis respetos hasta que os habíais marchado.

La baronesa no supo qué decir. Su mente regresó a aquel triste día y su corazón se aceleró por la tristeza que le provocaba recordarlo.

—A partir de entonces seguí tus pasos.

—¿Por qué?

—Se lo debía a ella.

—No me importa —negó Meredith retorciéndose las manos —, esto no es asunto mío, no voy a…

—No seas tan cruel como lo fui yo, Meredith. Tú eres buena, como ella y sé que tu corazón no te permitirá vivir con el peso de haberle negado a tu abuelo un único deseo. He sido un hombre estúpido y cruel toda mi vida y lo he pagado muy caro. Nadie me quiere y no se lo reprocho, no merezco amor. Pero voy a morir muy pronto, quizá hoy mismo, no quiero que mi legado se pierda. Necesito darle un sentido a mi vida, ¿lo entiendes?

Ante sí tenía a un viejo lloroso y acabado que la miraba con una latente súplica en los ojos. Su corazón tembló sensible y tuvo que carraspear para aclarar su voz.

—Tengo mi propia vida. Mi esposo, mis hijas y nietos… Debo preparar una boda, no puedo quedarme aquí tanto tiempo.

—¿Confías en esa mujer?

Meredith frunció el ceño.

—¿En Elizabeth? —Su abuelo asintió —. Claro que confío.

—¿Hasta el punto de confiarle tu vida?

Meredith asintió.

—Entonces puedes relegar en ella el derecho de retención. Tendrás que ir a ver a mis…

—Debe haberse vuelto loco. ¿Cree que dejaré a Elizabeth aquí sola? — Señaló hacia la puerta —. ¿Con ellos?

—No le harán nada. Será tu representante, podrá tomar decisiones que afectarán a todos. Te aseguro que la tratarán como merece.

Meredith no dejaba de negar con la cabeza y Dearg perdió la paciencia.

—¡Tan cabezota como tu madre!

—No se altere si no quiere morirse ahora mismo y darle una alegría a su nieto.

El anciano la miró incrédulo y Meredith le sostuvo la mirada impertérrita.

—Piensa en todas esas familias que Bhattair dejará en la calle y sin sustento.

—¿De verdad trata de hacerme creer que le importan esas personas?

Dearg cerró los ojos un momento y Meredith sintió una punzada de culpa. Era su abuelo, a pesar de todo.

—Por favor —suplicó él sin abrir los ojos —. Jamás le he suplicado nada a nadie. Esta es la tierra en la que nació tu madre y te aseguro que la amaba tanto como yo.

Meredith se mordió el labio impotente. ¿Por qué no le decía que no y salía de aquel cuarto con un aire viciado y espeso que no la dejaba respirar?

—No puede morirse —dijo al fin y Dearg abrió los ojos lentamente. Meredith se acercó a la cama y lo miró con resolución —. Debe darme tiempo para hablar con sus abogados y saber qué opciones tengo.

El viejo torció una sonrisa que desfiguró su rostro.

—Haré lo que pueda —murmuró.

Capítulo 12



—No pienso tener gemelos —dijo Katherine decidida.

Alexander la miró entre divertido y travieso.

—No sabemos si son gemelos. El médico ha dicho solo…

—Sé lo que ha dicho el médico, no hace falta que me lo repitas. — Se paseó por el salón con su enorme barriga que no la dejaba verse los pies —. Solo porque esté gorda como una ballena no significa que vaya a tener dos criaturas.

—Hay otros indicios, cariño. ¿Por qué no te sientas? — pidió acercándose a ella solícito.

—¡Por eso estoy engordando tanto! ¡No me dejas moverme!

Alexander levantó las manos y suspiró.

—¿Suspiras? ¿Qué pasa? ¿Te molesta que me queje? Deberías tener esto en tu barriga una temporada. Con un mes me conformaría. ¿Qué digo un mes? Me conformaría con que me dejasen descansar una semana. Dormiría todo el tiempo. Y pasearía. Mucho. Montaría a caballo… — Hizo un mohín lastimero —. Echo de menos montar a caballo.

—Volverás a montar pronto — dijo con ternura —. Y puedes quejarte todo lo que quieras, eres una mujer muy valiente y te admiro por ello.

—¿Valiente? —Movió la cabeza malhumorada —. Valiente es el que empuña un sable para enfrentarse a la batalla sabiendo que solo tiene que darse la vuelta y huir para evitarla. Yo no puedo huir, ¿verdad?

Un soldado tampoco, pero bueno, pensó Alexander, aunque se cortaría la lengua antes que decirlo en voz alta.

—Ven, sentémonos en el sofá y te haré uno de esos masajes en los pies que tanto te gustan.

Ella entornó los ojos tratando de averiguar si aquel ofrecimiento tan generoso ocultaba algún dardo envenenado.

—Déjame que haga lo poco que puedo hacer por ti en este estado. Tú cargas con el peso de hacer crecer a mis hijos ahí dentro.

—Hijo —puntualizó—. Cargo con tu hijo. Uno.

—Está bien.

—Dos partos… De ningún modo.

—Los gemelos suelen ser más pequeños por lo que, por lógica, debería ser menos doloroso para ti.

Katherine apretó los labios fulminándolo con la mirada.

—Pero si tú dices que es uno, pues será uno. — Se inclinó para hablarle a su vientre —. ¿Habéis oído, muchachos? Me temo que uno de vosotros va a tener que ir pensando en otra salida.

—Alexander… —se lamentó como una niña —. Los partos de gemelos son más peligrosos. Hay un sinfín de cosas que pueden salir mal.

—Nada va a salir mal, tontita. — La atrajo hacia su pecho abrazándola.

Su mujer apoyó la cabeza en su hombro y suspiró relajándose.

—¿Tú quieres gemelos?

—Yo quiero que tú estés bien y contenta. Sea lo que sea, le querré igual.

—Buena respuesta —dijo ella sonriendo —. ¿Has vuelto a ver a William?

Alexander la miró confuso.

—¿Y este cambio de tema?

—Solo hablamos de niños y embarazo. Me aburro.

—¿Te aburres? —Se rio.

—Me paso el día en casa, tus padres y tus hermanas están en Londres aún y las mías… ¡Todo el mundo tiene su vida!

—Emma estuvo aquí hace una semana.

—Estoy muy preocupada por Emma… — Se incorporó para mirarlo a los ojos —. ¿Qué dice Edward?

—¿Qué dice de qué?

—De Emma, ¿de qué va a ser?

—Pues… no dice mucho. Están enfadados.

—¿Él está enfadado? No se atreverá… — Chasqueó la lengua.

—Solo pretendía proteger a su hijo.

—¿Protegerlo? —Katherine lo miró perpleja —. ¡Le prohibió al editor que publicara su novela bajo amenaza de arruinarlo!

—Para proteger a Robert.

—Claro porque la novela de Emma podría matarlo — se burló Katherine.

—No finjas conmigo, querida. — Sonrió divertido —. Sé que no estás de acuerdo con el comportamiento de tu hermana.

Katherine frunció el ceño, era una desventaja que él fuera su marido, su confidente y su mejor amigo, además de su único y adorado amante.

—No deberías utilizar lo que te cuento en nuestras discusiones.

—¿Estamos discutiendo?

—Es evidente —dijo ella.

Trató de ponerse de pie con bastante incomodidad y Alexander se apresuró a ayudarla.

—Deberías decirle a Edward que haga algo. Pero algo importante, algo que haga que Emma se olvide de su traición.

Alexander puso los ojos en blanco.

—Mira que os gusta dramatizar, eso no fue una traición. ¿Un desliz?, sí. ¿Un error?, desde luego, pero no una traición, porque Edward no pretendía engañarla, sabía perfectamente que ella lo descubriría.

Katherine se mordió el labio consciente de que su marido estaba usando sus propios argumentos, los mismos que ella había usado con Emma una semana antes.

—Algo tendremos que hacer, digo yo. No podemos permitir que echen por tierra una relación como la suya. Se quieren muchísimo.

Alexander asintió, en eso también estaban de acuerdo.

—No creo que nosotros debamos intervenir. Y cuando digo nosotros, quiero decir tú.

—¿Por qué no habría de intervenir? Emma es mi hermana.

—Por eso precisamente. Si la aconsejas mal y su matrimonio fracasa por tu culpa, no te lo perdonarás nunca.

—Es un riesgo que todas las hermanas tenemos que correr. — Suspiró —. Un riesgo inevitable, me temo. Ojalá Elizabeth estuviese aquí, seguro que sabría qué decirles. — Entornó los ojos para mirarlo con inquisitivo interés —. ¿Para qué ha venido William? ¿Tiene algo que ver con Elizabeth?

—¿Quieres dar un paseo por el jardín? — ofreció él con una sonrisa sin la menor intención de provocar otra sonora discusión.

Katherine abrió los ojos gratamente sorprendida y asintió con vehemencia. El jardín estaba fuera de casa y ella necesitaba salir.

Capítulo 13



Meredith encontró a Elizabeth leyendo en la sala de música.

—Bonita estancia —dijo sentándose en el sofá junto a ella con la preocupación en el rostro.

—¿Tan mal ha ido?

La baronesa la miraba con una mezcla de temor y culpa en el rostro y Elizabeth dejó el libro junto a ella sobre el asiento para cogerle las manos y reconfortarla.

—¿Cómo voy a aceptar semejante trato? — susurró Meredith bajando la mirada a sus manos.

—¿Qué trato? No puede obligarte a hacer nada, no debes preocuparte.

—Quiere que nos quedemos hasta la primavera.

—¿Qué? Eso no es posible. No puedes ausentarte tanto tiempo. Katherine está embarazada y tienes que organizar la boda de Elinor…

—Me ha nombrado… soy una especie de albacea de su testamento.

—¿De qué estás hablando? A ver, Meredith, explícamelo bien porque no entiendo nada.

La baronesa le contó la conversación, obviando la parte que la inmiscuía a ella en el asunto, y Elizabeth la escuchó contagiándose de su tensión.

—O sea que Bhattair tenía razón al temer tu presencia aquí.

Meredith asintió.

—¡Dios mío! —Elizabeth parecía repentinamente asustada —. Tu primo va a odiarte mucho.

—No puedo aceptar, ¿verdad? No puedo hacerme responsable de lo que ocurra, no es mi problema.

—Pero esas familias… Bhattair las dejará sin nada si renuncias al testamento.

—Pero no puedo quedarme aquí ocho meses, tú lo has dicho, mi familia me necesita.

Elizabeth se mordió el labio con preocupación, comprendía bien el debate interno que estaba sufriendo Meredith, ella misma no sabría cómo…

—Me ha propuesto algo que evitaría que tuviese que quedarme yo — musitó sin atreverse a mirarla.

—¿Algo? —Elizabeth frunció el ceño confusa —. ¿El qué?

—Podría delegar en otra persona. Alguien en quien yo confiara ciegamente.

—Pero… Aquí no conocemos a nadie. Bueno, a Dougal, pero no creo que tu abuelo quiera que un McEntrie gestione sus tierras. Seguro que hay una cláusula en su testamento que lo prohíbe. — Sonrió irónica.

—Solo hay una persona aquí a la que le confiaría incluso mi vida. — La miró de un modo tan elocuente que no hizo falta decir nada más.

Elizabeth abrió los ojos como platos y su rostro perdió el color por completo.

—¿Qué? ¡No! —negó llevándose las manos a las mejillas —. No puedes dejarme aquí sola.

—Sé que no puedo pedírtelo, y no pienso hacerlo.

—Yo no puedo hacerme cargo de esto, lo siento, Meredith, de verdad que lo siento. ¿Quedarme aquí tanto tiempo? — Todo su cuerpo temblaba como una hoja en pleno vendaval —. Por favor…

—Lo sé, lo sé. —La tranquilizó apretando sus manos para calmar su temblor —. No tendrás que hacerlo, no temas nada, ya te he dicho que no voy a pedírtelo.

—Debe haber otro modo —musitó Elizabeth —. ¿Un abogado? ¿No puedes delegar ese derecho de…? ¿Has dicho retención? Un abogado podría hacerlo.

—Dearg está convencido de que cualquiera ajeno a nosotras podría ser corrompido con el estímulo adecuado. Y me temo que lo sabe por experiencia.

Elizabeth se retorció las manos nerviosa, buscando en su acelerada mente una salida.

—Renunciaré —dijo Meredith—. Lo siento por esas familias y también por estas tierras que han permanecido en manos de los MacDonald durante siglos, pero no puedo estar lejos de mi familia tanto tiempo. — Suspiró dándose por vencida —. Espero que mi madre pueda perdonarme allí donde esté.

Elizabeth sintió una punzada de culpa en el pecho y apartó la mirada por no poder sostenérsela. Sabía que estaba siendo egoísta e infantil. Era una cobarde, pero quería volver a su confortable y aburrida vida.

—Bhattair no tardará en enterarse, cuando estábamos hablando ha entrado la señora Burns. Qué mujer tan desagradable, si vieras en qué tono me ha hablado.

—Has dicho que lo decidió hace meses. — Elizabeth tenía una expresión pensativa —. Te ha estado vigilando durante años. Qué hombre tan extraño.

Las dos mujeres se quedaron en silencio durante un buen rato tratando de ordenar sus pensamientos y, sobre todo, sus emociones.

—Bhattair me estrangulará mientras duermo — murmuró Meredith —. Ojalá no hubiésemos venido.

Capítulo 14



El día amaneció nublado y Elizabeth decidió dar un paseo en lugar de su habitual salida a caballo, necesitaba calmar la tensión de su cuerpo y de su espíritu y pensó que una vigorosa caminata la ayudaría a conseguirlo. Se adentró por el camino de tierra que serpenteaba entre los campos verdes de los MacDonald. Avanzó con paso rápido y la mirada fija en el suelo que pisaba, mientras sus pensamientos agitaban su mente y la sumían en un torbellino de ansiedad y angustia. No había pegado ojo en toda la noche, deambulando por el cuarto, segura de que Meredith estaba tan desvelada como ella. Sentía que le estaba fallando, que por una vez en la vida era su cuñada la que la necesitaba y no era capaz de devolverle ni un ápice de todo lo que había hecho por ella. Levantó un momento la vista y sus ojos se clavaron en las flores silvestres que, desafiantes, brotaban entre las rocas y la hierba húmeda. Las campanillas azules y las primaveras amarillas aportaban pinceladas de color al paisaje, susurrando en silencio una oda a la vida y a la belleza en contraste con la desolación de su ánimo. Los helechos y los musgos, con su verde profundo y vibrante, se alzaban como un recordatorio de la resistencia y la fortaleza que la naturaleza encerraba en sus entrañas. Una fortaleza que ella ansiaba tener, pero que no sabía de donde sacar.

Llegó hasta el borde de los acantilados, después de atravesar las tierras de los McEntrie sin darse cuenta siquiera. Quizá incluso se había cruzado con alguno de ellos sin verlo, hasta tal punto llegaba su turbación y la enajenación en la que su mente se encontraba. Al mirar el mar se sintió atrapada en su inmensidad. Las olas se estrellaban con vehemencia contra las rocas, como si fueran la expresión de su propia agitación. El viento, que soplaba con ímpetu, hizo que su vestido se arremolinase alrededor de sus tobillos y liberó su cabello de las horquillas que lo sujetaban.

Inmersa en sus pensamientos, no se percató de la figura masculina que la observaba a corta distancia. El intruso la miraba con atención consciente de la melancolía y de su semblante. La imagen que tenía ante él, con el viento agitando sus cabellos y los brazos rodeando su propio

cuerpo, como si temiera a un enemigo invisible, despertó en su corazón una fiera necesidad de protegerla.

Con cautela, se acercó a ella.

—Buenos días —saludó.

Elizabeth lo miró confusa.

—Dougal, ¿qué…? —Miró a su alrededor tratando de ubicarse —. ¿Dónde estoy?

El escocés sonrió levemente.

—El tiempo es traicionero en las Tierras Altas, se pondrá a llover en cualquier momento. Es mejor que no se acerque a los acantilados en días como hoy.

—Me gustan los días así —dijo ella apretando un poco más los brazos a su alrededor —. Y la lluvia.

Dougal asintió sin decir nada y contempló el mar embravecido unos segundos más.

—Debió sufrir muchos temporales en mitad del océano — dijo ella contemplando su perfil —. Para usted el mar no tiene secretos, supongo.

El escocés giró la cabeza y posó sus verdes ojos en ella.

—El mar nunca comparte todos sus secretos.

Elizabeth se mordió el labio y volvió a mirar hacia el mar, dejando su inapropiado escrutinio.

—Parece preocupada.

—Lo estoy —dijo sincera—. Muy preocupada.

Dougal se giró y la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre?

Elizabeth sonrió con tristeza.

—Ojalá pudiera contárselo.

—¿No puede?

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Es una decisión difícil y debo tomarla yo.

—¿Teme que pueda influenciarla? Me halaga.

—Temo que vea lo cobarde que soy.

Él frunció el ceño un poco más.

—Venga —dijo cogiéndola del brazo para apartarla del borde del acantilado —, demos un paseo. La llevaré a ver a Strathspey, nuestro mejor semental.

Elizabeth caminó junto a él sin resistirse.

—¿La baronesa ha hablado ya con su abuelo? — preguntó él con tacto.

Elizabeth asintió sin responder pero de nuevo sus brazos la rodearon en un gesto de clara defensa.

—¿Cuándo se marchan?

Ella desvió la mirada para ocultarle el rostro y Dougal se detuvo al darse cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué sucede, Elizabeth? Puede confiar en mí.

Ella sollozó impotente y le dio la espalda, mortificada. Sin pensarlo, Dougal la agarró del brazo y la atrajo hacia sí rodeándola con sus brazos. Elizabeth apoyó la cabeza en su pecho y lloró desconsolada durante unos minutos en los que él se limitó a sostenerla con delicadeza,

mientras contemplaba el agitado mar con una extraña inquietud latiendo en su pecho. Después de unos minutos Elizabeth se calmó y limpió las lágrimas de su rostro visiblemente avergonzada.

—Lo siento mucho —dijo con la cabeza baja —. No sé qué me ha pasado.

Dougal cogió su barbilla y la obligó a mirarlo.

—Cuénteme lo que pasa.

Ella respiró hondo y apartándose con suavidad asintió.

—Está bien. Ya me ha visto llorar como una tonta, no creo que su opinión sobre mí empeore mucho más si le cuento lo que sucede.

Obviando lo superfluo le explicó lo que el abuelo de Meredith quería de ellas.

—Entiendo —dijo el escocés—. Y usted no quiere quedarse.

Las lágrimas inundaron de nuevo sus ojos.

—Soy horrible, ¿verdad? No me soporto — musitó.

—No es horrible, solo está asustada.

—Pero Meredith me necesita. Ahora mismo está en ese castillo, sola y angustiada, sin saber qué hacer. Y la única persona con la que puede contar está aquí llorando como una idiota porque solo puede pensar en sí misma.

Dougal se mesó la barba con expresión pensativa.

—Lo primero que deberían hacer es consultar con un abogado y, casualmente, yo conozco uno muy bueno. — Sonrió y sus ojos brillaron divertidos.

Elizabeth no estaba para reírse y no reaccionó. Dougal le mostró su brazo.

—Vamos, la llevaré a conocerlo.

* * *

Caillen observaba a Elizabeth a la que había escuchado con suma atención y después de unos segundos asintió varias veces.

—Es un buen plan —dijo—. Necesitaría ver las cláusulas del testamento para asegurarme, pero sin duda, su cuñada puede delegar en usted su poder, sí.

—¿Y si su abuelo no está de acuerdo?

Caillen se encogió de hombros.

—No es necesaria su aprobación en este caso, aunque él podría volver a cambiar el testamento. Pero lo veo poco probable dado su estado y, además, podrían impugnarlo aduciendo que ya no está en sus cabales. Igualmente, la baronesa puede esperar a que muera y de ese modo ahorrarse problemas.

—¿Es imprescindible que me quede? — Su expresión era de la más absoluta súplica —. Quiero decir… ¿no habría algún modo que nos permitiese regresar a Londres a las dos?

Caillen apretó los labios y negó con la cabeza.

—Me temo que no. Opino como Dearg, Bhattair podría actuar a sus espaldas y tramar algo para desarmar su plan. Si quieren que esos granjeros estén seguros y que las cosas se hagan como el viejo quiere, alguien tiene que vigilarlo.

—Pero no haría falta que vivieran en la misma casa — intervino Dougal —. Usted podría vivir aquí.

Los dos lo miraron sorprendidos y el escocés se encogió de hombros.

—Estamos lo bastante cerca como para que pueda controlar los movimientos de los MacDonald. Puede visitar a los granjeros a diario, si quiere. — Sonrió —. Le dejaríamos un buen caballo.

Por primera vez desde que Meredith le había contado el plan, Elizabeth sonrió.

—No puedo hacer eso —dijo con una cálida sensación en el pecho.

—¿Por qué no? —insistió Dougal—. Es cierto que sería la única mujer en la casa, pero le aseguro que sabremos comportarnos como es debido.

—No es por eso. Todos se darán cuenta de que tengo miedo.

—¿Qué más da lo que piensen?

—A mí me importa.

—Está bien —aceptó él—. Pero no olvide que tiene esa opción si la necesita.

—Gracias —dijo de corazón.

—Dígale a la baronesa que puedo actuar como su abogado mientras esté aquí — pidió Caillen —, si no es que quiere contratar los servicios de otro con más prestigio. Lo cierto es que yo me ocupo de los asuntos de mi padre y de algún otro terrateniente, pero no tengo un despacho más allá de este — dijo señalando a su alrededor.

—Es un despacho magnífico — opinó Elizabeth mirando los altos techos y el pesado mobiliario de caoba.

—Quédese a comer —invitó Dougal poniéndose de pie —. Avisaré a Gavin. Tom se alegrará de verla.

—No puedo hacer eso. —Se puso de pie —. No quiero dejar a Meredith sola más tiempo. De hecho, me marcho ya.

—La acompañamos —dijo Caillen solícito y ambos hermanos la siguieron hasta el exterior del castillo.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, señorita Wharton? — Caillen contenía una sonrisa y su hermano frunció el ceño inquieto.

—Por supuesto —respondió ella.

—Su sobrina. Harriet… ¿Se parece a usted? Me refiero a si es de su complexión y altura…

Dougal puso los ojos en blanco y maldijo entre dientes a lo que Elizabeth reaccionó con expresión confusa.

—¿Por qué lo…? —De pronto cayó en el motivo de aquella extraña pregunta y se echó a reír a carcajadas.

—No podemos creérnoslo, de verdad — aseguró Caillen muy serio —. Escapa a nuestro entendimiento.

—¿Qué escapa a nuestro entendimiento? — preguntó Lachlan que había llegado hasta ellos sin que se percataran —. Buenos días, señorita Elizabeth. La he saludado antes cuando ha saltado la valla, pero no me ha oído.

—¡Oh! Estaba distraída —dijo sonrojándose.

Dougal la miró severo.

—Le dije que pasara por la cancela.

—No me he dado cuenta. —Bajó la cabeza como si quisiera esconderse de él.

—¿De qué hablabais? —preguntó Lachlan de nuevo.

—De Harriet —respondió Caillen.

—¡Oh, eso!

—Mi sobrina ha entrenado artes marciales, un tipo de lucha…

—Oriental, sí, lo sabemos, pero aun así, hablamos de Dougal, no de cualquiera — insistió Caillen disfrutando enormemente de la turbación de su hermano mayor —. Es fuerte como un roble y ninguno de nosotros ha podido nunca contra él.

Elizabeth contuvo una sonrisa.

—Pues si la viesen usando el *jō*…

—Eso es el palo, ¿verdad? — preguntó Lachlan —. Tom nos ha hablado de eso también.

—Me cogió por sorpresa —dijo Dougal con voz de cansancio —. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo?

—También peleó contra *Bluejacket* — recordó Elizabeth —. Y por lo que me ha dicho él mismo, no se lo puso nada fácil. Y le recuerdo que derribó a varios franceses en aquel abordaje…

Dougal la miró con una severa advertencia en los ojos.

—No necesito que se una a ellos, señorita Elizabeth, ya tengo bastante con aguantar sus burlas, gracias a ese bocazas de Tom.

Ella contuvo una sonrisa y desvió la mirada, lo que hizo que Dougal apretase los labios conteniendo las palabras que le venían a la boca.

Craig llamó a Lachlan para que volviese al trabajo y Caillen se despidió de Elizabeth recordándole que Meredith fuese a verlo para hablar de todo aquello. Dougal la acompañó hasta la cancela de la verja y la aguantó para que pasara asegurándose que no salía ninguno de los caballos. Se quedaron uno a cada lado.

—Gracias por…

—No tiene por qué darlas —la interrumpió él —. Aunque si llego a saber que se pondría de parte de ellos…

Elizabeth sonrió con aquella mirada agradecida y se dio la vuelta para marcharse. Dougal la observó aún un poco más y de repente soltó el aire de un bufido. No se había dado cuenta de que había dejado de respirar.

Capítulo 15



Bhattair miraba a su abuelo con furia contenida, los puños apretados y la vena que cruzaba su sien palpitando amenazadora. Dearg respiraba con dificultad, estaba agotado tras la discusión, sería tan sencillo acabar con su sufrimiento… Una oleada de terror lo arrolló y salió huyendo del dormitorio del anciano, asustado de lo que sentía y anhelaba, de lo que percibía en la punta de los dedos. Con pasos agigantados y haciendo tanto ruido como un caballo herrado sobre un suelo de mármol, entró en el salón en el que todos esperaban y cerró la puerta de un golpe provocando que la madera se quejase con un crujido. Elizabeth vio que Rosslyn palidecía de manera extraordinaria y se agarraba al brazo de su asiento como si temiera desmayarse. Estaba claro que aquel estado de ánimo de su marido le provocaba un enorme temor.

—¿Qué ocurre? —pregunto Duncan acercándose a su padre —. ¿El abuelo ha…?

—Se ha vuelto loco —gritó su padre —. ¡Completamente loco! ¡Ponme un *whisky*! Y sé generoso.

Su hijo obedeció sin rechistar y Alice se acercó a él para que rellenara su vaso también, mientras los demás seguían atentos, a la espera de recibir una explicación. Bhattair no quitaba los ojos de Meredith con evidente enfado ignorándolos por completo.

—¿Para eso te colaste en su cuarto? ¿Para engatusarlo? Debería haberme imaginado que tramabas algo.

La baronesa se puso de pie con el ceño fruncido y avanzó hasta él sin temor.

—Háblame con respeto —ordenó rotunda —. No te consiento…

—¡Estás en mi casa! —exclamó el otro rojo de ira —. ¡Te hablaré como me dé la gana!

El silencio se extendió por el salón como un río de lava, incluso Duncan detuvo su acción y el líquido ambarino dejó de caer en el vaso. Elizabeth se levantó y fue a colocarse junto a su cuñada para que sintiera su apoyo.

—Debería calmarse… —pidió con voz tranquila.

Bhattair la miró con tal desprecio que la hizo estremecer.

—¿Quién narices eres tú para decirme lo que debo hacer? Deberías estar con los criados, ese es tu sitio.

—Será mejor que nos retiremos antes de que… — Elizabeth cogió a Meredith del brazo para sacarla de allí.

—Qué bien la has enseñado — se burló Bhattair interponiéndose en el paso sin apartar la mirada de Meredith —. ¿Así es como enredas a todo el mundo? Conmigo no te servirá, primita. Mi abuelo ha perdido la cabeza por completo y no dejaré que destruya mi futuro y todo por lo que he luchado estos años. ¿Dónde estabas tú todo este tiempo? Disfrutando de una vida regalada, sin saber siquiera de nuestra existencia. Si supieras las cosas que ha dicho Dearg sobre su hija, las cosas que oí de ella desde niño… — Soltó una carcajada —. ¿Y ahora tú vas a ser su nietecita querida? ¿Eso te crees? Menudo par de estúpidas, antes os…

—¡Bhattair! —Su esposa se puso de pie, pálida como la muerte y Blanche, la esposa de Carlton, se alejó de ella con disimulo.

La mirada que le dedicó su marido heló la sangre en las venas de Elizabeth, que enseguida comprendió que había motivo para el miedo de Rosslyn. El primo de Meredith recorrió los escasos pasos que lo separaban de su esposa y con gran violencia le propinó una bofetada que la lanzó contra el sofá. Bonnie se tapó la cara para no verlo, cuando su padre volvió a golpearla con saña.

—Padre…

La voz de Carlton sonó apenas audible, pero fue Chisholm el que se interpuso entre él y su madre apartándolo con firmeza.

—La baronesa y su cuñada siguen aquí — advirtió el hijo con voz helada.

Bhattair se giró a mirarlas y las dos mujeres dejaron de respirar.

—Podéis iros cuando os plazca — dijo entre dientes —. No sois bienvenidas en esta…

—El castillo es de Dearg, no tuyo — lo cortó la baronesa con voz calmada —. Tengo tanto derecho como tú a estar aquí y Elizabeth es mi cuñada, así que no vuelvas a…

—¿Tu cuñada? —Caminó hacia ellas con paso lento —. Una bastarda, eso es lo que es.

—¿Cómo te atreves…?

—¿Te parece que soy atrevido? ¿Has visto lo que le ha pasado a Rosslyn? Pues no es nada con lo que te pasará a ti si no te marchas de esta casa.

El silencio en el salón se volvió espeso y pegajoso. Meredith había pasado de la sorpresa al desprecio, pero ahora sentía la sangre bullendo en sus venas.

—Deberías haberlo pensado bien antes de tratarnos de este modo — dijo recuperando la compostura —. No eres muy inteligente, eso está claro, con tu actitud acabas de despejar todas mis dudas. Hasta ahora mismo pensaba rechazar la oferta y regresar a Harmouth cuanto antes, pero acabas de convertirte en el mejor aliado de Dearg. Y te aseguro que disfrutaré cumpliendo con sus deseos.

Bhattair levantó una mano para golpearla. Elizabeth se adelantó con decisión para interponerse entre ellos, pero de nuevo fue Chisholm el que, agarrando su muñeca, lo detuvo.

—Dios Santo, padre… —masculló incrédulo —. Es la esposa del barón de Harmouth.

La susodicha no reculó ni un milímetro.

—No tendrás tu coto de caza, Bhattair, y si intentas cualquier cosa en esa dirección seré implacable. — Meredith no sentía ningún miedo, al contrario, estaba resuelta a poner a ese

hombre en su sitio —. Si no obedeces o intentas cualquier artimaña, no olvides que la herencia será mía, así que piénsatelo bien antes de volver a levantarme la mano. — Se volvió hacia Elizabeth —. Vamos, querida, a partir de hoy cenaremos en privado.

Las dos mujeres salieron del salón y el rostro de Bhattair era una máscara furiosa cuando se volvió hacia su hijo.

—¿Cómo te atreves, afeminado de mierda? — Su puño fue a estrellarse contra la boca de Chisholm, que se tambaleó al tiempo que lanzaba un gemido de dolor.

Bonnie corrió a ayudarlo a levantarse del suelo.

—¡Maldita familia! —gritó Bhattair —. ¡Malditos seáis!

—¿Es cierto que puede quedarse con todo? — Gilleasbuig fue el que preguntó —. Si es así, deberíamos andarnos con cuidado.

—No lo consentiré —masculló su padre rojo de ira —. Es una canallada que no voy a permitir. He aguantado demasiado.

—El barón se pondrá furioso cuando se entere de esto, pa…

—¡Me importa una mierda! —interrumpió a su hija —. No me quedaré de brazos cruzados mientras esa arpía trata de quitarme lo que es mío por derecho.

—¿De verdad va a desheredarte? — Duncan estaba pálido como un muerto. Sabía que para él tampoco habría nada si eso sucedía.

—Ese maldito cabrón me la ha jugado bien — musitó Bhattair llevándose las manos a la cabeza.

—No conoce a esa mujer, ¿cómo va a darle las tierras a una desconocida? Es lo único que de verdad ama — dijo Gilleasbuig.

—Quiere atarme las manos a la espalda, pero no voy a quedarme quieto, pienso luchar con uñas y dientes. Ese viejo malnacido no se saldrá con la suya.

Chisholm se dirigió a la puerta para salir de allí llevándose a su hermana.

—¡Tú! —Lo detuvo su padre—. ¿Adónde te crees que vas? Lo sabías, ¿verdad? Te lo dijo, ¿a que sí?

—No, padre, no lo sabía —respondió tratando de no mover mucho el labio que le había partido —. Pero el abuelo ha repetido hasta la saciedad que no dejaría que echaras a los granjeros, deberías haberlo escuchado.

—¿Los granjeros? ¡Como si a él le importasen! No dudó en echar a los campesinos cuando se dio cuenta de que las ovejas eran mucho más rentables.

—Algo podremos hacer, ¿no? — Duncan se acercó a él con apremio —. No podemos permitírselo. Hablaremos con nuestros abogados, seguro que podemos aducir que el abuelo no está en sus cabales.

Bhattair resopló para liberar sus pulmones y después se dirigió hasta el mueble de las bebidas para servirse un *whisky* que bebió con ansia.

—Iremos mañana a hablar con ellos — dijo volviendo a llenar el vaso.

—¿Nos vamos a quedar sin nada? — Sollozó Anabella y se tapó la boca al ver la advertencia en la mirada de su padre.

—No lo permitiré. Antes que dejar que me quiten lo que es mío no dejo piedra sobre piedra.

—Solo perderás la herencia si no aceptas los deseos del abuelo — recordó Chisholm.

—¿Y qué pasa si se mueren las ovejas? — preguntó Carlton con cinismo —. Esas cosas pasan.

—¿Estás proponiendo matar a todas las ovejas? — Chisholm miraba a su hermano sin acritud, como miraría a una cucaracha que corriera por el suelo, la pobre nació para eso —. ¿Y qué dices de los granjeros? ¿Los matarás también, Carlton? Ilumínanos.

—¿Eres imbécil? ¿Quién ha dicho nada de matar a nadie? Maldito desviado… — susurró con desprecio.

—Perdona mi error, es lo que me ha parecido que pretendías, porque matar a las ovejas solo nos haría más pobres y no solucionaría el problema de padre. — Sonrió perverso —. Disculpa mi confusión, hermano, creo que el puñetazo de padre me ha nublado el entendimiento.

—¿Entendimiento? Nunca has tenido de eso, se debió perder junto a tu hombría. ¿Por qué no dejas que se marche, padre? Aquí no hace más que estorbar.

—¡Lárgate, sí! —le gritó Bhattair.

Chisholm no esperó a que se lo repitieran y cogiendo a su hermana de la mano, salieron de allí.

* * *

Meredith se quitó los zapatos y ronroneó de placer.

—Me duelen los pies —dijo caminando hacia el tocador para quitarse también las joyas —. Ha sido una noche… No sé cómo calificarla. Ese hombre es un monstruo, Elizabeth.

—No se atreverá a molestarnos, en cuanto reflexione y se dé cuenta de lo que puede perder…

—¿Que no se atreverá? No lo juzgues tan a la ligera, es un hombre despiadado. Si se ha atrevido a golpear a su esposa delante de nosotras, no quiero ni pensar de lo que es capaz cuando nadie lo ve. A partir de hoy atrancaré la puerta con esa silla.

—He visto a Dougal esta mañana — dijo Elizabeth acercándose a ayudarla con las cintas del corsé —. ¿Sabías que Caillen es abogado?

Meredith dejó los pendientes sobre la bandeja y asintió.

—Sí, nos lo dijo aquel día que…

—Quiere que vayas a hablar con él y se ha ofrecido a ser tu consejero en este asunto.

—¿El hermano de Dougal mi abogado? — La baronesa frunció el ceño —. Claro, qué buena idea has tenido.

—Revisará el testamento y se asegurará de que puedes otorgarme poderes.

—Será muy cómodo que sea él quien se… — Meredith se dio la vuelta para mirarla y el corsé cayó al suelo dejándola en camisola —. ¿Otorgarte poderes?

Elizabeth la guio hasta la silla del tocador y la hizo sentarse frente al espejo para proceder a deshacer su peinado.

—Tú volverás a casa y yo me quedaré en tu lugar.

—Pero… —Trató de girarse, pero Elizabeth no se lo permitió. Meredith la miró a través del espejo y vio que sonreía —. No puedo dejarte sola, imposible después de lo de esta noche.

—No le tengo miedo.

—No digas tonterías, claro que se lo tienes. Y sé que te sientes obligada, pero…

—¿Obligada? —la cortó de nuevo—. ¿A hacer algo por ti? No hay nadie en el mundo con el que esté más obligada que contigo.

—Elizabeth… —Se puso de pie y la miró con preocupación —. No digas eso.

—Me acogiste en tu casa como a una hija. Me has hecho sentir siempre como una más, dejándome ser yo y sin imponerme nada. Has cuidado de mí, me has protegido y me has querido. Nunca podré devolverte ni un ápice de lo que me has dado. Nunca.

La baronesa la abrazó con cariño y las lágrimas rodaron por sus mejillas imparables.

—Me quedaré con gusto —dijo Elizabeth con la barbilla apoyada en su hombro —. Y me sentiré muy feliz al saber que te estoy siendo de ayuda. Perdóname por no haber reaccionado así desde el principio, no me lo tengas en cuenta.

—Pero ¿cómo voy a…? —Meredith se apartó y se limpió las lágrimas que mojaban sus mejillas —. No puedo dejarte aquí sola con él.

—Acudiré a Dougal si lo necesito. Y tengo a Chisholm y a Bonnie de mi parte, ya lo has visto.

Habían cenado los cuatro juntos en la sala de música y los dos hermanos se habían mostrado claramente a su favor.

—No tienes de qué preocuparte, Meredith, en cuanto me otorgues esos poderes, Bhattair no se atreverá a importunarme. — Sonrió preguntándose de donde había sacado esa capacidad para fingir una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿De verdad quieres hacerlo?

—Por supuesto. Alguna vez tenía que hacer algo sola. Tienes que confiar en mí.

—Confío plenamente en ti.

—Pues ya está todo dicho. Tú te irás y yo me quedaré. Pero no debemos decir nada aún — advirtió —. Hasta que Caillen haya leído las condiciones a las que hace referencia tu abuelo.

Meredith suspiró. Debería sentirse aliviada, pero no podía, no hasta que hablase con Dougal McEntrie. De su respuesta dependería su decisión.

Capítulo 16



Escuchó aliviada las explicaciones de Caillen, pero su sonrisa aún era nerviosa.

—Entonces ella estará protegida, ¿verdad? Bhattair no podrá molestarla…

—Si lo hace, se arriesga a que su cuñada le haga la vida muy difícil, ya que cualquier decisión que quiera tomar deberá tener su aprobación. Además, Elizabeth tendrá completo derecho a disponer de todos los bienes de Dearg como usufructuaria, igual que el propio Bhattair.

Elizabeth mantuvo un rostro lo más calmado posible, aunque por dentro era un manojo de nervios. Las palabras de Caillen no la estaban tranquilizando en absoluto, saber que disponía de herramientas para enfrentarse a ese desagradable hombre, no evitaría el hecho del enfrentamiento en sí y estaría sola en medio de una familia cuyos miembros, en su mayor parte, la detestaban.

—Yo redactaré enseguida el documento de cesión de derechos, y lo tendremos listo y firmado para cuando llegue el momento de su partida. ¿Le parece bien?

—Me parece excelente —dijo la baronesa poniéndose de pie —. ¿Podría hablar con usted, Dougal? En privado.

—Puedes hablar con él aquí — dijo su cuñada con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Acompáñeme —señaló el escocés ignorándola y salieron del despacho.

* * *

La baronesa lo miraba con expresión inquisitiva y, lejos de lo que estaba acostumbrada siempre que usaba esa mirada, el antiguo pirata aguantó estoico e inamovible el escrutinio. Se había sentado en el alféizar de la ventana y apoyaba la espalda en el arco con pose relajada.

—¿Llamaste estúpida puritana a mi cuñada?

—No.

—Pues ella así lo cree.

—Lo que le dije fue que era una resabida, además de ser una solterona puritana.

Meredith levantó una ceja.

—No suena mucho mejor.

—También le dije que interpretaba muy bien el papel de una apática santa.

—Es usted de lo más galante.

—Me lo han dicho otras veces.

—No va a ponérmelo fácil, veo.

—Si supiera lo que pretende…

—Quiero asegurarme de que va a cuidar de ella.

Dougal asintió despacio.

—Me comprometí con su esposo a cuidarlas a las dos. Que usted se marche no anula dicho compromiso.

—¿Entonces puedo irme tranquila? ¿No dejará que su mala opinión sobre mi cuñada afecte a su buen juicio?

Dougal sonrió irónico.

—No tengo mala opinión sobre ella. Y no permitiré que Bhattair la moleste.

—Mi primo es un hombre violento, física y verbalmente.

—Sé muy bien cómo es. De hecho, las advertí a las dos sobre él, si no recuerdo mal.

—Lo hizo.

—Eso me parecía.

—Dougal…

Él esperó sin inmutarse.

—¿Qué piensa de verdad de Elizabeth?

El escocés frunció el ceño desconcertado. No se esperaba una pregunta tan directa.

—Me irrita un poco.

La baronesa lo miraba con preocupación y el escocés sonrió.

—No se preocupe, nos llevaremos bien.

—Es una persona muy sensible, aunque no lo demuestre.

El escocés la escuchaba con atención, pero sin aparente interés.

—Nunca ha estado sola.

—No estará sola.

Meredith se mordió el labio asintiendo, mientras sus pensamientos trataban de tranquilizarla sin mucho éxito.

—Baronesa, mírelo como una oportunidad.

—¿Oportunidad?

El escocés buscó las palabras que mejor explicarían lo que quería decir. Una mala interpretación solo serviría para preocuparla aún más.

—Alejarse de todo lo que conoce, quizá la ayude a dejar de esconderse.

—¿Esconderse? ¿Qué quiere decir? Elizabeth es la persona más sincera y auténtica que conozco.

—Entonces es que no la conoce muy bien.

—¿Qué está diciendo? Es como una hija para mí, claro que la conozco.

El escocés se mesó la poblada barba durante unos segundos antes de responder.

—¿Por qué cree que usa esos vestidos grises?

—Para no preocuparse por su aspecto.

Dougal sonrió sin humor y negó con la cabeza.

—Son una coraza.

Meredith lo escuchaba con atención, pero con cierta distancia, no le gustaba lo que oía y no quería dejarse influir.

—Mi madrastra nos contaba un cuento cuando éramos niños. — Sonrió divertido —. Al verla frente a los acantilados, me acordé. ¿Me deja que se lo cuente?

La baronesa asintió con expresión confusa.

—Había una vez un valiente caballero que vivía en un lejano reino. Este caballero era conocido por su destreza en la batalla y su habilidad para enfrentarse a cualquier desafío, pero también por ser bueno y confiado. Alguien a quien valoraba lo traicionó, causándole un daño insoportable. Fue tal el sufrimiento del caballero que se pasó días y días encerrado en su cuarto llorando, sin ver a nadie. Después de ese tiempo, salió de allí, buscó un herrero e hizo que le construyera la armadura más brillante y dura que se había construido jamás. Con ella se cubrió de pies a cabeza y se lanzó a mil y una batallas desafiando a la muerte. Según pasaban los días, se dio cuenta de que la armadura no solo lo protegía de caer herido o muerto, también le hacía sentirse seguro en cuanto a sus sentimientos. Podía llorar sin ser visto, podía reír oculto tras su yelmo sin que nadie conociese el motivo de su risa. Podía mirar con amor, con deseo o de cualquier otro modo, sin ser juzgado. Así que empezó a usar la armadura incluso en la corte, en el mercado y en todos los aspectos de su vida diaria. Y llegó el día en que ya no se la quitaba ni cuando estaba a solas en su dormitorio. Empezaron a salirle llagas, las llagas se convirtieron en pústulas sangrantes y se infectaron gravemente. Nadie se dio cuenta, ni siquiera él. Sentía el dolor, lloraba sin poder dormir, pero no podía desprenderse de su coraza porque ya no tenía valor para vivir sin ella. Un día, cuando se dirigía a palacio se desplomó muerto en el suelo. Cuando le quitaron la armadura nadie lo reconoció por su mal estado, no supieron cuál era su nombre y nadie reclamó su cuerpo. Fue como si nunca hubiera existido.

—Es un cuento horrible para un niño.

Dougal sonrió consciente de que sus reticencias no iban en ese sentido.

—¿Cree que Elizabeth usa esos vestidos como armadura?

Dougal asintió.

—¿Y cuál es la moraleja de tan triste historia?

—Podrá esconderse de todos los demás, pero no podrá esconderse de sí misma porque, si lo hace, desaparecerá para siempre.

Meredith se quedó un rato mirándolo pensativa. Que Dougal era una persona especial, ya lo sabía, lo había percibido desde el primer momento, pero no tenía ni idea de que fuese tan sensible. Eso no lo habría adivinado jamás.

—¿Y cuál es su coraza? —preguntó ladina.

El pirata sonrió y se acarició la tupida barba.

—Ya veo. Ahora sí aceptaré ese jerez que me ha ofrecido antes — dijo y dejó escapar un suspiro —. Confío en su palabra, Dougal, no permita que Bhattair le haga daño.

El escocés asintió.

—Me ocuparé de ello.

Al otro lado de la puerta Elizabeth se limpió las lágrimas que se empeñaban en descolgarse de la comisura de sus ojos. Agradeció que nadie la viese, porque la vergüenza que las palabras de Dougal le habían provocado ya era lo bastante humillante por sí sola. Respiró hondo tratando de recuperar la compostura y se alejó de allí.

⁎ ⁎ ⁎

Elizabeth abrió con cautela la maciza puerta de roble de la biblioteca. Caillen había dicho que todos estaban trabajando con los caballos, pero aun así, no quería sorprender a nadie y que la tildasen de cotilla. Al entrar en la estancia sus ojos se abrieron anonadados y se deslizaron lentamente por cada uno de sus rincones. La luz del sol atravesaba los espléndidos vitrales que coronaban las altas paredes. Un caleidoscopio de colores danzaba sobre los lomos de los libros y la rica madera de caoba que conformaba las estanterías. La biblioteca se extendía hacia arriba, tan alta como el ojo podía ver, y dos escaleras de caracol permitían el acceso a las obras literarias que se alzaban hasta el techo abovedado.

El aire estaba impregnado de un aroma a pergamino antiguo y cuero curtido y despertó en ella una sensación de reverencia y admiración. Los volúmenes, en apretadas filas, se alineaban en los estantes como fieles centinelas. Con sus pasos resonando en el suelo de mármol, Elizabeth se adentró en el laberinto de estanterías, recordando lo que le había dicho Bonnie. Sin lugar a duda, aquella era la biblioteca más extraordinaria que jamás hubiese visto. Sus dedos rozaron delicadamente los lomos de algunas obras, al tiempo que sus ojos recorrían con avidez los títulos, que abarcaban desde tratados de filosofía hasta poesía y prosa de los más célebres autores de todos los tiempos.

Un ruido la hizo volverse y vio a Dougal apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados frente al pecho y mirándola con aparente indiferencia.

—¿Le gusta? —preguntó sabiéndose descubierto. Avanzó hasta ella y se detuvo a leer el título en el que se había detenido —. Puede llevárselo, si quiere.

—No, gracias —dijo ella con frialdad —. Los MacDonald tienen libros de sobra.

El escocés entornó ligeramente los ojos para mirarla con más atención. Algo la había perturbado y se preguntó qué podía ser.

—Deduzco que ya han terminado su conversación — dijo Elizabeth dándose la vuelta para salir de allí.

—¿Ha subido hasta el piso de arriba? — La detuvo refiriéndose a la parte alta de la biblioteca.

Elizabeth suspiró sin hacer ruido y se giró de nuevo, lentamente.

—No, no he subido.

—No ha contestado a mi primera pregunta — aprovechó que tenía su atención —. ¿Le gusta nuestra biblioteca?

—Creía que era una pregunta retórica. ¿Cómo podría no gustarle a nadie un lugar como este?

Dougal sentía cada vez más curiosidad por saber qué había hecho cambiar tanto su actitud hacia él. Si había algo que había aprendido durante los años que vivió en el mar, era a detectar imperceptibles variaciones en el ánimo de los miembros de su tripulación, eso le había hecho adelantarse a numerosos conflictos y resolverlos antes de que estallasen.

—Es una de las estancias más antiguas del castillo — dijo sin perder detalle a sus gestos.

Elizabeth se tocó el encaje del cuello de su vestido y alisó la falda con un gesto tenso. De pronto se sentía incómoda y vulnerable frente a él. Sus palabras sobre el motivo por el que llevaba aquellos vestidos la hacían sentirse extrañamente expuesta. Como si pudiera ver dentro de ella.

—Bonnie me dijo que tienen cuatro mil setecientos veintidós libros — dijo de pronto y carraspeó sintiéndose una tonta por mencionarlo. ¿Por qué no dejaba de mirarla de ese modo? ¿Es que no tenía modales?

La hemos dejado con Caillen. ¿Le ha dicho algo que la ha molestado? ¿Algo sobre mí? Porque está claro que lo que sea que ha cambiado tiene que ver con… Su diálogo interno se detuvo en seco. La vio salir del despacho para dirigirse a la biblioteca. Doblar la esquina, avanzar por el pasillo, cruzar por delante de la puerta del salón en el que ellos estaban. ¿Se detuvo allí? El escocés entornó un poco más los ojos.

—¿Ahora escucha detrás de las puertas?

Elizabeth lo miró asombrada, como si de verdad creyera que podía verla por dentro.

—¿Por eso está así? ¿Se ha enfadado por lo que he dicho de sus vestidos?

—No sé de qué está hablando — mintió.

Dougal soltó una carcajada y movió la cabeza.

—Miente usted muy mal, no debería ni siquiera intentarlo.

Elizabeth levantó el mentón con fingido orgullo, pero en realidad parecía una gallina a punto de ponerse a cacarear.

—No se enfade conmigo, ya sabe que no tengo modales.

—Desde luego que no.

—¿La he ofendido? ¿O está así porque le molesta ser tan transparente para mí?

De nuevo aquella sensación de estar desnuda en mitad del cuarto. Su rostro enrojeció sin que pudiera evitarlo y se dirigió hacia la puerta para marcharse.

—No huya, cobarde. —La frenó—. ¿Así va a enfrentarse a Bhattair?

—No tengo intención de enfrentarme a él — dijo mirándolo con desagrado.

—Pero él sí querrá luchar contra usted. Y cuando alguien nos busca, no siempre podemos escaparnos.

—No se preocupe por mí. —Sonrió perversa —. Llevo mi coraza, ¿recuerda?

Se dio la vuelta, pero Dougal la sujetó del brazo y la obligó a mirarlo de nuevo.

—¿Por qué le molesta tanto lo que yo piense?

—Es usted… —Movió la cabeza irritada por no encontrar una palabra que lo definiese con contundencia —. ¿Por qué siempre tiene que hacerme sentir así?

—¿Así, cómo?

—Como… como… —Lanzó un gruñido entre dientes.

Dougal sonrió.

—¿De qué se ríe? —preguntó cada vez más molesta.

—De usted.

—Eso ya lo veo.

—Entonces, ¿por qué pregunta?

—Porque quiero saber lo que piensa de mí. Dígamelo a la cara, no se esconda detrás de una puerta.

—Creía que ya lo había hecho. — Frunció el ceño —. ¿Se va a poner a llorar?

—Desde luego que no —dijo limpiándose una lágrima —. Jamás lloraría por nada que usted dijera.

—En realidad no llora porque yo lo diga.

Elizabeth vio horrorizada como capturaba una lágrima con la punta de su dedo y la miraba como si fuera la primera vez que veía una. Cuando posó sus ojos en ella una oleada de calor la envolvió y su corazón se aceleró impaciente.

—Llora porque sabe que la veo.

Los labios de Elizabeth temblaron peligrosamente cuando el escocés acarició la tela de una de sus mangas.

—Por más que se esconda… —Sus ojos la atraparon y dejó de respirar —. La veo, Elizabeth.

—No sé de qué está hablando — murmuró con voz temblorosa.

—Yo creo que sí lo sabe.

Elizabeth abrió los ojos sorprendida al ver aquella boca acercándose lentamente.

—Aquí estáis. —Meredith entró en la biblioteca y se detuvo impresionada —. ¡Dios Santo! ¡Parece una catedral!

Dougal, que había reculado convenientemente, mantuvo aún un segundo la mirada antes de volverse hacia la baronesa.

—Es la joya del castillo de los McEntrie.

—Desde luego —afirmó Meredith llegando hasta ellos —. No me extraña que te hayas entretenido aquí, Elizabeth. Estoy segura de que si Dougal no te hubiese encontrado no habríamos vuelto a verte. Por cierto, un tal reverendo Campbell está con tu hermano para no sé qué de una ceremonia.

El escocés asintió.

—Cada año el reverendo oficia una ceremonia por nuestras madres.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —dijo la baronesa y sonrió con cariño —. Sois muy buenos hijos. Todos. Vuestras madres estarían orgullosas.

Elizabeth sentía el corazón golpeando contra su caja y estaba demasiado incómoda para seguir allí un minuto más.

—Deberíamos irnos —dijo con voz queda.

—Oh, sí, tenemos que preparar mi regreso. — Meredith se cogió de su brazo —. ¿Estarás bien, querida? Todavía no me tranquilizo, a pesar de que sé que Dougal y los McEntrie cuidarán de ti.

El escocés las siguió y Elizabeth no volvió a mirarlo ni una sola vez.

Capítulo 17



Harriet miraba a Marianne con expresión reprobadora.

—Haces mal en comportarte de este modo, Enid no se lo merece.

—Claro, tú siempre te pones de su parte.

—No es cuestión de partes, Marianne, estás molesta porque se ha enamorado y tienes celos.

—No tengo celos.

—Ya lo creo que sí.

—¡Me aburro! —confesó al fin—. La echo mucho de menos. Tú siempre estás ocupada y Elinor no está en Londres… Solo la tengo a ella, me voy a quedar sola.

La gemela se dejó caer hacia atrás en el sofá y cubrió sus ojos con el antebrazo dejando escapar un largo suspiro lo que hizo reír a Harriet.

—Mira que eres exagerada. Harvey ni siquiera se le ha declarado aún.

—Pero lo hará. Enid es maravillosa, ningún hombre podría resistirse a ella.

—Teniendo en cuenta que sois iguales, eso ha sonado un poco vanidoso.

Marianne se incorporó de nuevo y la miró con expresión irónica.

—¿Iguales? —Negó con la cabeza—. Solo parecemos iguales. Enid es mucho más interesante que yo. Y más divertida. Yo soy sosa y aburrida.

—Eso no es cierto.

—¿Qué vas a decir tú? Eres mi amiga — dijo poniéndose de pie para iniciar un paseo por el salón —. Siempre dijimos que nos casaríamos a la vez, pero esa sabandija va a traicionarme. Yo jamás lo habría hecho, puedes estar segura.

—Nunca te has enamorado, Marianne, no sabes lo que harías por amor.

—¿Sabes lo que no haría? Traicionar a mi hermana, eso no haría — dijo señalándola con el dedo.

Harriet movió la cabeza.

—No te ha traicionado. El otro día vino a verme muy disgustada por tu actitud, tanto que se ha planteado dejar de ver a Harvey por ti.

—¿Qué? —exclamó la otra deteniendo su paseo —. ¡No!

Harriet asintió con la cabeza y Marianne corrió a sentarse junto a ella de nuevo.

—No puede hacer eso, es un buen partido.

—Pero a ti no te gusta.

—Apenas lo conozco.

—Y sabe que estás sufriendo.

—¡No estoy sufriendo! Menuda tontería.

Harriet sonrió elocuente y Marianne suspiró.

—Soy una exagerada, ¿verdad? A veces yo misma me sorprendo de lo exagerada que soy.

—Deberías hablar con ella.

—Lo haré hoy mismo —afirmó—. No consentiré que haga una tontería por mi culpa. Harvey es un buen partido, ¿verdad? Mucho mejor que un mozo de cuadras.

—Desde luego —corroboró Harriet —. Pero deberías conocerlo, que ella vea que os lleváis bien. Sois demasiado importantes la una para la otra como para hacer esto sin estar unidas.

—Además, esta unión hará que emparentemos contigo. Otra vez — sonrió.

Su amiga le cogió las mano y la miró a los ojos sonriendo.

—Las cosas suceden cuando deben suceder. ¿Te crees que yo imaginé alguna vez que me casaría con un pirata? Bueno, este no es un buen ejemplo, porque sí lo imaginé, pero sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé, intentas convencerme de que no me quedaré solterona, aunque es muy probable que eso suceda, ya que de las dos soy la hermana a la que le cuesta establecer relaciones sociales.

—Enid no se va a ir a ninguna parte y seguirá siendo tu hermana. Y Elinor y yo, también seguiremos a tu lado.

—Sea como sea, quiero que mi hermana sea feliz y si para ello tengo que hacerme amiga de Harvey Burford, lo haré.

—Ha sonado un poco exagerado.

—¿Sí, verdad? A mí también me lo ha parecido.

—¿Ya tienes vestido para el baile de la semana próxima?

—¿Cómo no? —Puso los ojos en blanco —. Ya conoces a mamá, su baile tiene que ser perfecto.

—Pues intenta que Enid te vea ilusionada.

Marianne asintió con firmeza. Iba a ser la hermana más alegre del mundo.

Capítulo 18



—El señorito Burford la espera en el salón, señorita Enid — dijo la doncella.

—Gracias, dile que bajo enseguida.

Cuando la doncella cerró la puerta se giró a mirar a su hermana con expresión aterrada.

—¿Qué hace aquí? —Pasó la mirada por su vestido —. No estoy presentable.

—Cámbiate —dijo Marianne corriendo hacia el armario —. Ponte el vestido rosa de lacitos, te queda…

—Pero ¿para qué ha venido? — la cortó desvistiéndose —. No sabía que tuviese intención de visitarme.

—¿Qué más da? Está claro que se muere por verte.

Enid sonrió, se había percatado de su cambio de actitud y sospechaba que la visita a Harriet había tenido algo que ver.

—Baja tú —pidió—. Sí, ve y dale conversación.

—¿Que yo le dé conversación? ¿Quieres que se aburra y se vaya?

—No digas tonterías. Será solo un momento, mientras me cambio de vestido y me arreglo el peinado. — La empujó hacia la puerta —. Por favor, Marianne.

—Pero…

—No hay pero que valga, dijiste que intentarías ser su amiga, demuéstralo.

—Enid…

—Por favor, Marianne —dijo juntando las manos en señal de oración —. Te lo suplico, es muy importante para mí que os llevéis bien.

Su hermana dejó escapar el aire en un soplido y movió la cabeza con resignación.

—Está bien.

Enid sonrió al quedarse sola y a punto estuvo de dar palmas de alegría. Se quitó el vestido y saltó sobre la cama tumbándose boca arriba con los brazos por encima de su cabeza. Tenía que darles tiempo, así que metió los dedos en su pelo y lo alborotó con ganas. Cuando se sentó en la

cama y se miró en el espejo del tocador soltó una carcajada al ver el estropicio que había causado.

—Voy a necesitar más tiempo del que esperaba.

⁎ ⁎ ⁎

Marianne se detuvo en la entrada del salón y observó a Harvey un momento sin ser vista. Estaba admirando una de las cajitas de la colección que su madre tenía expuestas en una vitrina.

—¿Le gustan? —preguntó acercándose.

—Son curiosas —afirmó él con una sonrisa —. Espero que no me considere un chismoso, solo hacía tiempo.

—Enid no tardará en bajar, estaba haciendo una cosa y debía acabarla — dijo ambigua. Se mordió el labio consciente de que había sonado muy poco creíble.

—No importa —dijo él sin expresión —. He venido sin avisar. Su hermana me dijo que tenía mucho interés en ver la exposición botánica de *lady* Farley y me he enterado de que hoy es el último día que podrá visitarse sin invitación.

Marianne estuvo a punto de recordarle que eran hijas de los duques de Greenwood y que *lady* Farley era amiga de su madre, pero reculó a tiempo y sonrió.

—¿En serio? —Abrió los ojos exageradamente —. Es verdad que queríamos ir…

—Puede venir con nosotros — dijo él con una afable sonrisa —, así no será necesario que llevemos carabina.

Marianne frunció el ceño. Podría ser un poco menos descarado, utilizarla de ese modo no… ¡Para! Se ordenó a sí misma. Miró su ropa y se preguntó si aquel sencillo atuendo no la dejaría en mal lugar. Sobre todo teniendo en cuenta el precioso vestido rosa que ya debería haberse puesto su hermana. Miró hacia la puerta preguntándose por qué tardaba tanto.

—¿Le apetece tomar algo mientras la esperamos?

—No, gracias.

Durante unos segundos permanecieron en un silencio incómodo.

—Entonces. —Se esforzó Marianne —, a usted le gusta la botánica…

—No especialmente.

Marianne apartó la mirada para que no viese su irritación. Respiró hondo y volvió a intentarlo.

—¿Y qué le gusta?

—La música.

—Ah.

—¿A usted no le gusta?

—A todo el mundo le gusta, ¿no?

—Pues no sabría decirle. Yo disfruto componiéndola, en realidad.

Ahora sí captó la atención de Marianne que frunció ligeramente el ceño como muestra. Harvey sonrió.

—¿Toca el piano, señorita Marianne?

—Mmm —asintió con la cabeza para acompañar aquel sonido afirmativo.

—¿Y lo hace bien?

—Bastante bien, sí. De hecho, tengo facilidad para los instrumentos. También toco el arpa.

—Yo toco la guitarra española.

Marianne abrió la boca con expresión de sorpresa, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

—¿Qué iba a decir?

—Nada.

—Creo que sí.

—Bueno… No es muy común ese instrumento.

—No, no lo es.

—Aunque no es que no me guste, me gusta, pero me parece… raro.

Harvey sonrió abiertamente.

—A mi padre también se lo parecía.

—¿Por qué ha elegido ese instrumento?

Él lo pensó unos segundos antes de responder.

—Me hace compañía. —Se apartó de la vitrina que contenía las cajitas de la duquesa y señaló el sofá para que Marianne se sentase.

Ella obedeció y esperó a que él hiciese lo propio.

—La guitarra puede ir conmigo adonde yo vaya. Me sirve de entretenimiento cuando estoy aburrido, me acompaña en las noches de insomnio…

Marianne lo imaginó recostado en la cama con la guitarra en las manos, tocando una melancólica y triste melodía. Todas las que había escuchado de ese instrumento lo eran.

—Mamá dio una vez un concierto de guitarra en casa. Hace cuatro años, durante la temporada social.

—Lo sé.

—¿Estuvo? —preguntó sorprendida.

Él asintió con expresión divertida.

—Y recuerdo a una jovencita que se escondía de su madre para que no la «exhibiese otra vez delante de sus invitados» — citó literalmente.

Marianne abrió los ojos como platos y se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación de sorpresa.

—¡Eras tú! —dijo dejando a un lado la cortesía —. ¡Tú eras el muchacho que dijo que me escondiera detrás de la columna y después le dijo a mi madre que había salido al jardín! ¡Tú me salvaste! Bueno, solo un rato, porque al final me encontró.

Harvey se reía divertido.

—El mismo.

—Pero… Yo no sabía… ¿Te acordabas de mí? ¿Sabías quién era? Claro que lo sabías — se respondió a sí misma —, estaban en mi casa.

Enid apareció entonces radiante, con un vestido de seda color rosa y los rizos perfectamente colocados.

—Estás guapísima —dijo Marianne poniéndose de pie de un salto, como si alguien hubiese accionado un resorte oculto bajo su asiento —. El… señor Burford ha venido para llevarte a la exposición de *lady* Farley que a partir de mañana solo podrá verse con invitación — aclaró haciendo muecas que él no podía ver, pues estaba a su espalda.

—Me encanta la idea —dijo Enid.

—Le he dicho a su hermana que puede unirse a nosotros, si gusta.

—Me ha ofrecido el papel de carabina — dijo Marianne sin dejar de sonreír.

—Pues entonces, vamos —dijo Enid satisfecha.

Marianne salió la primera y de ese modo pudo volver a su cara de asombro. No podía creer que aquel delgado e imberbe muchacho del que, por cierto, se había olvidado por completo fuese Harvey Burford.

—¿De qué se ríe? —preguntó Enid.

Harvey se encogió de hombros y contuvo una sonrisa.

* * *

—¡No puede ser! —Marianne se reía a carcajadas y Enid le hizo un gesto sutil para que se contuviese un poco.

—Lo siento, lo siento —murmuró la otra tapándose la boca al tiempo que le daba la espalda.

Harvey sonreía satisfecho del efecto que su anécdota había causado.

—Pobre hombre —dijo incidiendo en el asunto impidiendo con ello que la risa de Marianne se calmara.

—No puedo creerme que se dejara engañar de un modo tan artero. Siendo anticuario debía tener experiencia.

—Es lo que sucede cuando uno está predispuesto a creer lo que más le conviene — dijo y Harvey acarició una de las hojas de las pasifloras mirando con disimulo hacia el lugar en el que Enid charlaba con *lady* Farley —. Su hermana parece muy interesada en las explicaciones de la anfitriona.

—¡Oh! Enid tiene debilidad por ella desde niña. Siempre ha estado de su parte ante cualquier conflicto familiar y eso une mucho. — Sonrió Marianne —. *Lady* Farley es muy amiga de nuestra madre y la única capaz de convencerla de cualquier cosa. No se lo tenga en cuenta, querrá que le conceda algún favor y probablemente tenga que ver con usted.

Harvey sonrió agradecido por el cumplido.

—¿Le gusta la pasiflora? —Peguntó Marianne al ver que no dejaba de acariciarlas.

—Oh, permítame presentarle a esta maravillosa planta, con sus flores intrincadas y complejas. No puedo evitar pensar en nuestro querido amigo, el señor Helps, capaz de entablar conversaciones de lo más enredadas y superficiales, sobre los temas más variados, sin tener ni la más mínima idea de lo que habla.

Marianne abrió la boca sorprendida y no pudo evitar soltar una carcajada que rápidamente sentenció con su propia mano cubriendo su boca.

—¡Señor Burford!

—Perdóneme si es usted amiga de ese caballero, no pretendía ofenderlo.

—¿Amiga? Desde luego que no. Tengo muy mal recuerdo de él.

—Me alivia oír eso, soy muy dado a hacer esta clase de bromas y no siempre son bien recibidas.

Marianne miró a su alrededor mordiéndose el labio curiosa.

—Dígame qué le sugieren las camelias — dijo señalándolas.

—Las camelias son ciertamente encantadoras. Y si me lo permite, me atrevería a compararlas con nuestro buen amigo, el conde de Lovelace. Al igual que las camelias, el conde posee una belleza única y cautivadora, pero también tiene la capacidad de mostrarse en una amplia variedad de colores, por así decirlo, cuando se encuentra en diferentes situaciones sociales. Tenemos el verde envidia, el rojo ofendido o el gris iracundo. ¿Ha tenido usted el gusto de contemplar tal gama de colores, señorita Greenwood?

Marianne asintió con la cabeza.

—Recuerdo muy bien el rojo ofendido y debo decir que fue mi hermano el que se lo provocó en la ocasión que me ha venido a la memoria.

La joven lo miró entornando los ojos.

—Mi hermana sería una Orquídea, no me cabe la menor duda — dijo mirando a su alrededor —. Pero ¿cuál sería yo? No tema ofenderme y sea creativo.

—Pues… —Miró y cuando halló la que buscaba sonrió y se dirigió hacia ella.

—¿Fucsias? —Marianne se sorprendió —. No me parezco en nada. Son sorprendentes, la elegancia con la que cuelgan suspendidas en el aire…

—En efecto, Marianne. —La gemela frunció el ceño, diría que antes su voz no sonaba tan profunda —. Las fucsias son flores con una sencillez exquisita. Poseen un encanto y una vivacidad que la hacen destacar en cualquier jardín. Uno siente que sus pétalos sonarán al chocar unas con otras mecidas por el viento e imagino ese sonido como el de su risa, señorita Greenwood.

El corazón de Marianne aceleró su ritmo y su respiración le exigió más esfuerzo para oxigenarlo.

—¿Y qué flor lo definiría a usted? — preguntó con temblorosa voz.

—Si tuviera que elegir una planta para mí, sería sin duda el abedul.

—¿El abedul? ¿Por qué ese árbol en particular?

—Puede parecer delgado y menos llamativo que otros árboles, pero en realidad es muy resistente y se adapta bien. Crece en una amplia variedad de climas y es capaz de soportar condiciones difíciles. De igual manera, trato de ser flexible y resiliente ante las adversidades que la vida me presenta. Además, el abedul es símbolo de renovación y nuevos comienzos, lo que me recuerda la importancia de aprender de las experiencias y de estar dispuesto a evolucionar y crecer.

—Yo…

Marianne lo miraba embobada. Se había quedado sin palabras.

—Espero que no me considere un presuntuoso por tal descripción de mí mismo. Lo cierto es que nunca lo había pensado, pero al preguntarme… — Se llevó una mano a la nuca en un gesto nervioso —. No sé por qué he dicho todo eso.

—Lo que ha dicho sobre la variedad de climas y ser capaz de soportar condiciones difíciles, encaja perfectamente con lo que me ha dicho antes de querer viajar a otros países.

Harvey sonrió abiertamente y Marianne se contagió.

—A mí también me gustaría viajar — dijo ella —, pero siempre lo descarté porque a Enid no le atrae nada la idea.

—¿Nunca se han separado? —Siguieron paseando ya sin mirar atrás para ver si Enid se les unía.

—Nunca. —Suspiró—. Podría hablar con Alexander. O con William, ahora que está aquí, en Londres.

—¿Lo dice por su viaje a China? Mi interés es la India, más concretamente.

—También estuvieron en Japón y en Joseon. Es verdad que no fueron a la India, pero estoy segura de que podrían contarle muchas cosas interesantes de su viaje. Cosas que le podrían servir.

—Por aquel entonces su hermano estaba ciego — dijo visiblemente admirado de su valentía —. Disculpe si le parezco indiscreto, es que me parece admirable su valentía.

—No me molesta hablar de ello y a él tampoco. Alexander es una persona excepcional. — La admiración brotó por sus ojos como luces radiantes.

—Estoy de acuerdo.

Marianne sonrió satisfecha.

—Debe hacer ese viaje —afirmó—. No lo dude. El mundo es demasiado grande y hermoso para quedarse anclado en un solo lugar.

—Creo que a usted también le gustaría viajar.

—Cuando Alexander me cuenta historias me doy cuenta de lo aislados que estamos aquí. Es como si viviéramos en una de las cajitas de mamá. Es una cajita preciosa y llena de luz, pero diminuta frente a todo lo que no vemos.

Harvey la miró con mayor atención y se preguntó por qué no se había fijado en ella. Quizá porque Enid era extrovertida y alegre, mientras que Marianne se mostraba más meditativa y seria. Pero había un brillo en sus ojos que no había captado antes.

—En el baile que organizamos al final del verano podrá hablar con Alexander y también con William. Le aseguro que nadie mejor que ellos para entenderlo. — Se giró y vio que su hermana terminaba de hablar con *lady* Farley —. ¡Enid! ¡Vamos!

Harvey no pudo evitar una punzada de decepción, pero enseguida sonrió y siguieron con su visita al jardín botánico.

Capítulo 19



Dos días después, Rosslyn acudió al desayuno con la cara magullada y los ojos hinchados y tanto Meredith como Elizabeth tuvieron que fingir que creían su historia sobre la rama de un árbol y un desgraciado accidente.

—¿Vas a salir a montar hoy? — preguntó Meredith a su cuñada cuando vio que terminaba su café.

Elizabeth negó al tiempo que se limpiaba los labios con delicadeza.

—Hoy daré un corto paseo.

Sabía que aquella mañana iba a producirse la conversación entre Meredith y su abuelo en la que le comunicaría sus planes de partida e imaginaba que quería tenerla cerca por si algo salía mal. Se levantó para acercarse a ella.

—Volveré pronto —susurró con una mano sobre su hombro.

Su cuñada apretó aquella mano con la suya y asintió con una sonrisa.

—Diviértete.

Aquella mañana de agosto, el sol brillaba y la suave brisa marina acarició su rostro cuando emprendió el camino hacia el bosque. Dejó atrás el castillo de los MacDonald con lúgubres pensamientos, pero una firme resolución. A medida que avanzaba, su ánimo se fue calmando y pudo centrar su atención en las verdes colinas cubiertas de brezos en flor. Sonrió al ver algunas ovejas pastando apaciblemente bajo la atenta mirada del pastor y su perro.

—Buenos días, señor Scott.

—Buenos días, señorita Elizabeth. Hoy sí que hace buen día para pasear.

—Así es —sonrió levantando la mano a modo de despedida.

—Alexandra quiere enseñarle algo — gritó el hombre refiriéndose a su hija —. Pase por la granja si tiene un momento.

Elizabeth asintió y siguió su camino con paso vigoroso. Siguiendo el sendero que serpenteaba entre las montañas casi podía percibir el lejano murmullo del océano. Se adentró en

el bosque poblado por altos abetos y robles, cuyas copas se mecían al compás del viento, susurrando melodías que parecían emanar del corazón mismo de la naturaleza. La luz del sol se filtraba por las ramas, creando un juego de sombras y destellos que danzaban sobre el suelo alfombrado de hojas y helechos. Aquel ambiente era como un bálsamo para su ánimo y poco a poco se fue desprendiendo del peso que cargaba desde la noche anterior, cuando Meredith puso fecha a su partida. Ya lo tenían todo listo. Los documentos habían sido firmados y el equipaje se prepararía aquella tarde. Solo quedaba comunicárselo a Bhattair y los demás, aunque Chisholm y Bonnie ya lo sabían.

Se agachó a coger una campanilla y jugueteó con ella un trecho del camino. Con cada paso que daba, se sentía más y más imbuida por la paz y la serenidad que emanaban aquellos parajes, en contraposición a lo que sentía estando en el castillo de los MacDonald. Había caminado en dirección contraria a las tierras de los McEntrie. Desde que descubrió la magnífica biblioteca y mantuvo aquella extraña conversación con Dougal no había vuelto a verlo. Sabía que era un comportamiento infantil y que tarde o temprano tendrían que encontrarse, pero antes quería librarse de aquella inquietud que se había asentado en su ánimo y que tan poco la reconfortaba en esos momentos.

Un repiqueteo llamó su atención y sin darse cuenta siguió el sonido con sus pasos hasta que fue demasiado tarde. Cuando hizo amago de retroceder, Dougal levantó la mirada de lo que hacía y posó sus ojos en ella. Sonrió divertido al adivinar su intención.

—¿Otra vez huyendo?

Apartó el clavo del sitio al que lo había destinado y se limpió el sudor con el dorso de la mano con la que sostenía el martillo.

—Al parecer no se me da muy bien — afirmó ella con un tono de voz lleno de ironía.

—Mis hermanos se extrañaron de no verla pasear por nuestras tierras, ahora ya veo que no quería encontrarse conmigo.

Elizabeth frunció el ceño dispuesta a no dejarse avasallar.

—Creía que estas tierras eran de los MacDonald.

—La linde acaba detrás de esas piedras — señaló el escocés sin borrar su provocadora mirada —. Esta parte es nuestra.

—Es muy difícil esquivar a los McEntrie.

Dougal la miró burlón y volvió a colocar el clavo en su sitio para golpearlo después.

—¿Iba a alguna parte o solo huía sin más?

—Pensaba llegar a la granja de los Scott. Al parecer Alexandra quiere enseñarme algo.

—Gertrude ha tenido dos corderillos — dijo Dougal colocando otro clavo.

—Acaba de estropearme la sorpresa.

El escocés se encogió de hombros.

—¿Cómo fue? —preguntó al tiempo que soltaba en el suelo para después acercarse a ella.

—¿El qué?

—La charla con Bhattair.

—Ah, eso. Hablaremos esta tarde.

—¿Aún no se lo han dicho? — preguntó sorprendido.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Queríamos tenerlo todo preparado antes. Ayer por la tarde fuimos al despacho de los abogados de Dearg. Debe saberlo ya que su hermano nos acompañó.

Dougal levantó una ceja como respuesta.

—Elizabeth, va usted a quedarse sola en esa casa — dijo él poniéndose serio —. Y los únicos amigos con los que cuenta aquí, somos nosotros. Yo, para ser más exactos.

Elizabeth respiró varias veces por la nariz antes de responder.

—Chisholm y Bonnie también son mis amigos.

—Sabe a lo que me refiero.

—No, no lo sé.

Se acercó a ella y tuvo que contenerse para no dar un paso atrás y que viese lo mucho que la asustaba su cercanía.

—Deberíamos tutearnos.

—De ningún modo.

—Elizabeth…

—Eso sería del todo incorrecto.

—Seamos amigos.

—Pero no hasta ese punto —dijo con voz insegura.

Él la miró durante unos segundos sin decir nada y después se sacudió las manos para quitarse el polvo que las había ensuciado.

—Me lo pones muy difícil.

—¿El qué? Y no me tuteé. No le he dado mi permiso.

—Y eso que creía que Harriet era complicada — se rio.

Elizabeth no supo por qué, pero sus labios se arquearon sin que pudiera evitarlo.

—¿Una sonrisa? Vamos por buen camino.

—Es usted muy desconcertante.

—Y tú muy cabezota. Pero te advierto que también soy famoso por mi persistencia. Si me empeño en algo no dudes que lo conseguiré.

Aquella frase cobró un nuevo sentido al relacionarla con su mirada y Elizabeth sintió que sus mejillas se calentaban.

—Está bien, le daré un poco más de tiempo. — Cedió el escocés —. Quería montar un purasangre. ¿Le apetecería ahora?

Los ojos de Elizabeth se abrieron emocionados, pero tuvo que rechazar la oferta.

—No puedo, le dije a Meredith que regresaría temprano. — Miró al cielo —. Ya debería volver.

—La acompaño, entonces.

—Al final ha dejado de tutearme — dijo provocadora —. Al parecer no es tan persistente como presume.

—¿Y quién ha dicho que fuese ese mi empeño?

Ni loca se atrevería a preguntarle a qué se refería, por muchas ganas que tuviese de hacerlo.

—¿Va a dejar eso ahí? —señaló el martillo y los demás utensilios.

—No irán a ninguna parte. Además, tengo que seguir trabajando en cuanto regrese.

—No hace falta que me acompañe.

—Lo sé —afirmó y se pusieron en marcha —. Bhattair se enfadará cuando sepa que han vuelto a actuar a sus espaldas, pero no se atreverá a molestarla. Es imbécil, pero no llega a tanto.

Elizabeth suspiró y el escocés la miró interrogador.

—Sabe que puede avisarme si ocurre algo, ¿verdad? No importa la hora, ni…

—Lo sé.

—No se atreverá a tocarla sabiendo que está bajo mi protección. Sabe que si lo hace lo mataré.

Lo dijo de un modo que la hizo estremecer. Como si la hubiese rodeado con su brazo y la hubiese pegado a su cuerpo.

—Él… pega a su mujer —dijo buscando un tema que la sacase de sus pensamientos.

—Lo sé. Es un hombre mezquino, una rata cobarde que aguanta muy mal la bebida. Manténgase alejada de él cuando bebe y siga su instinto en todo momento, la avisará de si corre peligro.

—¿Cómo es que sus hijos no hacen nada por su madre? He visto lo que les pasa cuando intervienen, pegó un puñetazo a Chisholm, pero aun así…

—El miedo es libre y se mueve por donde quiere. Enfrentarlo no es fácil. No comparto la opinión de los que piensan que los pecados se heredan. Mientras no me demuestren que son como él, sus hijos tendrán para mí el beneficio de la duda, pero es cierto que el hecho de que permitan que golpeen a su madre, no habla muy bien de ellos.

Elizabeth levantó la mirada y la clavó en aquellos ojos verdes desprovistos por completo de fingimiento. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para apartar la mirada.

—Hay muchos que sí creen eso — dijo de pronto.

Dougal la miró sin comprender.

—Que los hijos heredan los pecados de sus padres — aclaró ella.

El escocés intensificó su mirada.

—¿Lo dice por usted?

Elizabeth se sonrojó tanto que el calor consiguió sofocarla.

—No creo que tenga usted culpa de lo que hicieron sus padres.

—Señor McEntrie…

—¿Otra vez señor? Creí que al menos eso sí lo habíamos superado.

—No puede hablarme de ese modo — musitó.

—¿De qué modo?

—Hay cosas que no deben decirse en voz alta.

El escocés frunció el ceño.

—Quizá, si se hablasen sin temor, sucederían menos, ¿no lo ha pensado? Y ya que estamos le diré que detesto profundamente a los hombres que actúan como su padre.

Elizabeth lo miró fijamente.

—¿Se considera usted un hombre puro?

Dougal abrió mucho los ojos, después frunció el ceño y finalmente estalló en una sonora y sorpresiva carcajada que dio paso a una risa intensa que lo hizo doblarse sobre sí mismo apoyando las manos en las rodillas.

—¿Qué le hace tanta gracia? — La expresión de Elizabeth era un poema.

—Solo a usted… se le ocurriría… preguntarme eso — dijo sin parar de reír.

—¿Eso es un no?

Dougal respiró hondo para recuperar la compostura.

—Cuándo dice puro, ¿a qué se refiere?

—Lo sabe perfectamente.

—No tengo la menor idea.

—No está casado.

—¿Y?

—Es un hombre.

—Gracias por constatarlo, aunque ya me había dado cuenta. — Contenía su sonrisa todo lo que podía, pero se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Los hombres… buscan… ya sabe… ¡No me haga decirlo!

—¿Por qué? —Se burló—. ¿Teme que la parta un rayo si piensa en ello? — Señaló al cielo —. Tranquila, está despejado.

—No soy estúpida, aunque usted lo crea — dijo con acritud —. Pero hay cosas que una dama no debe mencionar.

—Ha sacado usted el tema.

—Pero no era de eso de lo que pretendía hablar.

—¿Y de qué quería hablar entonces?

—Es usted imposible.

—¿Quiere saber si tengo algún hijo por ahí?

—¿Y por qué iba a querer saber eso? — dijo tratando de sonar creíble.

—No lo tengo.

—Me alegro por él.

—¿Por quién?

—Por su hijo inexistente.

—¿Qué más quiere saber?

Elizabeth desvió la mirada y se encogió de hombros.

—¿Es porque son católicos? — preguntó mirándolo de nuevo.

—No somos católicos, la nuestra es la iglesia de Escocia.

Elizabeth frunció el ceño.

—Creí escuchar a Joseph…

Dougal sonrió abiertamente.

—A Joseph le encanta provocarme. Pero a qué se refería con esa pregunta: «es porque son católicos» — repitió.

—Que ninguno esté casado. ¿No le parece una desconsideración hacia sus hermanos tener que esperar a que usted se case para poder tener su propia familia?

—Yo ya estuve casado.

Elizabeth lo miró al notar la dureza en su voz.

—Pero… su padre… No quería decir…

—Sé lo que quería decir. Y ya conoce a mis hermanos, si quisieran casarse lo habrían hecho.

Elizabeth asintió repetidamente.

—Discúlpeme, por favor. Ha sido un comentario del todo inapropiado.

Dougal enarcó una de sus rojas cejas mirándola con ironía.

—Debe tenerme por alguien muy sensible, aunque le he demostrado con creces que no lo soy. — Se burló —. Y en cuanto a lo de tener hijos ilegítimos…

—No tiene por qué hablarme de eso — lo interrumpió.

—Ah, ¿no?

—Desde luego que no —dijo rotunda.

—Aun así, no los tengo.

—¿Está seguro?

Lo miraba de frente y el escocés no rechazaba nunca un guante.

—No he hecho voto de castidad, es cierto, pero las mujeres que me han acompañado en la cama sabían bien lo que hacían, se lo aseguro.

—Dios Santo… —murmuró incómoda—. ¿Por qué tiene que ser tan directo?

—¿Otra vez la puritana? ¿Qué es lo que le molesta tanto? ¿Que me consolara con mujeres expertas o que se lo cuente?

—No necesito saberlo.

—Y aun así no ha dejado de preguntarme.

—Yo no he… Oh, déjelo. —Aceleró el paso, de pronto tenía prisa por llegar.

—¿Qué cree que debe hacer un hombre de mi edad cuando tiene «necesidades»? ¿Sabe los meses que pasábamos en alta mar sin ver a una mujer? En mi opinión, lo que hacíamos nosotros era mucho más decente que lo que hacen esos caballeros a los que usted respeta e incluso… aprecia.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿De qué caballeros habla?

—Su amigo William Bertram, por ejemplo. Estoy seguro de que él tampoco ha hecho voto de castidad.

Abrió los ojos sorprendida de su desfachatez.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo?

—¿Con sinceridad? Es mi forma de hablar.

—William Bertram es un caballero, como bien ha dicho, y lo que haga es asunto suyo, pero esté seguro de que estará dentro de los parámetros del decoro más estricto.

—Si yo le contará lo que estará haciendo ahora mismo con esos parámetros — masculló enrabiado desviando la mirada.

—Se ha enfadado —dijo confusa. ¿No debería ser solo ella la que se enfadase allí?

—Reconozco que tiene usted el don de irritarme.

—Vaya, gracias —dijo molesta.

—¿Por qué no dice lo que piensa? Se enrosca alrededor de las palabras como una serpiente dejándome a mí todo el trabajo. Pregunte directamente, con palabras claras y concisas. ¿Qué quiere saber de mí?

—No quiero saber nada.

—Otra vez.

—¿Otra vez qué?

—Escondiéndose como una cobarde. Claro que quiere saber, se muere por saber, lo veo en sus ojos y en el modo en el que respira. Pregunte, sea valiente por una vez en su vida.

Elizabeth apretó los labios como respuesta y Dougal movió la cabeza con mirada condescendiente.

—¿Iba a besarme? —dijo ella de pronto y su expresión demostró que era la más sorprendida de los dos.

Dougal sonrió al fin.

—Ahí está al fin —dijo satisfecho.

—Ha insistido en que le preguntase, ¿no va a contestarme?

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿Sí va a contestarme o sí iba a besarme? — preguntó con las manos en la cintura.

—Sí a las dos cosas.

—¿Por qué?

—Me apetecía mucho —dijo poniéndose las manos igual que ella.

Elizabeth no dejaba de mirarlo incrédula.

—¿Alguna vez ha besado siquiera a un hombre?

Elizabeth sintió que el calor ardía en sus mejillas.

—Sí. —La sorprendió el sonido de su propia voz.

—Déjeme adivinar. ¿William Bertram?

Ella asintió.

—¿Ama a ese hombre?

—¿Cómo se atreve a preguntarme eso?

—Aquí estamos solos usted y yo. ¿Qué teme?

Ella levantó la barbilla con orgullo y asintió antes de responder.

—Sí, lo amo.

Dougal soltó una carcajada.

—¿De qué se ríe?

—No tiene ni idea de lo que es el amor.

—Usted no me conoce en absoluto.

—La conozco, Elizabeth, ya se lo dije. Me parece que soy el único que puede verla, a juzgar por cómo la tratan todos. Y déjeme que le cuente un secreto, lo que siente por ese caballero no es amor.

—Por supuesto que lo es.

—Si se quiere engañar, allá usted, pero sepa que esa tenue llama que prende en su corazón, no es amor. El amor es una llamarada que te quema por dentro y no hay agua capaz de apagarla.

—¿Qué sabe usted lo que yo siento?

Dougal la agarró del brazo y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. Sin dejarle escapatoria, le retuvo las manos en la espalda.

—Sé lo que no siente. Cuando habla de él no hay fuego en sus ojos, ni ardor en su vientre. No hay deseo ni ansia ni anhelo. Solo una tenue sombra que la acompaña y de la que tendrá que librarse si quiere saber de verdad lo que es amar. Mientras continúe arrastrando ese fantasma consigo no conseguirá liberar su espíritu para encontrar lo que busca.

Ella lo miraba ansiosa y abrumada, lo sentía tan cerca y tan intensamente que su corazón se aceleró atemorizado y su garganta se quedó seca.

—¡Despierte, Elizabeth! —exclamó entre dientes —. ¡Despierte de una vez!

—Esto está mal —musitó asustada.

—¿Por qué?

—Porque usted y yo no… No puede abordarme de este…

—La deseo, Elizabeth. No me pregunte por qué, no lo entiendo ni yo mismo. No me gusta usted, no soporto sus remilgos, sus miedos y el modo en que se viste. Usted y yo no deberíamos habernos conocido siquiera. Pero por algún extraño sortilegio que no alcanzo a entender, la deseo con cada fibra de mi ser.

Elizabeth tenía una mirada inquieta que danzaba entre los ojos y la boca del escocés. Su respiración era agitada y su corazón latía ya desenfrenado.

—Voy a besarla —musitó el escocés decidido.

—Dougal… —apenas un susurro que dejó sus labios entreabiertos.

Se acercó hasta que su aliento la rozó suave y dulce y de repente el mundo desapareció de su vista. La besó con suavidad, recreándose en el momento, disfrutando de aquel primer e inesperado contacto. Recuperó sus propias manos y las usó para sujetar el rostro femenino. Sin más preámbulo llevó la lengua al interior de su boca provocando que un gemido de sorpresa escapase de la garganta de Elizabeth. Algo se deshizo dentro de ella. Un nudo apretado y duro que no la dejaba respirar. Y de pronto se sintió etérea, a punto de elevarse por encima de sus cabezas. Se agarró a él temiendo perderse y dejó que su boca respondiera a aquella caricia que estaba quemándola por dentro. Los pelos de su barba le hacían cosquillas y su cerebro sonreía extasiado. No se reconocía a sí misma, era como si de pronto el mundo no fuese un lugar inhóspito y desconocido sino un lugar abierto en el que experimentar y sentir. Pero poco a poco ese mundo abierto se fue transformando en un oscuro abismo cuando su cerebro tomó de nuevo el mando apartando de un manotazo a su tembloroso corazón. Sus pies entonces no hallaron donde pisar y sintió un miedo atávico, casi visceral, de ser masticada y escupida por aquel monstruo que intentaba devorarla desde dentro de sus entrañas.

—¡No! —gritó apartándose.

Dougal la miró muy serio, con el pecho subiendo y bajando agitado.

—No —repitió rotunda—. Esto está mal. Tú estás mal.

El escocés frunció el ceño.

—¿Yo estoy mal?

—¿Me has confundido con una de esas mujeres de las que hablabas? Yo no soy así.

—¿Así, cómo? ¿Apasionada? ¿Impulsiva? Porque te aseguro que sí lo eres.

—¡No! —Se restregó la boca como si quisiera quitarse su sabor —. No vuelvas a hacerlo o…

—¿O qué? ¿Me despreciarás más de lo que me desprecias ahora?

—Aléjate de mí —escupió con rabia —. ¡Aléjate de mí!

Echó a correr aterrada y Dougal se quedó petrificado, con los puños cerrados, observando cómo se alejaba. Su cabello agitado por el viento y la falda de su vestido gris arremolinándose a cada paso que daba. Estaba convencido de que el rojo era el color que la definiría mejor. Había un fuego escondido en esa mujer, un fuego que ella se esforzaba tanto en apagar que apenas sobrevivían los rescoldos. Pero a él le estaban abrasando esos rescoldos, se le habían metido en las venas y corrían por su sangre como un veneno. Su corazón volvió a acelerarse impulsado por

sus instintos más primarios. Cuando estaba a su lado escuchaba el grito de una súplica silenciosa que lo llamaba. Nuna decía que el amor es un ser que necesita de dos cuerpos para vivir. No puedes escoger. Está ahí. De haber podido, nunca habría elegido a Elizabeth Wharton, no conocía a una persona más opuesta a él que esa remilgada y austera mujer. No tenían nada en común. La primera vez que la vio ni siquiera le pareció atractiva. Ni un poco. Nada. Movió la cabeza y se apartó el pelo con las dos manos.

—Eres un maldito imbécil —masculló con expresión hosca.

Siguió observándola hasta que ya apenas podía distinguirla en la distancia. La habría reconocido entre un millón de mujeres. Se sabía de memoria su manera de caminar, el modo en el que arrugaba el ceño cuando conversaba consigo misma o el gesto nervioso de tocarse el ribete del cuello de su vestido si sus pensamientos la turbaban. Cuando vivían en casa de los Burford analizó cada una de sus costumbres. Cómo sus expresiones anticipaban el momento de levantarse de una butaca. Cómo su mirada escapaba por una ventana mientras la aguja de su bordado quedaba suspendida en el aire. Durante minutos, que habrían sido horas si nadie la hubiese interrumpido, viajaba a algún lugar recóndito y feliz, al que le hubiese gustado poder acompañarla.

—Estás acabado, Dougal McEntrie, completamente acabado.

Capítulo 20



Cerró la puerta de un portazo y atravesó su cuarto con paso agitado.

—¿Cómo se atreve? Maldito desgraciado. ¿Por quién me ha tomado? ¿Cómo ha podido besarme de ese modo?

Los labios le ardían y el corazón le latía desbocado. Se paseó por la habitación sin saber ni donde estaba. Había entrado en el castillo y corrido hasta allí sin ver a nadie. Y menos mal porque no habría podido disimular la inquietud que la poseía en esos momentos. Se llevó la mano a los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué clase de hombre le dice a una mujer decente y soltera que la desea? ¿Cómo se atreve a desearme? — La mano bajó hasta su cuello y lo agarró como si eso pudiese ayudarla a respirar —. Me ha tratado como a una de esas mujerzuelas a las que frecuenta. ¿A qué dama decente se le habla de ese modo?

Se sentó en la cama sujetándose las manos. Sentía tal indignación que todo su cuerpo era una vara dura y tiesa que si movía demasiado acabaría por partirse. Tenía ganas de llorar de rabia. No es que esperase que le hiciese una declaración de amor ni una confesión delicada y aceptable. No esperaba nada de Dougal McEntrie. Jamás había pensado en él de ese modo. Era un gañán, un insolente y un…

—Desgraciado. —Se limpió una lágrima y golpeó el suelo con el pie —. No llores, estúpida.

La deseo, Elizabeth. No me pregunte por qué, no lo entiendo ni yo mismo. No me gusta usted, no soporto sus remilgos, sus miedos y el modo en que se viste. Usted y yo no deberíamos habernos conocido siquiera. Pero por algún extraño sortilegio que no alcanzo a entender, la deseo con cada fibra de mi ser.

Se cubrió la cara con las manos. ¿Por qué se estremecía al recordar sus palabras? ¿Se estaba volviendo loca? ¿Acaso había algo en esa horrible confesión que fuera mínimamente aceptable? No solo la había ofendido profunda e intencionadamente, además, le había dejado claro que su

deseo no estaba impulsado por un sincero sentimiento. Si la hubiese amado… Gruñó entre dientes como si no pudiese soportarlo. ¿Es que no era suficiente con ser despreciada por todos los hombres de Inglaterra? ¿Ahora se unirían también los de Escocia?

Se limpió las lágrimas con fiereza. Algo debía haber hecho mal para que él se atreviera a decirle algo tan humillante. ¿Lo había tratado con demasiada familiaridad? ¿Había sido accesible? Sacudió la cabeza con vehemencia. No era culpa suya. ¿Accesible? ¡Había sido esquiva, antipática y fría la mayor parte del tiempo! Durante los diez días que duró el viaje se había mantenido siempre en un segundo plano… Recordó los paseos y las charlas cuando Meredith quería descansar. ¿Era eso? ¿Qué tenía de malo? No había incumplido ninguna norma de decoro y se limitó a ser amable dado el contexto.

Pero había algo en lo que no quería pensar. Algo que la torturaba por dentro mucho más que las palabras del escocés. Algo que tenía que ver con su corazón y su cuerpo y lo que había sentido cuando la había besado. Jamás lo confesaría ante nadie. Podía aceptar el desprecio y la humillación, pero no podía reconocer que había sentido placer con…

Se tocó los labios y cerró los ojos un instante reviviendo aquel momento. Su corazón se aceleró y un estremecimiento la atravesó de parte a parte al recordar el sabor de su lengua y el contacto de sus manos.

—Nooooo —se lamentó para sí y buscó las palabras que podían ayudarla.

No me gusta usted, no soporto sus remilgos, sus miedos y el modo en que se viste. Usted y yo no deberíamos habernos conocido siquiera.

—Las repetiré una y otra vez para no olvidarlas. No querría haberte conocido. No le gustas. Te detesta con cada fibra de su ser. Lo único que quiere de ti es…

Se puso de pie y fue hasta el espejo para mirarse a los ojos.

—¿Quieres ser como tu madre? ¿Quieres entregarte a un hombre para que disfrute de tu cuerpo y luego te abandone? Siempre has soñado con tener hijos. ¿Quieres tenerlos así? ¿Que sufran lo que tú sufriste? ¿Arrastrarlos por el fango para que nunca puedan tener una vida digna? ¿Lo permitirás? Eso que te ha provocado su beso es veneno en tu sangre. Jamás debes permitir que ningún hombre provoque eso en ti. Has de ser racional. Siempre has sido racional, Elizabeth.

Se abrazó sintiéndose sola. Echaba de menos a Emma y sus buenos consejos. Ella sabría qué decirle para calmar su angustia. Sabría lo que necesitaba oír. A Meredith no podía contarle lo sucedido. Si lo hiciese jamás la dejaría allí sola. Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en ello. Tenía que reponerse o Meredith se daría cuenta. Hablaría con Dougal, si era necesario apelaría a la palabra dada al barón y le pediría que no volviese a comportarse de ese modo con ella. ¿Y eso no lo alertaría sobre lo mucho que la afectaba? Se miró de nuevo en el espejo con expresión angustiada.

—Debo mantenerme alejada de él. Es lo mejor y lo más seguro.

Alguien tocó en su puerta suavemente. Respiró hondo un par de veces.

—Adelante —dijo lo más serena que pudo.

Alice entró y cerró la puerta como si pensara quedarse.

—Mi suegra quería hablar con usted un momento. ¿Le iría bien ahora? — Miró a su alrededor con curiosidad.

Ahora mismo necesito enterrar la cabeza en la almohada y gritar hasta desgañitarme.

—Iba a cambiarme de ropa —dijo sin disimular su desgana.

Alice puso sus ojos en ella y por su expresión parecía estar preguntándose si se había vuelto loca.

—¿Quiere que le diga eso?

Elizabeth dejó escapar el aire en un suspiró y negó con la cabeza.

—No. Iré ahora.

Las dos salieron del dormitorio y fueron hasta uno de los salones que la familia más frecuentaba. Allí estaba Rosslyn sentada junto a su hija haciendo… nada. Elizabeth se preguntó cómo hacían esas mujeres para estar siempre tan desocupadas.

—Señorita Elizabeth, gracias por dedicarme unos minutos de su ajetreado día — dijo Rosslyn cuando se sentó frente a ellas —. Ha regresado pronto de su paseo. ¿Le ha ocurrido algo? Parece alterada.

No pienses en Dougal, no pienses en…

—¿Quiere una copita de oporto? — ofreció Alice dirigiéndose hacia el mueble con las bebidas —. Yo puedo servírsela.

—No, gracias —se apresuró a responder —. Estoy bien.

Alice se encogió de hombros y después de dudarlo apenas una décima de segundo optó por servirse una ella aprovechando que su suegra y su cuñada estaban pendientes de Elizabeth.

—Su cuñada… —inició Rosslyn con una sonrisa que era más una mueca —, le ha pedido a mi esposo que nos reunamos esta tarde para hacer un anuncio y me preguntaba si usted podría adelantarnos algo.

—Lo siento, es un asunto que deben hablar con Meredith. Yo no…

—Debe ser algo muy importante si no puede siquiera darme algún avance.

—Así es.

—¿Es algo que nos incumbe a todos?

Elizabeth lo pensó un momento y asintió.

—Menos a usted, supongo.

—A mí también.

Rosslyn frunció el ceño desconcertada.

—¿Y qué podría ser entonces? — preguntó Anabella con muy poco tacto —. No puedo imaginarlo siquiera.

—Esta tarde mi cuñada…

—Señorita Elizabeth —la cortó Rosslyn con voz suave —. Sé que no empezamos con buen pie. Su llegada fue del todo inesperada y quizá no me comporté como sería de desear. Pero sepa que no tengo ninguna animadversión hacia usted. La considero una persona educada y agradable.

—Muchas gracias.

—Dicho esto, comprenderá que no es muy común que alguien con sus orígenes se relacione con personas, digamos… bien establecidas. Quiero decir, lleva usted el apellido de su madre y, aunque vive con los barones de Harmouth, lo hace en calidad de «protegida», no de familiar directo.

El rostro de Elizabeth se cubrió de una capa de fría indiferencia.

—Soy plenamente consciente de todo eso — dijo sin acritud.

La imagen de Dougal se materializó en aquella sala y sintió como si el escocés fuese testigo de aquella desagradable conversación. Los hechos acaecidos esa mañana cobraron entonces un

nuevo sentido para ella.

—Sé que su cuñada y usted se han estado relacionando con los McEntrie — siguió Rosslyn.

Elizabeth comprendió que ahí era en realidad a donde quería llegar y que lo de la conversación de esa tarde, solo había sido una excusa para abordarla.

—Como ya sabrá —siguió la esposa de Bhattair —, esa familia ha sido enemiga de los MacDonald desde… siempre.

—«Siempre» me parece excesivo — dijo Elizabeth sin sarcasmo.

Alice abrió los ojos asustada al ver que se atrevía a replicarle a su suegra y rápidamente bebió un poco de vino para calmar su sobresalto.

—Los McEntrie han perjudicado a los MacDonald todo lo que han podido.

—Imagino que las ofensas habrán viajado en los dos sentidos. Es lo que suele pasar con las enemistades que duran tanto. — ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso quería una guerra abierta con esa mujer? ¿No tenía ya bastantes problemas?

—Nosotros siempre hemos actuado con comedimiento y justicia — dijo Rosslyn con arrogante expresión —. Esos McEntrie siempre han sido unos pendencieros, orgullosos y bravucones que han intentado menoscabar el buen nombre y el honor de nuestra familia.

Elizabeth suspiró con cansancio. Al menos ya no tenía ganas de gritar con la cabeza enterrada en la almohada.

—Tengo que ir a cambiarme — dijo paciente —. Si hay algo concreto que quiera decirme, es mejor…

—¿Está usted interesada en algún miembro de esa familia?

—¿Cómo? —No había forma de disimular el sobresalto que una pregunta tan directa y poco oportuna le causaba.

—Sería del todo inaceptable para nosotros si así fuera y no tendría más remedio que pedirle que abandonase esta casa inmediatamente.

—¿Qué? —Anonadada no lo definía con suficiente claridad.

—La han visto «paseando» con el señor Dougal McEntrie. Hablando con sus hermanos, visitando las caballerizas…

Elizabeth abrió la boca y volvió a cerrarla sin encontrar las palabras.

—Supongo que las normas del decoro — intervino Anabella —, son más ligeras para alguien como usted.

—¿Alguien como yo? —Está claro que pretenden ofenderme.

—Cualquier dama que se precie no andaría por ahí sola con un caballero de la reputación de Dougal McEntrie — siguió Anabella.

—¿Tú no estuviste un tiempo enamorada de Dougal? — preguntó Alice que iba ya por su segunda copa de vino.

Anabella le lanzó una mirada asesina y la otra se encogió de hombros y se sentó junto a la ventana a disfrutar de su bebida.

—No sabía que estuvieran espiándome.

—¿Espiándola? —Rosslyn se rio a carcajadas —. Espiándola, dice. Señorita, es más que evidente que ha estado usted confraternizando con el enemigo desde que llegaron a Lanerburgh. No queríamos intervenir, pero la gente habla y eso nos perjudica a todos. En especial a usted,

dada su precaria situación. La baronesa es una mujer casada, con buen nombre a la que no se le puede reprochar nada. Pero usted es diferente y se ha pasado de la raya.

A mí pueden reprocharme lo que sea, por supuesto. Y de paso vengarse de Meredith por ser parte de esta familia. De pronto se dio cuenta de la última frase que había dicho y frunció el ceño interrogadora.

—¿Que me he pasado de la raya? ¿Qué quiere decir? — preguntó aterrada.

—Andar por el bosque, con la única compañía de ese McEntrie… — Chasqueó la lengua con desaprobación y a Elizabeth se le revolvieron las tripas —. Solo eso ya sería motivo de crítica, pero es que… ¡Una mujer decente no va besando a hombres por ahí!

—¡En la boca! —añadió Anabella con mirada rencorosa.

—No sé a lo que estaba usted acostumbrada en Londres, Elizabeth — siguió Rosslyn —, pero mientras viva en esta casa…

Elizabeth se puso de pie, y para contener el temblor de sus manos las cerró en dos apretados puños.

—No sé lo que le han contado, pero sea lo que sea, no es asunto suyo. Mi cuñada es pariente de los MacDonald, pero yo no y estoy aquí meramente como su acompañante.

Rosslyn la miraba sin dar crédito.

—Usted…

—Le agradecería que se meta en sus asuntos, señora MacDonald y no vuelva a inmiscuirse en los mío o tendrá que atenerse a las consecuencias.

Sin esperar respuesta se dio la vuelta y salió de allí con paso firme y resuelto.

—¿Consecuencias? —Miró a su hija interrogadora —. ¿De qué consecuencias habla?

* * *

En ese momento, muy cerca de allí Lachlan miraba a su hermano con expresión crítica. Solo eran las doce la mañana y llevaba media botella de Drambuie.

—Con *whisky* sería más rápido — dijo.

Dougal lo miró sin expresión.

—¿Más rápido para qué?

—Para emborracharte.

—No pretendo emborracharme, tengo trabajo que hacer.

—¿Entonces qué pretendes?

—Calmar mis nervios.

—Te he visto con la señorita Wharton.

—Elizabeth, se llama Elizabeth — aclaró Dougal y bebió otro trago.

—¿Qué te ha dicho para alterarte así?

—No es lo que me ha dicho, es lo que me ha hecho.

Lachlan frunció el ceño, ahora ya estaba más que interesado.

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha devuelto el beso.

—¿Que te ha…? Vas a tener que ser más explícito, no veo cuál es el problema si te lo ha devuelto.

—¿Te parece normal que la haya besado? — Dougal fruncía el ceño con tal empeño que parecía que quisiera juntar sus cejas.

—Teniendo en cuenta que es mujer y tiene labios, tampoco es que sea una gran proeza, hermano.

—Idiota.

Lachlan sonrió divertido.

—¿Estás enamorado de ella?

—Probablemente.

—Ya veo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que ves exactamente?

—Bueno, supongo que no entraba en tus planes enamorarte. Y, por lo que yo he visto, no parece que ella sienta lo mismo por ti. Aunque el hecho de que te haya devuelto el beso me resulta confuso.

—Es una reprimida y una mojigata. Me ha devuelto el beso porque he roto el cerrojo de su cinturón de castidad.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta por lo menos. —Dougal apuró el contenido de la botella y la dejó en el suelo. Se recostó en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

—Deberíais hablar de esto.

—¿Hablar? ¿Con ella?

—Hombre si quieres hablarlo con su cuñada, pero no te lo aconsejo… — Burlarse de Dougal solo era posible cuando bebía —. Me parece que hablarlo con ella sería lo más eficiente en este caso.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el mayor abriendo ligeramente los ojos —. ¿Cómo has superado lo de Aileen?

El rostro de Lachlan se ensombreció, pero mantuvo la expresión tranquila.

—¿No me contestas?

—No estoy seguro de haberlo superado.

—¿Qué dices? Ya han pasado dos años, según me han contado.

Lachlan asintió.

—¿Y aún piensas en ella?

Lachlan volvió a asentir.

—No me ayudas mucho —dijo Dougal.

—Lo siento.

—Ya puedes sentirlo, ya. Tu apoyo como hermano apesta.

—Es que no consigo ver el problema. No has hablado con ella, es la única que puede resolver tus dudas.

—¿Qué dudas? No tengo dudas.

—Querrás saber si siente lo mismo que tú.

—¿Lo mismo que…? —El otro se sentó de golpe —. ¿Y qué es lo que yo siento según tú?

—Has dicho que estás enamorado.

—¿Estás borracho? —Se puso de pie y frunció el ceño algo confuso, como si no tuviese muy claro dónde estaba —. ¿Te has vuelto loco? ¿Enamorado de esa santurrona? ¡Já!

—¿Entonces por qué estás tan enfadado?

Dougal lo miró como si no entendiera la pregunta. Miró a su alrededor.

—Yo tenía una botella hace un momento, ¿dónde la has puesto?

—Te la has acabado.

—No.

—Yo creo que sí. —Señaló la botella vacía en el suelo.

—¿En serio me la he acabado yo? Pues necesito más.

Lachlan no pudo evitar sonreír.

—Supongo que quieres dejar de pensar en Elizabeth, pero eso solo te durará un rato, hermano. Lo mejor es afrontarlo.

—Probaré con *whisky* — dijo Dougal tambaleándose.

Lachlan fue hasta él y lo detuvo.

Dougal lo miró amenazador.

—Me estás fastidiando —le advirtió.

—Será mejor que te eches un rato. Si papá te ve así sin haber acabado el trabajo, va a querer saber por qué has bebido tanto. Y ya sabes lo terco que es, no parará hasta que…

—¡La cerca! Tengo que repararla…

De pronto le vino el recuerdo de Elizabeth intentando escapar de él esa mañana.

—Es una cobarde —dijo con voz pastosa —. Una maldita cobarde. Una remilgada y una solterona y una cobarde.

—Así es el amor, una broma pesada — murmuró Lachlan para sí cogiéndolo de la cintura y obligándolo a pasarle el brazo por los hombros —. Vamos, te llevaré a tu habitación.

—¿Qué opinas de Elizabeth? — preguntó dejándose llevar.

—Tengo entendido que no es muy valiente…

Capítulo 21



—¿No ibas a hacerme caso en toda la tarde? — Enid miraba a Harriet con expresión de falso enfado.

—Ahora estoy aquí contigo.

—He tenido que arrastrarte hasta aquí para poder hablar contigo a solas.

—No quería dejar a Bethany apartada.

—Tu cuñada sabe cuidarse solita.

—No me gusta que se sienta excluida.

Enid soltó el aire de un bufido y Harriet la miró interrogadora.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —Señaló con la barbilla —. ¿Es que no los viste anoche en el baile?

—¿De quién hablas?

—De Harvey y Marianne. No se saludaron siquiera.

—¿Qué les pasa?

—¿No es evidente? Se odian.

—No lo creo.

—Y eso que cuando estuvimos en casa de *lady* Farley me pareció que se llevaban bien, pero está claro que me equivocaba, anoche ya no me quedaron dudas.

—¿Has hablado con Marianne?

—Dice que son ideas mías.

—Pero tú no la crees.

—¿Creerla? Cuando Harvey viene a verme desaparece como un fantasma. Ni siquiera la veo irse, de repente no está. Cambia de tema cuando quiero hablar de él y anoche… En serio que fue muy desagradable. Y claro a él no podía decirle nada, sería muy violento que supiera que mi hermana lo detesta.

Harriet frunció el ceño.

—Qué extraño. A mí me pareció que a Harvey le caía muy bien.

—¿Cómo voy a seguir adelante con esto? Jamás me casaría con un hombre con el que Marianne no pueda entenderse. Y no lo comprendo, son muy afines. Les gustan las mismas cosas y te aseguro que él sabe hacerla reír. Nunca la había visto reírse tanto como el día que estuvimos en la exposición botánica. — Se paseó nerviosa por la estancia —. De verdad que no sé qué hacer.

—Algún día vuestros caminos tenían que separarse…

Enid miró a su amiga sorprendida.

—¿Qué? ¡No! Yo no puedo prescindir de Marianne y tú lo sabes.

—Pero cuando os caséis viviréis en la India. Harvey habló con Joseph y ya le ha con…

—¿Qué? —La cortó—. ¿De qué estás hablando?

—¿No te ha hablado de que quiere irse a la India? — preguntó Harriet extrañada.

Enid lo pensó un momento antes de responder.

—Ahora que lo dices, algún día ha mencionado algo, pero no me pareció… — Negó con la cabeza —. Estoy segura de que no habló de irse a vivir allí. Quiero decir, dijo que le gustaría, pero era una fantasía no un proyecto.

—Diría que está bastante decidido, Enid. Deberías hablar con él de esto si quieres que pida tu mano.

Su amiga frunció el ceño desconcertada. ¿La India? De ningún modo podía irse a vivir a la India.

—Tienes que ayudarme a quitárselo de la cabeza.

—No puedo hacer eso —dijo Harriet con firmeza —. Es su sueño desde que era un crío. Joseph…

—Los sueños solo son eso, sueños.

—Estás hablando conmigo. —Harriet levantó una ceja con expresión irónica —. Soy la prueba viviente de que los sueños se cumplen.

—No puedo vivir en la India — negó nerviosa —. De ningún modo, ya te he dicho que no puedo estar lejos de Marianne. Y tampoco de mis padres o de ti.

—Si lo amas, irás a donde sea con él.

—¿Tú te irías a la India con Joseph?

—¿A la India? Me iría al fin del mundo.

Enid frunció el ceño.

—¿En serio?

—Está claro que no estás enamorada.

Su amiga levantó una ceja sin saber qué responder. A ella Harvey le gustaba, era guapo y atractivo en muchos aspectos. Pero ¿abandonar a su familia, su amiga y su país por él…?

—Ni siquiera sé si me gusta cómo besa — dijo respondiéndose a sí misma.

Harriet puso los ojos en blanco preguntándose si había hecho bien en empujar a Harvey hacia ella…

—Deberías sincerarte con él.

—¿Le pido que me bese?

—No hablo de eso. Si no es el hombre adecuado para ti, díselo cuanto antes. No quiero que le hagas daño.

—Solo tiene que desechar la idea de vivir en la India y me casaré con él.

—Enid, tienes que dejar de hacer esto.

—¿El qué?

—¡Enamorarte y desenamorarte tan fácilmente! Al final te verás casada con alguien a quien no ames y cuando te des cuenta será demasiado tarde. Imagínate que te casas con Harvey y descubres la noche de bodas que no le quieres.

Enid enrojeció y desvió la mirada avergonzada.

—Algún día hablaremos de eso, pero no hoy — dijo la pelirroja consciente de que aún no era el momento —. Habla con él cuanto antes, Enid. Aclara la situación para que podáis decidir si seguís adelante o no.

—Está bien.

—No le des falsas esperanzas. Sé sincera.

—Que sí.

Harriet sonrió sin poder evitarlo. Enid era un caso digno de estudio.

—No me casaré nunca —dijo la gemela con un mohín —. Está claro. Me enamoro de una cara o de unas manos que no encajan con el resto. Es como si hubiese algo desajustado en mi cabeza. Los hombres cuyo físico me atrae no tienen un carácter que me agrade y a los que me resultan entretenidos o interesantes no sería capaz de besarlos. ¿Te imaginas besar a lord Carpenter? — Arrugó la nariz como respuesta propia a la imagen de los labios del anciano acercándose a su cara.

—Encontrarás al candidato adecuado, pero no vuelvas a decir que te has enamorado solo porque te guste su aspecto. Espera al menos a escucharlo hablar.

—Prometido —dijo llevándose la mano al pecho con solemnidad —. Y ahora ya podemos regresar con Bethany.

—¿No has oído que iba a reunirse con William Bertram?

—¿Con William? ¿Y qué tiene que hablar tu cuñada con William?

—Negocios. William cosecha algodón, nosotros compramos algodón…

—¡Ah! —asintió—. ¿Por eso ha venido?

—No lo sé. Quizá.

—Nunca me has contado qué pasó con el capitán Chantler. Creía que Bethany y él…

—Al parecer él no estaba realmente interesado en esa boda, era más un deseo de Jacob Burford.

—¿Y ella? No quiero ser una chismosa, pero estamos las dos solas…

Harriet se encogió de hombros.

—Nunca habla de eso. Bethany es una mujer… — pensó el adjetivo que quería emplear —. Estoica.

—¿Estoica? Nunca lo habría dicho.

—Jamás se queja de nada y relativiza cualquier hecho valorándolo en su justa medida. Supongo que tener que trabajar al lado de su padre moldeó su carácter y personalidad.

—Supongo.

Harriet sonrió al comprender que el tema no era de su interés.

—¿No tenías tantas ganas de estar conmigo? Pues voy a dedicarte toda la tarde, así que ya puedes contarme lo que sea o la próxima vez…

—Alexander ha comprado un nuevo purasangre —la cortó sonriente—. Es una mezcla de caballo árabe, español e inglés. Es impresionante, Harriet.

Su amiga la miraba sorprendida.

—¿Aún sigues con eso?

Enid asintió con una enorme sonrisa.

—Ya le he pedido a Alexander que lo inscriba en La Copa *Thornbridge*.

—¿Y cómo vas a convencerlo de que te deje montarlo?

—Aún no lo sé, pero algo se me ocurrirá. Tú te disfrazaste para subir al barco de *Bluejacket*. No es tan descabellado que me vista de jinete. Mi cuerpo es delgado y esconderé el pelo bajo la gorra. Nadie se dará cuenta.

—Alexander pensará que es culpa mía —se rio Harriet.

Enid miraba hacia la ventana pensativa.

—Sin la ayuda de Alexander no podría conseguirlo, pero si él me apoya… —Miró a su amiga—. Se ha vuelto muy protector desde que es padre, antes era mucho más valiente.

Harriet asintió.

—Doy fe. Ya no quiere usar el *jō* conmigo.

Enid la miró con curiosidad.

—Pronto tú tampoco querrás usarlo.

—¿De qué hablas?

—Algún día te quedarás embarazada.

Harriet abrió los ojos como platos. No había querido pensar en ello, pero estaba claro que Enid tenía razón.

—Aún no estoy preparada.

Su amiga sonrió burlona.

—No puedo ni imaginarme cómo será una hija tuya. Será tan divertido.

Harriet entornó los ojos pensativa. No le costaba nada imaginarse una pequeña revoltosa con rizos rojos y unos ojos pícaros como los de su padre. Sonrió con una cálida sensación recorriendo su pecho. Sabía de alguien a quien ese bebé le robaría el corazón para siempre. Se sacudió la cabeza para borrar aquella nítida imagen. No era el momento. Quería disfrutar de su vida tal y como era en ese instante, antes de entregarse por completo a una criatura.

—¿Te apetece un pedazo de pastel de zanahoria? De repente tengo muchísima hambre.

Capítulo 22



—¿Entonces está de acuerdo en las condiciones?

Bethany se había mostrado seria y contundente en sus condiciones y William no pudo más que alabarla mentalmente por lo bien que conocía su negocio. Claro que no iba a decírselo, no quería que eso la animara a inclinar la balanza de los beneficios a su favor.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Bien. —Bethany cerró la carpeta que había llevado y se puso de pie dispuesta a marcharse.

—¿No le apetece tomar un té conmigo? — preguntó él con una sonrisa afable —. Después de acordar un negocio de esta envergadura eso es lo mínimo, ¿no cree?

Ella sonrió también y volvió a tomar asiento. William tiró de la campanilla para que acudiera alguien del servicio y cuando apareció Matthew, el mayordomo, pidió que trajeran té y algo de comer.

—Habrá necesitado tiempo para aclimatarse a su nueva vida en Virginia — dijo Bethany iniciando una conversación amigable —. No creo que llevar una plantación se parezca a su vida en Londres.

—Desde luego que no. Pero los cambios son buenos cuando tienes el corazón herido de muerte.

Aquella afirmación la sorprendió por completo, no esperaba una referencia tan directa a un hecho personal.

—Veo que conoce mi historia — dijo William sin acritud.

—Algo he oído.

—¿Harriet?

—En realidad fue Elizabeth quien me habló de usted.

William desvió la mirada y Bethany sonrió.

—Se habrá llevado una decepción al ver que no está en Inglaterra.

—No me lo esperaba, es cierto.

Bethany supo entonces que sus sospechas eran ciertas.

—No creo que tarden en regresar. Según tengo entendido se trata de un viaje rápido.

La miró entornando ligeramente los ojos.

—Había pensado ir a Escocia.

Bethany sonrió abiertamente.

—Me parece una idea excelente.

—¿De verdad?

Ella asintió sin reservas.

—Señorita Burford… ¿consideraría una indiscreción pedirle que me cuente lo que le ha dicho Elizabeth sobre mí?

—¿Quiere que le cuente nuestras conversaciones? Eso no sería correcto por mi parte, ¿no cree?

—Tiene razón, discúlpeme. — Suspiró —. He perdido mis modales.

Bethany amplió su sonrisa hasta casi echarse a reír.

—¿Le hago gracia?

—Un poco —dijo sincera—. Señor Bertram, conmigo no tiene que andarse con miramientos. Soy una mujer independiente que no aspira tener una vida al uso. Estoy muy lejos de juzgar los deseos y anhelos de los demás.

—¿Tan transparente soy?

—En ese aspecto sí, desde luego. Pero no se mortifique, para una mujer como Elizabeth esto sería un cumplido. Me consta que le gustan las personas sin dobleces.

—Veo que la conoce bien.

—Vivió con nosotros una buena temporada, desde que Harriet y Joseph se casaron.

—Lo sé.

—Pasamos muchos ratos juntas y nos hicimos bastante cercanas. Le tengo cariño.

William asintió. Todo el mundo le cogía cariño si pasaba un poco de tiempo con ella.

—¿Cree que tengo alguna posibilidad? — preguntó ya sin temor.

Bethany lo miró con fijeza.

—Creo que ha sido el que más posibilidades ha tenido nunca, desde luego. Pero no estoy segura de que eso sea lo que más le conviene a ella.

—¡Vaya! —No ocultó su sorpresa—. No sé cómo tomarme sus palabras.

—¿Le molesta que sea sincera?

—En absoluto, pero convendrá conmigo en que no es fácil someterse a una sinceridad tan cruda.

—Desde luego, es más fácil escuchar aquello que queremos oír. — Sonrió —. Aunque sea falso. Pero a la larga, hace mucho más daño.

—¿Podría ser más concreta? No se me dan bien las interpretaciones.

—¿Está seguro de que quiere que lo sea?

William asintió no sin cierto temor.

—Me consta que usted conocía los sentimientos de Elizabeth cuando decidió partir a América.

Él le sostuvo la mirada. A pesar de su impertinencia, no lo molestaba y eso le resultó, como poco, curioso.

—También tengo entendido que entre sus «intereses» además del algodón también estaba… el tabaco.

Su mirada burlona rellenaba los huecos que sus palabras habían dejado vacíos.

—¡Vaya! Al parecer la señorita Elizabeth ha compartido con usted algunos detalles muy personales. Creía que mis cartas eran privadas, me desconcierta descubrir que no era así.

—Las amigas hablan de aquello que les importa. Elizabeth me habló de los negocios y los intereses de un buen amigo. Soy bastante perspicaz y supe leer entre líneas.

—Pues, leyendo entre líneas… — dijo William con ironía —, parece que no tiene muy buena opinión de mí.

—Lo cierto es que no.

—Y aun así, ha decidido hacer negocios conmigo.

—No lo he decidido yo, me temo, esto es cosa de mi hermano.

—¿Desoyendo sus consejos?

—Así es.

—¿Y por qué, si puedo saberlo, tiene usted mala opinión de mí?

—Me da la impresión de que es usted como el perro en el pesebre, que se tumba sobre el heno para que los otros animales no se lo coman.

William sonrió ante la alegoría.

—Me juzga usted muy severamente sin conocerme, señorita Burford. Hay cosas que no sabe de mí que quizá podrían cambiar su opinión.

—No puedo hablar sobre lo que desconozco y tampoco considero necesario que me lo cuente. Después de esta reunión no tenemos por qué volver a vernos — dijo poniéndose de pie.

—¿Y el té? —preguntó él imitándola.

Bethany sonrió y sus ojos brillaron de manera insólita.

—No me haga mucho caso, señor Bertram. Viví muchos años a la sombra de mi padre y era un hombre… complicado. Por ello, tengo una tendencia natural a la dureza, pero igual que juzgo a los hombres con severidad, no dejo que mis opiniones interfieran en sus vidas, así que no tiene nada que temer de mí.

—No se vaya —pidió William y Bethany frunció el ceño sorprendida —. Tómese el té conmigo y charlemos un rato. Después de su injustificada reprimenda, creo que merezco el beneficio de la duda.

—¿Reprimenda? ¿Le he dado esa impresión? De ningún modo pretendía reprenderlo. Tan solo exponía mis opiniones de manera fehaciente y solo porque usted ha querido conocerlas.

—Desde luego —afirmó él sonriendo y a continuación le señaló el sofá en el que había estado sentada.

En ese momento se abrió la puerta y entró el mayordomo con el servicio del té. Bethany volvió a sentarse y William intercambió unas palabras con Matthew. La invitada aprovechó el momento para observar la estancia con algo más de atención. Al llegar estaba ansiosa por resolver las cuestiones del contrato y después…

—¿Azúcar? —preguntó el anfitrión trayéndola de regreso.

—No, me gusta sin nada.

La sonrisa condescendiente la hizo arrugar el ceño.

—¿Le parezco poco femenina?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo ha pensado.

—En absoluto. Pensé que se ofrecería a servir el té.

—¿Ve cómo le parezco poco femenina? Eso es lo que habría hecho cualquier dama que se precie.

William la miró inclinando ligeramente la cabeza.

—Se esfuerza usted mucho en caerme mal. ¿Por qué?

Bethany puso una expresión que denotaba que quería pensar bien su respuesta.

—Le voy a dar una oportunidad. ¿Por qué huyó de Elizabeth?

—No huía de ella, lo hacía de mí mismo.

—Qué poético —dijo burlona y se llevó la taza a los labios para dar un sorbo.

—Una vez amé a alguien y no fui lo bastante valiente para quedarme y luchar por ella.

—¿Temía a un marido despechado y bien armado?

—Algo así —dijo él y apartó la mirada.

Pero antes Bethany captó un rapto de dolor que congeló la sonrisa en sus labios.

—¿De verdad amó a esa mujer?

—Más que a mi vida —musitó.

Su invitada dejó la taza en el platito sin dejar de mirarlo.

—¿Qué pasó?

William la miró unos segundos antes de responder.

—Murió.

La hermana de Joseph asintió comprensiva.

—¿Y eso le secó el corazón?

—Eso parece.

—¿Me está diciendo que guarda luto por esa mujer y no va a amar jamás a otra?

William asintió.

—Pero eso es espantoso.

—Lo es.

—¡Pero no para usted! ¡Para Elizabeth! — Lo miraba como si no diese crédito —. ¿Cómo puede ser tan egoísta?

William estaba tan sorprendido que no sabía cómo responder a aquello.

—Lo que sentí por ella fue algo… inexplicable. Pero también siento algo por Elizabeth.

—¿Algo? ¿Qué significa «algo»?

—Un sentimiento más… sosegado.

—Sosegado… —Bethany asintió con la cabeza, pero su expresión era demasiado elocuente.

—Tampoco eso le parece bien.

—No seré yo la que le diga cómo debe sentir, pero si yo fuese Elizabeth…

¡Válgame Dios, no!

—Hay muchos tipos de mujeres, a algunas puede gustarles un amor tranquilo y sin grandes exigencias.

—¡Oh! Créame que si tienen un corazón que palpita se sentirán muy decepcionadas con esa clase de «amor». De hecho, si quiere tener la más mínima posibilidad con Elizabeth le aconsejo que no repita lo que ha dicho aquí. Y ahora, discúlpeme, pero debo marcharme. — Le tendió la

mano como haría un caballero en esas circunstancias y William la estrechó muy serio —. Señor Bertram, piense en Elizabeth, en su felicidad. Ese es mi consejo.

La vio dirigirse a la puerta.

—¿Y mi felicidad no importa?

Bethany se detuvo, pero tardó unos segundos en girarse a mirarlo. Asintió.

—Claro que importa. Y solo la hallará si actúa según su conciencia, señor. Que tenga un buen día.

Capítulo 23



Dearg empeoró rápidamente y Meredith pospuso su marcha hasta que se produjo el fatal desenlace. Al funeral asistió muy poca gente y la familia pasó el duelo prácticamente sola. Bhattair tuvo que asumir la realidad después de que los abogados de su padre le explicasen la situación. No podría impugnar el testamento porque Dearg había tomado la precaución de pedir un informe médico que certificaba que estaba en pleno uso de sus facultades cuando redactó los nuevos términos. Tampoco pudo hacer nada contra la decisión de Meredith de delegar en su cuñada, y no es que ese detalle le importase lo más mínimo, ya que las detestaba por igual.

Gracias a todo eso, Elizabeth pudo evitar a Dougal. Se moría de vergüenza solo de pensar en encontrárselo y se aseguró muy bien de no volver a cometer el error de traspasar a las tierras de los McEntrie en sus cortos paseos. Cuando Meredith hablaba de ir a visitarlos se las ingeniaba para evitarlo y, cuando no había más remedio, jamás se quedaba a solas con él.

Eso hizo que Elizabeth pasara más tiempo con los dos hermanos que no solo la toleraban, sino que la apreciaban sinceramente. Chisholm no solía enseñar su trabajo porque no había nadie en aquel castillo, aparte de Bonnie, a quién le interesase lo más mínimo.

—¿Qué opina? —preguntó frotándose las manos nervioso.

—Es una maravilla, Chisholm — dijo sinceramente conmovida —. Es una gran obra.

—Aún no está acabada. Falta el Adagio final.

—Deberías buscar la opinión de alguien experto, pero yo creo que es una obra excelente.

El joven recogió las partituras con evidente regocijo y las metió en su carpeta. Elizabeth lo miraba con suma atención. Se percibía en él una profunda sensibilidad y comprendió que para él vivir en una casa como aquella, rodeada de personas como su padre, Carlton o, sobre todo Gilleasbuig, no debió de ser nada fácil.

—Tienes que marcharte a Londres — dijo sin dudarlo.

—Es lo que más deseo —respondió él bajando la voz como si temiera que alguien pudiera oírlo.

Elizabeth asintió.

—Chisholm, sé que no hace mucho tiempo que nos conocemos, pero espero que me consideres tu amiga.

—Desde luego —afirmó rotundo.

—Los amigos hablan.

El joven sonrió.

—Estamos hablando.

—Hablan de todo.

—¿De qué quiere que hable?

—¿Qué te preocupa? —Elizabeth fue hasta el sofá y se sentó haciéndole un gesto con la mano para que la acompañara.

—¿Quiere que le cuente todas mis preocupaciones? Porque son muchas. Mi hermana, la primera, proteger a Bonnie es mi prioridad. La música, dedicarse a ella no será fácil siendo yo.

—¿Siendo tú?

—Vivo en Escocia y pertenezco a esta familia, no hablaba de lo otro.

—Chisholm…

—Señorita Elizabeth, no hagamos como si no lo supiera, ha oído los insultos que me dedican mis hermanos y mi padre día sí y día también.

—Bonnie también los oye y no parece percatarse de ello.

—Bonnie cree que así me ayuda, pero se equivoca. Negar lo evidente no ayuda nada. Pero aún no ha llegado el momento de tratar ese tema, cuando llegué lo haré.

—En una gran ciudad las cosas son más fáciles.

Él la miró con sarcasmo.

—No he vivido en Londres, pero no creo que a las personas como yo les resulte fácil vivir en ninguna parte del mundo. Aun así, no aspiro a mucho. Dedicarme a la música y proveer a mi hermana de todo lo que pueda necesitar.

—¿Un marido también? —preguntó irónica.

—En Londres también eso sería más sencillo.

—Desde luego.

—Así, que estamos de acuerdo de que irnos a Londres es la mejor decisión.

Elizabeth asintió.

—Solo tengo que conseguir el modo de que mi padre me deje llevar a Bonnie conmigo.

Esa noche, Elizabeth se sentó a escribir una carta a Elinor para hablarle de Chisholm y de su hermana. Fue clara, pero sin entrar en detalles, ella sabría entenderla por muy críptica que fuese. También le pidió que le consiguiera la dirección de Muzio Clementi, el prestigioso compositor. Aprovechó para contarle detalles de su vida en las tierras altas escocesas sin mencionar, por supuesto, el asunto de la herencia. Tampoco habló de lo desagradables que eran algunos miembros de esa familia ni otros temas peliagudos.

* * *

El 20 de septiembre no hubo ya más retrasos y Meredith aceptó irse con gran pesar. La acompañaría Edith, una de las doncellas y Dougal haría con ellas el camino hasta Crailloch,

donde debía entregar un caballo.

A medida que las hojas doradas y rojizas comenzaban a desprenderse de los robustos árboles de las Tierras Altas, el paisaje se transformaba en un espectáculo de colores otoñales. La naturaleza, con su sabiduría infinita, ofrecía un último despliegue de belleza antes de rendirse al implacable invierno. Las tardes se tornaban más frescas y el sol se ocultaba tras el horizonte con una celeridad que dejaba a los habitantes de Lanerburgh anhelando la luz del día. Las lluvias otoñales caían suavemente sobre los campos, convirtiendo los verdes prados en un tapiz de tonos pardos y ocres. Irremediablemente, la melancolía que a veces acompaña a esta estación hizo acto de presencia en el corazón de Elizabeth, sumiéndola en reflexiones profundas y nostálgicas sobre el paso del tiempo y los cambios que conllevaría para ella.

Pero un día, harta ya de mantener esa actitud y después de leer una animada y divertida carta de Elinor, decidió que ya había tenido bastante abatimiento y cambió de ánimo. Se levantó temprano, salió a caminar a buen paso y acabó en los acantilados disfrutando de las vistas hasta que le entró hambre. Almorzó con la familia y sorprendentemente, soportó con buen talante los ácidos comentarios de algunos y los aburridos temas de otros. Después de comer se dirigió a la sala de música para bordar un rato y Chisholm la siguió, mientras que Bonnie tuvo la mala suerte de que su madre la requiriese para que le diera unas friegas en sus doloridas piernas.

—Me sentaré junto a la ventana — dijo Elizabeth al tiempo que empujaba la butaca —. Hace una tarde espléndida para ser octubre, ¿no te parece? Veo que has estado trabajando en tu sinfonía antes de comer. — Señaló las hojas esparcidas por encima del piano antes de sentarse.

—Sí. Debería recoger un poco — dijo caminando hasta el instrumento.

—Cuando acabes, ¿podrías ayudarme a desatar este nudo? Soy demasiado impaciente y solo pienso en cortarlo con la tijera.

Chisholm acabó de recoger y fue a sentarse junto a ella para hacer lo que le había pedido. No era la primera vez que la ayudaba con un nudo, era un desastre para hacerlos, pero sobre todo, para deshacerlos. Elizabeth lo miró con disimulo. Tenía un rostro hermoso y delicado, más femenino incluso que el de Bonnie.

—Tengo algo para ti —dijo. Sacó un papel doblado de su bolsillo y se lo entregó —. Me la ha mandado Elinor con su carta.

Chisholm frunció el ceño confuso. Desplegó la nota y leyó.

Estimado Chisholm,

Espero que disculpes mi intromisión ya que no nos conocíamos (cosa que queda subsanada con esta nota). Compartimos una amiga común que cree que podemos tener intereses afines y lo cierto es que, desde que conocí a lord Byron, aprendí que siempre hay que estar abierto a conocer gente nueva. Entre mis amigos no he logrado encontrar a ningún escocés de las Tierras Altas, lo que hace que me resulte de lo más interesante este nuevo descubrimiento.

Sin más me despido instándote ahora a ti a devolverme el saludo, eso sí, un poco más extenso ya que yo he dado el primer paso y merezco un gesto por tu parte. Elizabeth te proporcionará mi dirección.

Tu amigo,

Colin.

Miró a Elizabeth sin dar crédito.

—¿De verdad le ha dicho que me escribiese?

—No he sido yo, ha sido Elinor — sonrió Elizabeth —. Le hablé de vosotros, de Bonnie y de ti.

—Pero ¿qué le dijo para que…? No, mejor no me lo diga, prefiero no saberlo.

—¿Le escribirás?

—Sería una descortesía no hacerlo — dijo mirando la nota con cara de circunstancias —. Aunque no sé qué decirle.

—Háblale de tu música. Él conoce a Muzio Clementi.

—Señorita Elizabeth…

—¿Qué?

—No voy a enviarle mi obra, no está a la altura. Él es un compositor de gran talento y muy reconocido. Ha trabajado con Mozart y Beethoven…

—Todos han tenido sus comienzos. Él mismo tuvo su propio mecenas.

—Peter Beckford, lo sé —reconoció Chisholm —, pero Beckford se interesó por él, no al revés.

—Eso nunca se sabe, quizá Clementi contactó de algún modo con él. A través de un amigo común, por ejemplo — sonrió con picaresca.

—Escribiré a… Colin —aceptó—. Después, ya veremos.

—Con eso me conformaré por el momento. Y ahora, por favor, deshaz ese apretado nudo con tus dedos mágicos.

Capítulo 24



—No va a aparecer.

Dougal miró a Lachlan con el ceño fruncido.

—Hablo de Elizabeth, no va a aparecer — siguió hablando sin dejar de cepillar a su caballo —. Desde que se fue su cuñada no ha vuelto a acercarse a nuestras tierras. Siempre camina en dirección contraria.

—En dirección contraria también tenemos tierras.

Lachlan enarcó una ceja y lo miró con ironía.

—¿Piensas agazaparte detrás de un árbol para abordarla por sorpresa?

—Tengo mejores cosas que hacer — dijo Dougal acabando de revisar las herraduras de aquel ejemplar.

—De barcos no sé mucho, pero de tomar malas decisiones cuando se refiere a mujeres, sé más que ninguno de vosotros. Elizabeth Wharton no es una mujer muy común. Es una solterona, es cier…

—Cuidado —le advirtió Dougal entornando los ojos.

Lachlan se irguió para mirarlo de frente y sonrió.

—Que es una solterona, no admite discusión. ¿Cuántos tiene? ¿Treinta? Es una solterona. Pero curiosamente, no lo es porque haya algo malo en ella, sino por lo que hicieron sus padres. ¿Me equivoco?

Dougal no movió un músculo.

—Lo tomaré como un sí. Podríamos decir entonces, obviando ese fatídico hecho de la ilegitimidad, que es una mujer muy válida como esposa. — Contó con los dedos —. Es culta, relativamente hermosa, bastante divertida…

—¿Divertida? —lo cortó—. Está claro que no hablamos de la misma persona, ya me habías asustado.

—Es divertida.

—¿Elizabeth Wharton? No.

Lachlan sonrió abiertamente.

—A mí me ha hecho reír unas cuantas veces.

—¿Cuándo? —Dougal frunció el ceño de nuevo —. ¿Cuándo la has visto tú?

—Pues suelo encontrármela cuando voy al pueblo y entonces charlamos.

—¿Charláis? Pero si acabamos de decir que evita ir por nuestras tierras.

—Pero no debe considerar el camino como nuestro. De hecho, es de uso público. La gente de los alrededores tiene que pasar por alguna parte para ir al pueblo.

Dougal se cruzó de brazos y lo miró con evidente disgusto.

—¿Y qué tienes tú que hablar con ella?

—Pues… no sé… Hemos hablado de muchas cosas. De ti, por ejemplo.

Dougal sonrió visiblemente satisfecho.

—Así que te habla de mí. Vamos, dime, ¿qué te ha dicho?

—Que te gusta mandar —dijo el otro —. Que tratas a la gente como a los caballos. Según ella solo te falta usar el látigo.

Lachlan tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reírse con las caras que Dougal ponía.

—También me dijo que eres arrogante, entrometido y poco caballeroso. Y un día me dijo que la primera vez que te vio pensó que eras el hombre más feo que había visto nunca.

Dougal bajó los brazos y abrió la boca enormemente sorprendido.

—¿Qué?

—Como lo oyes —afirmó—. A mí me sorprendió, no creo que seas tan feo, pero ella asentía con la cabeza sin dejarme cuestionárselo.

—Será… Ni que ella fuera muy guapa.

Lachlan apretó los labios con disimulo y fingió agacharse a dejar el cepillo. Dougal masculló algo ininteligible y se acercó a otro caballo para seguir revisando las herraduras.

—Si quieres tener algo con ella…

—Has dicho que cree que soy el hombre más feo que ha visto, ¿qué quieres que tenga con ella?

—Eso fue la primera vez que te vio, no creo que ahora piense lo mismo. La gente cambia… de opinión.

Algo en la voz de Lachlan hizo que los ojos de Dougal se estrecharan y sus orejas se tensaran. ¿Había oído una risa contenida?

—¿Y te habló de cómo fue esa primera vez que nos vimos? — preguntó soltando suavemente la pata del animal.

—Mencionó algo de una comida, creo. — Tenía que ser ambiguo. Comer comerían, supuso.

Dougal se irguió y dándose la vuelta lo miró muy serio. Lachlan supo que lo había pillado y desahogó la risa que había contenido durante toda la conversación.

—Serás imbécil. —Su hermano mayor lo agarró por la cintura y lo tiró sin contemplaciones.

Lachlan siguió riéndose en el suelo retorciéndose a uno y otro lado.

—Cuando se te pase la risa te voy a dar la paliza de tu vida — masculló.

Lachlan se rio aún un poco más y cuando se calmó lo suficiente, se puso de pie mirando a su hermano.

—Escucha, Dougal, era una broma, pero… — Respiró hondo para recuperar el aliento —. De verdad tengo un consejo para ti.

—¿Hoy eres tú el que está borracho? — preguntó el otro con las manos en la cintura y actitud chulesca.

—No le digas que estás enamorado de ella. Si lo haces, estarás perdido. Saldrá huyendo y nunca será tuya. — Puso una mano en su hombro —. Aprende de mis errores, espera a que ella te confiese su amor. O mejor incluso, no se lo digas nunca.

Se dio la vuelta y se alejó de él. Dougal se mesó la barba. ¿Dos años hacía que le habían roto el corazón? Pues al parecer esa herida seguía tan abierta como el primer día.

Capítulo 25



—¡Menuda historia! —Frederick acariciaba el cabello de su esposa con una gran sonrisa —. ¿Crees de verdad que Elizabeth estará bien?

Meredith se incorporó para mirarlo. Su esposo tenía los ojos brillantes y el pelo revuelto después de sus caricias. Sonrió satisfecha y volvió a apoyarse en su pecho.

—Lo estará —sonrió para sí jugueteando con el vello del pecho masculino.

El barón inclinó la cabeza para tratar de ver su expresión.

—Tú tramas algo.

Su mujer sonrió perversa.

—Dougal está coladito por ella — dijo al fin —. Se piensa que no lo sé, pero me di cuenta en el viaje y luego…

—¿Dougal McEntrie?

La sorpresa en la voz de su esposo la hizo sonreír aún más. Era sorprendente ver lo poco intuitivos que eran los hombres en esos asuntos.

—Pues si lo que dices es cierto, ese pobre muchacho tiene un gran problema.

Meredith se sentó en la cama para mirarlo de nuevo.

—William está en Londres.

—¿Qué? —Meredith abrió mucho los ojos.

—Acordamos no decir nada.

—¿Acordasteis?

—Las niñas y yo.

Que llamase «niñas» a sus hijas, la enternecía.

—Pero ¿a qué ha venido?

—¿A qué crees tú?

—¿Ha hablado contigo?

Frederick asintió.

—Al poco de llegar.

—¿Te ha dicho que está enamorado de…?

Su esposo negó con la cabeza muy despacio.

—¿Entonces? ¿Quiere casarse, pero no la ama?

—Siente un gran afecto por ella.

—¿Afecto? —Meredith frunció el ceño y se colocó a su lado recostando la espalda en los almohadones.

Los dos se quedaron unos momentos, mirando la pared del fondo y reflexionando sobre el tema en silencio.

—Afecto —repitió Meredith.

—Necesita una esposa. Se siente solo.

—Pero… ¡Pobre Elizabeth!

—¿Pobre? Según tú, ahora tendrá opciones.

Meredith frunció el ceño.

—Pero ella ama a William y William no la ama a ella.

—Hay matrimonios así que han funcionado. Mira los duques de Greenwood. Él siempre estuvo enamorado de Sophie y ella no lo amó hasta mucho tiempo después de casarse. Con William y Elizabeth puede suceder lo mismo.

—O con Elizabeth y Dougal — puntualizó Meredith.

—Me gusta Dougal —reconoció Frederick —. Es un hombre de fiar.

—Lo es. —Su esposa asintió mordiéndose el labio —. Pero Elizabeth elegirá a William, estoy segura.

Su marido la miró interrogador.

—Es su primer amor —dijo su mujer como si le respondiera —. Y es amigo de Alexander y de Edward, eso la mantendrá unida a las niñas.

—Pero vivirán en América.

—Cierto. Con Dougal estaría más cerca, pero no tienen ningún nexo con…

—Es el mejor amigo de Joseph, no lo olvides.

—Harriet y ella no están tan unidas. Elegirá a William, sabes que no suelo equivocarme en estas cosas.

—No, claro, como cuando dijiste que Katherine se casaría con Lovelace.

Meredith abrió la boca anonadada porque mencionara eso después de lo que sucedió.

—Estaba claro que esa era su intención.

—O cuando dijiste que estaba interesada en el capitán Chantler.

—Y lo estaba. —Se cruzó de brazos elevando el mentón —. Esas niñas me enviaban señales contradictorias.

—También dijiste que Caroline no tenía el más mínimo interés en James.

—¡Frederick! —Lo miró incrédula.

—¿Qué? —El barón se reía con humor —. Tus predicciones son cualquier cosa menos acertadas, querida mía.

—Pero esta vez no me equivoco — dijo volviendo a su posición recostada —. Y lo siento de verdad por Dougal, es un gran hombre.

—Volviendo a James y Caroline…

La baronesa miró a su esposo con preocupación.

—¿Ocurre algo?

—Estuve pensando… Si James finalmente vuelve al ejército, Caroline pasará mucho tiempo sola y ahora con el bebé… Quizá deberíamos proponerle que vivieran aquí. Berksham está demasiado lejos.

—Yo también lo he pensado — dijo ella asintiendo.

—Supongo que Thomas y Frances nos comprenderán.

—Le escribiré mañana mismo — dijo Meredith decidida.

Capítulo 26



James sostenía a su pequeña en los brazos mirándola con tanto amor que Caroline se puso las manos en la cintura dispuesta a hacerlo sudar.

—¿Ahora va a ser siempre así? — le espetó y su esposo se giró a mirarla con preocupación —. ¿Todas las atenciones van a ser para esa pequeña egoísta?

—Cariño, no…

—No me vengas con cariño, ni cariño — dijo señalándolo con fingido enfado —. Cada vez que me doy la vuelta desapareces, ¿y dónde estás? ¡Aquí!

—Solo quería…

—¡Basta! —Miró a la niñera que observaba la escena con visible humor —. Ocúpate de la niña, por favor, necesito a mi marido.

James le entregó a Scarlett y la siguió a cierta distancia saliendo del dormitorio infantil. Caroline no se detuvo hasta llegar al despacho y cerró la puerta después de que él entrase.

—Toma. —Sostenía un sobre en la mano con el brazo estirado —. Esto ha llegado para ti.

James frunció el ceño a ver el remitente.

—¿El general Williams?

Caroline asintió y su esposo soltó el aire de golpe de sus pulmones. Llevaba meses esperando aquella carta y ahora que la tenía delante…

—¿No vas a abrirla?

Él respiraba agitado y no parecía dispuesto a dar el paso.

—¿Quieres que lo haga yo? — preguntó suavizando el tono. Estaba claro que el tema no admitía bromas, a juzgar por la preocupación en el rostro de su esposo.

James respiró hondo y rasgó el sobre para sacar la carta que contenía. La leyó en silencio y levantó la mirada perplejo.

—Me ofrece un cargo en una de sus compañías.

Caroline fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir y corrió a abrazarlo.

—Es lo que tú querías —dijo en tono alegre.

—No finjas, Caroline —susurró en su oído —, no es necesario.

Ella apretó su abrazo mientras se mordía el labio para contener las lágrimas. Trató de resistirse cuando él la separó. Quería mirarla a los ojos.

—Aún no he aceptado.

—Pero lo harás —afirmó bajando la vista —. Debes hacerlo, es lo que quieres.

—No estoy seguro.

Ella clavó sus profundos y acuosos ojos en él y sonrió.

—El ejército es tu vida.

—Tú y Scarlett sois mi vida — dijo pegándola a su cuerpo —. Echo de menos la emoción de la batalla, saber que soy útil a una causa mayor, es cierto. Echo de menos el compañerismo, el trabajo en equipo… Pero… no sé si podría estar lejos de vosotras. Si sería capaz de cumplir con mi deber sabiendo que podría morir y dejaros solas.

Ella colocó su cabello como si peinarlo fuese lo único importante, lo único que pudiese hacer para no romper a llorar.

—Scarlett y yo estaremos bien. Nos encontrarás aquí cuando vuelvas y… — Su voz se rompió y lo agravó forzando una sonrisa —. Soy una tonta sentimental.

James besó sus lágrimas y después su boca como si quisiera bebérsela entera. Amaba a esa mujer con toda su alma, ¿por qué no podía ser suficiente? Cuando se separó la miró unos momentos en silencio. Lo que quería decirle era tan profundo que no encontraba las palabras. Ella asintió.

* * *

En el último suspiro del día, cuando la penumbra comenzaba a tejer sombras alrededor de la mina, un estampido surgió de las entrañas de la tierra. El suelo bajo las botas de los mineros tembló, y un silencio mortal cayó sobre la multitud que se había congregado. Luego, el grito de los hombres y el eco de su desesperación viajó desde la negrura más absoluta hasta los oídos de los que se hallaban varios metros por encima. Los pájaros se alzaron en un estallido de plumas y graznidos, mientras hombres y mujeres y niños salían de sus casas y corrían hacia la entrada de la mina. Como un presagio de desgracia, el tañido grave y lúgubre de la campana de la iglesia los acompañaba y al llegar frente a la entrada las súplicas y los lamentos que subían desde las profundidades hicieron que hasta el más duro de los mineros palideciera.

James llegó a la carrera con una mirada de determinación. Lo acompañaban su padre y Robert, que a pesar de su experiencia y su habitual serenidad, en esos momentos no pudo esconder su temor, al menos no inmediatamente.

—Hay que bajar —dijo James con firmeza.

Robert asintió dispuesto.

—¡Traed lámparas y todo lo demás! — gritó Thomas a uno de los mineros que había acudido al rescate.

—Necesitaremos maderos para reforzar los túneles — dijo James visiblemente ansioso por bajar.

Varios hombres se acercaron con lámparas, picos y palas, además de los maderos.

—Aquí tenéis el canario —dijo una mujer entregándoles la jaula. El ave les advertiría de si había gases tóxicos.

—Bajaré con vosotros —dijo el doctor Edwin portando su maletín.

—Es muy peligroso —advirtió James nada convencido con la idea.

—Lo sé. No hay tiempo que perder.

Cinco hombres descendieron ante la angustiosa mirada de las familias y los compañeros de los que estaban abajo. Caroline no llegó a tiempo de despedirse de James y se inclinó hacia delante tratando de recuperar el aliento tras la carrera. A los dos minutos llegó June a caballo y descendió de un salto para ir hasta ella.

—¿Ya han entrado? —preguntó muy seria.

—No he llegado a tiempo de verlos — dijo la otra asintiendo.

Las dos amigas se cogieron de la cintura dispuestas a esperar la evolución de los acontecimientos.

* * *

El aire en el interior era espeso, casi tangible, lleno de partículas de polvo que se adherían a la piel y a la garganta. El silencio era abrumador, interrumpido solo por el chirriar de sus botas sobre la roca y el eco distante de los gemidos de los hombres atrapados. A medida que avanzaban, la galería se volvía cada vez más estrecha y el techo más bajo. Los refuerzos de madera que sostenían el techo y las paredes estaban torcidos y rotos, testimonio del poder de la explosión. El olor a pólvora quemada y a miedo impregnaba el aire. Finalmente, llegaron a la sección colapsada. Los escombros bloqueaban el camino, una maraña de piedras y maderos rotos, y entre ellos, los desafortunados mineros, atrapados como moscas en una telaraña.

—¡Estamos aquí! —gritó James—. Apartaos de la zona de derrumbe, vamos a asegurar el techo y empezaremos a desescombrar.

La voz de Wilson al otro lado los hizo respirar aliviados. Había varios heridos, pero ningún muerto. De momento.

Apuntalaron el techo y comenzaron a extraer las piedras mientras el médico sostenía con la mano en alto la jaula del canario para asegurarse de que el aire seguía siendo respirable. Movían las piedras con cuidado antes de retirarlas y cada roca que sacaban era para ellos una victoria. Cuando pudieron verse las caras con los del otro lado las risas nerviosas les dieron acicate para seguir.

—Pasadme un madero para que yo apuntale este lado — pidió Wilson temiendo que si seguían quitando piedras el techo no aguantase.

James asintió y otro de los mineros le pasó el tronco y las herramientas. Cuando la zona estuvo segura se apresuraron a quitar el resto de rocas ya sin tantos miramientos y en una hora habían conseguido abrir el hueco para poder empezar a atender a los heridos.

El doctor Edwin se encargó de los que estaban peor y entablilló dos piernas rotas para que pudieran salir de allí por su propio pie. Sería más fácil sacarlos si no estaban tumbados.

Wilson y James se abrazaron aliviados y luego, tanto él como Robert, saludaron a todos los demás.

—Los que podéis andar sin problemas, id saliendo — ordenó —. Con calma, pero a buen paso, vamos.

—Yo me encargo de este —dijo Robert agarrando al que había salido peor parado de debajo de los brazos —. Rodéame el cuello y apóyate en mí.

James miró al médico y le señaló a otro herido con un brazo roto.

—¿Te encargas tú de él?

—Este está peor —dijo refiriéndose al muchacho al que le acababa de entablillar la pierna derecha y el brazo izquierdo —. Ha tenido muy mala suerte. No puede caminar y sujetarse porque las lesiones están a ambos lados.

James asintió y miró a los otros dos mineros que habían bajado con él.

—Improvisaremos una camilla. — Miró a su alrededor —. Usaremos esos dos maderos. Quitaos las camisas. — Él ya se la quitaba —. Usaremos las mangas para atarlas a los maderos y crearemos una base para tumbarlo en ella. No será muy cómodo — dijo mirando al muchacho con una sonrisa nerviosa —, pero supongo que quieres salir de aquí.

—Por favor, señor —asintió el herido que no debía tener más de diecisiete años.

—Eres el hijo de Green. Kitto, ¿verdad?

El otro asintió muy serio. Su padre había muerto en la mina cuando él tenía quince años. James se afanó en la construcción de la camilla asegurando con firmeza las prendas a los maderos.

—Muy bien, muchacho, pues vamos a sacarte de aquí para que tu madre pueda abrazarte cuanto antes. Pascoe, tú te encargas de cogerlo por las axilas, tú Digory, sujétalo por la pierna buena. Yo me encargaré de la mala… — Se sacudió el polvo de las manos y soltó el aire en un soplido. Habían colocado la camilla a su lado —. Aprieta el estómago, Kitto. A la de tres. Uno, dos y tres.

No quería gritar pero su garganta no lo obedeció y un agudo chillido salió disparado hasta la superficie.

June apretó la mano que rodeaba la cintura de su amiga y la sacudió un poco para darle ánimo.

—Son los heridos —susurró—. Eso es que ya han…

—¡Jago! —gritó una de las mujeres al ver aparecer a su esposo.

Enseguida se escucharon otros nombres y las dos amigas se soltaron para ayudar a los heridos. June vio a Robert y sonrió aliviada, aunque siguió con su tarea sin acercarse, no estaría bien que ella mostrase su alegría hasta estar segura de que todos los mineros estaban a salvo. Caroline lavaba las heridas de la cabeza de un muchacho cuando Robert se acercó.

—Están todos vivos —explicó—. Y hemos apuntalado el techo. No tardará en subir. Kitto tenía algunas dificultades para ser evacuado y se ha quedado con él, pero lo sacará.

Caroline siguió con lo que hacía asintiendo sin mirarlo. Tenía la mente anulada, no debía pensar, solo mantenerse serena, centrarse en limpiar esa herida. Solo eso.

El doctor Edwin apareció en ese momento y unos minutos después salieron los que faltaban. Después de varias horas consiguieron rescatar a todos y salir ilesos de la aventura. James se despidió de Kitto gastándole una broma sobre que no se quedara con su camisa y cuando estuvo seguro de que todos recibían la atención que requerían caminó hacia su esposa. Caroline estaba de pie, con un trapo manchado de sangre en las manos y expresión ausente.

—¿Te vendría bien un abrazo? — preguntó él señalando su torso desnudo —. No estoy presentable, pero…

Ella se echó a sus brazos y lo apretó con tanta fuerza que lo hizo reír. La rodeó ignorando que no estaban solos. Caroline no dijo nada y él tampoco. Las palabras no eran necesarias.

Capítulo 27



—¡Un baile! —Bonnie daba saltos alrededor de Elizabeth —. ¡Los McEntrie la han invitado al baile con motivo de los juegos! ¿Alguna vez habían organizado ellos el baile? — le preguntó a Chisholm que intentaba tocar una pieza al piano que sonase por encima de la voz de su hermana.

Desde que Elizabeth había hecho que lo afinaran disfrutaban de su música cuando estaban juntos.

—No, que yo recuerde.

Sentada junto a una de las ventanas, Elizabeth trabajaba en su bordado mientras sus recuerdos le traían otras voces alegres e ilusionadas por un baile. Levantó la cabeza sorprendida.

—¿Qué? ¿Cómo sabes que me han invitado?

—Ha dejado la nota abierta sobre la mesilla… — La muchacha se encogió de hombros —. No era mi intención leerla, pero está ahí, delante de mis ojos, ¿qué iba a hacer?

—¡Bonnie! —La miraba con una expresión severa —. No debes leer las notas de los demás y si lo ves de manera fortuita, no debes hacer alusión a ello de ningún modo.

La joven bajó la cabeza avergonzada.

—Discúlpeme, tiene razón, pero es que son los Juegos de las Highlands, y un baile en el castillo de los McEntrie es toda una novedad.

Elizabeth movió la cabeza suavizando su expresión.

—Y no pienso asistir —dijo volviendo a su bordado.

—¿No asistirá a los Juegos? — La miró boquiabierta.

—Al baile.

—¡¿Qué?! —gritó Bonnie corriendo a arrodillarse frente a ella —. ¡Tiene que ir! Nunca se ha celebrado un baile en el castillo de los McEntrie.

—No digas tonterías, claro que habrán celebrado bailes. — Siguió con su labor sin mirarla.

—¿Por qué no quiere ir?

—No me gusta bailar.

Bonnie estaba sentada sobre sus pies y la miraba comprensiva.

—Lo entiendo, a mí tampoco me gusta… creo, aunque nunca he asistido a un baile, solo lo he visto desde detrás de los setos. Pero no sé por qué, estoy convencida de que ir a uno en el castillo de los McEntrie sí me gustaría. Y más después de un día de Juegos. Es lo mejor del año.

Elizabeth sonrió aunque siguió con la mirada fija en su bordado.

—Veo que te gustan mucho.

—¿Gustarme? —Suspiró—. Ojalá tuviera valor para presentarme a las pruebas.

Su amiga la miró curiosa.

—¿Por qué no lo haces?

—Los escoceses son muy competitivos y me daría miedo que me hiciesen daño.

—Por no mencionar que no puedes hacerlo, eres mujer — aclaró Chisholm.

—¿Qué clase de pruebas son? — preguntó Elizabeth reposando las manos encima del bordado para prestarle toda su atención.

—Pueeees… —La joven pensó el mejor modo de enumerarlas —. Veamos, está el tiro de piedra, el de martillo, las carreras de sacos, la cuerda, carreras de montaña, de caballos, de obstáculos…

—Es suficiente para hacerme una idea — sonrió Elizabeth —. Desde que estoy aquí he oído hablar mucho de esos juegos, pero no creí que tuviera la oportunidad de presenciarlos.

—¿Y no se alegra?

Preferiría estar en Harmouth ahora mismo.

—Será muy divertido, ya verá como le gustan — asintió Bonnie.

—Es el único evento que la ilusiona — explicó Chisholm sin dejar de tocar —. Todavía no me explico por qué.

—Todo el mundo se divierte — dijo su hermana como si eso fuera más que suficiente explicación —. El primer día serán los juegos y el segundo las carreras de caballos y los espectáculos de magia y folclore. Todo Lanerburgh participará, los vecinos montarán casetas donde venderán comida, bebida y productos típicos. ¡Será muy divertido, de verdad!

—Te creo —sonrió Elizabeth contagiada por su entusiasmo.

—Has dicho que los McEntrie nunca organizan un baile, ¿a qué se debe el de este año entonces?

—Normalmente son en verano, pero este año se han retrasado por culpa de la guerra y no sé qué más asuntos políticos. Creo que es la tercera vez que se hacen en otoño, pero no estoy segura. La cuestión es que iban a celebrarse en las tierras de los McKenzie, pero su hijo mayor ha muerto y están de luto, así que le pidieron a los McEntrie que fueran los anfitriones en su lugar. Mire, venga. — Le hizo un gesto para que la siguiera hasta la ventana —. ¿Ve esos hombres? Están empezando a montar las pistas y ¿ve allá a lo lejos? Es donde se realizarán las carreras de caballos.

—¿Tan cerca de los acantilados?

—No está tan cerca, solo lo parece desde aquí.

Elizabeth entornó los ojos intentando enfocar al hombre que caminaba junto a un impresionante caballo. Los dos parecían sacados de una ilustración antigua de las que había visto en…

—¡Es Dougal! —exclamó Bonnie—. ¿Lo ve? El de la chaqueta verde.

—Sí, lo veo —dijo la otra con voz queda.

Desde lo sucedido no habían vuelto a verse a solas. Se había esforzado mucho en que eso no sucediera y en su interior sabía que era por miedo. Pero ¿miedo a qué? ¿A él? ¿A sí misma? Su corazón acelerado le dio la respuesta y se apartó de la ventana con rapidez para regresar a su aburrida y segura labor.

—A nosotros no nos invitan, claro — dijo Bonnie con un deje de amargura.

—Eres muy joven, no puedes asistir a bailes — le recordó Elizabeth.

—Pero Chisholm sí puede, y él es amigo de Brodie, deberían invitarlo.

—Me han invitado —dijo el susodicho sin dejar de tocar.

Bonnie abrió tanto los ojos y la boca que provocó una carcajada en el rostro de su hermano.

—Menuda cara —dijo sin dejar de reír.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, tonto? Creía que te habían desterrado.

—Iba a contártelo esta noche para que te fueras a la cama con algo en lo que pensar, pero no me has dado tiempo por chismosa.

—Vas a ir, ¿verdad?

—Si pongo un pie en esa casa padre me dará una paliza — le recordó su hermano.

—Si vas con ella, no. —Bonnie se volvió de nuevo hacia Elizabeth —. Tiene que ir, señorita, ahora no hay más remedio. Es el único modo de que padre no lo muela a palos.

Elizabeth la miró interrogadora.

—¿Crees que yo puedo defender a tu hermano de tu padre?

—Él la teme. No se atreverá a contrariarla.

—No hasta ese punto —dijo cogiendo la aguja —. Tu padre puede hacer lo que le parezca con su vida, solo tiene que consultarme cualquier cosa que pretenda hacer con la propiedad. Chisholm no entra dentro de mis competencias. Y, además, yo no quiero ir.

—Pero…

Su amiga la miró muy seria y la joven enmudeció, pues no quería disgustarla.

—¿Quieres cantar una canción? — preguntó Chisholm —. La que te enseñé el otro día te gustó mucho.

—Oh, sí —afirmó ella llevándose las manos al pecho —. Es preciosa, me gustan las canciones que me hacen llorar.

—Qué peculiar eres, Bonnie — sonrió Elizabeth —. Solo a ti te gusta sufrir por puro placer.

—¿Quiere que la cante? Lo haré con mucho gusto.

—Adelante.

La joven se acercó al piano y carraspeó suavemente para aclararse la voz antes de indicarle a su hermano que comenzase. Elizabeth siguió bordando mientras la escuchaba. Por supuesto, era una historia de amor. ¿O debería decir de desamor?

La letra hablaba de una joven a la que su amado abandona para ir a la guerra. Ella le promete que lo esperará y él le jura que volverá para casarse con ella. Los dos se juran amor eterno y se despiden entre lágrimas. La joven vive permanentemente en su recuerdo. Pasea por los mismos lugares que disfrutó con él. Lo recuerda en el manto de nieve del invierno, en las flores de la primavera, en el canto de los pájaros en verano y en las hojas que caen de los árboles en otoño. Y

cada estación que pasa se lleva un poco más de ella hasta dejarla consumida y marchita como una sombra.

Elizabeth ya no bordaba, su corazón latía despacio como la música y su mirada estaba fija en las hebras que dibujaban las flores de seda.

Bonnie seguía cantando con su dulce voz aquella lánguida y triste melodía. La mujer de su historia tenía ya la piel ajada, habían pasado más de diez años desde que él se fue y vivía presa de sus recuerdos sin esperanza. Y entonces, una mañana de primavera en la que el sol brilla radiante y la luz lo inunda todo, alguien le dice que él ha vuelto. Sí, él. Ella no cabe en sí de dicha. Por fin sus plegarias han sido escuchadas. Se pone su mejor vestido y arregla su rostro con todo esmero tratando de disimular las arrugas que el tiempo y las lágrimas han dejado en ella. Lo han visto en el parque y allí se dirige para decirle que ni un solo día ha dejado de esperarlo. Y lo ve, no ha cambiado apenas. Es más fuerte y le parece más alto, pero sigue siendo él. Y entonces ve una mujer que se le acerca y le da la mano y dos chiquillos corren hacia ellos riendo entusiasmados porque han cogido una mariposa. Y ella se detiene. Está paralizada y su corazón late desacompasado. Quiere moverse, pero no puede. Quiere huir de allí, pero no puede. Y entonces él la mira. Y la reconoce. Y se da la vuelta. Y se aleja. Esta vez para siempre.

La aguja temblaba en la mano de Elizabeth y un sudor frío corrió por su nuca bajando por su espalda. Los hermanos la miraron inquietos.

—Elizabeth… —Bonnie corrió hacia ella al ver que lloraba con gran sentimiento —. ¿Por qué llora así? — Miró a su hermano con gran preocupación —. Chisholm…

Él se levantó del piano y se acercó a ellas, cogió a su hermana de la mano.

—Vamos, dejémosla sola.

—Pero…

—Bonnie. —La miró muy serio—. Vamos.

Los dos salieron de la sala y Elizabeth cubrió su rostro con las manos y lloró amargamente durante mucho mucho rato.

* * *

—¿Qué le pasa? —le espetó su hermana cuando estuvieron en la biblioteca —. ¿Por qué lloraba así? No deberíamos haberla dejado sola.

—Es lo que necesitaba.

—¡No! —Sollozó—. Nadie necesita estar solo cuando está tan triste.

Chisholm sonrió con ternura y la atrajo hacia sí para consolarla.

—Cuando alguien se derrumba necesita espacio para no tener que preocuparse por los pedazos. Sabe que puede contar con nosotros, cuando esté mejor nos pedirá ayuda, si cree que podemos ayudarla.

Bonnie siguió llorando un poco más y cuando pudo se apartó y se limpió la cara mientras sorbía por la nariz.

—Está tan sola…

Chisholm suspiró.

—¿No lo estamos todos?

Su hermana lo miró con el ceño fruncido.

—Tú no estás solo, me tienes a mí.

Él volvió a sonreír.

—Lo sé, pequeñaja.

—No, en serio, Chisholm, no soy ninguna niña, puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé —repitió.

—Elizabeth ha estado muy triste desde que se fue la baronesa. He intentado entretenerla, pero no se me da bien.

—Es normal que esté triste. Echa de menos a su familia.

—Y la nuestra la trata fatal.

Chisholm asintió muy serio. Lo peor es que sabía que se estaban conteniendo. Todo podría estallar en cualquier momento.

—Si quieres ayudarla, no la molestes preguntándole qué le pasa. Si quiere contártelo, lo hará.

Bonnie suspiró dejando caer los hombros derrotada.

—Está bien —aceptó mirándolo con ojos curiosos —. Pero ahora que no nos oye, ¿qué crees que le pasa de verdad? ¿Por qué ha reaccionado así a la canción?

Chisholm lo pensó un momento buscando las palabras.

—Supongo que se ha sentido identificada. Quizá ella esperó mucho tiempo a alguien o aún lo espera y teme convertirse en alguien como la mujer de mi canción.

—¿Por qué escribiste una canción tan triste? — le recriminó —. Siempre escribes canciones tristes, Chisholm.

—Siempre no. —Le acarició el pelo sonriendo —. ¿No te acuerdas del *señor lenteja*? ¿Y de *Los pollitos van al bosque*?

—Pero eso son canciones infantiles. Ahora solo escribes sobre personas tristes y solas. ¿Así te sientes, Chisholm? ¿Tan malo es vivir aquí para ti? — Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas —. Porque si es así no quiero que me esperes. Márchate, márchate lejos. Conoce sitios y personas nuevos. Gente que entienda tu música y a ti.

—No creo que haya personas así en ninguna parte.

—Claro que las habrá, estoy segura. — Se limpió las mejillas otra vez mojadas —. Quiero que seas feliz.

—No te preocupes, Bonnie. Puedo esperar un poco más. Padre nos dejará marchar, pero solo cuando llegue el momento. Debemos tener un poco más de paciencia.

—Si crezco lo bastante para serle útil no me dejará ir — musitó ella.

Hacía un tiempo que le daba vueltas a eso y había llegado el momento de decirlo en voz alta. Miró a su hermano con aquellos ojos brillantes y curiosos con los que siempre lo miraba.

—Buscará el modo de aprovecharse de mí, me buscará un marido que le sirva y me venderá sin remordimientos. — Negó con la cabeza —. Nunca me iré de aquí, Chisholm. Pero tú, sí. Tú puedes irte cuando quieras. No esperes más. Márchate.

Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos y su hermano sintió que se le rompía el corazón. Él también había pensado en eso últimamente. Cuando hacían planes Bonnie era una niña y su padre no le prestaba la menor atención, pero cada día que pasaba su hermana se iba volviendo más y más hermosa y no tardaría en llegar el momento en que su padre hiciese planes para ella. Tenía razón, pero no podía abandonarla. Desde que era muy pequeña ella siempre tuvo una

conexión especial con él. Lo seguía por la casa a todas partes y lo miraba con adoración cuando, para todos los demás, él solo era un estorbo.

—Bonnie… —La cogió por los hombros —. Encontraré la manera, te lo prometo. Si hace falta nos escaparemos de noche cuando todos duerman, nos cambiaremos los nombres y huiremos muy lejos, adonde padre no pueda encontrarnos. No te dejaré aquí, eso jamás.

Su hermana lo abrazó con tanta fuerza que le crujieron los huesos.

—¡Me vas a romper! —Se rio a carcajadas.

—Me gustaría tanto que fueses a ese baile — dijo apartándose de él para mirarlo —. Si te casaras todo sería más fácil para los dos.

Su hermano la miró incrédulo.

—Serás egoísta, te he dicho un millón de veces que no me casaré nunca.

—¿Y cómo vas a ser feliz si no te casas?

—No necesito una esposa para eso, no quiero casarme. Lo único que necesito es mi música y que tú me incordies un poco cada día. — Se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás —. Voy al pueblo, ¿quieres venir?

—¿Podemos ir a la librería del señor Kinkaid? — Bonnie corrió tras él interponiéndose en su camino —. ¡Por favor, Chisholm!

Su hermano puso los ojos en blanco y suspiró.

—Está bien —se rindió—. Pero promete que no estaremos más de una hora allí, si no…

—Prometido. —Se miró el vestido —. ¿Vamos a caballo? Entonces debo cambiarme. Quince minutos, Chisholm, solo necesito eso.

—Está bien. Iré a pedir que los preparen, te espero allí.

* * *

Elizabeth los vio alejarse por el camino que llevaba al pueblo y sonrió. El entusiasmo de Bonnie solo podía significar una cosa, más libros para la biblioteca. Sin darse cuenta su mirada se desvió en busca de la figura con chaqueta verde que caminaba junto al imponente semental, pero ya no estaba allí. Estiró la espalda, le dolía de estar tanto rato sentada. Le iría muy bien dar un paseo, pero si alguien la viese ahora sabría que había estado llorando.

—Me he comportado como una tonta — musitó —. ¿Qué pensarán esos muchachos de mí?

Miró hacia la butaca que ocupaba antes y se vio a sí misma llorando desconsolada. Llorar así por una estúpida canción… Se mordió el labio y fingió una sonrisa. Sentarse a bordar se le hacía ahora una tarea insoportable. Suspiró y avanzó resuelta para recogerlo todo y guardarlo en el canasto. Podía dar un paseo hacia los acantilados evitando el castillo de los McEntrie. Si iba en dirección contraria al pueblo sería posible no encontrarse con nadie. Además, estaban demasiado ocupados, no solo tenían su trabajo con los caballos, además, estaban los juegos.

«Mientras continúe arrastrando ese fantasma consigo no conseguirá liberar su espíritu para encontrar lo que busca».

Las palabras de Dougal resonaron en su cabeza y atravesaron su corazón como una daga envenenada. Pensaba que era una estúpida, resabida y puritana, y que estaba enamorada de un hombre que la había despreciado sin contemplaciones. Porque eso era lo que había hecho

William y ya era hora de enfrentarlo. Se retorció las manos buscando una escapatoria, pero estaba decidida a no permitírselo y no se detendría.

Te abandonó, sabía lo que sentías por él y no tuvo ni la más mínima duda. Se marchó y te dejó atrás. Nunca ha sentido nada por ti, solo te toleraba porque no eres una persona molesta. Es por eso por lo que todos te toleran, porque eres una sombra silenciosa, alguien a quien se puede dejar atrás. Y tú sigues esperándolo, sigues suspirando por su recuerdo. Y te vas marchitando y consumiendo, alimentándote de esas horribles cartas en las que no hay ni una migaja de amor para ti.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse de nuevo y no iba a dejarlas. Enderezó la espalda y respiró hondo varias veces hasta ser capaz de controlarse.

Dougal McEntrie tiene razón, él ha visto dentro de ti como nadie antes lo había hecho. Es el único que se ha atrevido a decirte lo que piensa a la cara. Eres patética y ridícula y te escondes dentro de estos vestidos grises porque no quieres seguir decepcionándote. Vives en una mortaja porque temes a la muerte. Y te quedarás sola esperándole porque temes fracasar si lo intentas. Por eso te rindes. Por eso siempre te has rendido.

—¡Estoy harta de ser yo! ¡Harta! — masculló arrastrando cada letra.

Su cabeza negaba a un ente invisible, como si allí hubiese alguien repitiendo las palabras un millón de veces aprendidas. Debes ser paciente. Debes ser transigente. Debes ser estoica.

—Estoy cansada de ser todo eso — susurró —. Quiero vivir. Quiero sentir. Quiero…

Se dejó caer en la butaca como si de repente su cuerpo pesara demasiado. Su mirada escapó por la ventana.

—Quiero tener hijos —susurró—. Si no puedo tener el amor del hombre al que amo, al menos quiero tener el de mis hijos. Quiero verlos crecer, cuidarlos y acompañarlos hasta el fin de mis días. Quiero que mi vida tenga un propósito.

Por un momento se planteó la posibilidad de ser como su madre. Entregarse a un hombre y tener un hijo sola, pero eso sería tan espantoso para él que desechó la idea inmediatamente. Debía casarse, con quien fuese. No importaba si era noble o humilde, solo que fuese un hombre capaz de darle lo que quería. Desde que Katherine, Emma y Caroline habían tenido sus bebés su pozo se había ido haciendo más y más profundo. Veía aquellas criaturas, las sostenía en sus amorosos brazos y un dolor lacerante corroía su corazón como los dientes de una hiena. Acabaría por volverse una amargada, una solterona vieja y refunfuñona a la que todos darían la espalda. Y no podía hacerles eso, no a ellos. La habían querido tanto… Y tampoco podía hacérselo a sí misma. Dios le había dado una vida y no la malgastaría. Aspiró aire con fuerza para después dejarlo escapar de golpe junto a su amargura y un cúmulo de decepciones. Y al fin pudo sonreír. Podía hacerlo. Y sabía cómo.

—Necesito un vestido —dijo poniéndose de pie.

Capítulo 28



—¿Por qué tengo que dejarle yo uno de mis vestidos? — Anabella miraba a su madre furiosa —. ¡No quiero!

—Anabella…

—Siempre tienes que hablar por mí, mamá. Que vaya con esos trapos grises que tanto le gustan. ¿Qué más da? Nadie se va a fijar en una rancia y sosa mujer como ella. ¿A quién le importa?

—A tu padre —argumentó su madre con expresión de advertencia —. ¿Quieres que le vaya con el cuento? Ya sabes cómo están las cosas.

—Yo le dejaré uno —dijo Alice, con una copa de vino en la mano y recostada en el sillón.

—¿Tú? —Anabella puso los ojos en blanco —. Pesas veinte kilos más que ella, por Dios.

—Pero ¿qué dices? —Alice intentó ponerse de pie, pero su mano resbaló del reposabrazos y el brusco gesto hizo que el vino cayera encima de su vestido lila —. Mira lo que has hecho, ahora tendré que cambiarme otra vez.

—¡Son las diez de la mañana! ¿Cómo puedes estar bebiendo vino a estas horas?

—El vino es bueno para mí, lo dijo el doctor.

—Otra vez con eso… —Anabella miró a las otras mujeres, pero ninguna dijo nada —. ¿En serio vais a dejar que siga engañándose de ese modo?

—Estamos hablando de dejarle un vestido a esa Elizabeth — le recordó su madre —. Céntrate, hija.

—Yo no pienso hacerlo, así que tendrás que pensar en otra cosa.

—Hay que ver lo egoísta que eres, cualquiera diría que te he pedido que le dejes a tu marido.

—A él se lo dejaría sin pestañear — respondió con una mueca amarga y mirando a sus cuñadas en busca de ayuda.

Alice había conseguido ponerse de pie y rellenaba su copa con expresión distraída y una enorme mancha en su vestido, mientras Blanche seguía con su lectura, indiferente a la

conversación. Pero a Anabella no la engañaba con esa pose.

—¿Qué opinas de Elizabeth, Blanche? — preguntó directamente con voz chillona —. A ti te cae bien.

Su cuñada la miró como si hubiese preguntado de qué color era el cielo y Alice se llevó la copa a los labios sin apartar la mirada de tan interesante escena.

—Apenas la conozco, aunque lo cierto es que me sorprende que haya pedido que le dejemos un vestido.

—Pues ya ves. Ahora resulta que quiere ir al baile de los McEntrie. — Anabella apretó los labios visiblemente enfadada y Blanche sospechaba que no era por el vestido, sino porque Elizabeth iba a asistir a ese baile y ella no.

—Yo creo que suspira por alguno de ellos. — Se entrometió Alice caminando hacia el sillón de nuevo y sentándose con sumo cuidado de que no se vertiera ni una gota de su bebida —. Dougal la trajo, ¿no?

—No «la trajo» —puntualizó Anabella entre dientes —. Acompañaba a la baronesa.

—Pues si no es Dougal será otro — siguió Alice —. Son seis, tiene donde escoger.

—Tú eres tonta. —Anabella se puso las manos en la cintura para mirarla con desdén —. ¿Quién iba a fijarse en ella con esos horribles vestidos que lleva y esa pose estirada y fría?

—Por eso querrá que le dejes un vestido. — Sonrió con cara de boba —. Para dejar de parecer una solterona. No olvides, Anabella, que es la hermana de un barón.

—Pues su hermano debe poseer suficiente dinero como para que ella disponga de un buen guardarropa. ¿Cómo ha venido hasta aquí sin traer ni un vestido decente? A lo mejor es que no la quieren tanto como aparentaba la baronesa. ¿No creéis?

—Sea como sea, ha pedido que le dejemos un vestido y un vestido le dejaremos — sentenció Rosslyn con una sonrisa malhumorada.

Blanche sintió de nuevo la mirada intensa de su suegra clavada en ella y suspiró levemente dispuesta a no discutir.

—¿Sería muy doloroso para ti desprenderte de uno de tus vestidos, Blanche? Teniendo en cuenta que mi hijo no te lleva a ninguna parte, no vas a echarlo de menos.

Blanche apretó los labios y desvió la mirada mientras recitaba mentalmente el abecedario.

—¿Estás pensando en tus múltiples ocupaciones, querida? — siguió la otra con voz cada vez más fría —. Aunque, no se me ocurre qué ocupaciones puedan ser esas, por lo que yo sé ni tan siquiera cumples con la más básica.

Blanche congeló su estudiada sonrisa y sus ojos se aceraron peligrosamente.

—Me temo que para cumplir con esa obligación de la que habla, madre, se necesita la colaboración del esposo y su hijo no tiene ningún interés en dicho asunto.

—Seguro que hay algo que una esposa puede hacer para recuperar ese interés.

Blanche iba perdiendo el color de sus mejillas, ya de por sí bastante pálidas.

—Es difícil cuando los esposos ni siquiera duermen en la misma habitación.

—Querida, querida —sonrió malévola —, en esta casa las puertas no se cierran con llave, que yo sepa. Y una visita inesperada durante la noche puede ser algo de lo más excitante para un hombre.

Anabella miraba a su madre sorprendida y Alice había detenido la copa a medio camino hacia su boca para no perder detalle.

—Los hombres son hombres, Blanche, si mi hijo no está haciendo lo que se espera de él no hay duda de que es responsabilidad tuya solucionarlo. Y ahora, volviendo al tema que nos ocupaba, ¿tienes algo que decir respecto a la petición de la señorita Wharton?

Blanche apretó el puño que había escondido bajo los pliegues de su vestido y miró a su suegra consciente de su derrota.

—Yo le dejaré un vestido —dijo como respuesta —. Como bien ha dicho, no salgo apenas y tengo algunos sin estrenar.

Anabella maldijo para sí y resopló por la nariz sin que nadie le prestase atención. Rosslyn mantuvo la mirada fija en Blanche aún unos segundos, aunque su nuera tenía la suya clavada en el marco de la puerta como si esperara que alguien entrase y acabase con su tortura.

—Bien —dijo al fin dándose por satisfecha —. Le pediré a la señora Burns que la envíe a tu cuarto, deberías ir a revisar tu guardarropa y elegir de cuál traje quieres desprenderte.

Blanche se puso de pie rápidamente, no iba a dejar pasar la oportunidad de escapar.

—Voy ahora mismo.

—Blanche… —La voz de su suegra la obligó a detenerse —. Te dejas el libro.

La joven regresó y al pasar junto a ella Rosslyn la agarró del brazo con delicadeza y se inclinó como si quisiera contarle un secreto, aunque las otras lo oyeron perfectamente.

—Y esta noche espero que visites a mi hijo y cumplas con tus deberes conyugales como es debido.

La otra sintió que todo su cuerpo se enervaba, pero no dijo nada y abandonó el salón con el libro apretado contra su pecho.

* * *

Blanche revisaba su armario e iba lanzando prendas sobre la cama. A Elizabeth le sorprendió encontrarla en ropa interior, pero a la esposa de Carlton no parecía importarle lo más mínimo su aspecto.

—Esos no me los he puesto nunca. Pruébeselos y elija el que más le guste. Tenemos las mismas medidas, más o menos, le quedarán bien — dijo sin volverse a mirarla.

—Siento las molestias —dijo Elizabeth acercándose a la cama para tocar la seda de un vestido azul cielo que había llamado su atención.

Había algo extraño en el comportamiento de Blanche MacDonald, nunca la había oído hablar tanto sin ser preguntada y que se mostrase en calzones y corsé tampoco era nada habitual. Trató de sacudirse aquellos pensamientos y se centró en el motivo por el que estaba allí. Todos los vestidos eran muy bonitos y había muchos donde elegir. Suspiró al pensar en sus sobrinas, cómo le gustaría tener a alguna de ellas allí para ayudarla a escoger. Katherine elegiría el amarillo, sin duda. Era realmente precioso y haría resaltar su cabello oscuro, pero tenía la piel demasiado pálida y la haría parecer enferma. Emma optaría por el oscuro con un ribete granate, pero ese la haría parecer demasiado delgada. ¿Cuál elegiría Caroline? Se preguntó si…

—Yo escogería el azul cielo, es el que le ha llamado la atención en cuanto lo ha visto — dijo Blanche que la miraba con las manos en la cintura y expresión burlona —. ¿Por qué siempre viste de gris?

Elizabeth había cogido el vestido y lo analizaba imaginándose con él puesto.

—Es práctico —dijo sin más.

—Práctico… Curioso concepto, teniendo en cuenta que es la hermana del barón de Harmouth. Porque es su hermana de verdad, ¿no? Ya sé que su padre no la reconoció, pero aun así el barón la acogió en su casa, así que debe serlo.

Elizabeth trataba de averiguar si le molestaba o por el contrario le aliviaba su desparpajo al hablar del tema.

—¿Su hermano es un rácano? — siguió Blanche.

—¿Qué? ¡No! Al contrario, es el hombre más generoso que conozco.

—Entonces no debería vestir así. Lo pone en evidencia.

Elizabeth frunció el ceño desconcertada.

—¿En evidencia?

Blanche enarcó una ceja.

—¿A quién creen que juzgan cuando la miran? ¿A usted? Si yo he pensado que el barón debía ser un hombre muy avaro por permitir que su hermana vista del modo en el que usted lo hace, otros lo harán también. Eso o que el barón quiere demostrar que es su obra de caridad. Cualquiera de las dos posibilidades habla más de él que de usted.

—No quería preocuparme por cosas superficiales. Nada de lo que ha dicho es cierto.

—La verdad casi nunca es lo que importa, no para que los demás opinen.

—Lo he entendido —la interrumpió molesta y señaló hacia el montón de vestidos que había sobre la cama —. Todo esto me parecía un gasto inútil de energía.

Blanche la observó durante unos segundos y sonrió de un modo enigmático que irritó aún más a Elizabeth.

—¿De qué se ríe?

—Ha dicho que le «parecía», en pasado. Algo ha cambiado, entonces.

—No sé de lo que habla.

—De acuerdo. —Sacó un vestido rojo y lo pegó a su cuerpo —. ¿Le gusta? Este es el vestido que me puse para cazar a Carlton MacDonald. Todavía me sirve. ¿Me ayuda? Me gustaría ponérmelo un momento. No ponga esa cara, no estoy tratándola como a una criada, es que no quiero que ninguna me vea y vaya corriendo a contárselo a Rosslyn o a Anabella.

Elizabeth se acercó para ayudarla.

—Tenga mucho cuidado con el servicio — siguió Blanche —. Son perros que comen de la mano de su amo y no dudarán en morderla a usted si eso les beneficia. Algunas, incluso por gusto, como la señora Burns.

—¿Y puedo fiarme de usted? — preguntó Elizabeth rodeándola para ponerse frente a ella.

Blanche sonrió abiertamente.

—De mí menos que de nadie. Soy una mujer pragmática, me preocupo por mí en primera y última instancia. No iré a contarle nada a Rosslyn, porque para eso ya tiene a sus informantes, pero no me considere una amiga, no creo en la amistad ni en ningún otro elevado concepto semejante.

Caminó hasta el espejo y se miró cambiando de postura una y otra vez con evidente satisfacción en el rostro, mientras Elizabeth la contemplaba deslumbrada.

—¿Quiere ponérselo para el baile? Aunque quizá debería ponérmelo yo esta noche cuando vaya a ver a mi esposo a su habitación. ¿Qué opina? ¿Lograré… elevar su espíritu? — Soltó

una carcajada al ver que se ponía roja —. No pretendo corromperla, imagino que a su edad ya sabe de los entresijos que se tejen en un matrimonio. ¿No? — Se encogió de hombros al ver que no respondía y volvió a mirarse al espejo —. Soy la manzana podrida de este cesto y ya se habrá dado cuenta de que no siento afecto por nadie en este castillo. Ellos creen que mi sangre es veneno. — Se giró a mirarla y a Elizabeth le pareció que tenía un aspecto inquietante —. Tres embarazos y tres niños muertos, ese es mi legado para los MacDonald.

Elizabeth no varió su expresión y Blanche no disimuló su sorpresa.

—¿No dice nada? ¿Ni una palabra de consuelo?

—He visto más casos como el suyo. No es tan raro. Aunque reconozco que debe ser doloroso para usted y su esposo.

—¿Doloroso? Yo no quiero hijos y él… no me quiere a mí. — Se encogió de hombros —. Si me esforcé en tenerlos es para asegurar mi estatus en esta familia, pero es inútil, no hay manera de que ninguno sobreviva, así que tarde o temprano mi esposo traerá al hijo de otra. Sé que tiene unos cuantos por ahí.

Elizabeth consideró que ya había escuchado suficiente.

—Será mejor que elija uno — dijo mirando los vestidos esparcidos por la cama —. Como dice, el color me favorece, así que me llevaré ese. ¿Quiere que la ayude a quitarse el suyo antes de irme?

—Sí, por favor —dijo dándole la espalda para que lo desabotonara.

—El primero vivió un mes entero — dijo con voz calmada —. El último solo aguantó un día. Sea lo que sea lo que los mata lo hace cada vez más rápido. El médico dijo que mi sangre los envenena, así que mi marido ya no me toca. — Dejó el vestido en el suelo y pasó por encima de él para acercarse a la cama —. Lléveselos todos. Tengo la impresión de que va a necesitarlos en breve.

Intentó cogerlos para dárselos, pero eran demasiados.

—No es necesario, no…

—Le diré a Cecilia, que los deje en su cuarto. — La interrumpió mirándola con fijeza —. Esos vestidos grises y austeros que se pone dicen de usted que está resentida, acomplejada y triste. ¿Eso es lo que quiere que vean sus enemigos? — Negó con la cabeza —. Le aseguro que no. Lo que debe mostrar es seguridad y confianza. Debe decirles que ellos no le importan en absoluto.

—¿Está tratando de ayudarme? — No había cinismo en su voz, pero tampoco confianza.

El rostro de Blanche volvió a colocarse la fría máscara con la que siempre la había visto.

—Ya le he dicho que no creo en la amistad. Simplemente disfruto viendo a Bhattair y a Rosslyn tragándose su orgullo, eso es todo. — Señaló el vestido que había dejado en el suelo —. ¿Lo quiere para el baile?

—No —dijo rotunda.

—¿Por qué? ¿Cree que es vulgar?

—Creo que ese vestido diría de mí que estoy desesperada y triste. — Sonrió —. Y le aseguro que no es así como me siento.

Blanche entornó los ojos mirándola con curiosidad. Elizabeth cogió el vestido elegido y salió de la habitación.

Capítulo 29



Bonnie arrastraba a Elizabeth de una caseta a otra.

—¿De verdad no quiere comer nada? — preguntó frente a un mostrador con toda clase de dulces.

—¿Más? Voy a reventar. ¡Cómo puedes pensar en comer más! — Se rio a carcajadas.

—Reverendo Campbell —saludó Bonnie cuando el ministro se acercó a ellas —. ¿Se conocen?

—¡Oh, sí! —respondió él sonriendo —. Nos presentó Caillen. ¿Lo está pasando bien, señorita Wharton?

—Muy bien, reverendo. Es una gran celebración.

—Desde luego, no hay quien se la pierda — dijo risueño —. No las entretengo, vayan. Está a punto de empezar la *caber toss* y este año tenemos de nuevo a Dougal entre nosotros.

—¡Vamos, corre! ¡Adiós, reverendo! — Bonnie tiró de ella otra vez y Elizabeth se despidió del ministro y se dejó arrastrar hasta el lugar en el que un hombre, vestido con su correspondiente *kilt*, sostenía un poste largo, que parecía realmente pesado.

—¿Qué va a hacer? —preguntó cuando se situaron a un lado —. ¿No estamos demasiado cerca?

—Tranquila. Lo va a lanzar hacia allá — señaló lejos de ellas.

El hombre, que tenía unos brazos enormes, sostenía con las dos manos un tronco de unos dieciséis pies que debía pesar cien libras, por lo menos, en posición vertical y apoyado en su hombro. Muy cerca, Craig McEntrie, juez de la prueba, esperaba para dar la señal de lanzamiento, ataviado como todos los participantes, con el kilt, en su caso de cuadros azules y verdes. Elizabeth buscó instintivamente aquellos cuadros y pudo así ubicar a varios de sus hijos en distintos lugares. Pero no a todos.

—El tronco tiene que girar ciento ochenta grados en el aire antes de caer hacia el otro lado — musitó Bonnie acercándose a su hombro.

Elizabeth frunció el ceño. ¿Cómo iba a…?

—¡Adelante! —dijo Craig con tono de apremio.

El lanzador echó a correr con aquel pesado madero en sus manos y cuando se detuvo lo lanzó con fuerza para que cayera sobre el extremo contrario al que sostenía. El tronco se apoyó sobre dicha punta sin llegar a ponerse vertical y cayó de nuevo hacia el lanzador. Todos los asistentes gritaron decepcionados.

—¿No ha valido? —preguntó Elizabeth sin comprender muy bien qué había salido mal.

—No. Tiene que caer hacia el otro lado, ¿lo entiende?

—Ah —dijo asintiendo. No quería parecer estúpida, pero no lo tenía muy claro.

—Le toca a Duncan —anunció Bonnie, pero Elizabeth ya lo había visto y tenía una expresión de lo más cómica —. Mi hermano es muy fuerte. Estos últimos años siempre ha quedado primero.

Elizabeth no sabía si le parecía gracioso verlo vestido con la falda escocesa o le resultaba inquietante. Parecía más alto y fuerte así vestido. Lo vio coger el tronco con las manos y apoyarlo sobre su hombro ayudándose con la cabeza para mantenerlo allí. Cuando Craig dio la señal echó a correr unos pocos pasos y se detuvo para lanzar el madero que cayó sobre el extremo más alejado de sus manos y siguió su camino hasta caer, cuan largo era, hacia el lado contrario al que estaba el lanzador. Elizabeth miró a Bonnie que saltaba y daba palmas como los demás asistentes y comprendió que ese había sido un buen lanzamiento.

—¿No vamos a otro sitio? —preguntó sonriendo.

—Todavía no.

Después de ver dos lanzamientos más, Elizabeth ya estaba un poco aburrida y se distrajo mirando a su alrededor mientras Bonnie disfrutaba del espectáculo. Lo vio acercarse desde la distancia, con el castillo de los McEntrie al fondo y caminando con paso decidido. Casi pudo imaginarlo con una espada en la mano dispuesto a entrar en batalla y su corazón se aceleró sin que pudiera hacer nada para impedírselo.

—Ahí está Dougal —dijo Bonnie señalándolo —. Lleva años sin participar y me muero por saber si sigue siendo tan bueno como antes. Desde la primera vez que ganó siempre fue el número uno en los juegos. Duncan ha disfrutado en su ausencia de un corto reinado. — Bajó el tono —. Espero.

Elizabeth lo vio acercarse a su padre que le dio una palmada en el brazo a modo de saludo. No parecía haberla visto, y ella se alegró, pues no estaba segura de si su cara mostraba una expresión lo bastante indiferente. El escocés levantó el tronco con sus manos y lo apoyó en su hombro, como habían hecho los demás, corrió diez pasos y lo lanzó con fuerza haciéndolo girar ciento ochenta grados y cayó hacia delante. Todos gritaron entusiasmados y dos jueces comprobaron algún parámetro que a Elizabeth se le escapaba.

—Están comprobando que ha caído en línea recta — dijo Bonnie sonriendo abiertamente y Elizabeth se preguntó qué celebraba más, la victoria de Dougal o la derrota de su hermano.

El escocés la vio entonces, pero no hizo el más mínimo gesto de saludo. Bonnie frunció el ceño y la miró interrogadora.

—¿Están enfadados?

Elizabeth no respondió y Bonnie apretó los labios para no preguntar y ser una entrometida.

—Sigamos a Dougal —señaló la joven —. Quiero ver cómo recupera el trono.

Durante toda la mañana las dos fueron testigos de cómo el escocés batía a todos los competidores, una prueba tras otra. Y también de cómo la alegría en el bando de los McEntrie era inversamente proporcional a la rabia en el de los MacDonald. Por eso cuando llegó la última prueba, la *tug of war*, y las dos familias se pusieron a ambos lados de una cuerda, Elizabeth agradeció que fuese ese el modo en el que los escoceses libraban ahora sus batallas. No le apetecía nada ver cómo se atravesaban con sus espadas.

—¿Bhattair también participa? — preguntó Elizabeth sorprendida de verlo encabezar a su equipo.

—Todos los hombres de las dos familias participan, excepto Craig porque este año es anfitrión y juez. Ahora que ha vuelto Dougal no lo necesitan.

—¿Tienen que ser seis a ambos lados? — preguntó Elizabeth.

—Deben ser el mismo número. Cuando juegan todos los McEntrie mi padre tiene que incluir, además de a Finlay, a un criado.

—Parecen dos ejércitos a punto de entrar en batalla a juzgar por sus caras — dijo mirándolos uno a uno —. Excepto Chisholm, al que está claro que le da igual.

En la cabecera de los McEntrie se había colocado Caillen y el último, al que Bonnie llamo «el ancla», era Dougal.

—El ancla es la pieza más importante y está destinada al más fuerte. En nuestro equipo es Duncan y en el de ellos Dougal.

Los ojos de Elizabeth se cruzaron con los de Dougal un instante y el escocés sonrió burlón y dijo algo vocalizando mucho para que ella leyese sus labios.

—Le dedica esta prueba —dijo Bonnie.

Elizabeth la miró confusa.

—Ha dicho «*coisrigte dhut*», que significa «dedicado a ti». — Sonrió con mirada pícara.

—¿De qué te ríes?

—Le ha dedicado su victoria.

—Todavía no ha ganado.

—Pero es lo que va a pasar.

—Qué tontería —dijo Elizabeth divertida.

—Es lo que hacían los caballeros antes de una gesta — siguió Bonnie visiblemente contenta —. Dedicarle el triunfo a su dama.

—Yo no soy…

El grito del juez la hizo callar.

—¡Adelante!

Los hombres se inclinaron hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados mientras sostenían la cuerda cerca de sus cuerpos. El capitán, que era el que los encabezaba, iba dando instrucciones para que los otros trabajaran al unísono.

—Nunca dicen «tirar» o «soltar» — explicó Bonnie —. El otro equipo se anticiparía a sus acciones. Cada grupo tiene sus palabras clave en gaélico.

Elizabeth veía aquellas piernas ejerciendo toda la resistencia de que eran capaces y cada cierto tiempo uno de los grupos daba un paso hacia atrás y luego otro, desequilibrando al contrario, hasta que este era capaz de contener el movimiento y de nuevo permanecían unos instantes en tensión. Se iban alternando en avance y retroceso sin que pareciese que ninguno de

los dos iba a llevarse el triunfo. Elizabeth sintió una extraña tensión, como si ella misma estuviese tirando de aquella cuerda. Y no tiraba del lado de los MacDonald, precisamente.

Dougal gritó algo y Elizabeth miró a Bonnie para que le tradujese.

—Ha dicho «cabestrillo».

—¿Cabes…?

Los McEntrie respondieron al grito y dieron un paso atrás. Dougal grito de nuevo y sus hermanos repitieron el mismo proceso. Otro grito, seguido de otro paso y así hasta que los MacDonald perdieron pie y los McEntrie se hicieron con el triunfo.

Bonnie les dio la espalda a los jugadores para que su padre no la viese y agarró las manos de Elizabeth visiblemente entusiasmada.

—No deberías alegrarte tanto — dijo su amiga sonriendo.

—No es fácil ver a mi padre y mis hermanos derrotados — musitó —. Mira la cara de Anabella, a su izquierda, está verde de la rabia.

Pero Elizabeth solo podía mirar a Dougal que sonreía satisfecho mientras sus hermanos lo abrazaban.

—¡Te echábamos de menos! —gritaba Ewan que parecía el más eufórico —. ¡Qué bien que estés aquí!

—¡Ha sido fabuloso! —Se unió Brodie.

Los capitanes de ambos equipos se estrecharon la mano con visible disgusto.

—Se os acabó la tregua —dijo Caillen en cuanto se soltaron.

—No contábamos con el regreso del hijo pródigo.

—Parece que últimamente las cosas no te salen cómo esperas, Bhattair — dijo Craig acercándose —. Al final va a ser verdad que existe la justicia divina.

—Métete en tus asuntos —le advirtió el otro.

Craig sonrió burlón.

—Bhattair estará escocido, demasiado tiempo sin usar el *feileadh-beag* — dijo mirando a sus hijos y refiriéndose a la prenda tradicional escocesa —. Su familia nunca fue muy amante de nuestras tradiciones, prefieren las de los *Sasannach*.

—En cambio la tuya sigue queriendo tener el pastel cuando ya se lo ha comido.

Craig lo miró endureciendo el gesto.

—Te has vuelto muy delicado hablando. Antes eras más directo.

—Para que conste, ¿los McEntrie eran jacobitas o hanoverianos? Nunca lo he tenido claro.

—Cuidado, Bhattair, los McEntrie siempre hemos huido de la confrontación, pero cuando ha sido necesario no hemos dudado en empuñar la espada.

—Claro, cuando ha sido necesario. Que se lo digan a Ross McEntrie, que luchó en los dos bandos.

—Serás… —Craig dio un paso amenazador, pero Caillen se interpuso entre ellos.

—Si queríais dar un espectáculo deberíamos haber vendido entradas. — Dougal se había acercado a ellos —. ¿Qué pasa, Bhattair, no te alegras de que haya vuelto?

—Me importa una mierda lo que hagas, mientras te mantengas alejado de mis tierras.

Elizabeth vio algo perverso en los ojos de Bhattair antes de que volviese a hablar.

—Por cierto —dijo con expresión perversa —, no había tenido ocasión de darte mi más sincero pésame por la irreparable pérdida de tu querida esposa. Mi corazón llora con el tuyo.

Ahora me apena no haberla tratado más cuando vivió entre nosotros.

El cuerpo de Dougal se había tensado de tal modo que era perceptible para los allí presentes, pero el escocés no se movió de donde estaba. El reverendo Campbell se abrió paso entre los presentes y se interpuso entre los dos hombres.

—Las Tierras Altas siempre han dado hombres fuertes y estúpidos casi en la misma proporción. Parece que hay cosas que nunca cambian, ¿verdad, Bhattair? — Lo cogió de los hombros —. Anda, vamos a charlar un rato tú y yo, ¿te parece?

El otro se soltó con suavidad para no faltarle al respeto.

—Os dejamos para que podáis celebrar vuestro triunfo — dijo con sarcasmo antes de volverse hacia el clérigo —. Vamos, reverendo, dejaré que me sermonee mientras tomamos Drambuie.

Se alejaron de allí seguidos de los otros MacDonald, solo Chisholm se quedó un momento.

—Lo siento mucho, Dougal —dijo con sincero pesar.

El otro movió ligeramente la cabeza.

—Me alegro de verte —respondió con voz profunda.

Chisholm asintió con expresión de afecto y se marchó.

—No dejemos que nos estropee la victoria. — Lachlan le rodeaba los hombros con un brazo —. Vayamos a emborracharnos.

—Tenemos un baile esta noche — recordó Craig —. De emborracharos nada.

—¡Padre! —Se lamentaron a coro los más pequeños —. ¿Por qué se ofreció a organizar el maldito baile? Así no vamos a poder disfrutarlo. ¿Quién quiere un baile en su casa?

—Es lo que toca si eres el anfitrión de los juegos — les recordó —. Venga, id a daros un buen baño que oléis a estiércol y así no va a haber dama que quiera bailar con vosotros. Yo voy a ayudar a recoger todo esto. Y no se os ocurra acercaros a nada que tenga alcohol hasta esta noche.

Se alejó y los demás hicieron lo propio a regañadientes. Brodie y Ewan celebrando sin tapujos y Lachlan y Kenneth más sobrios y contenidos, pero igualmente satisfechos.

—¿Vienes? —preguntó Caillen a Dougal.

—Ve tú —dijo el otro—. Llevaré la cuerda antes.

Caillen vio que Elizabeth le decía algo a Bonnie y esta se alejaba. Sin decir nada se marchó para dejarlos solos. Ella se acercó quedándose a una prudencial distancia mientras él recogía la cuerda y rellenaba con el pie el hueco que habían dejado al marcar el suelo.

—Enhorabuena —dijo suavemente.

—Gracias. —El escocés siguió con lo que hacía sin volverse.

—Ha sido impresionante.

—¿Impresionante? Vaya —dijo sarcástico.

—Dougal.

Él la miró sorprendido por el tono de su voz, casi parecía amigable.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente exactamente?

—Haberme comportado como una niña y haberlo evitado todos estos días como lo he hecho.

Aquello no se lo esperaba y no se molestó en disimularlo.

—Usted se ha portado con Meredith y conmigo como un amigo y yo no debí culparlo por lo que sucedió.

—¿Lo que sucedió? —Dejó la cuerda en el suelo para acercarse a ella —. ¿Se refiere a que nos besamos?

—Sí, me refiero a eso.

—¿No va a negarlo? ¿A decir que fui yo y que usted no…?

—Ya sabe que no me gusta mentir.

Dougal asintió mirándola de un modo tan íntimo que Elizabeth dio un paso atrás sin darse cuenta.

—¿Teme que la bese delante de todos? — Miró a su alrededor —. Aún queda bastante gente por aquí.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

El escocés no pudo contener una sonrisa.

—Es usted única, Elizabeth.

—¿Podemos volver a ser amigos y dejar todo eso atrás? Me gustaría.

—No sabía que me considerase un amigo. Pensaba que apenas me soportaba.

Ahora fue ella la que sonrió.

—Sé que eso no es cierto. Me conoce lo suficiente como para saber cómo me comporto con alguien a quien no soporto.

—¿Bhattair, por ejemplo?

—A él lo detesto.

El rostro de Dougal se endureció.

—No deberían vivir bajo el mismo techo — masculló —. Es un hombre peligroso, capaz de cualquier bajeza.

Elizabeth frunció el ceño al ver que no seguía.

—¿Qué fue lo que le hizo a Nuna?

Dougal desvió la mirada y Elizabeth se movió para impedirle que la ignorara.

—¿Le… pegó? —preguntó con temor a la respuesta.

La mandíbula de Dougal se marcó con fuerza y sus ojos daban miedo.

—Intentó violarla.

Cubrió su boca con las dos manos y ni así consiguió evitar el grito de horror que escapó entre los dedos. Dougal soltó el aire de sus pulmones con un bufido.

—Acompáñeme a llevar esta cuerda y daremos un paseo.

Se dirigieron a los acantilados y Elizabeth agradeció la brisa en su rostro mientras caminaban en silencio. Por alguna extraña razón no le sorprendió sentirse tan cómoda a su lado.

—Nuna no se acostumbraba a vivir aquí — dijo Dougal cuando estuvieron frente al océano —. Se sentía encerrada y oprimida. No soportaba la ropa, los zapatos, la comida… A veces no me soportaba ni a mí. Se escapaba por las noches y venía aquí. Se desnudaba y cantaba mientras las lágrimas rodaban imparables por sus mejillas. Decía que las estrellas eran lo único que la unía a los suyos.

Elizabeth quedó prendada en su triste expresión.

—Nunca olvidaré su cara la primera vez que vio el mar. Cuando le dije que viajaríamos en un barco… — Movió la cabeza con ojos sonrientes al recordarlo —. Solo era una niña curiosa

y apasionada… — Miró a Elizabeth con fijeza —. ¿Le molesta que le hable así de ella?

—En absoluto —dijo sincera—, me parece precioso todo lo que dice.

El escocés asintió y volvió a mirar al horizonte, muy muy lejos.

—Al llegar aquí, cambió. Todos la miraban como si fuese un espectáculo de feria. Ni siquiera mi padre la aceptó como mi esposa. Debí haberme marchado entonces, pero estaba muy arraigado a esta tierra y a los míos.

Otro largo silencio contemplando el mar.

—Una de las noches que vino aquí, Bhattair debió de seguirla. La atacó y se la llevó hasta el bosque, ya imagina para qué. Ella se resistió y tuvo que dejarla inconsciente. Por suerte, llegamos antes de que… lo consiguiera.

Elizabeth escuchaba atenta y no emitió el menor sonido que pudiera interrumpirlo.

—Al principio Nuna no me creyó cuando le dije que no había conseguido su propósito, pero cuando supo que seguía vivo, lo aceptó. Entonces me dijo que si no me iba con ella se iría sola. Nadie la quería aquí y no se quedaría.

Debió ser terrible para él aceptar que los suyos no lo apoyaban en algo tan importante. Ahora entendía su elección cuando decidió vivir como un pirata para vengarse del hombre que mató a Nuna. En el fondo también se vengaba de todos los que no la quisieron.

—Sus hermanos y su padre lo quieren mucho y estoy segura de que al final también la habrían querido a ella.

Dougal sonrió ante sus esfuerzos.

—Le aseguro que Nuna no se lo puso fácil a ninguno. Era muy difícil tratar con ella. Solo conmigo se mostraba dócil y sumisa, con los demás era una gata salvaje.

Elizabeth asintió comprensiva. Una situación difícil, sin duda.

—Porque sé cómo es Bhattair le ofrecí venir a vivir a nuestro castillo — dijo él con voz profunda —. Me sentiría más cómodo teniéndola cerca.

Elizabeth sintió esa calidez que empezaba a resultarle familiar.

—Bhattair no me hará daño. No le resulto atractiva.

Dougal siguió mirando hacia delante.

—Si se atreve a tocarle un pelo de la cabeza, no vivirá para contarlo.

Entonces lo supo, supo que ese era el camino que quería tomar. Dougal McEntrie no era la clase de hombre al que ella podía amar. Era rudo, no tenía delicadeza y en algunos momentos podía incluso causarle cierto temor. Pero también era bueno, leal y confiable. Sabía que nunca le haría daño a propósito. Ni a ella ni a sus hijos. Se giró para mirarlo.

—Esta noche asistiré al baile — dijo y esperó su respuesta con el corazón en los ojos.

Dougal se giró también y la miró de frente.

—Allí estaré.

Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza y se alejó de él con paso tranquilo. Dougal volvió su mirada al mar y dejó que la brisa calmase su ardiente corazón.

Capítulo 30



—Necesito un acompañante. — Elizabeth miraba a Bhattair con serena frialdad.

—Ninguno de mis hijos pisará el castillo de los McEntrie.

—Como guste. Supongo que sabe que los duques de Sutherland van a asistir, estoy segura de que cuando les comente que he tenido que ir sola por esa máxima suya, verán su desprecio hacia una querida amiga con gran admiración.

La expresión de Bhattair se transformó en una mueca.

—¿Conoce a los duques?

Elizabeth sonrió satisfecha.

—Nos han visitado unas cuantas veces. Suelen quedarse a dormir en la casa que mi hermano tiene en Londres cuando asisten a algún evento de manera improvisada. Y me congratulo de contar con el afecto sincero de los dos.

—Ya veo. ¿Por qué Chisholm? ¿No sería mejor Duncan? Es el mayor. Si tengo que dejar a uno de mis hijos preferiría que…

—Duncan está casado y Chisholm, no — lo cortó —. Además, yo le prefiero a él.

Bhattair frunció el ceño.

—Es usted vieja para mi hijo, señorita Wharton.

Ella levantó una ceja con desprecio y sin responder se dio la vuelta para salir del salón.

—Déjalo ir —pidió Rosslyn con voz suave —. Será bueno para nosotros que los duques conozcan a nuestro hijo y que sea una amiga quien se lo presenta.

Bhattair resopló irritado.

—Está bien, que vaya. —Cedió—. Al menos así me servirá para algo. El muy condenado es completamente inútil.

Elizabeth sonrió para sí y salió de allí sin decir una palabra más.

⁎ ⁎ ⁎

—¡Bienvenidos!

Craig los recibió con una sonrisa.

—Chisholm, muchacho, cómo has crecido — saludó estrechándole la mano e inclinándose para hablarle en tono bajo añadió —: ¿Cómo has conseguido que tu padre te deje venir?

—Es obra de la señorita Elizabeth.

—Me alegro mucho de verla. — El anfitrión la saludó con afecto.

—Brodie… —Chisholm miraba a su antiguo amigo que le devolvió el gesto con cierta frialdad.

—¿Por qué no llevas a Chisholm al salón de baile y le presentas a alguna de nuestras invitadas?

—Claro. —Brodie hizo un gesto y los dos jóvenes se alejaron.

—Malcolm, bienvenido. —Craig se acercó a otro de sus invitados.

Dougal llevó a Elizabeth a un lugar más apartado y la miró con expresión divertida.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Es azul. —Señaló—. Su vestido.

Ella miró hacia abajo y puso cara de susto.

—¿Cómo es esto posible? Juraría que cuando me lo he puesto era gris — dijo con una mezcla de sorpresa y temor —. Creo que he sido víctima de un embrujo, quizá uno de sus fantasmas…

—Estoy bastante seguro de que eso no ha sido. Los fantasmas aquí son bastante bromistas, pero no he visto nunca que obren milagros como este.

—Bonita fiesta —dijo Elizabeth señalando desde lejos el salón repleto de gente —. Veo que no soy la primera en llegar. De hecho, no sé si cabe alguien más ahí dentro.

Dougal sonrió consciente de que la abrumaba la idea.

—Venga, la llevaré a un lugar menos concurrido.

Atravesaron el vestíbulo y se alejaron de la música. Las sonoras voces masculinas de los otros McEntrie llegaron hasta ellos antes de cruzar la puerta del salón en el que se habían refugiado.

—Eso fue trampa —decía Kenneth—. No se podía recortar por el recodo, es la norma.

—¿Qué norma ni que norma? — espetó Ewan con expresión inocente.

—La que impuso Dougal cuando tú tenías diez años — recordó Caillen.

—¿Estás seguro? Yo no lo recuerdo.

—Nosotros sí —dijeron Kenneth y Lachlan.

—Yo también lo recuerdo —dijo Chisholm sonriendo —. Y eso que no me dejabais participar.

—¿Cómo íbamos a dejarte después de que tu padre te encerrase en la bodega? — preguntó Brodie —. Casi te mueres.

—Es cierto —recordó el otro—. Cogí una pulmonía que me tuvo dos semanas en cama y…

—He sido el mejor de los seis — insistió Ewan que no quería que cambiasen de tema —. Me da igual si no queréis reconocerlo.

—El mejor haciendo trampas, sin duda — afirmó Dougal.

Ewan se giró hacia la puerta al escuchar la voz de su hermano.

—Tú no esta… ¡Señorita Elizabeth! ¿Qué hace aquí?

Todos se acercaron a saludarla.

—Chisholm nos ha dicho que había venido con usted — dijo Lachlan.

—Pero creíamos que estaría en el salón de baile — comentó Caillen.

—Hay demasiada gente —dijo ella después de saludarlos a todos.

Habían hecho un corrillo a su alrededor y la miraban sorprendidos por su aspecto. Acostumbrados a verla siempre del mismo color y con el mismo peinado, aquella aparición les había causado sensación.

—Está usted guapísima —dijo Ewan —, el azul le sienta muy bien. ¿Bailará conmigo? Padre me obliga a bailar por lo menos una vez, usted puede ser mi salvación.

—Y conmigo. —Se sumó Lachlan.

—Me temo que va a tener que reservar seis bailes para nosotros. — Caillen sonrió galante.

—Siete —intervino Chisholm.

—Parad —ordenó Dougal—. ¿Queréis que salga corriendo? ¿Le apetece un oporto, Elizabeth?

—Un jerez mejor, si puede ser.

Dougal asintió y se dirigió al mueble de las bebidas.

—Así que voy a ser vuestro comodín — dijo ella burlándose.

—Es que esto es un rollo. — Ewan se llevó una mano al pelo no muy seguro de si le había molestado —. No nos gusta ser los anfitriones.

—Limita mucho nuestra capacidad de actuación — apuntó Brodie sentándose sobre el brazo del sillón.

—Padre nos tiene muy vigilados — explicó Lachlan, sentándose también —. Quiere que demos una buena imagen a sus invitados y eso reduce la diversión.

Elizabeth sonrió afable.

—Por eso os escondéis aquí. — Cogió la copa que le entregaba Dougal y fue a sentarse en el sofá.

—Me duele la cara de sonreír todo el rato — dijo Ewan y empezó a escenificar su actuación —. Bienvenido, señor Farfufar. Señora Farfufar, espero que disfrute de la velada. Encantado de saludarla, señorita Smitimiti, está usted muy elegante. ¡Conde Brastufoldo, cuánto tiempo sin verlo!

Brodie le lanzó un cojín para que se callara mientras que Elizabeth se reía a carcajadas.

—Para mí lo peor ha sido tener que encargarme de las flores y de las velas. ¿Sabéis la cantidad de velas que hacen falta? — dijo Lachlan moviendo la cabeza —. No imagináis el enorme dispendio que supone un evento así.

—Pues tampoco es que sea fácil ocuparse de las invitaciones — añadió Caillen —. Tardé dos días en escribirlas.

—Parecéis unas viejas, tanto quejaros — dijo Dougal burlándose de ellos —. Lástima que no tenga aquí una soga para ataros cabeza abajo y que se os quiten las ganas de tanto cacareo.

—¿Eso hacías con tu tripulación? — Le pinchó Kenneth que acababa de entrar —. Padre pregunta por vosotros. Sois unos desgraciados, me habéis dejado allí solo.

—Estabas hablando con la señorita McKenzie — dijo Brodie —, y no parecías deseoso de ser salvado.

—Su padre se la ha llevado en cuanto nos ha visto juntos.

—¿Y te extraña? —dijo Caillen con tono severo —. Seguro que no es la única con la que te ha visto tontear esta noche.

—¿A ti qué te importa lo que yo haga?

—¡Ya está el aguafiestas! — exclamó Caillen con expresión de cansancio —. En cuanto llegas se acaba la diversión.

—¿Diversión? No sabes lo que significa esa palabra — dijo Kenneth acercándose a él peligrosamente.

—¿Me vas a enseñar tú? No, gracias, tu forma de divertirte es demasiado simple para mí, hermanito.

—Simple tiene que ser, si quiero que seas capaz de entenderlo, listillo.

—¿A quién llamas «listillo», imbécil? — Caillen lo agarró de la pechera y levantó un puño amenazador.

Elizabeth abrió los ojos asustada.

—¿Qué hacéis? —Fue hacia ellos para separarlos —. ¿Por qué os peleáis así?

—Estábamos muy tranquilos hasta que este ha llegado — dijo Caillen dando un paso atrás.

Kenneth miró a los demás y al ver que nadie decía nada levantó las manos y sonrió con cinismo.

—Perdón por existir —dijo y se dio la vuelta para salir.

—¡Kenneth! —Lachlan lo agarró del brazo y tiró de él —. No seas imbécil. Y tú, Caillen, podrías parar al menos hoy.

Dougal dejó su vaso sobre una mesilla con un golpe seco y a continuación se quitó la chaqueta.

—Veo que hay cosas que no cambian — dijo colocándola sobre el respaldo de una silla y a continuación empezó a doblar las mangas de la camisa.

—¿Qué haces, Dougal? —Se rio Lachlan —. Padre nos va a matar.

—Si estos dos quieren guerra, les daremos guerra.

Lachlan resopló y resignado se quitó la chaqueta también. Elizabeth vio que Brodie y Ewan hacían lo propio y frunció el ceño, mientras Caillen y Kenneth se ponían uno al lado del otro mirando a sus hermanos con expresión incrédula.

—¿Qué hacéis? —preguntó ella con cara de susto.

—Dougal… —Caillen movió la cabeza —. Ya no somos unos críos.

—Ah, ¿no? Pues lo que he visto ahora mismo es que entre los dos no sumáis ni diez años.

Se acercó acompañado de sus hermanos y Chisholm agarró a Elizabeth del brazo para apartarla.

—¿Qué van a hacer? —le preguntó ella con sincera preocupación.

—Les van a dar una paliza.

—¿De qué te ríes? No tiene ninguna gracia.

—Los echaba de menos —dijo en tono muy bajo.

—No vamos a quedarnos quietos, sabed que vamos a defendernos — dijo Caillen poniéndose en guardia —. Kenneth…

Se pusieron espalda contra espalda mientras los otros se situaban alrededor.

—¡Basta! —gritó ella de pronto, y separándose de Chisholm se colocó en medio, entre unos y otros —. Poneos las chaquetas inmediatamente y dejad de comportaros como unos

malcriados. ¿Queréis que vaya a buscar a vuestro padre? Porque es lo que haré si no dejáis esto ahora mismo.

Los seis hermanos desviaron la vista, avergonzados e incómodos. Dougal fue el primero en obedecer y sus hermanos le imitaron enseguida. Elizabeth respiraba agitada por la tensión del momento y porque estaba realmente enfadada.

—Sabed que me habéis decepcionado. Tenía muy buena opinión de vosotros y ahora veo que no os diferenciáis tanto de los MacDonald — dijo tajante.

Salió de allí dejándolos sin palabras. En lugar de ir al salón de baile se refugió en la biblioteca y una vez sola y tras una puerta cerrada se echó a reír a carcajadas. No podía parar de reír al recordar la cara que habían puesto todos al oírla hablar con tanta seguridad y firmeza.

—Pero… —La risa continuó aún un rato más antes de que pudiera calmarse y limpiarse las lágrimas que había provocado —. Sus caras han sido…

Nunca se había sentido tan poderosa. La habían mirado como si tuviese alguna clase de autoridad y había sido una sensación de lo más agradable.

* * *

Dougal la buscó entre los invitados y al ver que no estaba allí adivinó donde se había escondido. La encontró de pie frente a una de las ventanas de la biblioteca, recortada por la luz de la luna y con una expresión dulce y serena en el rostro.

—Aquí está —dijo para sí.

Elizabeth lo miró y su sonrisa le calentó el corazón. Entró y cerró la puerta tras él.

—No deberíamos estar solos en una habitación cerrada — dijo ella en tono relajado.

Dougal se acercó, pero no dijo nada.

—Siento que la hayamos decepcionado — dijo él.

—Hace mucho tiempo que no hay una mujer en esta casa. — Elizabeth siguió mirando hacia el exterior —. No es bueno que un hombre esté solo, no digamos siete hombres. Y lo que acaba de pasar en esa habitación lo demuestra.

La frente de Dougal se perló de un sudor frío y cuando ella se giró para mirarlo de frente, con aquella sinceridad en los ojos capaz de desarmarlo, su corazón se detuvo un instante.

—¿Quiere casarse conmigo, señor McEntrie?

El escocés estaba petrificado, no podría haberse movido ni aunque un toro amenazase con embestirlo.

—Soy experta en las tareas del hogar, sé muy bien cómo llevar una casa. También soy una mujer fuerte y sana y estoy dispuesta a darle hijos. No me gusta discutir y soy una persona de fiar. No hace falta que me quiera, pero confío en que llegue a tenerme cierto aprecio. Yo por mi parte, lo trataré bien y seré amable y complaciente, como se espera de una esposa.

Los siguientes minutos permanecieron uno frente al otro sin decir nada. El torbellino de emociones en el pecho y el cerebro de Dougal fue apenas perceptible por un tic en su ojo izquierdo que Elizabeth no llegó a captar. Ella por su parte, estaba serena y satisfecha. Había dicho lo que tenía que decir sin que se le trabase la lengua ni le temblase la voz. Ahora todo dependía de su respuesta y, fuese cual fuese, nunca tendría que reprocharse no haberlo intentado.

—Sí, Elizabeth —dijo rotundo—, quiero casarme con usted.

Ella asintió sonriendo abiertamente.

—Ahora sí deberíamos empezar a tutearnos.

Él asintió y cogiéndola del brazo la atrajo lentamente hacia sí, rodeó su cintura con las manos y se inclinó despacio para besarla. Elizabeth no se resistió a su caricia, al contrario, entreabrió los labios para que la sintiese dispuesta. Lo había meditado mucho. Toda una noche en vela dándole vueltas a su decisión. Sabía muy bien el paso que estaba dando y no iba a acobardarse porque tomara su boca cuando estaba dispuesta a entregar su cuerpo entero.

La suavidad de sus labios contrastaba con la picazón que le producía el roce de su barba. Cuando el escocés se apartó ella no pudo evitar frotarse suavemente con la yema de los dedos allí donde el pelo la había irritado. Dougal se mesó la barba con el ceño fruncido.

—¿Te molesta la barba?

—Me acostumbraré —dijo ella con una sonrisa.

Él asintió. Estaba claro que deseaba mucho esa boda, ya que estaba dispuesta a ser verdaderamente complaciente.

—Solo tengo una pregunta —dijo él —. ¿Por qué?

—¿Por qué te he elegido a ti o por qué quiero casarme?

—Las dos cosas.

Elizabeth suspiró y asintió meditando su respuesta.

—Quiero tener un propósito en la vida. — La expresión de él hizo que sonriera —. Y he decidido que quiero ser madre.

Dougal se llevó la mano a la nuca y se frotó allí donde notaba la tensión.

—En cuanto a por qué te he elegido. Es simple: confío en ti.

—¿Confías en mí? —Frunció el ceño.

Elizabeth asintió con firmeza.

—Absolutamente. Eres un hombre de honor y nunca faltas a tus compromisos. Si te casas conmigo no tendré a un amante esposo, pero sí tendré al mejor padre que un hijo podría tener. Nunca les fallarás, siempre podrán contar contigo. Los protegerás y los cuidarás con devoción, como hiciste con tus hermanos cuando te necesitaron. Para mí eso es más que suficiente.

—¿Y qué pasa con William? — preguntó sin acritud.

—Mis sentimientos hacia él no han cambiado. Ya sé que no puede compararse lo que yo siento por él con lo que tú sentiste por Nuna, y no pretendo hacerlo, vosotros fuisteis uno durante años y yo… no significo nada para… él. Aun así, mi corazón siente lo que siente y eso no puedo cambiarlo. Pero si tú que amaste de verdad puedes casarte con alguien a quien no amas y cumplir con lo establecido, sé que yo también podré.

—¿Por qué tengo la impresión de que no hablas del matrimonio en sí, sino de lo que vendrá después?

Elizabeth enrojeció de tal modo que sintió sus mejillas arder.

—Hablas de un acto muy placentero como si creyeras que va a ser un suplicio — dijo provocador.

Ella no apartó la mirada ni un momento, a pesar de que estaba pasando el peor bochorno de su vida.

—Entenderás que es incómodo hablar de esto para mí.

El escocés levantó una ceja y su expresión estaba cargada de ironía.

—¿No puedes hablar de ello, pero sí podrás hacerlo?

—¿Será un inconveniente para ti que yo esté incómoda?

Esa pregunta directa lo dejó un momento desubicado. Tenía el don de sorprenderlo y derrotarlo con su sinceridad sin ambages.

—No sé cuántas veces hacen falta para que sea posible el milagro, pero después no tendrás que…

Dougal abrió mucho los ojos y ella enmudeció ante su anonadada expresión.

—¿He dicho algo malo?

—¿Algo malo? ¿Crees que una vez embarazada no volveré a tocarte?

—Lo que digo es que no será necesario.

—Soy un hombre, Elizabeth, si me caso querré a mi esposa en mi lecho cada noche.

Ahora fue Elizabeth la que abrió enormemente los ojos.

—¿Cada noche?

Asintió como respuesta.

—Pero… Ahora no tienes a nadie en tu lecho cada noche. ¿O es que tú…?

—Ahora no tengo una esposa.

—Pero…

Dougal se cruzó de brazos frente a ella mirándola con cierta arrogancia.

—Un trato es un trato. Si nos casamos compartirás mi lecho todas las noches. Y, por supuesto, serás mía siempre que uno de los dos lo desee.

—¿Uno de los dos? —El calor de sus mejillas aumentó como si alguien hubiera añadido más leña al fuego. ¿Creía que ella podía desear… eso?

—Sin esa premisa, no me casaré.

—¿Tan importante es… eso? — No sabía hacia donde mirar —. Creí que solo…

Dougal sonrió, le divertía verla tan azorada. Era agradable no ser él el que estuviese a punto de desmayarse. Elizabeth dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y asintió.

—Está bien. He dicho que me someteré y seré fiel a mi palabra.

—¿Cada noche?

—Cada… noche. —La voz le tembló sin que pudiera evitarlo.

—Entonces, casémonos. Hablaré con mi padre, estoy…

—Iremos a Gretna Green —lo cortó.

—¿Qué?

—Nos casaremos enseguida. ¿Cuánto se tarda en llegar? ¿Tres días? Deberíamos salir inmediatamente.

—Pero ¿a qué viene tanta prisa?

—No quiero que cambies de opinión.

—No voy a cambiar de idea, Elizabeth. — Apartó un mechón de su mejilla, que probablemente se había caído cuando él la había besado, y lo llevó de nuevo a su sitio.

—Aun así quiero casarme cuanto antes.

La miró entornando los ojos.

—¿No será que lo que temes es cambiar de idea tú?

—Es probable. Soy una cobarde, tú mismo lo dijiste. Si me entra el pánico quizá me eche atrás. Pero de verdad que quiero esto. Estoy harta de ser una sombra, de vivir la vida de los

demás. Quiero tener mi propia vida y sé que tú puedes dármela.

Le cogió la cara entre las manos y se inclinó para besarla de nuevo. Ella aceptó el gesto que cada vez le resultaba más familiar y agradable. Sobre todo agradable.

—No nos casaremos en Gretna Green — dijo él mirándola desde muy cerca —. Nos casaremos aquí. Mañana, si quieres. Hablaré con el reverendo Campbell, él oficiará la ceremonia en nuestra capilla.

Elizabeth abrió mucho los ojos.

—¿Eso es posible? Quiero decir, será un matrimonio válido. Si sois católicos…

—Ya te dije que no somos católicos — se rio él al ver su entusiasmo —. Pero nuestra iglesia no es tan estricta como la vuestra, podemos casarnos enseguida, si es lo que de verdad deseas.

Elizabeth se puso de puntillas y lo besó dulcemente en los labios. Cuando se apartó él la miraba de un modo que no supo descifrar.

—Seré una buena esposa —musitó con el corazón en los ojos.

—Lo sé —afirmó él.

Ella esperaba un compromiso similar por su parte, pero tuvo que conformarse con la aceptación. Después de todo, era ella la que quería ese matrimonio.

Dougal le ofreció su mano.

—Ahora, me gustaría bailar con mi futura esposa.

Ella sonrió y se dejó llevar sin resistencia.

⁎ ⁎ ⁎

—Hacen buena pareja —dijo Lachlan, que los observaba de pie junto a Caillen.

—¿Tú crees? —El otro no parecía del todo convencido y su hermano lo miró interrogador.

—¿No te habrás enamorado de ella?

—¡Qué dices! —le espetó sorprendido —. Apenas la conozco.

—Pues yo le tengo aprecio, y me gustaría que nuestro hermano sentara la cabeza.

Caillen asintió pensativo. A él también le gustaría, aunque no estaba seguro de si su hermano estaba preparado para sentar la cabeza.

—Deberíamos sacar a bailar a alguien — dijo Lachlan viendo que había unas cuantas damas sin pareja —. Somos los anfitriones.

Caillen apuró el contenido de su copa y la dejó sobre una de las bandejas de los criados.

—Vamos —dijo.

⁎ ⁎ ⁎

—Así que los duques no han podido asistir… — decía Elizabeth con cara de falsa preocupación —. Cuando Bhattair sepa que no he podido presentarles a su hijo, se va a poner furioso.

Dougal la miró con fijeza.

—Bhattair dejará de ser tu problema mañana.

De pronto Elizabeth se dio cuenta de que esa noche sería la última que pasaría en el castillo de los MacDonald. Un sentimiento de algo que podía confundirse con alegría se alojó en su

pecho.

—Puedes cambiar de idea —advirtió él —. No voy a obligarte a…

Ella sonrió y su rostro parecía el de alguien feliz. Dougal apretó su mano un poco más en su espalda y la acercó ligeramente hasta el límite que permitía el decoro.

—El barón me va a matar por hacerlo de este modo tan precipitado — murmuró para sí —. Y tus sobrinas…

Elizabeth no pudo evitar sonreír ante su expresión asustada y a punto estuvo de hacerlo a carcajadas cuando él exageró su temor.

—Harriet me va a dar la paliza de mi vida — siguió —. Lo que he tenido que aguantar desde aquel ataque inesperado en *el Olimpia*, no será nada comparado a lo que dirán de mí después de esto.

—Cuando se enteren ya serás mi esposo — musitó ella —. Tendrán que respetarte. No temas, no dejaré que Harriet vuelva a ponerte en tu sitio.

Sintió la mano de Dougal acariciando su espalda y su piel se erizó como si hubiese traspasado la tela del vestido.

—Me toca —dijo Kenneth cuando la pieza que bailaban terminó.

Caillen se llevó a Dougal y lo sacó del salón para llevarlo hasta el lugar en el que lo esperaban los demás.

—¿Qué está pasando? —preguntó Caillen como el de mayor autoridad.

—No sé de qué hablas.

—No nos vengas con tonterías — dijo Brodie —. Está claro que entre vosotros pasa algo.

La mirada de Dougal y su empeño por huir de allí hizo que las dudas de sus hermanos se confirmasen.

—¿Vas a cortejarla? —preguntó Caillen.

—¡Sí! —exclamó Ewan—. ¿Por eso has vuelto? ¿Para no perderla de vista? ¿Desde cuándo estás enamorado?

—Me gusta para ti —dijo Brodie como si fuese un entendido —. Y a papá también.

—¿A papá? —Dougal frunció el ceño —. ¿Es que habéis estado hablando de esto?

—Desde que llegaste —afirmó Lachlan —. No hablan de otra cosa.

Dougal los miró de hito en hito.

—Era muy evidente —dijo Caillen.

—¿Qué era evidente? —preguntó el mayor, desconcertado.

—Que estás colado por ella.

Dougal miró a Lachlan como si quisiera que un rayo lo fulminara, creyendo que su locuacidad cuando se emborrachó era el origen de todo aquello. El protagonista levantó las manos en señal de inocencia y vocalizó un silencioso: yo no he dicho una palabra.

—Lo que no teníamos claro era que ella sintiera lo mismo — afirmó Brodie ahondando en la herida sin saberlo —. ¿Te ha dicho que sí?

Dougal asintió. Si iba a casarse al día siguiente no tenía sentido ocultarlo.

—¿Entonces vas a cortejarla al fin?

—Vamos a casarnos. Mañana.

—Y eso será… Espera, ¿qué? — Caillen lo miraba con atención —. ¿Mañana? ¿Lo estabais guardando en secreto?

—Lo hemos decidido hace un rato — confesó.

—No parece estar borracho — dijo Lachlan cruzándose de brazos.

—Y tampoco da la impresión de haber recibido un golpe fuerte en la cabeza — añadió Brodie mirando a los demás… — ¿Alguien ha visto si le han dado con uno de los martillos?

Los otros negaron poniendo cara de incredulidad.

—Elizabeth y yo somos dos adultos y hemos decidido que no queremos esperar para casarnos. Tengo que hablar con el reverendo antes de que se vaya… — dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Cuando se marchó los demás se miraron con una mezcla de confusión e incredulidad.

—¿Ha dicho que se va a casar mañana? — preguntó Ewan —. No estoy seguro de no estar yo borracho.

—¿Mañana? ¿No son un poco mayores para esta precipitación? — preguntó Brodie.

Unos pasos atrás Chisholm permanecía en silencio y muy serio. Tenía la sensación de que aquello tenía que ver con el ataque de llanto que había sufrido Elizabeth el día anterior. Tenía que hablar con Dougal.

* * *

—¿Casaros? ¿Mañana? —El ministro soltó una carcajada —. Pareces desesperado, muchacho. ¿Y la joven lo sabe?

Dougal sonrió afable, apreciaba a aquel viejo clérigo al que conocía desde niño. Él había oficiado cada uno de los entierros de su familia y había sido un buen amigo para su padre.

—Demos un paseo —dijo dándole unas palmaditas en su fuerte brazo —. Hay muchas cosas que me gustaría que me contaras.

El reverendo le preguntó por su vida durante aquellos años. A Dougal no le importaron las preguntas personales ni que quisiera ahondar en las más profundas heridas. Hacía tiempo que no hablaba de todo aquello con nadie y en el fondo esa conversación alivió su espíritu y calmó sus ansias.

—Has tenido una vida dura — afirmó el reverendo —. Desde niño tuviste que cargar con demasiado peso y te acostumbraste a sostener los problemas de todo el mundo. Aquí eran tus hermanos, en Canadá los Gordon y esos *creek*… Y después ese Burford… Sí, hombre, sé su verdadero nombre y el de su padre. Conozco al tuyo desde que ambos éramos unos mozos con la cabeza llena de pájaros.

—Es muy peligroso —advirtió Dougal.

—Lo sé, no temas. Pero háblame de esa Elizabeth. ¿A qué viene tanta prisa?

—No somos unos niños, reverendo.

—Eso lo sé, pero su familia querrá estar presente y de Londres aquí se tardan unos cuantos días.

—Diez, para ser más concretos. Ni ella ni yo queremos esperar tanto.

—Sigo sin comprender por qué.

Dougal dejó escapar el aire en un suspiro.

—Ya hemos esperado demasiado.

El reverendo asintió.

—Entonces es que esto viene de largo. ¿Por qué no organizarlo todo para que las dos familias pudieran asistir como Dios manda?

Dougal sabía que sus palabras lo estaban confundiendo, pero no tenía tiempo para convencerlo y que entendiera sus motivos, así que lo dejó en su error.

—No podemos esperar, reverendo — dijo mirándolo con expresión cómplice —, no sería seguro para… ella.

—Ya veo —afirmó el ministro con una sonrisa —. ¿Tan desesperado estás?

Dougal asintió.

—Está bien, todo sea por la seguridad de la honra de esa dama. No sé si su familia se alegrará del fondo del asunto, pero de lo que estoy seguro es de que no les gustarán nada las formas.

—Quédese a dormir aquí esta noche, así podrá oficiar la ceremonia a primera hora de la mañana.

—¿Y por qué esperar a mañana? Si tan desesperado estás puedo casaros esta noche mismo.

Dougal frunció el ceño sopesando la idea.

—Habla con ella y si estáis de acuerdo, no faltarán invitados a la boda.

El reverendo Campbell sonrió socarrón y regresaron con paso tranquilo y una conversación sosegada.

—¿Podemos hablar en privado? — pidió Chisholm cuando entraron en el *hall*.

—¿Ocurre algo? —Dougal frunció el ceño al ver su preocupación.

—En privado —repitió igual de serio.

Dougal lo llevó hasta el despacho de Caillen que era el que estaba más cerca y cerró la puerta tras él.

—Tú dirás.

—¿De verdad vas a casarte con Elizabeth?

Dougal se preguntó qué clase de justificación creía tener para hacerle una pregunta como aquella. Se mesó la barba un momento sin dejar de mirarlo.

—¿Estás enamorado de mi futura esposa?

—¿Qué? ¡No! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre?

—No sé, pareces tan afectado con la noticia.

—Porque no está bien.

—¿Qué no está bien? —Dougal apoyó el trasero en el escritorio de su hermano y cruzó los brazos con expresión paciente —. Adelante, di lo que quieras.

—Ella no está bien. Si ha aceptado casarse contigo es porque no piensa con claridad.

—Hombre, gracias, no esperaba menos de ti.

—No me refiero… ¡Dougal, no te burles de mí! — Suspiró y se tomó un momento para aclarar sus ideas —. Rompió a llorar con desesperación al escuchar a Bonnie cantar una de mis canciones.

El otro dejó de mirarlo como si lo que decía le divirtiese.

—¿Con desesperación? ¿Tan mala era?

—Esa canción cuenta la historia de una mujer que se pasa años esperando a su amado y cuando lo encuentra él ha formado una familia con otra mujer y tiene hijos y ella está vieja y amargada y…

—Lo he entendido —dijo con voz seria.

—Algo se le rompió por dentro, Dougal. No sé qué es y no hemos intimado tanto como para que pueda preguntárselo, pero estoy seguro de que esto es por eso.

—Lo es.

Chisholm lo miró incrédulo.

—¿Sabes de lo que te hablo?

Dougal asintió.

—¿Conoces el motivo…? ¿Sabes quién es… él?

El otro volvió a asentir.

—Y aun así, ¿vas a casarte con ella?

—Aun así.

—No entiendo nada —dijo moviéndose como un gato enjaulado.

El escocés se levantó para acercarse a él, lo cogió por los hombros y lo miró con fijeza.

—No tienes nada que entender. ¿Sabes por qué? Porque esto no es asunto tuyo. Así que no te metas en cosas que no te incumben y así te ahorrarás disgustos y a mí, problemas. — Se dirigió a la puerta.

—No se merece que le hagan daño — dijo Chisholm con acritud.

Dougal se giró para mirarlo.

—Mira, en eso estamos de acuerdo. — Salió del despacho y lo dejó allí rumiando sus pensamientos.

Capítulo 31



La buscó en el salón de baile y la encontró charlando con Nathaniel Forrester, el mejor amigo de su padre.

—Esta señorita es muy inteligente, ha resuelto mi problema con los insectos que atacan a mis pobres cardos escoceses. No se me había ocurrido atraer petirrojos y herrerillos para que me ayuden con ellos.

—Nosotras colocábamos comederos y bebederos cerca de las plantas que deseábamos proteger — dijo Elizabeth sonriendo —. Aunque la experta en botánica es Caroline, yo soy una mera aprendiza.

—Nathaniel es un amante de la naturaleza — afirmó Dougal —, pero un negado para mantener sus plantas a salvo.

—No puedo contradecirte, muchacho. La mano de una mujer, eso me habría hecho falta, pero no tuve suerte en ese ámbito, ya lo sabes. — Colocó una mano en su hombro y lo miró con afecto —. Tú aún estás a tiempo, Dougal, pero no te duermas en los laureles o te verás como yo.

Elizabeth desvió la mirada conteniendo una sonrisa, pero Dougal no se reprimió.

—Quizá pronto le dé una buena noticia.

—¡Qué me dices! —Los miró a ambos alternativamente y soltó una carcajada —. ¡No me lo puedo creer! ¡Y hemos estado hablando de cardos y petirrojos todo este tiempo! Señorita Elizabeth, es usted una tremenda embaucadora. Debería habérmelo contado. Quiero a estos muchachos como si fueran mis propios hijos.

—Lo siento —se disculpó complaciente —, no sabía…

—Nada, nada, no se disculpe — la interrumpió —, solo estoy bromeando. ¿Por qué iba a contárselo a un viejo desconocido como yo? Pero ahora que ya nos conocemos, tráteme como a un amigo. ¿De acuerdo?

—Así lo haré.

—Bien. Me gusta, Dougal, me gusta mucho. Mira que bien — sonrió señalando a los músicos —, seguro que estáis deseando bailar ese vals. Id, vamos, id.

Dougal la cogió de la mano y la llevó hasta el centro del salón y se unieron al resto de bailarines.

—He hablado con el reverendo Campbell — anunció —. Dice que nos casará esta noche, si tú quieres.

—¿Esta noche? —Abrió los ojos sorprendida —. Pero…

—¿Prefieres esperar a mañana?

—No —dijo rotunda—, mejor cuanto antes, pero… ¿Por qué él…?

El escocés sonrió divertido.

—Le he hablado de mi urgencia y de que corres peligro.

—¿Peligro? —Al principio frunció el ceño sin comprender, pero lentamente sus mejillas se fueron tiñendo de rojo y musitó —: Se van a dar cuenta.

—Eres adorable, ¿lo sabías? — La sujetó con firmeza y aceleró sus giros al compás de la música.

Cuando las notas recuperaron una cadencia más tranquila volvieron a conversar.

—Si prefieres que organicemos una pequeña celebración y…

—No. Quiero hacerlo esta noche — afirmó de nuevo rotunda —. Cuanto antes. Siempre que sea legal — aclaró.

—Por supuesto.

Elizabeth bajó la cabeza mientras su mente vagaba por inquietantes pensamientos.

—Tendré que… —Se mordió el labio —. Mis cosas están en el castillo de los MacDonald…

—Mandaré a buscar todo lo necesario — dijo él —. Tú, haz una lista.

Ella seguía nerviosa y Dougal sintió el irrefrenable deseo de calmarla.

—No temas nada —musitó inclinándose —. No te pediré nada esta noche.

Elizabeth lo miró agradecida y asintió. Siguieron bailando ya en silencio, los dos tenían demasiados pensamientos que no podían ni querían compartir. Aún.

—Estáis locos. —Craig los miraba incrédulo —. ¿Cómo vais a casaros ahora? Tenemos el castillo lleno de invitados. Estamos en plenos juegos, mañana…

—La boda no alterará nada de eso — lo interrumpió Dougal.

El patriarca de los McEntrie miró a la novia con interrogadora expresión.

—¿Quiere casarse con mi hijo así? ¿En mitad de la noche y lejos de su familia?

Elizabeth asintió sin dudar.

—¿Tanto os amáis que no podéis esperar? ¡Válgame Dios! Está claro que eres hijo mío, pero usted, señorita… La tenía por una mujer comedida y nada intrépida.

Estoy tan sorprendida como usted, señor McEntrie.

Los seis hermanos estaban de pie frente a su padre a la espera de su sentencia y el reverendo esperaba junto a Elizabeth para iniciar la ceremonia.

—La verdad es que estamos vestidos como para ir de boda — dijo Craig aún confuso —. Si es lo que queréis…

Sus hermanos levantaron a Dougal en volandas mientras lanzaban vítores y gritos de entusiasmo. Elizabeth sonrió al ver la alegría que les provocaba la noticia, aunque también sintió un mordisco en el corazón al saberse tan sola.

—Iré a buscar a mi hermana — dijo Chisholm acercándose a ella —. Espero que mi padre esté durmiendo profundamente.

Elizabeth lo miró con preocupación y lo siguió hasta la puerta.

—No puedes hacer eso, si Bhattair se entera te…

—Tranquila, encontraré la manera de traerla sin que nadie se entere.

—Pídele que me traiga todo lo necesario para pasar aquí la noche. Mañana enviaré a por mis cosas, pero necesito…

Chisholm asintió comprensivo.

—Espérenos, por favor.

—Descuida.

⁎ ⁎ ⁎

La luna llena brillaba en el cielo nocturno, iluminando con su luz plateada las paredes centenarias del castillo. La capilla, un rincón íntimo y acogedor dentro de la majestuosa estructura, estaba adornada con velas que emitían un suave resplandor, creando una atmósfera de cálida serenidad.

Los hermanos de Dougal, que conversaban en voz baja, callaron en cuanto la vieron aparecer. Bonnie entró delante de ella y fue a sentarse en uno de los bancos de la izquierda, mientras que Chisholm acariciaba suavemente las cuerdas de su guitarra. Las dulces notas resonaron en aquella estancia con el susurro de un secreto compartido y la novia sintió que el sonido de la guitarra penetraba en lo más profundo de su ser, envolviéndola en una cálida y confortable bruma. La música la acompañó en su recorrido hasta el lugar en el que… Se detuvo sorprendida y miró a aquel joven desconocido que la esperaba junto al reverendo.

—¿Qué?

El novio, consciente de su asombro, sonrió con cierta timidez y se llevó la mano al rostro, acariciando suavemente su piel. Elizabeth parpadeó varias veces, tratando de procesar el cambio que se había producido en su futuro esposo. Hasta ese día, siempre lo había visto con una espesa barba que le otorgaba un aire de seriedad y madurez. Ahora, sin la barba, su rostro parecía más joven y sus rasgos más suaves, revelando una ternura que antes permanecía oculta.

—Apenas te reconozco —musitó al llegar junto a él.

—Espero que no te sientas decepcionada. Tardará en volver a crecer.

—Doy fe de que es Dougal McEntrie — afirmó el ministro con una sonrisa.

—De eso no hay duda —dijo ella con una tímida sonrisa. Reconocería aquella mirada pícara entre un millón.

Todos los presentes contemplaron con emoción la escena y las notas de la guitarra se disiparon hasta desaparecer. El reverendo, con voz firme y apacible, comenzó la ceremonia, pronunciando palabras que resonaban con solemnidad y amor en aquel entorno íntimo. Llegado el momento intercambiaron los anillos enunciando sus votos con una fórmula escueta que en

ningún caso incluyó la palabra «amor», cosa que hizo fruncir el ceño a Craig y suspirar apenada a Bonnie.

Finalmente el reverendo Campbell bendijo a la pareja y, con una sonrisa cálida, les nombró marido y mujer. En ese instante, el silencio de la capilla fue roto por los aplausos y gritos de los McEntrie que vitorearon para que se besaran. Dougal la atrajo hacia sí con cierta timidez y la besó suavemente. Elizabeth tuvo la tentación de tocar sus mejillas, pero se contuvo.

Después de la ceremonia regresaron a la fiesta y recibieron las felicitaciones de sus invitados. Bailaron, bebieron y comieron hasta las dos de la madrugada y en ese momento Elizabeth le pidió a Chisholm que él y Bonnie se marcharan a casa.

—No quiero que tengáis problemas. No digáis nada de todo esto, mañana iré a recoger mis cosas y se lo explicaré yo misma a vuestro padre.

—Tus votos han sido un asco, hijo — dijo Craig un poco apartado de los demás.

—¿No te has emocionado, padre?

—¿Emocionarme? He visto ovejas más efusivas que tú. ¿Y por qué te has quitado la barba?

Dougal se acarició el mentón con una brillante sonrisa en los labios.

—¿No te parece que estoy mucho más guapo así?

—¿Guapo? ¿Guapo? Mañana no te reconocerá ni tu caballo, ya verás qué risa cuando pierdas la carrera. Aunque no sé si tendrás fuerzas para participar. Recuerdo que mi primera noche de bodas me…

—No es mi primera noche de bodas, padre — dijo poniéndose serio.

Craig hizo una mueca indefinible.

—Lo sé, hijo, lo sé, no es eso lo que he querido decir.

Dougal asintió dando la excusa por buena.

—He bebido demasiado, así que no me tengas esto en cuenta. — Lo abrazó y después se alejó de allí visiblemente emocionado.

Dougal esperó hasta que Elizabeth se hubo despedido de sus amigos para acercarse a ella.

—No les pasará nada —dijo para tranquilizarla.

—Eso dice Chisholm —respondió ella rehuyendo su mirada —. Los invitados ya se retiran a dormir…

Dougal miró a su alrededor y luego volvió a poner los ojos en ella. Sonrió al ver que seguía sin mirarlo.

—¿Quieres que demos un paseo? Podríamos ir a ver a los caballos. Hace una noche preciosa, pero te dejaré una capa, con ese vestido cogerías frío.

Salieron de la casa y caminaron en silencio hasta las caballerizas. Dougal le mostró los caballos que competirían al día siguiente.

—¿Te gustan las carreras?

Elizabeth asintió.

—Pues mañana disfrutarás. — Sonrió acariciando el lomo de su caballo.

Ella se paseó por las caballerizas contemplando los ejemplares con admiración.

—¿Te habría gustado más casarte en Gretna Green? — preguntó él acercándose.

Elizabeth se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá el hecho de tener que viajar lo habría hecho más… real.

—¿Te parece poco real?

La miraba de un modo extraño. O quizá era la ausencia de barba lo que la ponía nerviosa.

—Las bodas se realizan en la herrería — explicó Dougal —. Y las oficia el «sacerdote del yunque».

Ella asintió sonriendo sin dejar de pasearse.

—Lo sé —dijo—. Hay mucha literatura sobre los matrimonios en Gretna Green.

—Me temo que tú y yo no encajaríamos en esas historias. Ni tú eres una menor con posibles ni yo un muerto de hambre.

—También podría ser al revés — dijo ella deteniéndose frente a él.

—¿Yo un menor con posibles y tú una muerta de hambre?

Elizabeth se preguntó por qué se le veía tan relajado y satisfecho. Estaba claro que ella tenía cosas que aportar al matrimonio. Aunque fuese hija ilegítima, su hermano era barón y siempre la había tratado como tal. Además, era fuerte y estaba sana, podría dar a luz a sus hijos. Tampoco era una mujer problemática, no lo avergonzaría en público. Y, por último, era la tía de Harriet y él apreciaba sinceramente a su sobrina.

—La hija ilegítima del barón de Harmouth y un pirata escocés. No se puede decir que seamos un matrimonio al uso. Aunque debo decir que así, sin barba, pareces mucho menos peligroso.

—¿Antes te parecía peligroso?

Ella asintió.

—¿Por eso abandonabas la habitación cada vez que yo entraba en ella?

Elizabeth sonrió con timidez al recordar esa época.

—Me hacías sentir incómoda. Eras demasiado directo.

El escocés cruzó sus brazos frente al pecho y mirándola con sorna.

—Directo, ¿eh? Supongo que lo dices porque no dejaba que te mantuvieras en un segundo plano.

—¿Eso hacías?

Él asintió.

—Me gustaba obligarte a salir de tu ratonera.

—¿A qué le llamas tú ratonera? — dijo ella poniendo las manos en la cintura y elevando la barbilla con altivez.

—Era como si levantases un muro a tu alrededor. Nadie podía acercarse.

—¿Nadie? El muro era para ti.

Él rio a carcajadas. Cuando dejó de reír se acercó a ella sin tocarla.

—¿Puedo rodear tu cintura con mis manos? — preguntó.

El hecho de que le pidiera permiso la conmovió de un modo inexplicable y asintió en silencio. Dougal hizo lo que había dicho. Despacio, arrastrando las manos para notar el contacto. Suavemente la atrajo hacia su cuerpo y con una cadencia insoportable se inclinó hasta que su boca casi rozó sus labios.

—¿Puedo besarte?

Su aliento le hizo cosquillas y sonrió extasiada. Al asentir fue ella la que lo rozó a él y ese gesto provocó una llamarada en el pecho del escocés. La besó tratando de contener su ansia, pero estaba hambriento, la necesitaba y era suya. Quería perderse en su boca, fundirse en su cuerpo, respirar su aliento. Elizabeth se quedó sin oxígeno y sin habla. Su visión se nubló y sus rodillas

se doblaron. Eso hizo que Dougal la sostuviera contra su cuerpo presionando su erección contra su vientre. Se apartó ligeramente para hablarle a esos labios.

—Sé lo que te he dicho… —Jadeó dejando escapar el aire tembloroso de su garganta —. No te pediré nada… ¡Dios! — Gruñó escondiendo la cara en el hueco de su cuello.

Elizabeth tenía el corazón acelerado y no conseguía suficiente aire para sus pulmones. ¿Qué era aquello? ¿Qué era esa necesidad intensa e insoportable?

—Yo… —musitó mirándolo a los ojos sin protección. Asintió sin encontrar las palabras.

Dougal abrió los ojos sorprendido y asustado. No debía estar entendiéndola y cuando le dijese que no, iba a…

—Hazme tuya —dijo ella para despejar todas sus dudas.

Sin esperar más la tomó en sus brazos y la alzó como si de una pluma se tratase y a grandes zancadas la llevó hasta el castillo, atravesó el *hall*, ya vacío y subió las escaleras casi a la carrera. Elizabeth le rodeaba el cuello con los brazos y lo miraba con fijeza, como si quisiera aprendérselo de memoria. Dougal sentía en los oídos el rugido de su propia sangre. Entró en su cuarto y cerró la puerta de una patada sin soltarla y sin detenerse. La llevó hasta la cama y la dejó en ella, con menos delicadeza de la que hubiera deseado, pero estaba a punto de perder la razón. La deseaba como no había deseado a nadie en toda su vida. A punto había estado de gritarle que la amaba y, si no lo había hecho, era porque se había prometido esperar a conquistarla. La quería entera y entregada. La quería suya en cuerpo y alma.

Había comenzado a quitarse la ropa y se detuvo. Elizabeth estaba tumbada, expectante y temblorosa. Sus ojos brillaban, sus labios entreabiertos esperando un beso, sus mejillas sonrosadas y su pecho… Cerró los ojos un segundo. Su pecho subía y bajaba respirando agitado. Soltó el aire de un bufido y le dio la espalda al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza echando su pelo hacia atrás. Elizabeth se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Dougal negaba con la cabeza sin volverse.

—¿No vas a…? ¿No quieres?

—¡Dios! —exclamó desesperado—. ¡Claro que quiero!

Elizabeth se levantó y fue hasta él para abrazarlo por la espalda.

—Yo también quiero. Soy tu esposa y debes tomarme.

Él se volvió a mirarla y ella le sonrió.

—¿Debo tomarte? —preguntó con tristeza.

Ella asintió.

—Ser madre es todo lo que deseo — dijo con sencillez.

Dougal se apartó de ella. Su rostro había perdido toda hilaridad y negó repetidamente.

—Hoy no.

—¿Hoy no?

—Te dije que hoy no te lo pediría y siempre cumplo mi palabra.

Elizabeth bajó las manos entendiendo que no debía de ser fácil tampoco para él.

—Está bien —aceptó—. Puedo esperar a mañana.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Comportarte como si esto fuese una… transacción comercial.

—Discúlpame —pidió sincera—. Todo esto es… nuevo para mí y no sé muy bien qué debo hacer o decir.

Dougal suavizó su expresión y su gesto y asintió.

—Por eso es mejor esperar a mañana. Te dejaré dormir tranquila y hacerte a la idea. Todo ha sido demasiado rápido. Esta mañana ni me imaginaba que… — Suspiró y se dio la vuelta para salir de allí.

—¿Adónde vas? —preguntó sorprendida —. Dijiste que dormiríamos juntos cada noche.

—Si me quedo —dijo sin volverse —, te aseguro que en lo último que voy a pensar es en dormir. Buenas noches.

Elizabeth se sentó en la cama confusa y con una mezcla de sentimientos que no era capaz de catalogar. ¿Decepción? ¿Anhelo? Deseó tener allí a Meredith o a sus sobrinas. ¿Y de qué le servirían ellas en ese momento? ¿Qué podrían decirle? Probablemente que se había vuelto loca. Miró el anillo de oro en su mano. Casada. Se acabó ser una solterona. Se acabaron los vestidos grises y la tía Elizabeth sin apellido. Ahora era Elizabeth McEntrie. Una cálida sensación la envolvió.

—Elizabeth McEntrie. —Se puso de pie y comenzó a dar vueltas mientras lo repetía en voz alta una y otra vez.

Fuera de la habitación, Dougal la escuchaba apoyado en la pared y con los ojos cerrados mientras su cuerpo tenso y enfebrecido trataba de obligarlo a rendirse. La deseaba. La amaba. Y sin embargo, allí estaba, solo en aquel lúgubre corredor escuchándola repetir su nombre, como una niña que acaba de descubrir una nueva palabra. ¿No parecía feliz? ¡Sí! ¡Era feliz! Su voz sonaba feliz, su risa sonaba feliz. Él también sonrió. Aliviado. Desde el momento en que aceptó aquella locura un enorme peso se había alojado en su corazón. ¿No se estaba aprovechando de su tristeza y de su soledad? ¿No estaba siendo un canalla por ello? Apretó los puños y los dientes y se alejó de allí con urgencia. Necesitaba un trago y estar solo. Y pensar, necesitaba pensar…

—¿Ya? —Kenneth lo miró sorprendido cuando entró en el salón.

—¿Qué haces aquí a estas horas? — preguntó molesto.

—Uy, uy, uy parece que no ha ido muy bien. — Le mostró el vaso que sostenía —. Me estoy tomando un *whisky*. No podía dormir.

Dougal vertió una cantidad del mismo brebaje en un vaso para él y bebió un trago antes de girarse a mirar a su hermano.

—Está cansada, no voy a…

Kenneth asintió. Eso debía irritar mucho.

—Ha sido todo muy precipitado. Haces bien en darle tiempo.

Dougal se sentó en el sofá y reclinó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos, mientras la mano que sostenía el vaso descansaba en el reposabrazos.

—Me has sorprendido mucho. — Kenneth tenía ganas de hablar —. No es la clase de mujer de la que pensé que te enamorarías.

Su hermano abrió un ojo para mirarlo con desdén y volvió a cerrarlo antes de hablar.

—¿Qué clase de mujer crees que es?

—Bueno, es evidente. No se parece en nada a Nuna.

—No, no se parece.

—Nuna era bastante más joven que tú y se comportaba más como una niña que como una mujer. Elizabeth es… otra cosa.

—Mmm.

Kenneth se puso de pie y se acercó a la ventana.

—La hija y hermana de un barón casándose a toda prisa en las Tierras Altas de Escocia, después de que su cuñada la dejara sola. No sé lo que va a pensar su hermano, pero seguro que va a pedir unas cuantas explicaciones. ¿Tienes alguna preparada?

Dougal emitió un gruñido. Lo último que necesitaba era a Kenneth intentando sonsacarle información. Se puso de pie para irse con su copa, pero su hermano lo detuvo.

—Ella no está enamorada de ti, ¿verdad?

—¿Qué? —se volvió despacio, como si no quisiera hacerlo.

—Tú la amas, he visto cómo la miras, pero ella… — Negó con la cabeza.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan perspicaz?

Kenneth sonrió con los labios aunque sus ojos no lo secundaron.

—Siempre lo he sido. Tengo un don para estas cosas.

—¿Por eso te follaste a la prometida de Lachlan? ¿Porque adivinaste que no lo quería? — La dureza de sus palabras iba a cuenta del daño que le había hecho escuchar la verdad en boca de otro.

—No fui el primero —dijo Kenneth sin rencor —, por si eso te consuela.

—¿A ti te consuela?

—No mucho —murmuró.

Los dos hermanos quedaron en silencio un momento hasta que Dougal dejó escapar el aire de sus pulmones en un largo suspiro y le indicó el sofá para que se sentara, ocupando él una butaca.

—Ella ama a otro —dijo sin tapujos —. Es un amor… estúpido y sin sentido. Un amor propio de una niña, un sueño, una fantasía…

—Me ha quedado claro —lo interrumpió su hermano —. Y aun así, te has casado con ella. Dougal, no eres muy listo.

El otro lo miró enarcando una ceja.

—Deduzco que ese otro está casado o no…

—Está en América. Y no la quiere. El muy imbécil…

Esto último lo dijo entre dientes y en tono muy bajo, pero Kenneth lo oyó y no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo la has convencido para que se case contigo?

—Me lo ha pedido ella.

—¿Cuándo? —Kenneth estaba realmente sorprendido.

—Hoy. Esta noche. Después de que nos regañara fui a buscarla y la encontré en la biblioteca. Allí me lo dijo. Sin más, como si se le acabase de ocurrir.

Su hermano lo miraba incrédulo.

—¿Y te has casado con ella? ¡Vaya, Dougal! Eres mucho más valiente de lo que ya sabía. Sabes que probablemente se arrepienta en cuanto salga el sol, ¿verdad?

Dougal asintió.

—Por eso no has… —Kenneth negó con la cabeza realmente conmovido —. Eres un romántico empedernido, hermano.

—Si cuando despierte quiere que anule el matrimonio, lo haré.

—Ya veo. Y eso es lo que te tiene así.

El otro no dijo nada y se entretuvo mirando el vaso que movía entre sus manos. Kenneth bebió un largo trago y se recostó en el sofá.

—Aileen se me había insinuado muchas veces antes de que se prometieran — empezó. Dougal levantó la cabeza y lo miró con ironía, pero eso no lo detuvo —. Se hacía la encontradiza conmigo en las caballerizas, aquí… Al principio me lo tomaba como una broma, pero Lachlan estaba cada vez más decidido a casarse con ella y eso me hacía sentir como una rata.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—¿A Lachlan? —Negó con la cabeza —. No habría cambiado nada. Cree en la bondad de la gente, es perfecto para que lo destroce alguien como Aileen Buchanan.

—Y preferiste follártela y sacarlo de dudas.

Kenneth asintió sin apartar la mirada.

—Se prometieron. Le dije que era muy mala idea, pero no me hizo caso. Yo sabía que no iba a ser el único que la habría probado, pero necesitaba que lo supiese él.

—Kenneth, estoy seguro de que decirte eso no te ayuda a dormir por las noches.

El otro apretó los labios y desvió la mirada.

—No, no me ayuda. De hecho, no he vuelto a dormir del tirón una noche entera.

—Fue una canallada.

—Sí.

—No entiendo cómo te ha perdonado. Yo te habría matado.

—Es Lachlan.

Permanecieron unos minutos en silencio, hasta que Kenneth se levantó y dejó el vaso vacío sobre una mesilla.

—Me voy a dar vueltas en la cama un rato. No tardará mucho en amanecer. — Se detuvo antes de salir —. Te deseo suerte, hermano. Elizabeth sí merece la pena.

Dougal no dijo nada. Estaba de acuerdo.

Capítulo 32



Elinor desmontó frente a la casa de Alfie y a continuación ató las riendas al saliente que había junto a la puerta. Las niñas salieron a recibirla como siempre y, después de los abrazos y las risas, les entregó los regalos a los que las tenía acostumbrada cuando las visitaba. Esta vez unas galletas con formas de animales que a las niñas les encantaron.

Emily la recibió con un abrazo y luego la hizo sentarse en la mejor silla mientras ponía el agua a hervir.

—Alfie vendrá enseguida.

—Sé que tiene la tarde libre y hace días que no nos vemos — dijo ella sonriendo.

Emily asintió mientras seguía cacharreando.

—Niñas, poned la mesa para Elinor. He hecho un bizcocho esta mañana y creo que me ha salido buenísimo, a juzgar por cómo huele.

—Se me ha adelantado —dijo Alfie al entrar —. Me he pasado por su casa para que viniésemos juntos.

—Creí que ya estaría aquí — dijo ella saludándolo.

—Me entretuve un momento hablando con Leo en la fábrica.

Elinor sonrió, desde que Pell había dejado la bebida por completo la amistad de los dos hombres había vuelto a ser la de antes. Alfie cogió una de sus figuritas y la colocó en la mesa delante de ella.

—Esto es para la boda.

Elinor cogió la talla que representaba a un hombre sosteniendo en los brazos a una mujer con un vestido color azul claro.

—Son usted y el señor Woodhouse — dijo Alfie sonriendo con timidez.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Y la has pintado como te dije!

—Tiene razón en que lucen mucho más bonitas.

—¡Me encanta! Gracias, Alfie.

—¿Ya hay fecha para la boda? — preguntó Emily vertiendo el agua en la tetera.

Elinor la miró con expresión pesarosa.

—Mi madre y Elizabeth se van a quedar en Escocia hasta abril, así que tendremos que esperar.

El matrimonio se miró con complicidad y Elinor frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándolos a los dos.

—Eso es muy peligroso —dijo Emily con delicadeza.

—¿El qué?

—Retrasarlo tanto —apuntó Alfie.

Elinor frunció el ceño un poco más con mirada interrogadora.

—Todo el mundo habla —dijo él—. No deberían cerrar la puerta del despacho cuando va a verlo.

El rostro de Elinor se encendió como una antorcha y apartó la mirada conteniendo la risa.

—Elinor, tiene que tomárselo en serio — dijo Emily poniendo la tetera en la mesa —. La gente habla y habla y eso no es bueno para una mujer. Y menos una como usted.

—¿Como yo?

—Sabe que atrae la atención y los comentarios de la gente, no se haga la tonta.

—Emily… —la reprendió su marido —. Sigue siendo una Wharton, no le hables así.

—Emily puede hablarme como le plazca — lo corrigió Elinor —. Es mi amiga y sé que lo dice desde el cariño. Tenéis razón, deberíamos casarnos de una vez, pero no puedo hacerlo sin mi madre, ella no me lo perdonaría y para mí sería muy triste. — Suspiró dejando escapar el aire con un bufido —. Dejaré la puerta abierta, si creéis que ese es el problema. Voy a tener mucho cuidado a partir de ahora. De verdad.

Emily puso un pedacito de bizcocho en cada plato y se sentó.

—El señor Woodhouse estaba muy preocupado esta mañana — dijo Alfie cambiando de tema —. La guerra con América le está poniendo las cosas muy difíciles. Los corsarios son ahora más peligrosos que los piratas, porque trabajan bajo las órdenes del enemigo.

Elinor asintió y regresó a sus preocupaciones habituales. Las cosas no iban nada bien, cada vez era más difícil el transporte de las mercancías y la seguridad que requería la protección de los barcos resultaba demasiado costosa para ellos.

—Soy un pirata y me quedaré con tu barco.

—Lucharé, bellaco, no te quedarás con mis cosas.

Elinor miró a las niñas que jugaban en el suelo. Sonrió al ver los barcos de madera que había tallado su padre. Le había regalado uno a Harriet y Joseph había dicho que deberían venderse… De pronto otra idea empezó a fraguar en su mente.

—¿Te gusta el bizcocho, Elinor?

—¿Eh? ¡Oh! Está delicioso — dijo distraída.

—Los piratas son los dueños del mar — decía Lucy.

—Eso no es verdad. El mar es de su majestad el rey — negó Millie.

⁎ ⁎ ⁎

Atravesó la fábrica a paso rápido devolviendo los saludos de manera mecánica, pero sin ver a nadie. Entró en el despacho y cerró la puerta de un portazo provocando un sobresalto en Henry que estaba concentrado en los papeles que revisaba.

—Me vas a matar de un susto.

—¡Tengo la solución! —dijo sin saludarlo siquiera —. No entiendo cómo no se me había ocurrido antes.

—Hola a ti también. —Henry se levantó para ir hasta la puerta, la abrió y regresó a su silla detrás del escritorio.

—Se me ha ocurrido viendo jugar a Lucy y Millie — siguió Elinor paseándose por el despacho —. Esas niñas son un portento, en serio. Estaban jugando a piratas, ¿qué niñas juegan a piratas? Claro que no todas las niñas tienen un padre como Alfie que puede tallar cualquier cosa con un pedazo de madera.

Levantó la mirada y vio a una de las trabajadoras mirándola a través de la puerta abierta. Frunció el ceño confusa y volvió a cerrarla antes de continuar hablando. Henry movió la cabeza dándose por vencido.

—¿De qué estás hablando, Elinor?

—¡Joseph!

—Un nombre bonito, sí.

—No seas tonto. Joseph tiene un montón de barcos. Es dueño de la mitad de los amarres de Londres.

—Un poco exagerado, pero vale. ¿Y?

—¿Cómo que «y»? Él tiene barcos, nosotros necesitamos barcos…

Henry frunció el ceño. Empezaba a intuir la dirección de sus pensamientos.

—Podríamos asociarnos con él. No solo tiene barcos, tiene clientes y proveedores en medio mundo. Nosotros produciríamos y él distribuiría y…

—Eso será muy costoso.

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

—Estás demasiado excitada y no piensas con claridad. ¿Por qué iba a querer Joseph asociarse con nosotros? Él tiene una empresa floreciente, mientras que yo…

—Tu problema vino con el bloqueo de Estados Unidos, si conseguimos otros mercados la empresa crecerá, estoy segura.

Una vez descargada toda la información que había estado reteniendo desde el momento en que se le ocurrió, sonrió relajada y fue a sentarse en sus rodillas. Rodeó su cuello con los brazos y lo miró a los ojos con picardía.

—¿A que soy un buen partido?

Él sonrió cogiéndola por la cintura.

—El mejor, sin duda.

—Hablaré con Joseph hoy mismo. ¿O quieres hacerlo tú? Deberías hacerlo tú, sí, la empresa es tuya. Haré que Harriet nos invite a cenar y así podrás decírselo.

—Una encerrona en toda regla.

—Algo así —sonrió divertida.

—No deberías cerrar la puerta — advirtió al ver cómo miraba su boca.

—Entonces no podría besarte — dijo y a continuación rozó sus labios suavemente.

—No deberías besarme tras una puerta cerrada — dijo él con voz ronca —. Mi resistencia tiene un límite, Elinor.

—Lo sé —dijo perversa—. Y me encanta cruzarlo.

Acarició sus labios con la punta de la lengua y él emitió un gemido agónico antes de levantarse con ella encima para apartarla con firmeza. Después fue hasta la puerta y la abrió de par en par respirando aliviado.

—Vete de aquí ahora mismo — musitó cuando ella se acercó.

—Cobarde —le respondió ella en el mismo tono —. Enviaré una nota a Harriet.

Salió del despacho.

—Elinor. —La detuvo él antes de cerrar y susurró —: Eres el mejor partido.

Ella sonrió satisfecha y se marchó dejándolo frustrado y ansioso, pero feliz.

Capítulo 33



Joseph le entregó su copa y se sentó frente a él.

—Quiero que te olvides de que somos… bueno, de que vamos a ser familia — aclaró Henry —. Esto son negocios y debes tratarme como a…

—Es un buen negocio —lo cortó el otro —. Y, por supuesto, no pienso olvidarme de que vamos a ser familia. Confío en ti sin apenas conocerte porque Elinor confía en ti y Harriet confía en Elinor. Es inevitable. Pero la exposición que me has hecho de tu negocio y los números que manejas me parecen un buen punto de partida. Tendremos que hablar de los costes y el beneficio que estás dispuesto a compartir, pero me asociaré contigo sin dudarlo.

Henry no pudo evitar el suspiro de alivio que escapó entre sus dientes y la sonrisa bobalicona de su rostro.

—Nos iba muy bien hasta el bloqueo.

—Eso es por poner todos los huevos en la misma cesta. Es mejor diversificar y a eso puedo ayudarte, sin duda. Me alegra que pensaras en mí.

—No he sido yo, en realidad — confesó sin rodeos —. Esto ha sido idea de Elinor. Me parece que es con ella con quien te vas a asociar.

Joseph sonrió abiertamente.

—Algo he oído. Estás con un proyecto de ingeniería importante.

—Solo soy un ayudante, el verdadero ingeniero es Blackstone.

Joseph asintió al tiempo que se recostaba en su asiento mirándolo con expresión reflexiva.

—En cuanto nos casemos, Elinor tomará las riendas de la empresa oficialmente. Ya ha convencido a mi madre para que la ayude. Sin duda marcará un hito en la historia de Inglaterra.

—Deberíais casaros cuanto antes — aconsejó.

—Mi madre tiene poder de decisión y es la mayor admiradora de Elinor, hace cualquier cosa que ella le pida sin pestañear. La mayoría del tiempo parece que la hija sea ella, por eso no debes

preocuparte. Aunque estoy de acuerdo en que deberíamos casarnos cuanto antes, no es por la fábrica por quien temo, sino por mí.

Joseph sonrió.

—Es a eso a lo que me refería — dijo provocando que el otro se frotase la mandíbula con preocupación —. Conviví con Harriet en mi barco y luego en la isla, sé lo que supone.

—Me pone a prueba constantemente.

—Así son las Wharton, me temo.

—La baronesa no regresará antes de abril. — Suspiró al tiempo que movía la cabeza —. Deberíamos habernos casado en Gretna Green.

—Todavía es una opción.

Henry negó con la cabeza.

—No, ya no podría hacerlo. Siento la severa mirada del barón en mi nuca cada vez que pienso en ello. Y la de su esposa cada vez que pienso… en lo otro.

Joseph se rio ahora con ganas.

—Pues debes sentirte muy acompañado — siguió riéndose sin disimulo, a pesar de la mortificada expresión de su futuro cuñado.

* * *

—No vais a dormir juntos —musitó Harriet para que Bethany y Harvey no la oyeran.

—¿A ti qué más te da?

—Mientras estés en mi casa soy responsable de ti. Mamá me mataría si se enterase.

—No sería mi primera vez —confesó la otra con total desparpajo.

—¡Elinor! —Su tono fue demasiado elevado y atrajo la atención de sus cuñados que hasta ese momento hablaban de sus cosas —. Perdonad, cosas de hermanas.

Bethany sonrió entendiendo el mensaje y volvió de nuevo la mirada a su hermano.

—¿Cuándo te lo ha dicho Joseph? — preguntó interesada.

—Esta mañana. —Harvey se sacudió una mota de polvo del pantalón —. Creí que me pondría pegas y lo que ha hecho ha sido solucionar mi problema. Soy demasiado joven para que me envíen como embajador y mi única alternativa era la Compañía de las Indias Orientales, pero eso me hacía sentir como un traidor a la familia. Joseph le ha dado la vuelta solicitando él mi incorporación. Trabajaré con el señor Cummings.

Bethany sonrió al tiempo que asentía.

—A Cummings le gustará tenerte allí, siempre fuiste su favorito.

El viejo empleado de su padre llevaba toda la vida encargándose de los asuntos de los Burford en la India. Había establecido allí su hogar y vivía en Calcuta desde hacía más de treinta años. Estuvo visitando Londres una vez cada dos o tres años, pero ahora llevaba más de cuatro sin pisar la isla a causa de su avanzada edad.

—¿Conoces a John Adam? —preguntó Bethany refiriéndose al representante de la Compañía de las Indias Orientales en ese país.

Harvey negó con la cabeza.

—No personalmente, pero he oído hablar muy bien de él.

Su hermana sonrió con una expresión que conocía bien. Ahora venía el verdadero interrogatorio.

—¿Y ya se lo has pedido?

—Bethany…

—¿Qué? Tienes que hacerlo, es lo que quieres. Sabes que yo te apoyo.

—No está bien.

—¿Por qué?

—Son hermanas. Estuve cortejando a Enid. Se podría pensar que la elijo a ella porque no puedo tener a la otra.

—No parece una muchacha tonta, pero si crees que lo es — dijo ladina.

—No es tonta. Marianne es… perfecta. — Apartó la mirada avergonzado.

—No hace falta que te contengas. Puedes alabarla todo lo que quieras.

—Su risa me hace cosquillas en el cerebro — dijo como si no dejase de sorprenderlo —. Y lo más increíble es que yo la hago reír.

—Pues sí, porque gracioso no eres.

—Exacto —dijo Harvey señalándola con las dos manos.

En las mejillas de Bethany aparecieron dos hoyuelos.

—Entonces Marianne es la elegida, sin duda. Debes decírselo.

—No me aceptaría. Su hermana…

—Ella te rechazó. Bueno, no exactamente porque no le pediste nada, pero te dijo con total claridad que no estaba interesada en vivir en la India y que comprendía que vuestros caminos se separasen. ¿Has hablado con Marianne de tus planes?

—Sí. Hablamos de muchas cosas.

—¿Y qué opina ella de vivir siempre en el mismo lugar?

—Le aterra la idea.

—¡Perfecto! —exclamó con más ímpetu. Miró a Harriet con una mueca —. Perdón, he gritado mucho.

Harriet sonrió comprensiva antes de responder a la pregunta de su hermana.

—Enid está perfectamente. Se ha quitado un peso de encima. Pero entre tú y yo, estoy preocupada por ella, acabará enamorándose de alguien que la meta en problemas. Son demasiados errores ya.

—Tienes razón —dijo Elinor—. ¿Y Marianne?

—Ella lo tiene claro, pero Harvey no da el paso.

—¿No has dicho que se ven a diario?

—Sí —susurró aún más bajo—, pero va a visitarla como un amigo y no han hablado de… eso.

—Pobre Marianne, debe estar hecha un lío.

—Lo que está es ansiosa. Un día se muestra convencida de que él siente algo por ella y otro se lo pasa llorando por lo contrario. Yo he intentado sonsacar a Harvey, pero no suelta prenda. Deja de mirarlo, se va a dar cuenta de que estamos hablando de ellos.

Elinor sonrió burlona.

—¿Te crees que no lo sabe? Son nuestras amigas, ¿cómo no vamos a hablar? A este paso Marianne se casará antes que yo.

—Muy probablemente —afirmó Harriet sin disimulo.

—Serás… ¿Te divierte mi tortura?

—Un poco —sonrió—. Nunca me imaginé que serías así estando enamorada. Estás loca por él.

—Y él por mí —dijo levantando el mentón orgullosa.

—Claro que sí, tonta. —La cogió de las manos mirándola con cariño —. Y no sabes lo feliz que esto me hace.

—Entonces haz la vista gorda esta noche y deja que…

—Os he puesto en habitaciones contiguas — confesó al fin —. Y son las últimas de ese tramo de pasillo. Nadie se percatará de nada si…

Elinor se tapó la boca con las manos para ahogar un grito de alegría.

—Pero no deberías… —musitó su hermana —. Estás tentando a la suerte, Elinor.

—Lo tengo todo pensado. Si eso que temes sucede, nos casaremos en Gretna Green.

—¡Estarías en boca de todos!

—No me importa. Acuérdate de lo que pasó cuando Lovelace se comportó como el cerdo que es con Katherine, la gente acabó por olvidarse.

—¡Elinor!

—¿Qué? ¿Es que acaso no es un cerdo?

—Baja la voz —pidió.

—Si hablo más flojito no me oiré ni yo. La cuestión es que la gente se olvida de un chisme cuando llega otro. Así que no me preocupa. Mamá no debería haber alargado su viaje, sabe lo ansiosos que estamos por casarnos.

—No creo que mamá haya decidido quedarse en Escocia por gusto — constató Harriet —. Por la carta que recibimos de Elizabeth, no les gustan mucho los MacDonald.

—¿Y los McEntrie? —Elinor sonrió con picardía.

Harriet sonrió.

—¿De verdad ves a esos dos juntos? — Negó con la cabeza —. Elizabeth y Dougal son como la luna y el sol.

—¡Qué romántico! —dijo Elinor constatando que seguía pensando lo mismo.

—De verdad que estás irreconocible. Hay que ver lo que les hace el amor a las personas. Incluso tú, una acérrima detractora de una relación que considerabas de sometimiento…

—Con Henry no es así.

Harriet soltó una carcajada y Bethany y Harvey se levantaron al fin para acercarse a ellas.

—No podemos seguir cuchicheando si os reís así — dijo su cuñada sentándose entre las dos hermanas mientras Harvey lo hacía en una butaca frente a ellas —. Ahora mismo nos vais a contar de qué os reíais.

—Le decía a Elinor que nunca imaginé verla enamorada — dijo Harriet sonriendo.

—Lo mismo me pasa a mí con Harvey — confesó Bethany.

—Pues espero poder disfrutar yo de esa satisfacción pronto, hermanita — dijo el susodicho mirándola burlón.

—Yo no me enamoraré nunca — afirmó rotunda —, soy demasiado cínica.

Harriet y Elinor se miraron con complicidad.

—¡Otra ilusa! —dijeron al unísono.

Bethany las miró sin comprender y se encogió de hombros.

—El amor es bastante previsible, en realidad, se mueve por unos senderos establecidos y puede dirigirse si se tienen una mano hábil.

Todos la miraron sorprendidos por tamaño cinismo.

—No me miréis así, vosotras sois una excepción. Lo cierto es que desde que Harriet apareció en nuestras vidas se han tambaleado algunas de mis certezas.

—¿Entonces ahora sí crees en el amor? — Harriet la observó con atención.

—No para mí.

—Eso es lógico —dijo Elinor—. Yo también creía que no era para mí hasta que lo fue.

—Sería la primera sorprendida — insistió —. No imagino al hombre capaz de conseguir eso.

—Hablas como una vieja amargada — dijo su hermano visiblemente molesto.

—¿Pero qué dices? No estoy amargada y tampoco soy vieja.

—Pues hablas del amor como si ya lo hubieses experimentado y te hubieran hecho daño.

—Al contrario —dijo Elinor—. Habla como alguien que no lo ha sentido nunca.

—Porque no lo he sentido nunca — afirmó Bethany sin tapujos —. Jamás me he enamorado.

—¿Y el capitán Chantler?

Bethany miró a Harriet con una sonrisa burlona.

—El capitán era un buen partido y me resultaba agradable. Incluso quise hacerme creer a mí misma que sentía un interés romántico por él. Pero cuando salió de nuestras vidas… — Se encogió de hombros.

—¿No te importó? —preguntó Harriet.

—Nada en absoluto, esa es la verdad.

—Yo no quería casarme por amor — dijo Elinor —. Creía que así sería dueña de mi destino y podría gobernar mi vida a mi antojo. Pero lo cierto es que, si se cruza en tu camino la persona capaz de robarte el corazón, no habrá nada que puedas hacer para impedírselo.

—Excepto arrancártelo —dijo Bethany. Sonrió al ver sus caras —. Es broma. No creo que esa persona exista para mí, así que no temáis por él. — Se dio palmaditas en el pecho.

Elinor levantó una ceja. *Torres más altas han caído*, dijo para sí.

Capítulo 34



El corazón de Elinor se saltó un latido cuando Henry la acarició allí donde solo él había estado. Sus dedos iban dibujándola como un maestro y se detenían justo el tiempo necesario encendiéndola como una hoguera para después alejarse de nuevo y dejarla anhelante y ansiosa. Quería castigarla, pero era él el que se torturaba porque cada gemido, cada movimiento de sus caderas hacía que la desease aún más.

Elinor se incorporó y lo rodeó con sus brazos. Se pegó a su cuerpo oprimiendo sus pechos contra el duro torso masculino y escuchó satisfecha el gruñido que escapó entre sus dientes.

—Eres malvada —dijo apartándola y a continuación la besó con tal ímpetu que los dos cayeron sobre la cama revolcándose imparables.

Ella lo buscaba y él trataba de huir sin éxito, porque sus manos se negaban a soltarla y la acariciaban incesantes en busca de un resquicio de piel que no hubiesen tocado ya. La besó con tal entrega y rendición que Elinor supo que no habría modo de que la venciera jamás. Era suyo y solo suyo. Se sentó a horcajadas sobre él y dejó que su cabello cayera en cascada sobre su hombro tapando uno de esos pechos con el que hacía un instante lo torturaba. Su pequeña mano rodeó el duro miembro y sonrió perversa. Henry se preguntó cómo alguien tan inexperto podía actuar con tanta maestría y sintió que su abdomen se contraía ante los primeros movimientos de esa mano.

—Algún día pagarás por esto — masculló cerrando los ojos.

—Estoy deseándolo, amor mío — dijo ella conteniendo una risita.

Elinor se colocó al tiempo que guiaba el miembro hasta su húmeda entrada. Aún era difícil, tan solo habían estado juntos un par de veces y seguía estando demasiado cerrada para algo tan grande, pero ya no tenía miedo y se deslizó lentamente sin detenerse. Henry dejó de respirar y contuvo sus músculos para no empujar con fuerza y atravesarla. Mantenía las manos lejos de ella para no guiarla y precipitarse como un adolescente incauto.

—¿No piensas hacer nada? —dijo ella llamando su atención.

Henry la miró con ojos aturdidos y lo que vio le hizo hervir la sangre. El deseo bailando en sus pupilas y la lengua rozando sus labios secos…

—Eres la mujer más peligrosa que ha existido jamás — dijo con voz ronca.

Y acto seguido la derribó tumbándola debajo de él para poder manejarla a su antojo. La penetró con fuerza y de una sola estocada.

—Cuando estemos casados te haré esto todos los días de tu vida, más vale que descanses ahora porque te aseguro que luego no vas a poder.

—¿Y quién dice que quiero descansar? — Se arqueó contra él para demostrarle que no se amilanaba.

En los ojos de Henry prendió una peligrosa chispa y abandonó toda delicadeza, pero Elinor no le temía a nada. Se agarró los pechos, acariciándolos y gimiendo sin pudor al tiempo que abría la boca como si tuviera una necesidad voraz que no sabía cómo saciar. Los movimientos de Henry eran duros y la penetraba una y otra vez mientras sus brazos permanecían estirados permitiéndole mayor recorrido. Cuando se supo al borde del clímax se tumbó sobre ella y la besó con fiereza, sabiendo que debía abandonarla antes del último desahogo. Y de pronto Elinor lo rodeó con sus piernas y empleó toda su fuerza para inmovilizarlo. Henry apartó su boca y la miró a los ojos confuso. Su pene se contraía peligrosamente y los ojos de Elinor no dejaban lugar a dudas.

—¡No! —gruñó él y empleando una fuerza controlada se deshizo del nudo de sus piernas y se apartó justo a tiempo para descargar sobre las sábanas.

Cuando pudo moverse se levantó de la cama, se puso unos pantalones y le tiró el camisón con violencia.

—Vete —ordenó sin mirarla—. Sal de mi habitación.

—¿Por qué te enfadas? —Elinor se puso el camisón y bajó de la cama para acercarse a él —. Es solo un juego.

Ahora que ya estaba vestida la miró con enorme severidad.

—¿Un juego? ¡Maldita sea, Elinor! Vas a hacer que mi palabra no valga nada.

Ella frunció el ceño.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Faltar a tu palabra? Entonces deberías darla en algo que solo te incumba a ti. Yo te amo y ya me considero tu esposa, ¿por qué no puedo tener todo lo que quiero?

—¿Es que no lo tienes? ¿Acaso no tienes todo lo que es tuyo? ¡Me tienes a mí, tienes las fábricas! ¿Qué más quieres?

De pronto Elinor perdió toda la energía. Ni ella misma comprendió por qué sus ojos se llenaron de lágrimas y su cuerpo se encogió perdiendo la fuerza con un largo suspiro.

—Maldita sea… —masculló Henry impotente.

Estiró el brazo y la atrajo hacia su cuerpo para apretarla con fuerza.

—¿Quieres matarme? No puedes llorar cuando estoy tan enfadado. No es justo — musitó.

Ella lo abrazó y dejó que las lágrimas fluyeran sin impedimento.

—Me duele —susurró.

Henry la apartó lo suficiente para poder cogerle el rostro y mirarla a los ojos.

—¿Te he hecho daño?

—No es eso. Me duele no estar contigo todas las noches. Me duele tu ausencia, Henry y no sé cómo disimularlo. Finjo ser una mujer segura y resuelta, pero cuando no estoy contigo me siento como una niña a la que han abandonado en mitad de un páramo desolado. Te amo tanto que no sé cómo voy a poder soportarlo hasta la primavera. Solo quiero estar contigo.

—Y yo contigo, amor mío. —Hizo que recostara la cabeza en su pecho y la acunó con ternura. Sonrió aún enfadado, pero también lleno de amor —. No volveremos a hacer esto, prométemelo. Es demasiado peligroso y no voy a deshonrarte por más que finjas que te da igual. Sé que lo que dices no es cierto, sufrirías enormemente si vieses el buen nombre de tu familia arrastrado por el fango por tu culpa. No vamos a amarnos menos por esperar unos meses.

Cuando volvió a separarse para mirarla ella asintió limpiándose las lágrimas.

—Está bien —aceptó al fin.

—No volverás a arrinconarme en la fábrica. — Ella negó con la cabeza como aceptación —. Ni organizarás triquiñuelas como esta.

—Lo prometo.

—Seremos fuertes y nos reservaremos para cuando estemos casados.

—¿Podríamos volver a hacerlo una vez más? — Señaló la cama con la misma inocente expresión —. Una despedida…

—Elinor… —La miró severo.

—Está bien, seré buena.

Se puso de puntillas para darle un ligero beso en los labios y después se dirigió a la puerta. Henry cerró los ojos un instante y antes de que saliera la alcanzó. La cogió de la muñeca y tiró de ella para volver a acogerla entre sus brazos.

Capítulo 35



Elizabeth se desperezó bajo las sábanas y tardó unos segundos en reconocer la habitación en la que estaba. Sonrió. La luz del sol entraba por la ventana y se alegró de que fuesen a tener un buen día para las carreras. Se sentó de golpe en la cama.

—¡Las carreras!

Se levantó corriendo y se asomó a la ventana. El sonido del galope de los caballos llegó hasta ella inconfundible.

—¡Me he dormido! ¿Por qué no ha venido a despertarme?

Se apresuró a vestirse y se hizo un sencillo peinado para salir de su habitación lo más rápidamente que pudo. Bajó las escaleras corriendo y tuvo que frenar en seco al toparse con Ian, el mayordomo de los McEntrie.

—Tiene el desayuno en el comedor — anunció al verla —. El señorito Dougal nos pidió que lo mantuviésemos caliente hasta que usted…

—No puedo entretenerme —lo interrumpió echando a correr —. ¡Ya han empezado!

Elizabeth corría sujetando su elegante vestido de muselina color verde, mientras trataba de mantener el sombrero de delicadas plumas en su sitio. Dougal la vio y respiró profundamente para calmar sus nervios. Debía mostrarse comprensivo y calmado, no se lo pondría difícil.

—¿Llego a tiempo? —dijo ella intentando recuperar el resuello —. ¿Por qué… no me has… despertado?

—Creía que necesitarías descansar.

—¿Ya has participado?

Él negó con la cabeza mirándola con fijeza.

—Me pasa algo en la cara —dijo tocándose las mejillas y luego el sombrero —. ¿Lo llevo bien puesto? No me gustan las plumas, a Emma sí, pero yo nunca…

—Elizabeth… —La hizo callar. El corazón le latía tan acelerado que se le iba a salir por la boca —. ¿No tienes nada que… decirme?

Ella frunció el ceño pensativa.

—¿Buenos días? —preguntó dudosa.

Ahora el que frunció el ceño fue él.

—¿Has dormido… bien? —preguntó turbado.

Elizabeth sonrió abiertamente.

—No dormía tan bien desde hacía…

—¿De verdad no tienes nada que decirme?

Ella se mordió el labio y de pronto comprendió lo que pasaba. Sonrió aliviada.

—¿Creías que cambiaría de opinión? Debe saber, señor McEntrie — dijo cogiéndolo del brazo —, que jamás me arrepiento de las decisiones que tomo. Soy lenta en tomarlas, pero cuando lo hago…

Dougal sonrió sincero.

—¡McEntrie! —gritó el juez de la prueba —. Está en la siguiente carrera.

—Deséame suerte —pidió antes de irse.

Elizabeth se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Suerte.

El juez agitó su pañuelo y lo soltó para dar la salida. Los jinetes salieron disparados como una manada de ciervos asustados. Los cascos de los caballos resonaron en el aire, y la tierra tembló a su paso. Elizabeth se había acercado a los McEntrie sin perder a Dougal de vista.

—Buenos días —saludó.

Todos la miraban con timidez y cierta turbación.

—Buenos días, señorita… Elizabeth — respondió Lachlan.

—Podéis dejar lo de «señorita» — dijo orgullosa antes de que los demás lo imitaran —, con Elizabeth será suficiente. ¿De cuantas millas es esta carrera?

—Dos millas —respondió Caillen prestando atención al caballo de su hermano.

—Es un *Thoroughbred,* ¿verdad? — preguntó ella.

—Sí —respondió Ewan—. Y Dougal lo monta como si lo hubiese criado él. Hay una perfecta sinergia entre ellos.

—Ha valido la pena el tiempo y el esfuerzo que hemos empleado en su entrenamiento — musitó Kenneth —. Su desempeño en la carrera está siendo perfecto.

—Gilleasbuig se acerca demasiado — advirtió Brodie con preocupación —. No me fio un pelo de él.

—Monta el mejor caballo de su padre, no se arriesgará a que salga herido — dijo Lachlan no muy convencido.

La nobleza debería prevalecer en eventos como aquel, pero Elizabeth tampoco confiaba en que el hijo de Bhattair tuviera esa virtud.

—Esperemos que la carrera termine sin incidentes — musitó Caillen.

Dougal era un jinete demasiado experto como para que Gilleasbuig pudiera hacerle sombra, en cuanto vio las intenciones del muchacho apretó a su montura y le sacó dos cuerpos de ventaja antes de llegar a la meta. Elizabeth saltó al tiempo que daba palmas emocionada y el sombrero salió volando y rodó por el suelo unos cuantos metros antes de que Ewan lo recuperara.

—Tenga —dijo entregándoselo después de pasar la manga por encima para limpiarlo.

Elizabeth lo miró con disgusto y Ewan sonrió.

—¿No le gusta?

Ella negó con la cabeza y el muchacho lo lanzó al aire y dejó que se fuera rodando por el suelo. Elizabeth se echó a reír a carcajadas y así la encontró Dougal cuando llegó en su montura. Se inclinó a cogerla y la alzó hasta sentarla delante de él.

—Dijiste que querías montar un purasangre — susurró en su oído.

—¡Dougal! —le regañó Kenneth—, tiene que descansar.

Pero su hermano ya había dado la vuelta al caballo para alejarse de ellos al galope.

* * *

—Vamos —la animó desde el suelo —, date un paseo.

La había hecho montar a horcajadas y Elizabeth se sentía emocionada sobre el maravilloso semental. Era un caballo impresionante, con un pelaje negro brillante y una presencia imponente y majestuosa, digna del caballo de un rey. Dougal se sentó en una piedra y le hizo gestos con la mano para que se alejara.

No se hizo de rogar y apretó los muslos contra el lomo arriándolo al tiempo con la voz. El caballo echó a correr y Dougal se puso de pie sobresaltado.

—¡Ten cuidado! —gritó—. No debería haberla animado tanto. Si se cae…

Estaba ya demasiado lejos para que lo escuchara llamarla. Su corazón se aceleró. Las manos empezaron a sudarle. ¿Por qué no regresaba ya? Podía verla a lo lejos, pero ¿cuánto tardaría en llegar hasta ella si necesitaba ayuda?

Elizabeth estaba disfrutando de lo lindo, el caballo era veloz y ágil y se sentía como una auténtica amazona montando a horcajadas.

—Si Emma pudiese verme… —Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas.

Cuando regresó, Dougal estaba impaciente y visiblemente nervioso.

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿No vas a ayudar a tu esposa a bajar del caballo? — preguntó con una enorme sonrisa.

Acto seguido levantó la pierna para pasarla por delante de la cabeza del animal, echándose para atrás con tan poca traza que se tambaleó y a punto estuvo de caerse. Si no hubiera sido por Dougal, que reaccionó rápidamente y la cogió en sus brazos, se habría estampado contra el suelo estando el caballo inmóvil.

—He sido un poco torpe, ¿verdad? — Le había rodeado el cuello con los brazos y lo miraba con expresión divertida.

Dougal entornó los ojos y la miró con atención.

—¿Lo has hecho a propósito? — preguntó con voz risueña —. ¿Querías que te cogiera así?

Elizabeth se ruborizó y a él le pareció el ser más encantador sobre la tierra.

—Estás muy guapo sin barba — musitó.

—Me alegra que te guste. Ayer tuve la impresión de que no había obtenido el éxito esperado.

—Pues te equivocaste. —Llevó una mano a su rostro y lo acarició suavemente —. Con esa barba dabas el aspecto de un verdadero pirata y ahora…

—¿Ahora? —preguntó con voz ronca y mirada hambrienta.

—Ahora… me gusta.

El aire se tornó caliente y denso, sus labios se acercaron y sus alientos se mezclaron antes de tocarse. Elizabeth temblaba y apretó su cuerpo contra él en busca de algo que ni siquiera era capaz de entender. El rudo McEntrie posó suavemente sus labios sobre los de su esposa y el fuego perdió la llama casi al instante. Introdujo la lengua en su boca y escuchó extasiado el gemido que brotó de la garganta femenina. Cuando ella respondió moviendo la suya tímidamente, Dougal se apartó y la miró asustado.

—Aún tengo que competir en dos carreras más — dijo con los ojos vidriosos y la voz ronca.

Elizabeth sonrió con una extraña sensación en el pecho. Quería reírse y no sabía de qué.

—No pretendo que… aquí… ¡Por Dios, qué vergüenza!

—Menos mal —dijo Dougal mirando a su alrededor.

—Déjame en el suelo —pidió ella con timidez.

—No.

—¿No? —Ella tampoco apartó los brazos que rodeaban su cuello.

—Quiero tenerte así un poco más.

—Has hecho una carrera impresionante — dijo ella mirándolo con admiración.

—Siempre se me dieron bien los caballos. Prácticamente crecí con ellos.

—Me han contado que tu madre era una gran jinete.

—¿Te han contado? —preguntó curioso.

—El señor Forrester, en el baile. Además, me dijo que era una mujer bellísima. Ahora entiendo a quién has salido.

—¿Te parezco bellísimo? —Sonrió divertido.

—Eres muy guapo, ahora puedo verlo sin todo ese pelo en tu cara. ¿De qué te escondías, Dougal McEntrie?

—Era cómodo, nada más.

—Ya.

—¿No me crees? —Volvió a besarla de improviso y ese beso no tuvo nada de delicado.

La bajó al suelo sin separar su boca y cogió su rostro para poder presionar sin desnucarla. Elizabeth perdió el sentido del tiempo y el espacio, su cuerpo se encendió como una antorcha y sus manos se agarraron a la camisa de Dougal arrugándola sin compasión.

—Si no volvemos ahora mismo… — dijo él apartándose lo justo para poder hablar —, voy a cometer una locura, Elizabeth.

Ella no entendía lo que pasaba, no podía comprender qué era aquel ansia que los arrollaba y por qué no podían deshacerse de ella. Asintió y Dougal subió al caballo de un salto y luego la ayudó a ella. Aunque sería más correcto decir, que la cogió y la sentó frente a él. En un silencio tenso y agitado, regresaron a las pistas.

* * *

—Tres carreras, tres victorias — dijo Forrester aplaudiendo —. Este muchacho no ha cambiado mucho en estos años.

Elizabeth estaba roja de aplaudir y saltar junto a Bonnie, que había gritado algunas palabras en gaélico.

—Ver a Gilleasbuig perder dos veces y luego a Carlton una tercera ha sido casi tan bueno como lo sucedido esta mañana en el desayuno — dijo Bonnie en voz muy baja para que solo Elizabeth lo escuchara.

Desayuno. Esa palabra puso en marcha sus jugos gástricos. No había comido nada y tenía mucha hambre.

—Cuando se han enterado de lo de su boda con Dougal casi se atragantan — siguió Bonnie conteniendo la risa —. Mi madre estaba tan blanca que hacía juego con el mantel. Y Chisholm… — No pudo aguantarse más y rompió a reír —. Chisholm hablando muy serio, como si nada…

Nathaniel la miró sin comprender de qué se reía, pues no oía de lo que estaban hablando. Con disimulo se apartó de ellas para no molestar.

—Pobre hombre, se ha ido espantado — constató Elizabeth.

—Así puedo contárselo más tranquila. Alejémonos un poco — pidió Bonnie —. Mi padre ha gritado durante una hora. ¡Una hora! Creo que hoy ha batido alguna clase de récord.

—¿Y qué gritaba?

—Que ahora sus asuntos están en manos de los McEntrie. Que ha metido al enemigo en su casa. Que debió haberla… — Bonnie calló de golpe.

Elizabeth sonrió.

—Puedes decir lo que sea, viniendo de tu padre, no me asustará.

—Bueno, ha dicho cosas muy feas, prefiero no repetirlas, pero lo importante es que al final no ha tenido más remedio que aceptarlo y… Elizabeth, lo he visto tan derrotado, que casi me pongo a dar palmas.

—¿No ha arremetido contra Chisholm y contra ti?

—Bueno, contra él sí, como siempre. Aunque esta vez ha sido más cruel. Le ha dicho cosas horribles. Como que no se casará nunca porque ninguna mujer se fijará en un…

La joven se calló de golpe y Elizabeth no insistió en el tema. Sus ojos buscaron a Chisholm y cuando lo vio junto a Brodie un sentimiento de tristeza la embargó.

—Conozco a alguien como él — susurró.

—¿Alguien a quien le apasiona la música?

Elizabeth negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—No. Colin es pintor.

—¿Pintor? No sé qué relación tiene la pintura con la música, aparte de que las dos son expresiones artísticas, claro.

Elizabeth no respondió.

* * *

Dougal entró en el *hall* con paso rápido, quería cambiarse de ropa y regresar cuanto antes. Había dejado a Elizabeth en uno de los puestos de comida y al parecer tenía mucha hambre. Sonrió complacido.

—Señorito… —Ian se interrumpió—. Quiero decir, señor Dougal, han traído una carta para su esposa.

Dougal la cogió y le dio las gracias al mayordomo. Se dirigió a las escaleras con el sobre quemándole la mano y las subió refrenando el deseo de estrujarlo entre los dedos.

—Ian. —Lo detuvo con firmeza—. No mencione esta carta a nadie. Trae malas noticias y no quiero enturbiar la felicidad de mi esposa.

—Por supuesto —aceptó el mayordomo sin cuestionarse el hecho de que pudiera saber qué contenía un sobre lacrado.

Una vez en su cuarto, Dougal cerró la puerta y apoyó la espalda en ella con el corazón latiendo desbocado. Volvió a mirar el sobre. Ese Bertram tenía una caligrafía exquisita, debía reconocérselo. Lo imaginó elegante y regio, buenas maneras, todo un caballero. ¿Guapo? No creía que a Elizabeth le importase demasiado eso. ¿Culto? Seguro. Soltó el aire de golpe y maldijo entre dientes. ¿Debía dársela ahora mismo? ¿O dejarla en la mesilla para que la viese al regresar? ¿Cómo iba a tomarla esa noche sabiendo que tendría a otro en sus pensamientos?

—Maldito desgraciado.

Caminó hasta la cama y dejó el sobre en la mesilla. Lo miró como si pensara que sus ojos podían traspasar el lacre y leer la carta sin abrirla. Pero no podían. ¿Y si quería que ella…? No, no podía ser ese el motivo de su carta. Sonrió burlándose de sí mismo y de sus temores. William había tenido mucho tiempo para hablarle de sentimientos, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Estaba a miles de… Frunció el ceño y volvió a coger el sobre. El matasellos era de Londres. Volvió a mirar el remitente y su corazón se saltó un latido al fijarse en la dirección. Perdió pie y se sentó en la cama sosteniendo aquella losa que cada vez pesaba más en sus manos. William en Londres. Su corazón se aceleró al ritmo que aumentaba su angustia. Apretó los dientes, pero sus ojos no se apartaban de aquella dirección. De aquel nombre. William estaba en Londres. Había viajado miles de millas para estar allí.

—Elizabeth…

Ella lo deseaba, lo había visto en sus ojos. Sería tan fácil ir a buscarla y tomarla sin más dilación. ¿Por qué esperar a la noche? Sería suya, suya para siempre.

—Maldito imbécil —masculló—. Tú y tu honor estúpido. Si la hubieses tomado anoche, ya sería tuya.

Miró la carta con rabia. Podía hacerlo. Guardar la carta hasta el día siguiente y… Cerró los ojos impotente y sintió la humedad que descendía por sus mejillas sin que pudiera impedirlo. La vergüenza que le produjo tal debilidad no hizo que se detuvieran. Se las limpió con rabia y se golpeó el muslo con el puño, buscando un dolor fácil de soportar. Ya no había ninguna duda, amaba a esa mujer con toda su alma.

—Eres idiota —dijo en voz alta—. Ni siquiera sabes lo que dice la carta. Quizá solo es una de tantas. — Se puso de pie enrabiado —. Está en Londres por ella. Ha venido a llevársela. Desgraciado…

Sin pensarlo arrancó el lacre y abrió la carta para leerla.

Querida Elizabeth,

Espero que al recibir la presente estés bien y que tener noticias mías te alegre como a mí me emociona escribirte.

Como habrás visto en el encabezamiento, te escribo desde Londres. Al llegar me llevé la desagradable sorpresa de tu partida a Escocia y te confieso que me sentí completamente decepcionado y frustrado al saber que

no iba a verte de inmediato. Cuando supe que la baronesa había regresado sola, me llevé una segunda y desgarradora decepción y saber que vas a permanecer en Escocia hasta la primavera ha hecho que tome una decisión al respecto.

Mi viaje no habrá tenido sentido, si no tengo el placer de verte al menos una vez para hacerte de nuevo la pregunta que ya te hice hace tiempo. He sabido que tus circunstancias no han cambiado y, como ves, las mías tampoco, así que voy a tomarme el atrevimiento de volver a intentarlo.

La baronesa me ha dado su permiso para que vaya a visitarte y en cuanto arregle unos asuntos pendientes que me retienen en Londres, iré a Escocia para pedirte que unas tu destino al mío y forjemos juntos una familia basada en el respeto, el afecto y la simpatía que siempre nos hemos tenido. Estoy seguro de que el amor llegará con el tiempo, querida Elizabeth, pero hasta entonces tendrás en mí a un fiel y responsable esposo que cuidará de ti y de nuestros hijos con cariño y comprensión.

Ojalá aceptes lo que te ofrezco.

Tu querido amigo,

William

P. D.: Olvidé mencionar la fecha de mi llegada. Calculo que estaré ahí en tres semanas.

—¡Maldito desgraciado! —Una rabia visceral y profunda lo arrolló imparable —. Maldito, maldito, maldito. ¿Qué le estás ofreciendo? ¿Cariño y comprensión? ¿Es acaso tu hermana?

Estrujó la carta en su mano hasta convertirla en un papel arrugado y después la desgarró una y otra vez con rabia. ¿Su afecto? ¿Eso le ofrecía? ¿Su simpatía? Negó con la cabeza presa de un instinto animal de protección. Era suya, Elizabeth era suya. Él la amaría con fiereza, con pasión, con desesperación. La amaría el resto de su vida. La amaría todos y cada uno de los días que pasaran juntos. Engendrarían todos los hijos que ella quisiera, sería un buen padre y un buen esposo. Jamás la engañaría. Jamás la abandonaría. Apretó los dientes. No dejaría que se la llevara. No así.

Recogió los trozos de la carta. Ya no había marcha atrás, iba a quemar sus naves y arriesgarlo todo. Tenía de tiempo dos semanas y no estaba seguro de que eso fuese suficiente para…

—Tengo que calmarme —se dijo con el corazón golpeando con fuerza en su pecho —. Necesito pensar con claridad. No voy a tomarla, no así, no soy ningún canalla. La amo de verdad, maldita sea, no le robaré su felicidad si él es el único que puede dársela.

Debía estar intacta para hacer una elección sincera y libre. Cerró los ojos un instante y gruñó desde el fondo de su garganta. No sería fácil tenerla al alcance de su mano y no tocarla, sabiendo que eso podría significar perderla para siempre. Respiró hondo varias veces para recomponerse.

Sin pensar en lo estúpido de su decisión depositó los pedazos de la carta en un bolsillo de su chaqueta de marino, la que llevaba en *el Olimpia* y que no había tirado porque era un romántico. Era suya y se la daría, llegado el momento. Lo hecho, hecho está y aceptaría las consecuencias cuando llegasen.

Debía cambiarse de ropa y regresar con los demás. Ya seguiría torturándose cuando tuviese tiempo.

Capítulo 36



—No quiero problemas —dijo el señor Reynard, después de ofrecerle asiento —. Su marido y yo acabamos en buenos términos y querría que las cosas continuaran así.

—Mi marido no volverá a molestarlo, señor Reynard, le doy mi palabra.

El editor se sentó también y la miró un momento con fijeza.

—Debo reconocer que tengo un problema serio con el juego — confesó al fin —. Su esposo se aprovechó de ello, pero no es el culpable. Además, sinceramente creo que jamás habría cumplido su amenaza. Me pareció un hombre desesperado.

Emma asintió, pero no dijo nada al respecto.

—¿Ha venido a pedirme que publique su libro?

—No. Ahora quiero centrarme en la educación de mi hijo y en cuidar de mi familia. Seguiré escribiendo, por supuesto, pero de momento no voy a publicar nada más.

—Es una pena, esa novela merece mucho la pena.

—Si es así, también la merecerá dentro de unos años. Y quizá entonces, la sociedad esté preparada para aceptarme como escritora y no tenga que esconderme tras un seudónimo.

—Lo espero fervientemente.

—Bien. —Emma se puso de pie para marcharse —. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí y reitero mis disculpas por lo sucedido.

—Antes de irse quería preguntarle una cosa. ¿Qué opina de *Sentido y Sensibilidad*? Me refiero a la novela firmada como…

—«*By a lady*», sé bien a qué novela se refiere. Me gustó mucho y espero poder seguir disfrutando de la pluma de su autora.

—¿Y le interesaría hablar con ella?

Emma frunció el ceño desconcertada.

—Se esconde tras un seudónimo, no creo que…

—Verá, hace unos días recibí una carta de su editor. En ella me expresaba el deseo de su autora a escribirse con usted. Al parecer sintió gran afinidad al leer su libro y cree que pueden tener puntos de vista comunes y temas de los que hablar.

Emma cada vez estaba más asombrada.

—Pero ¿cómo?

—Pues ella pensó que podría darle la carta a su editor y este me la enviaría a mí, para que yo se la enviase a usted. Y viceversa.

—¿No es demasiado enrevesado?

Reynard asintió sonriendo.

—No se nos ocurre otro modo de salvaguardar sus identidades.

Emma lo pensó un segundo más antes de responder.

—Por supuesto —afirmó emocionada —, claro que acepto. Me parece una idea maravillosa.

El editor sonrió y asintió complaciente.

—¿Adónde le envío la carta? ¿A Harmouth o a…?

—A Haddon Castle, por favor. Pasado mañana regresamos a casa. Mi madre ya ha vuelto de Escocia y ya no es necesario que me quede.

—Bien. Se la enviaré allí entonces. Estoy seguro de que hablar con alguien en una situación similar a la suya, la ayudará a tomar buenas decisiones. Quizá cambie de opinión respecto a su novela.

Emma le tendió la mano mirándolo con afecto.

—Ha sido un placer trabajar con usted. Y, tranquilo, no hace falta que me devuelva el cumplido.

—Señora Wilmot, su marido recapacitará. — Mantuvo su mano con firmeza y suavidad —. Sepa que la considero una magnífica escritora y de verdad espero que no prive a nuestras letras de una figura como la suya, porque sería una gran pérdida. Su sensibilidad y maestría recabaron, con una sola novela, la admiración de escritores como Radcliffe, Scott o Byron. No lo olvide.

—No podría haberme hecho mejor halago, señor Reynard, ni mejor regalo. Estoy ansiosa por recibir noticias de esa *dama*. — Sonrió cómplice —. Salude a su esposa de mi parte.

Contrariamente a lo que pensaba cuando fue hasta allí, Emma salió de la editorial con el ánimo sereno y el corazón pletórico. Esperaría ansiosa esa carta y ojalá llegase cuanto antes.

* * *

—¡Oh, querida Emma! —exclamó *lady* Longbottom al verla aparecer en su salón. Se puso de pie rápidamente y fue a abrazarla —. ¡Qué maravillosa noticia tu visita! ¿Has venido sola? ¿Edward no está en Londres? ¿Y el pequeñín? ¿No lo has traído?

—En esta ocasión he venido sola, espero que no le importe. Solo me quedaré esta noche, mañana temprano regresaré a Harmouth.

—¿Aún seguís allí?

—Sí, pero en dos días regresaremos a Haddon Castle. Mi madre ya ha vuelto de Escocia.

—Espero que haya tenido buen viaje y que las cosas se hayan resuelto como esperaba. Thomas — se dirigió al mayordomo —, avise a Elisa de que tendremos una ilustre invitada a

cenar.

—¿Ilustre? —se burló Emma—. Dígale que haga lo que tuviera pensado. Es una maravillosa cocinera y me gustará, sea lo que sea.

—¿Te apetece un té? Yo ya tengo hambre. ¿Por qué siempre tengo hambre? Es la edad, seguro. Cuando era joven nunca me acordaba de comer y ahora no pienso en otra cosa. Tráiganos té y pastas, Thomas.

—Ahora mismo, señora.

El mayordomo abandonó el salón dejándolas solas y Emma la acompañó hasta el sofá.

—No sabes la alegría que me da tu visita, hace días que quiero escribirte, pero por una cosa o por otra… Antes de nada, dime cómo está el pequeño Robert.

—Cada día más grande, y habla por los codos — dijo risueña.

—Es una delicia de niño, sí. No tuvimos la suerte de disfrutar de la infancia de Edward y ver a ese niño es un regalo del cielo. Os echo mucho de menos desde que os marchasteis de Londres.

Emma le cogió una mano con cariño y la miró risueña.

—Pregunta cada día por la abuela *Li*.

—¡Oh, qué encanto de niño! — exclamó emocionada —. Tengo unos títeres para él, al parecer son los últimos que han salido y todas las madres de Londres los quieren para sus hijos. Seguro que podrás entretenerlo con ellos.

—Gracias, pero no me gusta que se gaste el dinero en esas cosas. Robert tiene juguetes de sobra.

—No digas tonterías, es mi nieto, ¿en quién me lo voy a gastar mejor que en él? Edward es como un hijo para mí, ya lo sabes. Y hablando de Edward… — La miró fijamente con expresión interrogadora —. ¿Seguís igual?

Emma desvió la mirada y se mordió el labio, ojalá no le hubiese sacado el tema. Estaba muy contenta después de la conversación con Reynard y hubiera querido disfrutar al menos una tarde de ello.

—Lo vi hace una semana —siguió Leah —. Ha perdido peso y está demacrado. Hija, ¿de verdad no vas a perdonarlo nunca?

—Claro que voy a perdonarlo — susurró —. De hecho, ya lo he perdonado.

—¿Entonces? Sabes que no tuvo mala intención y que se arrepiente muchísimo.

Emma la miró con fijeza.

—¿Puede usted asegurarme que nunca volverá a hacer nada parecido?

—¿Asegurarte? ¿Puedes asegurarme tú que nunca harás nada parecido?

Emma frunció el ceño.

—Si se refiere a lo de querer publicar, sí, puedo asegurárselo — dijo con frialdad.

—Me refiero a seguir a tu corazón, a hacer lo que él te dicte, porque eso es lo que hizo Edward: obedecer los dictados de su corazón.

—Traicionándome.

—Él no te estaba traicionando, ese hombre te adora.

—Y aun así…

—Aun así, fue contra tus deseos porque es un padre maravilloso del que deberías estar orgullosa.

—Como padre, lo estoy.

—¿Y qué puede importarte más que el bienestar de tu hijo? Se equivocó, no me mires así. A él también se lo dije, se equivocó y ha pagado por ello. Todos tenemos derecho al perdón.

—Lo perdoné enseguida, tía. Pero no puedo dejar de estar dolida con él. No puedo — dijo esto último con rabia, como si reconocerlo le hiciese daño.

La mujer entornó los ojos para mirarla con mucha atención.

—Estás celosa.

—¿Celosa? ¿De quién?

—De tu hijo.

—¿Qué? ¡No! —Emma la miraba incrédula, pero su corazón tembló acelerando sus latidos.

—¿Estás segura?

—¡Es mi hijo!

—Edward pensó en él antes que en ti. Y sé que tú quieres que haga eso, porque eres madre y para una madre lo primero son sus hijos. — Le dio unas palmaditas en la mano —. Pero hay una niña triste, sentada en un rincón apartado en el fondo de tu corazón, y esa niña, a la que nadie quiere, aparte del apretado círculo de los Wharton, siente resquemor y un pellizco de amargura egoísta…

Emma la miraba con ojos brillantes y conteniendo la respiración. Era como si estuviese viendo dentro de ella.

—Quiero a mi hijo más que a mí misma — musitó.

—¿Crees que no lo sé? —Asintió lentamente sin apartar la mirada de aquellos ojos que parecían a punto de desbordarse —. Pero tus cicatrices no están solo en tu cuerpo, Emma, son mucho más profundas y lo sabes. ¿De verdad creías que sería tan fácil dejarlas atrás?

—Edward me curó —murmuró.

Lady Longbottom asintió.

—Él te vio como eres realmente. Y entonces, cuando necesitaste su apoyo y comprensión, te dijo que no. Te obligó a seguir escondiéndote. ¿No era eso lo que hacías antes? ¿Esconderte de todos?

Las manos de Emma comenzaron a temblar y tuvo que sujetárselas.

—Yo… yo…

—No lo vi enseguida, pero hablando con él lo comprendí. Su sentimiento de culpa por haberte fallado fue el que me hizo ver las cosas con claridad. Cuando me explicó lo que habías pasado y que él te había decepcionado como todos los demás, me di cuenta. No estás así por esa estúpida traición. Sí, no me mires así, es estúpida. Por amor se perdonan cosas peores que esa. — Negó con la cabeza —. No, es algo más profundo y rancio. Algo antiguo que late en tu corazón. Eres un ser humano profundamente sensible, Emma, mucho más sensible que nadie que yo haya conocido. Pareces fuerte, segura y decidida, pero tu coraza recibió demasiados golpes y ya no te sirve. No, si el que usa la espada es Edward.

Inesperadamente Emma rompió a llorar y los sollozos la sacudieron de tal forma que tuvo que cubrirse la cara con las manos. Leah la abrazó y acunó diciéndole palabras cariñosas. La dejó llorar. Había aguantado aquellas lágrimas, días y días, negándose a derramarlas, porque hacerlo era meter la mano en su pecho y rebuscar en su corazón. Y no podía hacerlo sola.

—¿Estás mejor? —preguntó la tía de Edward mucho rato después.

Emma se limpió el rostro con el pañuelo y asintió. El servicio de té estaba en la mesa y miró a *lady* Longbottom asustada.

—Hace rato que lo ha traído Thomas. Pero no sufras por él, ha visto cosas peores que a una mujer llorando con desesperación.

—¡Qué vergüenza! —exclamó mortificada.

—¿Vergüenza? No debes avergonzarte por tener sentimientos.

Emma se sonó la nariz, mientras Leah servía el té. Cuando le entregó una taza se apresuró a beber un sorbo, esperando que la reconfortase.

—¿De verdad soy tan mezquina?

—No eres mezquina. Todos necesitamos que nos quieran. Te sentías segura en los brazos de ese maravilloso hombre y te asustaste cuando te soltó para coger a su hijo. Lo eligió a él antes que a ti y eso te dolió enormemente. Es así de sencillo.

De nuevo las lágrimas anegaron sus ojos y bebió rápidamente tratando de pararlas.

—Creí que era imposible que me traicionase —musitó abriéndose —. De verdad que era una idea imposible en mi mente. Y cuando lo supe todas mis certezas desaparecieron. De pronto me di cuenta de que podía dejar de quererme, pues cualquier cosa era posible. Desde ese momento el pánico hizo presa de mí y alejarme de él era el único modo de soportarlo.

Leah asintió sin decir nada.

—Muchas veces provocamos aquello que más tememos porque sentimos que lo más angustioso es la espera.

—Con él todo era sólido, fuerte y seguro. —Sollozó y cerró los ojos tratando de recuperar la calma —. Edward era mi caballero andante. Mi protector… Y de pronto me apuntó con su espada y me nombró su enemiga. Hasta ese momento éramos uno, solo tenía que apelar a mi amor, a mi fe en él. Solo tenía que creer en mí. Pero me dio la espalda, se marchó de mi lado. Intervino por su cuenta cortándome las alas para que no pudiera volar. ¡Y se escudó en mi hijo! ¡Mi hijo! Dando a entender que yo era una mala madre, que podría ponerlo en peligro sin valorar las consecuencias de mis actos. — Movía la cabeza como si le costase ordenar sus pensamientos —. Era como si no me conociera, como si hubiese dejado de verme…

—Y te sentiste de nuevo abandonada.

Emma asintió con las lágrimas cayendo imparables por su rostro.

—Él lo sabe —dijo Leah asintiendo —. Lo sabe todo.

—Es imposible. Hasta ahora mismo no lo sabía ni yo.

—Lo sabe —insistió—. Por eso ha soportado todo esto. ¿Qué hombre permitiría un comportamiento como el tuyo? Solo uno que fuese capaz de entender por lo que estabas pasando.

—Siento un dolor insoportable cuando estoy con él —susurró con voz ronca.

—Edward también tiene sus propios terrores, Emma. Su madre lo abandonó. La persona que más le quería, la persona en la que más confiaba, lo abandonó.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Yo jamás…

—¿No lo entiendes? Su madre, en quien siempre podía confiar porque nunca haría nada que lo perjudicase ¡lo abandonó! ¿De verdad no entiendes lo que pasó? ¿El motivo por el que actuó así? Las madres cometen errores — dijo esto muy despacio para que cada palabra penetrase en su cerebro con claridad.

Emma empalideció y sus manos se detuvieron.

—Tú amas a tu hijo y estoy segura de que él no duda de eso. Darías tu vida por él y Edward lo sabe. Pero puedes equivocarte. Hacer algo que consideres bueno y que destroce su vida. Él lo vivió.

—Pero me conoce, sabe que no haría nada que perjudicase a Robert.

—¿Crees que Anne hizo lo que hizo para perjudicar a su hijo? — Endureció su tono consciente de que ya estaba preparada para escucharlo —. ¿O es que crees que tú eres infalible? Puedes equivocarte, como todas. No se trata solo de ti, Emma, Edward también importa. Y, si es cierto que él no se puso en tu lugar cuando actúo del modo en que lo hizo, tú tampoco lo has hecho todo este tiempo que llevas castigándolo.

—No pretendía…

—Oh, niña, ni se te ocurra decirme que no es lo que pretendías, porque me enfadaré contigo si lo haces. Eso es exactamente lo que has estado haciendo, castigarlo. ¡Y ya está bien! — gritó con severidad.

Emma la miraba incrédula, no había visto nunca a Leah Longbottom tan enfadada.

—¡Os queréis muchísimo y os estáis haciendo un daño insoportable! Ese hombre es un alma en pena y tú eres un cervatillo herido. Y esto tiene que parar. Deja ya de compadecerte, traicionó tu confianza, sí, ¿y qué? ¿No puedes soportarlo? Esto servirá para reforzar vuestros principios y hacer que se hagan más sólidos. Esto os ayuda a conocer las debilidades del otro y las propias. Edward no volverá a hacer nada parecido. — Movió la cabeza —. Tú eres el centro de su universo, claro que quiere a su hijo más que a nada, pero es que ese niño es parte de ti, estúpida. Y ese niño es él, teniendo un padre y una madre. No se trata de que lo perdones, se trata de que lo comprendas. Si no puedes aceptar que es imperfecto y cometerá errores, entonces es que no lo amas como dices.

—Lo amo con toda mi alma.

—Y aun así lo dejas consumirse en su tristeza. Lo apartas de ti y de su hijo. ¿De verdad no te das cuenta de lo cruel que has sido con él?

Emma sintió un crujido allí donde latía su corazón. Se puso de pie.

—Tengo que regresar…

—No digas tonterías. —Tiró de ella para sentarla —. Pasarás la noche aquí y mañana temprano vuelves a casa.

—Tía… —Se mordió el labio al borde de las lágrimas.

—Deja ya de tanto lloriqueo, que tú no eres de esas. Ya sabes por qué has hecho todo esto y también por qué él actuó como lo hizo. Te toca solucionarlo. Pero mañana, ahora come, que estás en los huesos.

Levantó el plato con las pastas y se lo puso delante para que cogiese una. Emma obedeció, la mirada de Leah no admitía discusión.

—¿Cómo le va a tu hermana el embarazo? — preguntó para darle conversación.

—Su suegra está convencida de que va a tener gemelos — dijo y a continuación mordió la galleta sorbiendo por la nariz.

Capítulo 37



—¿De verdad os marcháis? —Meredith miraba a su hija mayor con cariño.

—Ya estás tú y no me necesitáis — sonrió y a continuación la abrazó meciéndose con ella —. Gracias, mamá.

—¿Gracias por qué? —preguntó la otra acunándola.

—Por ser tan buena madre. Por querernos tanto. Por ser tan sabia…

Meredith la apartó para mirarla y frunció el ceño.

—¿A qué viene esto? ¿Es por lo que hablamos anoche?

—Nunca me habías contado esas cosas de papá. Y de ti.

Su madre sonrió con timidez.

—Son cosas que solo pueden hablarse con una mujer casada.

—Vuestra historia de amor es maravillosa. Y pasasteis muchas dificultades… Me siento muy agradecida de todo lo que hicisteis los dos para llegar hasta aquí. Para tener esta familia.

—Ay, hija, estás muy sensible. Tienes que arreglar las cosas con Edward.

Ella asintió y se enjugó una lágrima.

—Y voy a hacerlo, mamá, no te preocupes.

—Abuela…

La doncella entró llevando al pequeño Robert de la mano.

—¡Mi pequeñín! —exclamó la baronesa alzándolo del suelo —. La abuela va a echarte mucho de menos, tesoro.

El pequeño le rodeó el cuello con sus bracitos y dejó que lo besara y lo acariciara sin resistirse.

—Es tan bueno… —dijo Meredith—. Tú no dejabas que nadie te abrazara cuando eras como él.

Emma asintió y en ese momento entró el mayordomo en el salón.

—El coche está listo —anunció.

—¿Os despedisteis de tu padre esta mañana? — preguntó Meredith.

—Sí —respondió Emma—. De él y de Elinor.

—Tenemos que casar a esos dos enseguida o vamos a tener un disgusto — dijo su madre poniendo los ojos en blanco.

—Si necesitas algo, no dudes en…

—No te preocupes, tú soluciona tus asuntos y tráeme a este pequeñín pronto. Voy a echarlo mucho de menos. La casa va a estar vacía sin vosotros y sin Elizabeth.

Emma le sonrió con cariño.

—No te preocupes por Elizabeth, mamá, estará bien. Es mucho más fuerte de lo que todos creéis. Estoy segura de que esta experiencia va a ser buena para ella. Aunque yo también la echo mucho de menos — dijo esto último con apenada expresión y su madre asintió sin mucho convencimiento.

—Vamos, os acompañaré al coche.

* * *

Edward revisaba unos documentos y se frotaba la sien con la mano izquierda para relajar la tensión que sentía en la cabeza. No levantó la mirada cuando alguien abrió la puerta, siempre era Samuel para avisarle de que estaba lista la comida.

—Ahora voy, en cuanto acabe es…

—No deberías trabajar tanto.

Se puso de pie de golpe y golpeó el escritorio con sus piernas haciendo saltar el tintero que se volcó sobre los papeles.

—¡Mierda! —exclamó sin pensar—. Lo siento…

Emma se acercó a ayudarlo y utilizó su pañuelo para tratar de eliminar la tinta lo más rápido posible.

—No te preocupes, no es nada importante — dijo él con timidez —. No sabía que ibas a regresar. ¿Te vas a quedar unos días?

Ella lo miró con atención. Sus profundas ojeras, la palidez de su rostro…

—¿Podemos hablar?

Edward rodeó su mesa para llegar hasta ella.

—Claro. Sentémonos ahí —dijo señalando los sofás —. ¿Robert…?

—Está deseando ver a su padre.

Edward asintió con el corazón en un puño.

—Lo siento —dijo Emma sin más.

Su esposo la miró como si hubiese dicho algo ininteligible. Tardó unos segundos en responder.

—¿Que lo sientes?

—No entendía lo que me pasaba… — Se miró las manos porque mirarlo a los ojos desorientaba sus pensamientos —. Estaba confundiendo…

—¿Esto significa que vas a volver conmigo? — La interrumpió.

Emma lo miró severa.

—Nunca has sido muy paciente.

—Luego puedes decirme todo lo que quieras, pero ¡por Dios! Respóndeme a eso.

—Sí, voy a volver con…

Edward le cogió el rostro con las manos y la besó con desesperación. Emma puso sus manos sobre las de él y le devolvió el beso con tanto sentimiento que su esposo gruñó como un animal herido. Cuando apartó sus labios para poder mirarla a los ojos había un rabioso anhelo en ellos.

—Te amo, Emma, te amo más que a mi vida. Lo siento muchísimo. No me di cuenta de lo que hacía. Debería haber luchado para convencerte y sé que lo habría conseguido si…

—Yo soy la que lo siente, me he comportado como una niña asustada y cobarde. Nunca volveré a hacerte algo así. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Ahora fue ella la que lo besó sin simplezas, introdujo la lengua en su boca y lo saboreó con deleite buscando saciar su propia hambre. Él la sujetó por los hombros y la apartó mirándola con tal intensidad que Emma se sintió completamente desnuda ante él.

—Si no paras ahora, no podré contenerme — advirtió.

Para decepción suya, Emma se levantó del sofá y dio un paso atrás. De repente sonrió y sin decir nada fue hasta la puerta y la cerró con llave. Después comenzó a quitarse la ropa.

—Dios Santo —murmuró Edward completamente anonadado.

Emma dejó caer el vestido al suelo y se acercó a él sin que se borrase su sonrisa.

—Necesito ayuda —pidió dándole la espalda para que le desatase el corsé.

A Edward le temblaron los dedos como si fuese su primera vez. El ansia se unía al temor y el nerviosismo a la urgencia. Pero Emma, en cambio, se sentía pletórica, poderosa y capaz de todo. Por eso no dudó en quedarse desnuda frente a él que apenas era capaz de contenerse. Lo hizo sentarse en el sofá y se sentó a horcajadas sobre él sin dejar de mirarlo. El mundo se convirtió de repente en un lugar maravilloso y muy placentero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él mirando al techo.

Estaban tumbados en el sofá, desnudos y abrazados. Emma ronroneó acurrucándose y con los ojos cerrados.

—Estuve en casa de tu tía — dijo después de unos segundos.

—¿Mi tía? —Edward frunció el ceño e inclinó la cabeza para mirarla, pero ella seguía con los ojos cerrados —. ¿Ella ha tenido algo que ver en… esto?

Emma sonrió con picardía.

—En esto exactamente, no. — Se colocó encima de él y apoyó las manos en su pecho y la barbilla en las manos —. Me he pasado todo el viaje pensando en ello.

—¿Todo el viaje? Se te habrá hecho muy largo.

—Larguísimo —dijo moviéndose.

—Está jugando con fuego, señora Wilmot.

—Ahora mismo fuego es lo que necesito — susurró acercándose a su boca.

—Vendrán a buscarnos para la comida — dijo él con voz ronca.

—Le he dicho a Samuel que no nos molesten bajo ningún pretexto. — Le mordió el labio suavemente.

—Y yo temiendo… —Se movió con agilidad y la llevó con él hasta la alfombra —. Ahora vas a saber lo que es arder en llamas.

—Lo estoy deseando —dijo mirándolo con ojos vidriosos —. Edward.

—Dime, amor mío.

—Te amo y te doy mi palabra de que jamás volveré a apartarme de tu lado.

Él acarició sus cicatrices con ternura y asintió.

—Y yo nunca volveré a traicionar tu confianza — dijo rotundo —. La próxima vez te convenceré.

—O yo te convenceré a ti.

Él sonrió. Probablemente eso fuese más factible.

—¿A qué fuiste a Londres?

—A hablar con el editor.

Edward asintió.

—Me parece bien.

—¿Qué te parece bien?

—Que publique tu libro.

—No voy a publicarlo. Fui a decirle que no publicaré más.

Edward se sentó con ella encima. Su miembro se mostraba demasiado dispuesto y la apartó para poder concentrarse en la conversación. Emma se puso de pie y lo miró de frente.

—No publicaré nada hasta que nuestro hijo sea mayor. Ahora me debo a mi familia.

—¿Vas a dejar de escribir?

—¡No! Solo que guardaré mis historias en un cajón.

—No puedo permitirlo. —Se puso también de pie.

—No es tu decisión.

—Emma…

—No vamos a discutir esto. Y menos desnudos.

—Tenemos que hablarlo.

Ella fue hasta el lugar en el que había quedado tirada su ropa y comenzó a vestirse.

—¿Qué haces? —Él la abrazó para impedírselo —. ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin verte desnuda?

—No discutas entonces.

—Eres perversa —dijo él agarrándola por las nalgas —. Muy perversa.

—Tienes que escoger: discutir o… — Se pegó a él y Edward masculló algo ininteligible antes de besarla.

Se deslizaron hasta el suelo y Edward se tendió sobre ella y rápidamente apresó uno de sus pezones acariciándolo con la yema del pulgar. Emma gimió ansiosa y se arqueó buscándolo, pero Edward estaba dispuesto a torturarla aún un poco más, a pesar de que él mismo se sentía al borde del abismo.

—No quiero más preámbulos — pidió ella —. Por Dios, Edward…

Él sonrió maléfico y la acarició con su miembro, colocándose y apartándolo cuando ella creía que era el momento.

—Te necesito —sollozó ella y lo buscó con sus manos.

Él empujó entonces y entró por completo en ella, antes de que pudiera alcanzarlo. Emma gimió al sentirse llena y se aferró a él con fuerza. Su excitación era tal que las pequeñas contracciones llegaron casi al instante.

—Ni se te ocurra —masculló él mirándola con ojos febriles —. No te muevas.

Ella respiró hondo tratando de calmarse, pero él estaba dispuesto a torturarla y pellizcó uno de sus pezones sin miramiento. Emma se arqueó y apretó su miembro lo que sirvió de acicate para su marido.

—Tú lo has querido.

Se apoyó sobre las manos estirando los brazos y comenzó a moverse dentro de ella con una fricción imparable. Cada vez más rápido, cada vez más duro y Emma sintió la explosión en sus entrañas extendiéndose por todo su cuerpo como una enorme ola que amenazó con engullirla para siempre. Edward ahogó su grito con su boca, devorándola también y Emma perdió la capacidad de pensar, oír o hablar. Todo su ser acabó concentrado en un único punto de su anatomía, justo allí donde el hombre al que amaba acababa de derramarse por completo dejándole su alma junto a su simiente.

Se deslizó exhausto a su lado, respirando con dificultad y sin poder abrir los ojos. Ella también respiraba agitada y se encogió girándose hacia él, tratando de contener las contracciones que seguían y seguían allí abajo.

—¿Cómo he podido vivir sin esto? — preguntó admirada.

—No lo sé, pero te mato si vuelves a apartarme de ti — dijo.

De pronto rompió a reír a carcajadas y Emma pensó que aquel sonido era lo más hermoso que había escuchado nunca.

Capítulo 38



Elizabeth terminaba de vestirse cuando Dougal entró en el dormitorio. Se había dado un baño y se había puesto uno de los vestidos de Blanche para la cena. Ya solo quedaban unos pocos invitados, la mayoría se había marchado esa tarde dando por finalizados los Juegos de las Highlands de ese año. Los McEntrie habían arrasado en todos los frentes y los MacDonald lo habían soportado como habían podido, no muy bien.

—Siento que hayas tenido que apañártelas sola — dijo él acercándose para abotonarle la parte de atrás adonde ella no llegaba —. Ya he pedido que nos envíen a una joven del pueblo de la que me han dado muy buenas referencias.

—No tenías que preocuparte, ya me habría encargado de solucionarlo yo. — Se dio la vuelta para mirarlo con cierta turbación.

Estaban en su dormitorio, el lugar en el que esa noche se consumaría su matrimonio y se sentía ansiosa y asustada a partes iguales. No era ninguna niña, conocía bien en qué consistía el acto en sí, pero pensar en ser ella la protagonista de la noche se le hacía imposible de asimilar.

—¿Estás preparada para una noche con los McEntrie? Los únicos que se han apuntado a la cena son el reverendo Campbell y Nathaniel Forrester. — La miró con ternura y complicidad.

—Tus hermanos y tu padre son encantadores y muy agradables conmigo.

—Deja que te cojan confianza.

Ella se mordió el labio inquieta. Toda la tarde había notado un cambio en su actitud. No la tocaba y mantenía las distancias, muy distinto a cómo se había mostrado aquella mañana cuando la llevó en su caballo para poder estar a solas con ella.

—¿Te ocurre algo? —preguntó solícita —. Ahora soy tu esposa, si algo te preocupa puedes compartirlo conmigo.

—No me ocurre nada —sonrió—. Estoy muy cansado. He competido mucho estos dos días, ya lo has visto.

Ella llevó una mano a su mejilla y la acarició con delicadeza y él atrapó esa mano con la suya y después, con disimulo, la bajó antes de soltarla.

—¿Estás lista para bajar?

Elizabeth asintió fingiendo normalidad y pasó delante de él.

⁎ ⁎ ⁎

—Aquí están los tortolitos — dijo Nathaniel al verlos entrar en el comedor —. Ya pensábamos que no bajaríais.

—Estoy muerto de hambre —dijo Dougal apartando la silla para que Elizabeth se sentara.

Los caballeros volvieron a sentarse cuando ella estuvo en su lugar y Dougal hizo lo propio a su lado.

—Han sido unos juegos muy edificantes — siguió Nathaniel —. Hay que reconocer, que estando tu hijo mayor aquí, Craig, son mucho más lucidos para los McEntrie.

—¡Eh! —exclamó Kenneth—. Los McEntrie siempre hemos hecho un buen papel.

—¿Cuándo fue la última vez que ganasteis tantas pruebas?

—El último año que yo estuve aquí — dijo Dougal burlón.

—¿Y qué has estado haciendo estos años? — preguntó el reverendo que era el único en aquella habitación que no había oído hablar de la mano derecha de *Bluejacket*.

—Aprender de la vida —dijo ambiguo y sin dejar de sonreír.

—Buena ocupación esa, ¿qué opina usted, señora McEntrie?

—Pues que es una ocupación que no podemos obviar mientras estemos vivos, me temo, reverendo.

El ministro asintió y por el rabillo del ojo pudo ver que su marido sonreía.

—Señora Elizabeth. —Tom colocó la sopera cerca de ella —. El señor Gavin me pide que pruebe usted la primera la sopa de castaña y calabaza.

Elizabeth esperó a que le sirviera y probó un poco con la cuchara.

—Dile a Gavin que es una sopa deliciosa, digna de servirse en el palacio de su majestad.

—Oh, no, señora, no puedo decirle eso, la tiraría por la ventana. Odia al regente como si lo conociera.

Elizabeth se rio y contagió a los demás.

—Está bien, entonces solo dile que me ha parecido deliciosa.

Tom se marchó del comedor y uno de los lacayos sirvió la sopa a los demás comensales.

—Ahora que hay una mujer en la casa, deberías contratar servicio femenino, Craig — apuntó Nathaniel.

—Lo hemos comentado esta mañana, precisamente — afirmó Craig mirando a sus hijos —. Después he hablado con la señora Murray y la señora Grant, y las dos me han dicho que preguntarán por ahí y me enviarán a alguien.

—Son damas de fiar —dijo el reverendo mirando a Elizabeth como si creyera que necesitaba que la tranquilizasen.

—No hay prisa —dijo ella—. Yo misma pensaba acercarme mañana al pueblo a preguntar.

—Perfecto, sí, eso está muy bien — corroboró su suegro —. Es mejor que las elijas tú, tendrás algún criterio sólido y no como estos chorlitos que no decían más que tonterías.

Elizabeth miró a sus ahora cuñados y supuso cuáles habían sido los atributos que ellos habían incluido en sus peticiones. Contuvo una sonrisa antes de hablar.

—Ahora que Dougal está casado, ya podéis buscar esposa, ¿no?

Kenneth escupió la sopa en el plato y Caillen se quemó al tragársela de golpe. Los otros tres no parecieron darse por enterados.

—¿He dicho algo raro? Según tengo entendido, una vez casado el primogénito los demás ya pueden casarse también — siguió Elizabeth.

—No creo que haya ninguna candidata — comentó Craig —. Mis hijos no son mucho de tradiciones, Elizabeth. Si no se han casado no es por culpa de Dougal. Además… — Miró a su hijo mayor —. Dougal ya estuvo casado antes.

Elizabeth lo miró para ver su reacción y solo captó un leve gesto de cabeza, pero estaba segura de que aquellas palabras de su padre habían significado mucho para él.

—Yo no tengo ningunas ganas de casarme — dijo Ewan —. Las mujeres son demasiado complicadas para mí.

—¿Y los demás? —preguntó Craig—. ¿Hay alguna joven a la que le apetezca recibir vuestras atenciones? Estaría bien ver a niños corriendo dentro de estos muros. Muchos niños. Y no vamos a dejarle todo el trabajo a Elizabeth.

Ella sintió una cálida sensación en el pecho. La idea de que esos niños fuesen suyos la llenaba de alegría. Contuvo su emoción y siguió comiendo mientras escuchaba.

—¿Alguna joven, padre? —Kenneth torció una sonrisa —. ¿Hay un número limitado o podemos hacer una lista?

—No seas fantasma —dijo Brodie enarcando una ceja.

—Tú mejor que nadie sabes que no alardeo en balde, hermanito. ¿O ya te has olvidado de la señorita Crawford? Hace unos meses bebías los vientos por ella.

—Serás desgraciado… —Brodie lo miró amenazador.

—Supongo que ya ha escrito a su hermano para anunciarle la noticia de su boda — dijo el reverendo cogiendo un trozo de pan e ignorando las riñas de los hermanos —. Si no es así, sepa que mañana parto para Londres y estaré en casa de mi hermana hasta final de mes. Podría dársela yo personalmente y de ese modo vería que todo se ha hecho correctamente. Estaría encantado de hacerle una visita a su familia en Harmouth si…

—No se preocupe, reverendo — lo interrumpió —, mi familia me conoce bien y saben que no haría nada indebido. Lo cierto es que prefiero contárselo yo, pero le agradezco el ofrecimiento.

—Como quiera, pero sepa que no me costaría nada.

—Gracias, es muy amable. Si me lo permiten — dijo llamando la atención del resto de comensales —. Quería sacar un tema…

Todos la miraron con atención y se sintió un poco abrumada por ello. Iba a tener que acostumbrarse, no estaban habituados a una presencia femenina y tendían a ser demasiado considerados con ella.

—Ahora que voy a vivir aquí…

—Desde luego —asintió Craig—, puedes hacer todos los cambios que quieras. No repares en gastos, lo que…

—No es eso —lo cortó con suavidad.

—Padre, déjala hablar —pidió Dougal que tampoco sabía lo que iba a decir.

—Me gustaría tener alguna… ocupación.

Nueve pares de ojos fijos en ella sin parpadear.

—¿Ocupación? —Brodie frunció el ceño y miró a su padre interrogador.

—¿Qué hacen las mujeres en su casa? — preguntó Kenneth también mirando a su padre.

—¿Qué hacían nuestras madres, padre? — Ahora fue Ewan.

Craig no contestaba y todos volvieron a mirarla a ella.

—Tendré que llevar la casa, lo sé, y voy a tener mucho trabajo porque el hecho de que haya pasado tanto tiempo sin que una mujer… — Se detuvo incómoda —. Bueno, eso ya lo hablaremos. Pero no me refiero a eso. Quiero participar en las labores de la empresa familiar, me gustaría ayudar en ese ámbito de algún modo.

—Quiere que la dejemos tratar con los caballos — dijo Dougal mirando a su padre —. No ha dejado de hablar de ellos todo el día.

Elizabeth asintió mirando a su esposo y después a su suegro.

—Eso.

—Pero… —Craig tenía una expresión confusa —. ¿Sabes algo de caballos? No me malinterpretes, pero son animales peligrosos si no se sabe cómo tratarlos.

—De hecho —intervino Kenneth—, son peligrosos aunque sepas.

—Puedo ayudar a limpiarlos o darles de comer. No digo que me dejéis domarlos. Aunque monto muy bien.

—¿A la mujeriega? —El tono irónico de Brodie no dejaba lugar a dudas.

—También puedo montar como un hombre — dijo segura —. No creo que aquí los convencionalismos pesen más que el bienestar de los animales.

—Desde luego que no —afirmó Caillen —. No dejaríamos que los montases de ese modo, es perjudicial para el animal y le causa daños en el esqueleto, además de llagas y otras complicaciones.

Elizabeth asintió.

—¿Tú qué piensas, Dougal? — preguntó Lachlan.

—No debe montarlos sin supervisión — respondió sincero —. Aún no. Pero puedo enseñarla. Es cierto que monta bien.

—¿Te encargarás tú entonces de buscarle trabajo? — Craig se recostó en su silla y lo miró con una sonrisa —. Está claro que no te has buscado una remilgada dama de salón, por lo que veo Elizabeth es de la misma pasta que tu madre. Mi Constance fue una gran amazona y manejaba los caballos mejor que yo. Ella me enseñó a mí y no al revés. Recuerdo la primera vez que la vi, subida en su caballo, con la melena al viento…

—¿Qué tienen de malo las «damas de salón»? — lo cortó Kenneth con tono frío. Levantó la mirada del plato y la fijó en su padre —. No todas las mujeres han de ser iguales y a ti siempre te gustó la variedad, ¿verdad?

—Nadie ha dicho eso. —La voz de Lachlan sonaba conciliadora.

—Hijo… —Craig lo miró con cansancio —. Tu madre era una mujer encantadora, que no soportase nuestro medio de vida no significa…

—Supongo que no le debió resultar fácil, tenía que competir con una diosa en un pedestal.

Caillen dio un golpe en la mesa y lo miró mientras soltaba el aire por la nariz.

—No hables de nuestra madre.

Kenneth arqueó una ceja mirándolo con insolencia.

—Estaba hablando de la mía.

—Has dicho…

—A mí me gustaría que me hablaseis de ellas —dijo Elizabeth poniéndose de pie para servir el pollo que Tom había dejado en una bandeja en el centro de la mesa—. Casi puedo imaginármelas sentadas a vuestro lado, mirándoos a todos orgullosas y satisfechas al ver los hombres en los que os habéis convertido. —Sonrió y los miró uno a uno—. Seguro que se parecían mucho a vosotros.

Volvió a sentarse cuando hubo terminado de servir y el silencio se acomodó en la sala durante un momento.

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años —siguió Elizabeth—. No tenía a nadie más, mi padre, como sabéis no quiso reconocerme como su hija y mi destino habría sido aciago y triste de no ser por… mi hermano. Su madre, la baronesa de Harmouth, aún vivía cuando el barón convirtió a la mía en su amante y, sin embargo, ni un solo día de mi vida vi una mirada de reproche en Frederick.

—Debe ser un hombre impresionante —dijo Kenneth mirando a Caillen con frialdad.

—Quizá eso tenga más que ver con la clase de persona que es Elizabeth, que con lo que hizo su madre —dijo Caillen con el rostro contraído.

Elizabeth miró a Dougal pidiendo ayuda. Pretendía calmar los ánimos y había abierto su corazón creyendo que los haría reflexionar, pero a juzgar por la tensión que se palpaba entre ellos, no lo estaba consiguiendo. Lo que había entre aquellos dos no se arreglaba hablando, al parecer.

—Pues hablando de caballos —dijo Nathaniel de pronto—, ese purasangre que has montado hoy, Dougal, dará mucho que hablar.

—Es prácticamente seguro que lo comprará el conde de Wilcox —comentó Craig ignorando a sus dos hijos que seguían retándose con la mirada—. Aún no hemos acordado el precio, pero está dispuesto a pagar lo que le pida.

—Y no me extraña, será un auténtico campeón.

—Elizabeth ha querido montarlo esta mañana.

Kenneth desvió la mirada con expresión sorprendida.

—¿Has dejado que monte a Strathspey?

—No deberíais ponerles nombre a los caballos —recomendó Nathaniel—. Eso es cosa de su dueño.

—¿Estás loco? —Ahora fue Caillen el que lo miró asustado—. ¡Podría haberse caído!

—Ya os he dicho que sabe montar. Lo hace muy bien.

—Pero… ¡Strathspey! Es demasiado brioso y podría… —Lachlan miró a Elizabeth con severidad—. No vuelvas a montarlo.

—¿Por qué? —preguntó ella desconcertada—. A mí me pareció un caballo muy manejable.

—¿Strathspey manejable? —Lachlan soltó una carcajada—. Hay muchos adjetivos que podrían ponérsele a ese diablo, pero «manejable» no sería uno de ellos.

—Deberíamos haberlo llamado Diablo, como queríamos Kenneth y yo —intervino Ewan—, así quizá Dougal nos haría más caso.

—Eso espantaría a los compradores — dijo Craig mirando a Dougal —. ¿Estás loco?

El mayor de los McEntrie frunció el ceño.

—Conmigo se ha comportado bien.

—Porque tú impones mucho, hermano — dijo Caillen y a continuación señaló a Elizabeth —. ¿Te parece que ella impone?

—A mí sí.

—Una caída de un animal como ese puede ser mortal — advirtió Craig mirando a Elizabeth —. No vuelvas a montar un caballo sin el permiso de Lachlan. Él es el que más sabe de todos aquí, no se le escapa un detalle.

Sus hermanos asentían corroborando la opinión de su padre.

—Si quieres participar del negocio es a él a quién debes preguntar. No a Dougal. — Ahora miró a su hijo con severidad —. ¿Es que quieres pasar por lo que yo pasé, estúpido?

Lo cierto era que Dougal se había arrepentido muchísimo de dejarla montarlo y más después de que se alejase tanto, pero sabía lo bastante de caballos como para comprender que Elizabeth no corría ningún peligro. Al menos no más que con cualquier otro de los sementales de la propiedad. Apretó los labios y dejó suavemente el tenedor en el plato. Miró a su esposa muy serio.

—Hazles caso a ellos. Hubo un tiempo en que yo era el que más sabía de caballos de esta familia, pero han pasado muchos años desde entonces. — Se puso de pie —. Si me disculpáis, se me ha quitado el apetito.

El silencio inundó la instancia cuando Dougal salió y tardaron unos segundos en decidirse a romperlo.

—Quizá nos hemos pasado —dijo Kenneth.

—¿Tan peligroso es? —preguntó Elizabeth mirando a Lachlan, tal y como le habían dicho que hiciera.

—Si es verdad que sabes lo que haces… no.

—¿Entonces? —Apartó la silla para levantarse y todos la imitaron —. Debo ir con él, se habrá sentido fatal por acusarlo de ponerme en peligro.

Los otros asintieron culposos y la dejaron ir.

Dougal se había tumbado en la cama bocarriba y con los antebrazos cubriendo sus ojos.

—Deberías quitarte las botas — dijo Elizabeth al entrar en el cuarto —. Vas a ensuciar la preciosa colcha que nos han puesto.

—Huele a rancio —dijo él malhumorado y sin moverse.

Elizabeth sonrió.

—Debían tenerla guardada para una ocasión especial. — Lo empujó suavemente —. Vamos, quitémosla, abriremos la ventana para que el cuarto se airee o no podremos dormir.

Dougal hizo lo que le pedía y Elizabeth colgó la colcha de la ventana.

—¿Qué haces? Si se cae, a Ian le dará algo. Esa colcha era de mi madre, tiene…

—No se caerá —dijo ella enganchándola con cuidado de que no se rasgase —. Necesita aire fresco.

—No te he puesto en peligro — dijo mirándola muy serio.

—Lo sé.

—Jamás te pondría en peligro.

—Lo sé —repitió y acercándose a él le rodeó el cuello con los brazos —. Ha sido una experiencia maravillosa y me alegro que me dejaras hacer… lo.

Dougal había cogido sus brazos y los había retirado suavemente.

—Quería hablar de algo contigo — dijo dando un paso atrás —. Es de lo que habíamos acordado. He pensado que prefiero esperar un poco más.

—¿Esperar? —Elizabeth estaba muy confusa —. ¿Esperar a qué?

Dougal estaba incómodo, era muy evidente y le costaba encontrar las palabras cuando en su cabeza no dejaba de visualizar los pedazos de la carta ocultos en el bolsillo de su chaqueta de pirata.

—Esperar un tiempo —dijo eludiendo su mirada —. No me conoces apenas y esto puede resultar muy incómodo la primera vez…

Elizabeth trataba de averiguar si se sentía más decepcionada, despreciada o perpleja.

—¿Has cambiado de opinión? Si es así… — Si es así, ¿qué? ¿Qué haré si quiere anular el matrimonio?

—No —dijo él—. No he cambiado de opinión.

—¿Entonces es que ya no… me deseas? Dijiste que me… — No podía repetir esa palabra dos veces en la misma frase. Bastante le había costado decirla una vez.

Dougal masculló algo entre dientes que fue ininteligible para ella. Elizabeth sintió un mordisco en el corazón y respiró hondo para calmar su angustia.

—No pasa nada —dijo sacando su orgullo de la ecuación —. Supongo que necesitas tiempo para… hacerte a la idea. ¿Cuánto crees que…? ¿Cuándo…?

Dougal la miró mortificado, ¿en serio la estaba dejando creer que ya no la deseaba y necesitaba tiempo para hacerse a la idea?

—Quiero decir… —Ella seguía hablando —. No es que tengas que darme una fecha exacta, por supuesto que no. Estamos casados, tómate todo el tiempo que necesites, es solo que… me gustaría… tener una idea. Para no esperarte cada… noche.

Dougal llegó hasta ella de una zancada y la tomó entre sus brazos besándola con pasión. Elizabeth sintió su lengua dominante abriéndose paso. El escocés había puesto una mano en su nuca y llevó la otra hasta su trasero para pegarla a él. Cuando se separó de ella la miró con ojos extraviados.

—¿Te parezco lo bastante excitado? ¿Puedes notarlo contra tu vientre? Estoy duro como una roca y ahora mismo en lo único que puedo pensar es en poseerte como un salvaje. No es un problema de deseo, Elizabeth, te deseo con cada fibra de mi ser.

—¿Entonces? Yo estoy lista — dijo con voz temblorosa.

Dougal echó la cabeza atrás y cerró los ojos un instante. Sería tan fácil, tan fácil… Suspiró al dejarla ir y se alejó caminando hacia la puerta.

—Dormiré en otro cuarto esta noche. Mañana hablaremos de esto en un lugar menos… peligroso.

Salió de la habitación y Elizabeth sintió deseos de gritar. ¿Por qué la dejaba así? ¿A qué venía todo aquello? Estaban casados, no había nada malo en intimar del modo en el que él deseaba… ¿Solo él? Su corazón latía tan acelerado que parecía querer salírsele por la boca.

Sentía un ansia devoradora en su vientre, algo desconocido y asombroso que nunca antes había sentido. Su cuerpo le pedía algo y sospechaba que tenía que ver con el miembro duro con el que él la había presionado.

—¿Por qué? —musitó con rabia—. ¿Por qué?

Capítulo 39



A la mañana siguiente Elizabeth se despertó con una firme resolución: Era la esposa de Dougal McEntrie y eso no iba a cambiarlo nadie. Si necesitaba tiempo para consumar el matrimonio, se lo daría. Iban a pasar una vida juntos, no había ninguna prisa. Su experiencia en ese tema era nula, así que no sabía si aquello era habitual. Tampoco podía preguntar a nadie. Si Emma hubiese estado allí… Se sonrojó al pensar en hablar de esos temas con su sobrina. Aunque para ella ya no sería un tema tabú. Había tenido un hijo, así que seguro que sabía bien de qué iba todo eso.

Se sentó en la cama y se desperezó sonriente. Iban a dejarla participar en las labores con los caballos. No tendría que limitarse a pasar los días bordando o leyendo hasta que naciera su primer hijo. Tendría que ir a hablar con Bhattair, necesitaba recoger todas sus cosas y aclararle la situación. Aunque estaba segura de que la conocía muy bien. Lo haría cuanto antes, después de desayunar. Tenía una idea y esperaba que saliera bien. Lo esperaba con mucha ilusión.

Cuando bajó a desayunar todos habían acabado hacía rato, así que tuvo que hacerlo sola. Tenía que levantarse temprano, volver a sus buenas costumbres, si quería participar de las rutinas de los McEntrie. Sonrió, no le costaría nada. Había dormido más porque la noche anterior no había pegado ojo apenas y había pasado un día intenso tras la boda. Pero volvería a sus rutinas inmediatamente.

—Ian, voy a salir en cuanto acabe de desayunar. Si el señor pregunta por mí, dígale que he ido a visitar a los MacDonald.

* * *

—¿Llevarse a Bonnie con usted? — Bhattair la miraba como si hubiese dicho una estupidez —. ¿Al castillo de los McEntrie? Debe haberse golpeado la cabeza.

—Piénselo bien, si Bonnie se convierte en mi dama de compañía, cuando vaya a Londres la llevaré conmigo. Conocerá a muchas personas relevantes de la corte, además de a los duques de

Greenwood, al conde de Kenford… Quizá al propio príncipe regente.

Los ojos de Bhattair hicieron chiribitas.

—Mmmm. —Se llevó una mano al mentón con expresión reflexiva.

—Aunque aquí en Escocia los MacDonald son personas destacadas… — Dar coba siempre funcionaba con hombres como Bhattair —. En Londres su influencia es más bien… escasa. En cambio la de mi familia. ¿Le he dicho ya que los duques de Sutherland se han alojado en Harmouth un par de veces?

Ahora sí que surtió efecto, los ojos de Bhattair se abrieron extraordinariamente.

—¿Los duques de…? ¿¡Cómo es que no me lo habían comentado antes!?

Ella se encogió de hombros con expresión inocente.

—Elizabeth y yo no solo compartimos nombre — dijo como si nada —, además, somos buenas amigas.

—¿La duquesa es amiga suya? ¡Válgame Dios!

Elizabeth asintió.

—De hecho, había pensado que, ya que estoy en Escocia, este año podré asistir al baile que celebran todos los años antes de Navidad. He escuchado tanto hablar de ese baile que siento cierta curiosidad. ¿Usted y su esposa han ido alguna vez?

Bhattair enrojeció perceptiblemente.

—Nunca nos han invitado.

—¿Qué me dice? ¿Cómo es eso posible? Estoy segura que debe haber sido por una cuestión de desconocimiento. Quizá los duques no hayan oído nunca hablar de su familia. — Sonrió benefactora —. Si Bonnie acudiese conmigo este año, seguro que eso quedaría solucionado.

Bhattair no era estúpido y se daba cuenta de la manipulación a la que lo sometía, pero sabía que en el fondo tenía razón. Si Bonnie era capaz de situarse en los altos estratos de la sociedad eso repercutiría en su propio beneficio. No iba a poder entrar en ese círculo tan cerrado gracias a su coto de caza, como él había planeado, pero quizá la buena suerte le daba una oportunidad en la que no había siquiera pensado.

—Está bien, deme unos días para pensármelo y tendrá una respuesta.

—De acuerdo, esperaré.

Se disponía a salir cuando Bhattair la detuvo.

—No incordie a mis hijos, yo les hablaré de esto cuando me haya decidido. Usted vuelva a su casa con su esposo. ¿Sabe que yo conocí a la anterior esposa de Dougal? — preguntó con una mirada que a Elizabeth hizo que se le revolvieran las tripas —. Menuda salvaje…

—Que tenga un buen día —dijo y salió sin darle opción a hacer ningún otro comentario.

Se encontró con el mayordomo en el *hall* y lo miró preocupada cuando le respondió que no podía ver a Chisholm ni a Bonnie.

—¿Por qué no puedo verlos?

—El señorito está indispuesto y su hermana está… ocupada.

—Walter —dijo muy seria—, vaya inmediatamente a buscar a Bonnie y dígale que la veré en el salón de música.

Se dio la vuelta sin esperar réplica y caminó a paso rápido hacia el ala oeste. Elizabeth se paseaba nerviosa por el salón cuando Bonnie entró corriendo y se abrazó a ella hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —Le acariciaba el pelo con ternura —. ¿Es Chisholm? ¿Qué le ha hecho?

—Papá le dio una paliza. Fue horrible, horrible…

Elizabeth le cogió la cara con las manos para mirarla a los ojos.

—¿Dónde está? Llévame con él.

—Mi padre se enfadará, ni siquiera ha dejado que llamemos al médico…

Elizabeth estaba al borde de un precipicio y le faltaba un pequeño empujón para saltar.

—Llévame a verlo, Bonnie.

La muchacha la cogió de la mano y la llevó hasta la habitación de su hermano. Cuando Elizabeth lo vio sintió que un intenso frío recorría su espalda. Rápidamente revisó sus manos para asegurarse de que no le había roto ningún hueso, sabía que si lo privaban de poder tocar no lo soportaría.

—Tus manos están bien —dijo inclinándose para hablarle en voz baja y a continuación lo destapó para ver el alcance de las heridas más allá del rostro desfigurado. Al abrirle la camisa vio los golpes también en el tórax.

—Tiene contusiones en las piernas por las patadas que le dio cuando estaba en el suelo — dijo Bonnie sollozando —. Elizabeth, tiene que verlo un médico.

Chisholm la cogió de la mano y dijo algo en tono muy bajo. Ella se inclinó para poder escucharlo.

—Tiene… que llevarse… a Bonnie.

—Tranquilo. Voy a solucionar esto ahora mismo. Quédate aquí, Bonnie, volveré enseguida.

Elizabeth salió de la habitación y fue en busca del mayordomo.

—Envíen inmediatamente a alguien a buscar a un médico.

—Señora, yo no…

—¡He dicho inmediatamente! — Rosslyn apareció al escuchar los gritos y Elizabeth la miró sin dar crédito —. ¿Cómo puede ser tan mala madre?

—¡Elizabeth! —gritó Anabella—. ¡No se atreva…!

—¡Cállate! —ordenó furiosa—. Tu hermano está en una cama sin poder moverse. Pero ¿qué clase de personas sois todos? ¿No os importa si se muere?

—Walter, haga lo que ha dicho la señora McEntrie — dijo Rosslyn con voz ronca.

—Mi padre se pondrá furioso — sollozó Anabella —, usted no entiende nada. Si no hacemos lo que dice se va a poner…

—Me importa muy poco como se ponga, échenme a mí la culpa, no se atreverá conmigo.

—Lo pagará con mi madre por no impedírselo. — Anabella se cubrió la cara con las manos —. Todo lo paga con ella.

—Estoy cansada —dijo Rosslyn sin fuerzas —. Que acabe conmigo de una vez.

—¿Qué ocurre aquí? —Bhattair las miraba interrogador —. ¡He preguntado que qué ocurre!

—La señora McEntrie —dijo Anabella con voz temblorosa —. Ha ordenado que vayan a buscar al médico.

Bhattair la miró con la cara roja de rabia.

—¿Cómo se atreve a venir a mi casa a dar órdenes?

Elizabeth se acercó a él y no estaba segura de dónde sacó el valor para enfrentarlo, pero lo cierto es que se detuvo lo bastante cerca como para que la oyera hablando con voz suave.

—Lo que le ha hecho a Chisholm es despreciable, no merece el título de padre.

—Eso no es hijo mío. Seguro que la ramera de su madre se acostó con el mozo de cuadras, solo así se explica que trajera al mundo una abominación como esa.

Elizabeth se sintió como si alguien hubiese vertido agua helada sobre su cabeza.

—¡Estaba feliz de que se hubieran casado! — gritó Bhattair —. ¡Se jactó de ello delante de mí!

—La única abominación que hay aquí es usted — dijo con total serenidad —. En cuanto llegue el médico y dictamine si Chisholm puede moverse, él y Bonnie vendrán conmigo. Si tanto lo ofende, no me impedirá…

—¡Lléveselos! ¡A los dos! No los quiero aquí. — La señaló con el dedo —. Pero si se les ocurre hablar mal de mí a sus amistades, los traeré de nuevo y les haré la vida imposible, recuérdelo bien.

Elizabeth apretó los labios conteniendo las palabras que le venían a la boca, pero asintió aceptando el trato.

—¡Dejad que se los lleve! — dijo Bhattair mirando a su esposa y a su hija —. Por fin podremos librarnos de ese desviado hijo del demonio.

Volvió por donde había llegado y todos pudieron respirar aliviados. Elizabeth se dirigió hacia las escaleras para regresar con Chisholm.

—Elizabeth… —Rosslyn la detuvo sin tocarla —. Gracias.

—Vamos, madre, tiene que descansar — dijo Anabella con suavidad.

Al ver que caminaba con dificultad Elizabeth comprendió que ella también había recibido lo suyo. Movió la cabeza impotente y subió corriendo las escaleras.

* * *

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bonnie que estaba asomada a la ventana en el dormitorio de Chisholm —. ¡Es Dougal!

Elizabeth se puso de pie y corrió hasta la ventana. Su esposo acababa de detener su caballo y desmontó de un salto. Las dos mujeres se miraron con preocupación.

—Vaya —pidió Bonnie—. Si mi padre y mis hermanos lo ven…

Elizabeth salió de la habitación rápidamente y antes de llegar a las escaleras escuchó la atronadora voz de su esposo exigiéndole al mayordomo que avisara a su mujer.

—Estoy aquí —dijo bajando los últimos peldaños —. Dougal, ¿qué ocurre?

Él se acercó asustado y la cogió por los hombros revisándola con atención.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —dijo para tranquilizarlo —. Es Chisholm, él es quién necesita un médico.

—¿Dónde está?

—Dougal…

—He tratado a muchos hombres en peores situaciones que la suya — dijo apremiándola —. No soy médico, pero puedo evaluar la gravedad de sus heridas. Llévame con él.

—Usted no puede… —El mayordomo se había acercado silenciosamente.

Dougal se giró a mirarlo y su expresión no dejaba lugar a duda.

—Señor McEntrie —bajó el tono—, no entiende lo que…

—Llévame con él —exigió a su esposa.

Elizabeth respiró hondo y asintió. Subieron las escaleras y ella le señaló la puerta de la habitación para que pasara delante. De repente alguien la cogió del brazo y tiró de ella hacia atrás. Elizabeth dio un grito al ver a Bhattair apuntando a Dougal con un rifle.

—Sal de mi casa ahora mismo — amenazó.

Dougal se giró lentamente y lo miró.

—Solo quiero ver cómo está tu hijo.

—He dicho que te largues.

—Bhattair… —Elizabeth estaba a su espalda y temblaba como una hoja —. Has dejado que me lo lleve de aquí, Dougal ha venido a ayudarme, por favor.

—Ese desgraciado no puede estar en mi casa y si no se va ahora mismo le voy a pegar un tiro entre ceja y ceja.

—Elizabeth, quédate ahí —ordenó su esposo al ver que tenía intención de acercarse a él.

—Por favor, Bhattair, irás a la cárcel si lo matas — suplicó.

—¿A la cárcel? —Soltó una carcajada —. Ha entrado en mi casa sin mi permiso. Ningún juez me condenará por eso.

—Está bien —dijo ella y acto seguido se colocó entre el cañón del arma y su esposo —. Las cosas no te saldrán tan bien si me disparas a mí.

—¡Elizabeth! —Dougal fue hasta ella, la abrazó y se dio la vuelta para protegerla con su cuerpo.

—Te juro, Bhattair —gritó ella—, que como le hagas un rasguño a mi esposo haré que pierdas la herencia. ¡Lo juro por Dios!

Bhattair bajó el arma lentamente y los miró a los dos con una malévola sonrisa.

—¡Vaya! ¿Eso es amor? —Soltó una carcajada —. Sacad la basura de esta casa y hacedlo rápido porque ya huele.

Dougal se aseguró de que se había ido y entonces la miró con tal furia en los ojos que Elizabeth creyó que le pegaría.

—No vuelvas a hacer algo así jamás — mordió cada una de las palabras como si le costase un gran esfuerzo decirlas —. Jamás, ¿me has oído?

Ella asintió y su cuerpo tembló al darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Ni siquiera había pensado en lo que hacía y se sentía confusa por su irracional comportamiento. Dougal la empujó suavemente hacia el cuarto de Chisholm mirando hacia atrás para asegurarse de que Bhattair no regresaba con el arma.

—Va a dolerte mucho, muchacho — advirtió Dougal de pie junto a su cama —. Si no puedes soportarlo podemos improvisar una camilla…

—Podré soportarlo, Dougal — dijo sin mover apenas los hinchados labios.

El escocés asintió y dejó escapar el aire con un bufido antes de inclinarse para cogerlo en brazos. Chisholm gimió y su voz se rompió en un sollozo, el dolor irradiaba en todas direcciones y no parecía que fuese a parar. Dougal lo afianzó bien contra su cuerpo, a pesar de que sabía que le estaba haciendo mucho daño. Después salió del cuarto y bajó con él las escaleras. Habían

preparado un carro para llevarlo, lo instaló del modo más confortable que pudo y Bonnie subió a su lado para vigilarlo.

—Nosotros iremos en mi caballo — dijo Dougal antes de dar la señal al conductor de que se pusiera en marcha.

Una vez hecho eso cogió a Elizabeth de la mano y tiró de ella para llevarla hasta su caballo con muy poca delicadeza. Montó él primero y luego se inclinó para cogerla y subirla delante de él, como haría un padre enfadado con una niña desobediente. Ella no se atrevía a decir nada, nunca lo había visto así y no sabía cómo actuar.

Dougal estaba tan enfadado que apenas podía pensar. Cuando supo que había ido a casa de los MacDonald no le gustó nada que fuera sola, pero al enterarse de que habían enviado a buscar a un médico subió a su caballo y galopó tras el criado encargado de dicho cometido. Su montura era mucho más veloz y lo alcanzó a mitad de camino. Se imaginó una truculenta escena en la que Elizabeth era testigo de la paliza, lo que la habría puesto en serio peligro. Ni siquiera se planteó que los hechos hubieran sucedido cuando ella no estaba presente. Apretó las riendas entre sus manos mirando al frente, porque si la miraba a ella no iba a poder seguir callado. Y tenía que estar callado o la asustaría. ¡Dios! Ya lo creo que la asustaría. Sus gritos se escucharían desde Harmouth. ¡Se había puesto delante del arma! Pero ¿con qué clase de loca se había casado?

Elizabeth percibía la tensión que emanaba de su cuerpo y quería decir algo que lo tranquilizase, pero no encontraba las palabras. Lo había puesto en una situación muy difícil y debía de estar muy decepcionado con ella. Si Bhattair le hubiera disparado no se lo habría perdonado nunca. Seguro que se arrepentía de haberse casado con ella y no lo culpaba. Los MacDonald eran sus enemigos y ahora iba a tener que encargarse de cuidar a dos de ellos en su propia casa.

—Lo siento —musitó—. Siento haberte metido en este embrollo, Dougal.

—Cállate —susurró él.

—Pero es que necesito que lo sepas. Soy consciente de que todo esto no es cosa tuya y yo te he metido en…

—He dicho que te calles —susurró en su oído —. Mi estabilidad emocional es precaria en estos momentos, Elizabeth, no me pongas a prueba.

Ella frunció el ceño, pero no volvió a abrir la boca.

Instalaron a Chisholm en una habitación contigua a la de su hermana que se empeñó en ser la que lo cuidara. Ewan le hizo un primer reconocimiento a la espera de que llegase el médico y, aunque era veterinario, ayudó bastante. Dougal también parecía saber de huesos rotos y contusiones, en un barco en alta mar pasan cosas y uno tiene que aprender a resolverlas.

Después de que el médico se hubo marchado Dougal desapareció sin haberle dicho una palabra. No acudió para el almuerzo y tampoco lo vio durante la tarde. Elizabeth no se atrevió a preguntar por qué eso habría dado pie a una conversación que no quería ni podía tener con ninguno de los McEntrie, así que se limitó a atender a sus amigos y a esperar que las cosas se resolvieran esa noche en el dormitorio. Y entonces recordó que no iban a dormir juntos y su ánimo se desplomó.

Capítulo 40



Se sentó en la cama irritada y sopesó sus posibilidades: seguir dando vueltas hasta que llegase la mañana o levantarse y hacer algo. ¿Pero qué? No podía ir a ver a Chisholm, lo despertaría, o a Bonnie. Suponiendo que la muchacha estuviese durmiendo. Si se empeñaba en pasar las noches en el mismo cuarto que su hermano hasta que se recuperase, haría que le llevaran una cama para que no durmiese en esa butaca… Apartó las cobijas y se puso las zapatillas pensativa. Podía bajar a la cocina y prepararse una taza de té. Le gustaba la cocina del castillo, el fuego se quedaba encendido toda la noche y le daba calidez. Además, tenían esa enorme mesa de madera que Gavin limpiaba con tanto esmero. Ese hombre era un obseso de la limpieza. Se mordió el labio y fue hasta el cajón en el que guardaba las hojas de cartas. Escribiría a Emma. Quería contarle tantas cosas… De la boda no, de eso no podía hablarle. Pero de todo lo demás… Mejor entonces ir a la biblioteca, allí había pluma y tintero, no creía que Gavin utilizase eso para cocinar. Además, tampoco le apetecía un té a esas horas.

Abrió el armario y decidió ponerse uno de sus vestidos más sencillos. Había hecho que los confeccionaran de manera que resultaban muy cómodos de poner y sin doncella las ristras de botones en la espalda resultaban de lo más incómodo. Cuando estuvo vestida se miró en el espejo y valoró recogerse el cabello. Lo llevaba trenzado y le gustaba, así que decidió dejarlo como estaba. Cuando terminase la carta regresaría y se peinaría. Encendió una lámpara de aceite prendiendo un palito en la chimenea y salió del cuarto sin hacer ruido.

Llevaba bastante papel en una mano y la lámpara en la otra por lo que tuvo que abrir la puerta con el codo. Por suerte la biblioteca estaba muy lejos de las habitaciones y sus onomatopeyas y sonidos varios se quedarían solo para ella. O no.

Dougal levantó la vista y se topó con los ojos de Elizabeth que lo miraba sorprendida.

—Yo… tú…

—Nosotros, sí —dijo él con una sonrisa irónica —. ¿Has venido a recitar las personas del singular? Pues te has dejado «él».

—No pensé que hubiese nadie — dijo acercándose al escritorio.

Dougal miró el montón de papel que sostenía en la mano y luego de nuevo a sus ojos.

—¿Vas a escribir una novela?

—Muy gracioso.

—Quién sea el destinatario de esa carta va a tener que dejar para otro día todas sus tareas, cuando la reciba. — Se recostó en el respaldo —. El escritorio es grande, podemos compartirlo. Pero ¿no preferirías dormir como hace todo el mundo a estas horas?

—Todo el mundo no. —Enarcó una ceja.

—Cierto —aceptó. Le señaló el otro lado de la mesa.

Elizabeth miró a su alrededor y vio una mesita que le parecía mejor opción.

—Me pondré ahí —dijo señalándola.

—¿Temes que fisgonee lo que escribas? — se burló.

—¿Lo harías? —le preguntó directa.

Él se encogió de hombros.

—Si me resultase de alguna utilidad… Recuerda que he sido pirata, no solemos dar mucho valor a la privacidad.

—No me lo creo —dijo rotunda—. ¿Te importa si dejo esto aquí un momento?

—Adelante. —Señaló con la mano un hueco en la mesa para apoyar su respuesta.

Dejó la lámpara y el papel y fue a colocar la mesilla en un lugar que le pareció más agradable y después cogió un cojín para ponerlo en el suelo.

—¿Te importa que lo ponga ahí? — preguntó girándose hacia él.

Dougal se había levantado y cogió la lámpara y las cuartillas y se las llevó hasta la mesita.

—Puedes hacer lo que te plazca. Eres mi esposa y esta es ahora tu casa, Elizabeth.

Lo dijo de un modo tan cálido que ella se estremeció. Su casa. Suya de verdad. Nunca había tenido una casa que fuese suya.

—Creía que después de lo sucedido hoy me repudiarías — dijo con una tímida sonrisa.

Sin decir nada Dougal tiró de ella envolviéndola con sus brazos. Se sentía diminuta cuando él la abrazaba.

—Hoy casi se me para el corazón — dijo acariciándole el pelo —. Cuando te has puesto delante del cañón del rifle…

El de Elizabeth había comenzado a desbocarse. Suponía que era normal que se alterase tanto cuando la abrazaba, el miedo a lo desconocido a lo que vendría después…

Dougal la separó para mirarla a los ojos.

—Como vuelvas a hacer algo así, te mato — dijo con una mirada tan feroz que los ojos de Elizabeth se abrieron demasiado —. No pongas esa cara de susto, mujer. No tengo intención de matarte.

—Parecías muy seguro de lo que decías.

—Porque estoy muy enfadado.

—Lo siento.

—No lo sientes, mentirosilla — dijo soltándola.

—No deberías haberte presentado allí.

—¿Que no debe…? ¿Ahora te vas a atrever a regañarme?

—Eres mi esposo —dijo altiva—, puedo hacerlo si me parece que has hecho algo estúpido.

—También soy estúpido —habló para sí —, la noche mejora por momentos.

—¿Cómo se te ocurre presentarte en el castillo de Bhattair? Estaba bastante claro lo que iba a hacer él.

—Mi esposa estaba allí y Bhattair es un hombre violento.

—¡No me digas! —Se puso las manos en la cintura —. ¿Así es como apagas tú un fuego? ¿Echando más leña?

Dougal abrió la boca y volvió a cerrarla para no decir algo de lo que tuviese que arrepentirse. No estaba seguro de que Elizabeth quisiera oír cómo apagaba él un fuego.

—Sabes el odio que le tengo. Y sabes por qué se lo tengo — dijo al fin —. ¿Cómo se te ocurre enfrentarte a él tu sola?

—No fue mi intención enfrentarme a nadie. Fui a pedirle que dejara que Bonnie fuese mi dama de compañía. Ahora que soy una mujer casada puedo…

—¿Fuiste a rescatar a Bonnie? La cosa mejora por momentos.

—Chisholm no se irá de aquí si tiene que dejar a Bonnie y Bonnie no se puede ir con él porque…

—Espera, espera, espera. —La detuvo —. ¿Vas a solucionar los problemas de todos los MacDonald? Pues no sé si te va a quedar tiempo para llevar adelante tus otros planes.

—¿Qué otros planes?

Él se llevó la mano a la barbilla como si estuviera reflexionando.

—Me parece recordar unos cuantos niños correteando por las salas de este castillo.

—Teniendo en cuenta que mi esposo no parece tener interés en resolver esa cuestión… — Elizabeth desvió la mirada y sus mejillas se sonrojaron.

Dougal abrió la boca para decir algo, pero en lugar de eso soltó una carcajada.

—No sabía que fueses tan perversa.

—¿Perversa yo?

—¿Has venido aquí pensando en…?

—¡No! —exclamó horrorizada—. No sabía que estuvieses aquí, solo quería…

Las carcajadas de Dougal la hicieron callar y lo miró con visible enfado.

—Eres odioso.

—Y tú muy divertida —siguió riendo un poco más.

Elizabeth se sentó sobre el cojín dándole la espalda y entonces se dio cuenta de que no había cogido tintero ni pluma. Dougal fue hasta el escritorio y le llevó ambas cosas. Se agachó a su lado para dejarlas sobre la mesita y se inclinó para susurrarle al oído.

—Nuestra primera noche va a ser memorable, te lo aseguro.

Elizabeth sintió un estremecimiento que la atravesó como un rayo y giró la cabeza para bucear en sus ojos. Dougal estuvo perdido en cuanto percibió su dulce aliento que le recordó el sabor de su boca. El contacto de sus labios fue inmediato y enseguida se convirtió en una exigente caricia. Había hambre en aquellas bocas, un hambre que Elizabeth no conseguía entender ya que apenas podía pensar. El calor en la biblioteca subió varios grados y sus cuerpos se encendieron como dos antorchas. No supo cómo acabó en su regazo, sentada sobre él como lo haría sobre su caballo si lo montase a horcajadas. Solo podía pensar en que no se separasen sus bocas, en que su lengua siguiera torturándola de aquel modo tan extraordinario.

Dougal esperaba un rechazo, una negativa tácita que lo detuviese, no aquellas manos aferrándose a su pelo y aquella lengua cada vez menos inexperta que empezaba a tomar conciencia de su poder. Los besos en la boca se extendieron a su cuello, a sus hombros… Agradeció la facilidad con la que podía librarse de su vestido y siguió bajando hasta encontrar el punto febril que adornaba sus senos. Lo atrapó con sus labios y dibujó círculos con su lengua, mientras Elizabeth gemía desesperada y se arqueaba hacia atrás entregándose a sus caricias por completo. Él lo quería todo, quería saborearla entera, detenerse en cada rincón de aquel cuerpo que deseaba con tal ansia que le dolía. Y de pronto quiso asustarla, quiso que huyera de él como un cervatillo al escuchar los pasos del cazador que lo persigue. Cogió una de sus manos y contuvo el aliento mientras la guiaba hasta aquel duro y amenazador miembro que palpitaba anhelante en su entrepierna.

Elizabeth sintió en su mano el poder que irradiaba el contacto. Se estremeció al escuchar el gemido de impotencia que salía de la garganta de su esposo cuando ella acarició aquella parte de su ser tan íntima. Toda su resistencia se volvió líquida cuando ella aferró sin temor. Esperaba miedo. Esperaba pasos alejándose.

—Dios Santo, Elizabeth, vas a matarme — dijo apartándose bruscamente y dejándola caer al suelo al zafarse.

—¡Au! —exclamó ella al darse un golpe con el sofá que tenía detrás.

Él la miró un momento para asegurarse de que no era nada grave, pero no se acercó.

—Eres un bruto —dijo molesta.

—Tápate, por favor —pidió desviando la mirada de sus pechos.

Elizabeth se colocó el vestido en su sitio y lo miró como una niña a la que han castigado sin postre.

—No me mires así —espetó él.

Ella bajó la mirada y entonces la sintió vulnerable y triste…

—¡Oh, por favor! No hagas eso.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó poniéndose de pie —. ¿Tanto te incomodo?

—¡Oh, sí, desde luego! Me incomodas muchísimo — dijo señalando su erección perfectamente visible a pesar de haberse colocado ya los pantalones.

Elizabeth no pudo evitar una sonrisa.

—¿Te ríes?

—Es que es gracioso.

La miró con las manos en la cintura y ella ahogó una risita.

—Muy bonito.

—No puedes esconderlo —dijo ella con burla —. Por más que quieras.

—No, no puedo.

—¿Y te pasa a menudo? Quiero decir, con otras mujeres. ¿Y qué ocurre si estás en una reunión o en una fiesta? ¡Oh, Dios, o en la iglesia!

—Para.

—Debe ser muy incómodo que te delate de ese modo. ¿Y si se pone así y la dama está casada? No creo que a su marido…

La agarró del brazo y la pegó a su cuerpo.

—Te aseguro que puedo hacerte callar y satisfacerla a ella al mismo tiempo.

Elizabeth frunció el ceño sin comprender.

—Hay muchas formas de que se calme — susurró perverso —, y no todas te proveerían de hijos.

Elizabeth no entendía nada y al parecer él no iba a explicárselo. Se separó de ella y volvió al escritorio.

—Ibas a escribir una carta — dijo sentándose.

Elizabeth se dejó caer en el cojín sin dejar de mirarlo irritada. ¿Por qué se sentía así? ¿Decepcionada?

—Y puedes estar tranquila — dijo Dougal con la vista ya en los documentos que revisaba —. No me pasa con otras mujeres.

Una cálida sensación la arrolló y en sus labios se dibujó una sonrisa. De repente ya no se sentía decepcionada. Ansiosa, sí, pero no decepcionada. Lo observó aún un poco más antes de escribir su carta. Era agradable estar allí con él. Agradable sentir esa pertenencia. Suspiró en silencio y destapó el tintero. Ojalá pudiera contarle a Emma cómo se sentía. Pronto, cuando todo estuviese hecho.

Capítulo 41



—Buenos días, Elizabeth —la saludó Craig cuando entró al comedor.

—¡Qué madrugadora! —comentó Kenneth.

—Chisholm ha pasado mejor noche. — Le anunció Ewan.

—Supongo que no querrás *porridge* para desayunar — dijo Caillen y a continuación metió la cuchara en su tazón.

—Buenos días a todos —dijo con una tímida sonrisa —. Me alegra no tener que desayunar sola. He visto a Chisholm ahora mismo, Ewan, y ha pedido algo de comer, así que está mejor sin duda. Y no, Caillen, no me gusta el *porridge*, espero que no me lo tengáis en cuenta. Prefiero huevos revueltos, si es posible.

Dougal puso un plato delante de ella con huevos revueltos y pan y al lado una taza de café.

—Que aproveche —dijo con una tímida sonrisa antes de volver a su sitio en la mesa.

Los hermanos se miraron con complicidad, pero se abstuvieron de hacer bromas al respecto.

—¿*Highland Lass* parirá hoy? — preguntó Craig.

—Es muy probable —afirmó Ewan.

—Bien, estate atento, no quiero problemas con ella, es muy nerviosa.

—Tranquilo.

—Venga, acabaros eso que se hace tarde. — Craig se levantó el primero, pero enseguida lo siguieron los demás —. Tú, Dougal, quédate con tu esposa, no la vas a dejar desayunando sola.

El escocés no había hecho siquiera el gesto de levantarse. La puerta se cerró detrás de Kenneth, que fue el último en salir y se quedaron solos. Elizabeth removió la comida en el plato con la mirada distraída.

—¿No te apetecen los huevos? Puedo darte otra cosa…

—¿Qué? ¡Oh, no! Los huevos están bien. — Pinchó un pedacito y se lo llevó a la boca.

Silencio.

—Si sigues comiendo a ese ritmo no llegaré a ver parir a *Highland Lass* — bromeó él después de un par de minutos.

Ella comió un buen pedazo y él se echó a reír.

—Tampoco hace falta que engullas, te vas a atragantar. No me importa esperarte. ¿Mucho sueño?

Ella negó con la cabeza y bebió un poco de café para ayudarse a tragar. Se había metido demasiada comida a la boca.

—¿Y tú? —preguntó cuando pudo hablar.

—Estoy bien. No es mi primera noche sin dormir.

—La mía tampoco —dijo ella.

Había una complicidad entre ellos que no había sentido antes y le gustó esa sensación. Tenía la mano sobre el mantel y Dougal extendió la suya y la acarició con sus dedos. Elizabeth no solo no se apartó sino que dejó que los suyos se enredasen hasta entrelazarlos.

—Parece que va a hacer buen día — musitó con la mirada fija en aquellas manos juntas.

—Esta noche lloverá —respondió él con voz profunda.

Ella levantó la vista y la posó en sus ojos.

—Me gusta la lluvia.

—A mí también.

—¿Querrás verla conmigo esta noche? — preguntó sin subterfugios.

Él asintió y Elizabeth lo sintió como una promesa. Sonrió satisfecha.

—He terminado —dijo soltándolo para ponerse de pie —. Ya podemos irnos.

—No has comido mucho —dijo él y se adelantó para abrirle la puerta y dejarla pasar.

Una vez fuera del comedor se quedaron unos instantes en el corredor frente a frente, mirándose con intensidad. Dougal dio un paso para acercarse más y Elizabeth tuvo que echar la cabeza atrás para poder mirarlo a los ojos.

—Hoy estaré muy ocupado —dijo él con aquella expresión seria que escondía un volcán de emociones.

—Que tengas un buen día —deseó ella —. No faltes a tu cita esta noche.

—Allí estaré. —Se inclinó y posó sus labios suavemente en los de ella y después se fue.

Elizabeth se giró para verlo alejarse con un montón de mariposas revoloteando en su estómago.

Dougal no acudió a almorzar. De hecho, ninguno de los McEntrie almorzó en el comedor ese día. *Highland Lass*, la yegua purasangre se puso de parto, un parto complicado, y todos se quedaron con ella a la espera de acontecimientos. Elizabeth estuvo un rato también, pero estar cerca de Dougal los ponía muy nerviosos a los dos y los demás acabarían por darse cuenta. Elizabeth ya conocía lo bastante a los McEntrie para saber lo que eso provocaría y no estaba para bromas con ese tema. Todavía no.

Después del almuerzo pasó otro rato con sus invitados y amigos, eso la distraía de pensar en Dougal y en lo que iba a suceder esa noche. Porque iba a suceder, ¿verdad? Estaba claro que aquello había sido una promesa tácita, ¿no? Lo cierto es que no lo tenía nada claro y eso la ponía mucho más nerviosa.

—Ve a dormir un poco —animó a Bonnie al ver que Chisholm había caído al fin en brazos de Morfeo —. Apenas habrás dormido esta noche en ese sillón tan incómodo, debes estar muy

cansada. Yo me quedaré con él.

—No quiero irme. —Bonnie se acurrucó en la butaca —. Dormiré un poco aquí, estoy perfectamente.

Elizabeth sonrió con ternura. El cariño entre aquellos dos hermanos le tocaba el corazón.

—Haré que te traigan una cama. La verdad es que tenía que ir al pueblo a buscar a alguien para el servicio — le recordó Bonnie —. Vaya ahora, nosotros estaremos bien.

Frunció el ceño pensativa, la muchacha tenía razón. Necesitaba una doncella para ella y otra para Bonnie. Quizá también una tercera para que ayudase en las tareas de limpieza. No es que los criados lo hiciesen mal, pero les vendría bien un poco de ayuda.

—¿Estás segura de que puedo irme? ¿No me necesitaréis?

Bonnie ronroneó al tiempo que negaba con la cabeza. En segundos estaría completamente dormida. Elizabeth cogió un chal para taparla con él y salió del cuarto sin hacer ruido.

—¿Va a salir, señora?

—Sí, Ian, pero regresaré antes de que llueva.

—Llévese la capa por si acaso.

Ella asintió y dejó que la ayudara a ponérsela.

—Voy al pueblo a ver si puedo contratar un par de doncellas. ¿Qué opina de esto, Ian?

—Lo que usted decida me parecerá bien, señora. Hacía muchos años que no había una señora en esta casa. Es normal que quiera atención femenina.

Elizabeth le sonrió con simpatía.

—Gracias por ser tan comprensivo. Regresaré antes de que anochezca, no se preocupe.

Salió del castillo y se dirigió al camino de Lanerburgh. Si caminaba a buen paso no tardaría más de media hora en llegar. La casa de la señora Murray estaba a la entrada del pueblo y, aunque no sabía dónde vivía la señora Grant, seguro que podrían avisarla para que se uniese a la conversación.

* * *

—La hija de los Reid sería perfecta para ella — decía la señora Grant con convencimiento.

—Pues yo elegiría a la de los Taylor sin dudarlo — apuntó la señora Murray.

—Podrían ser las dos —intervino Elizabeth —. Ya les he dicho que necesito dos doncellas.

—¿Esas dos en la misma casa? — La señora Murray la miraba como si fuese tonta —. ¡De ninguna manera! Se pasarían el día charlando.

—Si han de ser dos… —La señora Grant frunció el ceño con expresión reflexiva —. Yo votaría por las dos hijas de los Brown. Son muy limpias y educadas y ninguna de las dos es muy lista, lo que las hace perfectas para el trabajo.

Elizabeth no estaba de acuerdo con eso, pero llevaban más de una hora discutiendo el tema y tenía ganas de acabar con aquello de una vez.

—Podemos ir ahora a su casa — dijo la señora Grant —. Yo puedo acompañarla y presentarle a la familia. Viven muy cerca de mi casa.

—¿Cerca de tu casa? —La señora Murray la miró enarcando una ceja. Sabía que lo que quería era enterarse de todo, la muy cotilla.

—¡Claro! —La señora Grant se puso de pie animando a Elizabeth a seguirla —. Vamos, usted es joven y seguro que camina rápido. En un santiamén estaremos allí.

—Lo cierto es que necesitaría solucionar esto cuanto antes. Mañana mismo, a ser posible.

—Entonces vaya —la animó la señora Murray con resignación —, vaya con ella. Las muchachas Brown son una buena elección.

Después de un buen rato caminando Elizabeth comprendió las reticencias de la señora Murray. Hacía mucho que habían pasado frente a la casa de la señora Grant. Si eso le parecía que era vivir cerca…

—Los Brown tienen una granja de ovejas — explicó cuando Elizabeth protestó ligeramente por la hora —. Hay mucho trabajo en una granja, pero tienen siete hijos, cuatro de ellos muchachas. Las dos mayores son perfectas para el trabajo. Son limpias y hacendosas y están muy bien educadas. A su madre le encantará la idea, ya lo verá. Necesitan el dinero.

Elizabeth asintió y se paró un momento para recuperar el resuello. ¿Cómo era posible que aquella rolliza mujer pudiese caminar tan rápido sin que se le notase el esfuerzo?

—No está usted acostumbrada al aire de las Tierras Altas — se rio de ella.

Elizabeth no se molestó en contestar. Necesitaba todo el oxígeno para seguir caminando.

* * *

—Estás son Fiona y Glenna, señora — presentó la señora Brown a sus hijas.

Las dos muchachas hicieron una ligera genuflexión, correcta y sin exageraciones.

—¿Os gustaría trabajar en el castillo de los McEntrie? Una de vosotras será mi doncella y la otra atenderá a una invitada que me es muy querida.

Las dos jóvenes asintieron.

—Glenna puede ser su doncella, señora — dijo Fiona que era la mayor —. Es muy buena haciendo peinados y tiene mejor gusto que yo.

Elizabeth sonrió al notar el afecto con el que hablaba de su hermana.

—¿Tú qué opinas, Glenna?

—Es cierto que se me da bien peinar, pero lo de que tengo mejor gusto que ella no es verdad, por más que se empeñe en decirlo siempre — sonrió a su hermana con cariño —. Solo tiene que mirar su vestido, lo ha hecho ella misma y vea qué detalles más bonitos tiene. Además, Fiona es mayor y tiene más experiencia en todo. En mi opinión, su doncella debería ser Fiona.

—Estoy de acuerdo —dijo Elizabeth satisfecha —. ¿Cuándo podríais empezar?

Las jóvenes miraron a su madre.

—¿La semana que viene, le parece bien, madre? — preguntó Fiona.

—Sí —respondió la mujer haciendo cábalas de cómo se las apañaría sin ellas —. Si a usted le vale, señora.

Elizabeth las necesitaba ya, pero no parecía tener más opción que esperar, no quería presionarlas y que empezasen con mal pie. Asintió mostrando una sonrisa complacida.

—Señora, deberíamos irnos ya — dijo la señora Grant —. Está empezando a llover.

—Os espero la semana que viene — les dijo a las dos jóvenes.

La señora Grant y ella salieron de la casa y Elizabeth se cubrió la cabeza con la capucha.

—Lo peor es que se levante viento — dijo su acompañante cuando se alejaron de la casa de los Brown —. Entonces no le servirá de nada esa capucha.

Cuando llegaron frente a la casa de los Grant, Elizabeth ya estaba empapada.

—Debería entrar —ofreció la mujer con visible preocupación —. No puede seguir hasta su casa con esta lluvia.

—El agua no me hará daño —sonrió Elizabeth —, no es la primera vez que me mojo, tranquila. Si no me entretengo llegaré antes de que anochezca.

—Hoy hay luna llena, pero aun así, es mejor que se dé prisa.

Se alejó de allí a paso ligero sujetándose la falda para no tropezar. Cuando le faltaban solo dos millas el viento había arreciado dificultándole el trabajo. Vio el camino que bajaba a la playa y recordó que por ahí se acortaba más de media milla, aunque luego le tocaría subir una buena cuesta. Apresuró el paso y recorrió la playa mirando con cierto temor el agitado oleaje. Según avanzaba le pareció que las olas estaban cada vez más cerca y frunció el ceño. Se detuvo para mirar atrás y vio con temor que las dos rocas que emergían cerca de la orilla se habían hecho mucho más pequeñas.

—Está subiendo la marea… —musitó —, demasiado rápido.

Miró hacia delante, aún le faltaba un buen trecho hasta el camino que la sacaría de la playa. Decidió regresar por donde había venido y dio unos cuantos pasos en esa dirección, pero según avanzaba empezó a comprender que la marea la alcanzaría antes de conseguirlo. Poco a poco el mar la fue empujando hacia la pared de roca que caía vertical desde lo alto del acantilado. Mucho antes de vislumbrar siquiera el lugar en el que antes estaba el camino, el agua anegaba ya sus pies. La luna, redonda y plena, la observaba desde el firmamento y la lluvia seguía cayendo indiferente a la difícil situación en la que se encontraba. Miró hacia las rocas y se planteó escalarlas. La capa tiraba de ella dificultando enormemente sus movimientos. Se la quitó y dejó que cayera al agua. La falda del vestido pesaba muchísimo, pero decidida se dirigió a la pared de piedra y trató de agarrarse a algún saliente para subir por ella. Después de varios intentos que solo sirvieron para hacerle varios cortes en las manos, romperle algunas uñas y cansarla en exceso, comprendió que no tenía escapatoria. Miró hacia arriba y gritó pidiendo auxilio, quizá algún incauto que como ella hubiese salido con ese mal tiempo la escuchara. No estaba muy segura de cuándo había empezado a llorar. Se sentía enormemente estúpida por morir así. No es que hubiese pensado mucho en su muerte ni en cómo sería, pero desde luego, morir ahogada no estuvo nunca en sus elucubraciones. Pensó en Dougal y sus ojos se llenaron de lágrimas, habría sido bonito llegar a formar una familia juntos. Estaba segura de que sería un buen padre. Él aún podría serlo…

—¡Socorro! —gritó con todas sus fuerzas —. ¡Ayuda!

Capítulo 42



Los McEntrie estaban en los establos riendo y hablando del potrillo que acababa de nacer.

—Has sudado lo tuyo, hermanito — dijo Dougal, que rodeaba los hombros de Ewan con el brazo —. Estás hecho todo un experto.

—No es mi primer…

—Señor. —Ian los interrumpió entrando con visible urgencia y dirigiéndose a Dougal directamente —. La señora aún no ha vuelto. Se fue esta tarde al pueblo para hablar con la señora Murray sobre una doncella…

—¿Al pueblo? —Miró hacia el exterior, la tormenta había arreciado mucho —. Está lloviendo a mares.

—Cuando va al pueblo… —siguió el criado temblando, no sabían si de frío o de miedo —, a veces acorta camino por la playa.

Un frío helado recorrió el establo.

—Hay luna llena —dijo Caillen con voz profunda.

—La marea viva —sentenció Craig —. Rápido, Brodie, ve a por las cuerdas y tú, Kenneth trae un caballo. No estará allí, Dougal…

Su hijo echó a correr sin esperarlos. El escocés corría tanto que sus pies apenas tocaban el suelo. Escuchó sus gritos atravesando la lluvia y el terror amenazó con paralizarlo, pero luchó contra él y no se detuvo.

—¡Elizabeth! —gritó con voz atronadora.

El agua le llegaba por las rodillas y la desesperación atenazaba su garganta cada vez más ronca. A ella le pareció escuchar su nombre, pero no veía nada, la lluvia no la dejaba mirar hacia arriba ya.

—Aún no estoy delirando.

—¡Elizabeth! ¡Dios Santo!

—¿Dougal? ¡Dougal! —gritó ella moviendo los brazos, esa era su voz, la reconocería entre un millón —. ¡Oh, Dios, has venido! ¡Has venido!

Intentó protegerse los ojos de las hirientes gotas y consiguió ver la figura del escocés en lo alto del acantilado. Y entonces desapareció y a ella se le congeló la sangre en las venas.

—No te vayas —sollozó sin fuerzas ya para gritar.

—Está abajo —dijo Dougal con determinación —. Brodie, pásame un cabo, me ataré y…

—No puedes bajar ahí, os ahogaréis los dos — dijo Brodie —. Mejor tirarle la cuerda y que la ate a su…

—Se le dan fatal los nudos — lo cortó su hermano al tiempo que rodeaba su cintura con la cuerda y la ataba con decisión —. Bajaré y vosotros nos subiréis.

—Pasad la cuerda por ese árbol, pero poned la lona debajo para que no roce — ordenó Craig.

Ewan pasó primero la cuerda por un gancho y se la entregó a Caillen para que la llevase hasta el árbol. Mientras él llevó el gancho hasta el borde del precipicio y lo clavó en la roca, para evitar que la cuerda se deshilachase con el rozamiento. Kenneth llegó con el caballo y desmontó de un salto. Cuando Caillen le dio el otro cabo de la cuerda lo ató al arnés y sujetó las riendas con fuerza.

—¿Aguantará el peso de los dos? — preguntó Craig —. Podríamos preparar dos cuerdas, una para cada uno y…

—No hay tiempo —lo cortó su hijo caminando hacia el borde del acantilado —. Aguantará.

Los demás se agarraron a la cuerda en fila, como hacían en el *tug of war*, excepto Brodie que guiaría al caballo y mantendría la tensión justa a ese lado.

—¡Soltad! —gritó Craig y Dougal empezó a bajar.

Elizabeth lo vio descender y sintió que el corazón le estallaba en el pecho.

—¡Dios Santo, te vas a matar! — Sollozó aterrada.

Dougal no la oía, estaba demasiado atento en no perder pie y evitar que el viento lo hiciese chocar contra el muro de piedra.

—¡Deshazte de toda la ropa que puedas! — gritó cuando supo que podía oírle —. ¡Rápido, Elizabeth!

Ella se apresuró a obedecerle, aunque estaba tiritando de frío era consciente de que la ropa mojada pesaba demasiado y, además, entorpecería sus movimientos. Se dejó la ropa interior, camisa, pololos y corsé y dejó que el agua que le llegaba ya a la altura de la cadera se llevase el resto.

Cuando Dougal llegó hasta ella cogió el cabo de cuerda que había dejado colgando a partir del nudo y la rodeó con él para afianzarla a su propio cuerpo.

—Tienes que quedarte a mi espalda y aferrarte a mí con brazos y piernas. ¿Podrás hacerlo? — preguntó con urgencia.

—Haré… lo que… pueda —dijo con los dientes castañeteando.

—Esa respuesta no me vale, Elizabeth — dijo con dureza —. Di que lo harás. No me soltarás pase lo que pase. ¡Júramelo!

Ella asintió.

—Te lo juro —dijo decidida.

Se encaramó a su espalda. Él era mucho más grande que ella y pudo afianzarse a su cintura enroscando las piernas a su alrededor y los brazos a su cuello. Dougal tiró tres veces de la cuerda y esta se tensó ayudándolo a escalar. Llevarla a la espalda lo llenaba de inquietud, no podía sujetarla con las manos y asegurarse de que no lo dejaba todo en manos de la cuerda que la unía a él, pero necesitaba las manos para sujetarlos a ambos a la cuerda y los pies para subir más rápido. Debía confiar en ella y lo haría, le confiaría su propia vida.

Los de arriba los vieron aparecer y dieron un último tirón para llevarlos a zona segura. Dougal se alejó del borde antes de detenerse. Elizabeth seguía a su espalda sin bajar los pies al suelo, temblaba tanto que él notaba las sacudidas de su cuerpo. Se desató la cuerda de la cintura y desunió los brazos que lo estrangulaban. Cuando la abrazó ella rompió a llorar con tal violencia que todos se quedaron sorprendidos.

—Muchacha, ya estás a salvo — dijo Craig dándole palmaditas en la espalda —. Menudo susto se ha llevado.

—Está muerta de frío —dijo Caillen y se quitó la chaqueta empapada para ponérsela encima.

—Id en el caballo —dijo Kenneth soltando la cuerda —. Llévala a casa para que entre en calor.

Dougal la llevó hasta el caballo, montó y luego la subió acurrucándola entre sus brazos.

—Dale un buen vaso de Drambuie — aconsejó Lachlan antes de que el caballo se alejara de allí.

—Recojamos todo esto y volvamos — dijo Craig.

—Yo también necesitaré un Drambuie cuando regrese — dijo Ewan yendo a recoger el gancho.

Los demás se apresuraron para volver cuanto antes. La lluvia los había calado hasta los huesos.

Capítulo 43



Dougal la puso en el suelo del dormitorio, cerca del fuego que crepitaba en la chimenea. Elizabeth temblaba tanto que todo su cuerpo se agitaba presa de espasmos. Su marido le quitó el abrigo de Caillen y comenzó a desnudarla.

—¿Qué… hac… es?

—¿Quieres que le pida a Bonnie que te ayude a desnudarte? — preguntó deteniéndose —. Hay que quitarte toda esta ropa mojada.

—No… la… llames —pidió tratando de quitarse ella misma los pololos, pero sus manos no atinaban a desatar la cinta.

Dougal apartó sus temblorosas manos y en pocos minutos estaba completamente desnuda frente a él. Arrancó la colcha de la cama de un tirón y la envolvió con ella, después la acercó más al fuego y la hizo sentarse en una butaca. Elizabeth seguía temblando y Dougal empezaba a sospechar que no era solo de frío. Estaba aterrada. Quería abrazarla, pero estaba empapado, así que empezó a desvestirse él sin la menor vergüenza y se quedó completamente desnudo en mitad de la habitación. Elizabeth lo miraba por el rabillo del ojo y se habría puesto colorada si su cuerpo hubiese tenido la capacidad para generar calor. Dougal se puso una camisa y un pantalón, se acercó a ella, la levantó de la butaca y la sentó en sus rodillas. Elizabeth apoyó la cabeza en su hombro y dobló las rodillas hasta que prácticamente cupo entera entre sus brazos.

—Eres más pequeña de lo que pensaba — dijo con voz risueña.

Ella cerró los ojos y ronroneó al empezar a recuperar el calor. Estaba segura que era por el que despedía él. Pensar en su cuerpo desnudo aceleró los latidos de su corazón. Nunca había visto a un hombre desnudo y, desde luego, nunca a uno como él. Parecía una estatua griega con aquellos músculos perfectos y aquellas nalgas firmes y aquel… No, desde luego esa parte de su anatomía no se parecía en nada a las cositas que tenían los hombres de las estatuas griegas. Aunque eso ya lo sabía porque lo había recorrido con su mano.

A Dougal le dolía la cabeza. Mucho. La recostó en el respaldo y cerró los ojos tratando de calmar el dolor. La imagen de Elizabeth en el fondo del acantilado, con el agua subiendo amenazadora, lo perseguiría el resto de su vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella al sentir su agitación.

—Nada —respondió cortante.

Elizabeth se incorporó para mirarlo.

—¿Estás enfadado?

Él abrió los ojos y la fulminó con su mirada.

—¿Enfadado? Ahora mismo podría matarte. ¿Cómo se te ocurre bajar a la playa en plena tormenta?

—Quería acortar camino, estaba empapada.

—¡Te dije que iba a llover! ¿Por qué narices no te quedaste en casa? — dijo él intentando ignorar los pinchazos dentro de su cabeza.

—No creí que tardaría tanto. Fui a ver a la señora Murray y la señora Grant y me hablaron de las hijas de los Brown…

—¿Fuiste hasta la granja de los Brown?

Elizabeth asintió.

—La señora Grant dijo que vivían cerca.

—Esa mujer es… estúpida.

—No fue culpa suya. Incluso me ofreció quedarme en su casa.

—Es lo que deberías haber hecho. Ya habría ido yo a buscarte.

—Viniste a buscarme. —Lo miró con tal intensidad que a Dougal se le derritió el cerebro —. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Bajar a buscarme con esa cuerda?

—No había otro modo —dijo cerrando los ojos para no ver cómo lo miraba.

—Podrías haber muerto. Fue muy arriesgado.

Él suspiró dejando escapar el aire lentamente.

—¿Qué querías que hiciera? No me apetece quedarme viudo tan pronto.

—¿Eso serías? —Lo vio abrir los ojos sorprendido —. No hemos consumado el matrimonio, si muriera podrías anularlo.

—Eres mi esposa. Nunca haría eso — dijo rotundo.

—No lo soy —insistió ella—. No del todo, al menos. Por esto es por lo que los reyes lo hacían con testigos.

La miró divertido.

—¿Quieres hacerlo con testigos?

—Preferiría que no…

La colcha se cayó de su hombro y los ojos de Dougal recorrieron la piel que llegaba hasta el nacimiento de su seno. Elizabeth no se cubrió. En lugar de eso se inclinó hacia delante y lo besó con timidez y cierta brusquedad fruto de su inexperiencia y también del nerviosismo que la embargaba. Él sonrió ante su ingenuo intento.

—Perdón —dijo ella bajando la mirada.

—¿Me pides perdón por besarme?

—Por besarte tan mal. Aprenderé a hacerlo mejor, si tú me enseñas.

Él sintió un pellizco en el corazón y tuvo que respirar hondo para calmar su ansia.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? — preguntó con voz ronca.

—Dougal…

—Mmm.

—Yo estoy dispuesta. Dijiste que esta noche…

El pecho del escocés subía y bajaba agitado y no apartaba la mirada de sus ojos. Elizabeth se levantó y cuando estuvo de pie dejó caer la colcha al suelo mostrándose sin tapujos. Después volvió a colocarse entre sus brazos.

—Quiero ser tuya —susurró—. Tuya.

Dougal gimió mortificado y cerró los ojos un instante. Tenía la fortaleza necesaria. La tenía. En alguna parte estaba. Ella metió una mano en su camisa y lo acarició con tal delicadeza que le hizo cosquillas. Dougal se mordió el labio, ¿cómo podía ser tan irresistiblemente torpe?

—Por favor… —suplicó ella.

Y el mundo dejó de girar y nada más importó. Se levantó con ella en brazos y la llevó hasta la cama. Tardó apenas un segundo en estar desnudo sobre ella y Elizabeth le sonrió y la vida fue bella y luminosa.

—Recuerda siempre que yo quise esperar — dijo con voz ronca contra su boca —. Recuerda que tú me lo suplicaste.

—Lo recordaré —dijo Elizabeth y como si no fuese dueña de sus actos sacó la lengua y acarició sus labios suavemente.

Dougal contuvo la respiración y la miró sorprendido. Elizabeth sonrió juguetona.

—Sabía que aquí dentro… —Envolvió uno de sus pechos con la mano —. Hay una mujer apasionada.

—Pues yo no tenía ni idea — confesó ella.

Él cubrió su boca y la abordó sin recato alguno, tomando lo que era suyo por derecho igual que pensaba hacer con todo lo demás aquella la noche. Todas las noches de su vida. Arrastró los labios por su cuerpo y fue besándola en cada porción de piel, en cada pliegue, despertando instintos dormidos y sensaciones extraordinarias que ella no alcanzaba siquiera a vislumbrar. Cuando les llegó el turno a sus pechos los besó, lamió y succionó hasta hacerla gemir estremecida y anhelante.

—¿Te gusta? —preguntó volviendo a su boca a intervalos en los que su lengua se paseaba por sus labios como si quisiera saborearla.

—¿Debo decir la verdad o se requiere que mienta en esta situación?

—La verdad.

—Todo lo que haces me gusta. Me gusta muchísimo. Me gusta tanto que no querría que acabase nunca.

Dougal sonrió y sin dejar de mirarla bajó la mano y la colocó entre sus piernas.

—Mírame mientras te toco —ordenó al ver que iba a cerrar los ojos.

—Me da vergüenza.

—No me importa. ¡Mírame!

Separó los pliegues que protegían su lugar más secreto, aquel que nadie antes había tocado. Elizabeth sintió una sutil presión que le hizo abrir los ojos y la boca asombrada. Pero Dougal no se detuvo ahí, comenzó a deslizarse de abajo arriba regresando cada vez a aquel punto cuyas sensaciones la obligaban a sujetarse a la cama y arquearse involuntariamente.

—Respira hondo —dijo él con voz divertida —. Esto solo es el principio.

Elizabeth cerró los ojos al notar que aquel dedo se introducía en su interior.

—Te he dicho que me mires.

—¿Esto es…? ¡Oooooh! —gimió cerrando las piernas como si quisiera capturarlo allí cuando él lo retiraba para volver a introducirlo.

Dougal notaba la resistencia que le impediría el paso y durante una décima de segundo estuvo tentado de rascarla sin contemplaciones. Iba a hacerla suya esa noche pasara lo que pasara, pero no había prisa.

—Relájate, *a ghràidh* — dijo con voz ronca.

Lentamente fue aumentando el ritmo de sus caricias, poco a poco, deslizándose dentro y fuera y presionando la sensible protuberancia en el momento preciso. Elizabeth comenzó a jadear y a moverse errática. Buscaba, pero no sabía el qué. Levantó las caderas intentando que él terminara lo que había empezado, pero Dougal no se dejó arrastrar. Y de pronto ella se estiró como una cuerda y todo su cuerpo se estremeció en oleadas que emergían de su centro hasta quedar inmóvil, húmeda y palpitante.

—¿Ahora es cuando tú…? —Su voz sonaba exhausta, sin aliento.

Dougal se levantó y se puso los pantalones ante la estupefacta mirada de su esposa.

—¿No vas a…? —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se acurrucó dándole la espalda.

Dougal la miró sintiendo el corazón en llamas.

—¿Lloras? —preguntó al borde de su resistencia.

Ella no respondió y él subió de nuevo a la cama y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué lloras? ¿No te he dado placer, acaso?

Elizabeth lo miraba con una expresión desvalida.

—¿Qué hago mal? ¿Por qué no quieres hacerme tuya? Te has casado conmigo, no lo entiendo — sollozó.

—Elizabeth —suplicó él—. No me hagas esto.

—¿Que no te haga qué? ¡Oh, Dios, no entiendo nada! ¿Por qué no entiendo nada? — Se levantó y bajó de la cama. Si él estaba vestido ella no quería estar desnuda.

Se puso una bata y lo encaró limpiándose las lágrimas que no dejaban de caer.

—Dime lo que hago mal. Ayúdame para que pueda arreglarlo. ¿Quieres que yo te toque? ¿Es eso? Déjame…

Él le sujetó las manos y se bajó también de la cama quedándose frente a ella.

—Claro que quiero que me toques, pero no es eso.

—Entonces, ¿qué es? ¡Háblame!

El pelo suelto le llegaba hasta la cintura. Los ojos le brillaban y las mejillas seguían teniendo el color que había causado la excitación. Estaba más hermosa que nunca y Dougal se moría de ganas de concederle lo que pedía, pero no podía hacerlo, no sin convertirse en un canalla.

—Es imposible que pueda aguantar seis días más así. — Negó llevándose las manos a la cabeza y tirando de su pelo con saña —. Imposible del todo.

Ella frunció el ceño sin comprender.

—¿Seis días? ¿Por qué seis días?

—Lo he intentado —dijo asintiendo para sí y después se dio la vuelta y caminó hasta el vestidor, buscó en el bolsillo de su chaqueta y regresó con los pedazos de la carta —. Esto es

tuyo.

Elizabeth cogió lo que le daba y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es… esto? —Reconoció la letra inmediatamente y abrió los ojos con sorpresa al tiempo que lanzaba una exclamación contenida —. ¿Una carta de William? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está rota?

—Perdí los nervios. —Al parecer, no iba a buscar una excusa —. También la leí, para que veas que no me he privado de nada a la hora de comportarme como un auténtico imbécil. Quería asegurarme de que no eran malas noticias…

—¿Malas noticias? —Elizabeth estaba tan sorprendida que no asimilaba lo que oía.

—Para mí. Y lo son. Intenté dejarla en la mesilla y esperar a que tú la leyeras y me echaras, pero no pude. — Se encogió de hombros y apretó los labios negando con la cabeza —. Puedes unir los trozos, pero yo puedo contarte lo que pone. Está en Londres, ha venido para casarse contigo, si tú quieres. Ni se imagina que ya estás casada — musitó para sí girando la cara.

Elizabeth había perdido por completo el color de sus mejillas y se acercó a la cama para sentarse. Dougal sintió un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aliento. No quería verla sufrir y mucho menos que fuese por su culpa.

—No debes preocuparte por… esto — señaló la cama —. No ha pasado nada.

—¿Que no ha pasado nada? —Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas —. ¿Que no ha pasado nada? ¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

—Tú me lo suplicaste, ¿recuerdas? Te pedí que lo recordaras…

—¡Serás! —Fue hasta él y lo golpeó en el pecho con los puños y una rabia seca y correosa deslizándose por sus venas —. ¡Yo no lo sabía! ¡Me lo ocultaste! ¿Cuándo? — Se detuvo para mirarlo con fijeza —. ¿Cuándo llegó esta carta?

—El día después de nuestra boda.

—¿El día…? —Frunció el ceño—. ¿Por eso decidiste…?

Dougal asintió.

—No podía tomarte sabiendo que…

—¿Que amo a otro? —Necesitaba ser cruel con él y eso era lo único que se le ocurrió.

—Eso ya lo sabía —dijo Dougal riéndose de sí mismo —. Pero creía que no había ninguna posibilidad entre vosotros, de otro modo jamás me habría casado contigo.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Destruir la carta y esperar que no me enterase nunca? Mis sobrinas y…

—La guardé en un bolsillo — le recordó señalándola —. Si hubiera querido destruirla, estoy seguro de que habría encontrado un modo más efectivo.

—¿Entonces? No entiendo nada, Dougal. — Se limpió las lágrimas de rabia mirándolo decepcionada —. ¿Tan poco me respetas?

—William no es bueno para ti — musitó el escocés —. No te hará feliz.

—¿Y tú sí? ¿Tú eres bueno para mí? ¿Acaso sientes algo por mí? ¿Ya no soy la estúpida y puritana solterona que no te gustaba nada?

—Algún día tendrás que dejar de decir eso…

—Debes haberte divertido mucho viéndome suplicarte. ¡Oh, no puedo ni mirarte!

—Podría haberte hecho mía — dijo empezando a enfadarse —. ¡Podría y no lo he hecho!

—¿Ahora tengo que darte las gracias? ¡Gracias, señor! — Se inclinó haciendo una reverencia que incluso ante el rey sería excesiva —. Gracias por su gran su misericordia.

—William va a venir a Escocia, eso dice en la carta. Y va a proponerte matrimonio — dijo entre dientes.

Elizabeth dio un paso atrás y se llevó los pedazos de la carta al pecho. Aquel pecho que él había acariciado hacía solo unos minutos y que nunca volvería a rozar siquiera. Dougal no se movió, pero el golpe que aquel gesto acababa de darle lo dejó sin aliento.

—¿En seis días? —musitó ella temblando —. ¿William vendrá en seis días?

Él asintió.

—¿Y cuál era el plan? ¿Qué iba a pasar? Si no pensabas aprovecharte de la situación, entonces, ¿qué? ¿Qué era lo que pretendías?

—Solo quería darte tiempo para que te dieras cuenta de que yo era el que más te convenía.

—Sabías que amaba a William.

—Sé que crees amar a William.

—Deja de hacer eso.

—Es la verdad, Elizabeth, no lo amas. Tan solo es una fantasía, una ilusión muy práctica, pero no es amor.

—¿Práctica?

El escocés sonrió con tristeza y sus ojos refulgían con una luz abrasadora.

—Es William, el amigo de Alexander y Edward, los maridos de tus queridas sobrinas. Casarte con él te reservaba un lugar en el Olimpo.

—No hace falta que seas cruel.

—No pretendo ser cruel. ¿Es que no te das cuenta? Él te daría el lugar que tu padre no quiso darte. Por fin serías de verdad una de ellos…

Elizabeth apretó los labios y los puños, quería gritarle, quería odiarlo y no entendía por qué no podía.

—¿Y qué te importa a ti lo que me pase? — preguntó enrabiada —. ¿Qué más te da si estoy enamorada de él o no?

«No le digas que estás enamorado de ella. Si lo haces, estarás perdido. Saldrá huyendo y nunca será tuya».

—Me importa, Elizabeth, me importa muchísimo porque te amo. — Apretó los labios y se encogió de hombros como un niño al que han pillado haciendo una travesura y sabe que no tiene sentido seguir negándolo.

Ella dio un paso atrás como si de pronto le temiese.

—Tranquila, no voy a abalanzarme sobre ti. — Soltó el aire en un largo soplido —. Qué peso me he quitado de encima. Lachlan me advirtió de que no te lo confesara, pero yo no sirvo para subterfugios y enredos. Me gustan las cosas sencillas. Así que ahí va: Te amo, Elizabeth. Creo que te amo desde la primera vez que quise arrancarte ese maldito bastidor de las manos. — Se puso las suyas en la cintura y miró al techo pensativo —. O quizá fue cuando te pregunté por qué no montabas a horcajadas y tú me dijiste que por qué no me buscaba alguien de mi estatura para pelear. No lo sé… — Volvió a mirarla —. Lo que sí sé es que lo que yo te ofrezco es verdadero amor, un amor apasionado que te dará calor cada noche de tu vida. Un amor que te acompañará en esta emocionante, y a veces complicada, maravilla que llamamos

vida. Te ofrezco mi amistad, mi comprensión, mi cariño, pero también mi alma y mi cuerpo entero. — Sonrió con los ojos llenos de lágrimas —. Todo lo que soy es tuyo, si lo quieres.

Elizabeth temblaba como una hoja. La carta le quemaba en la mano y aquellas lágrimas en los ojos de Dougal le rompían el corazón. Estaba hecha un lío. ¿Cómo saber qué decidir si apenas podía pensar en respirar?

—Necesito… tiempo —musitó.

Dougal se limpió las lágrimas de una vez y bufó para soltar la tensión.

—Por supuesto. No tienes que darme la patada hoy mismo, podemos esperar a que William llegue. — Se dirigió hacia la puerta.

—Dougal… —Lo llamó con voz temblorosa.

Él la miró un momento aguantando la sonrisa que le iba a estallar en la boca en cualquier momento.

—No digas que lo sientes —pidió y sin más salió de la habitación.

Capítulo 44



—¿Anular el matrimonio? —Craig miraba a su hijo sin dar crédito —. ¿Te has vuelto loco?

—Te lo aviso para que no te coja por sorpresa. Y no, no hemos consumado, así que no creo que haya ningún impedimento.

—¿Qué no habéis consumado? Pero hijo, ¿quién va a creerse semejante estupidez?

—Es la verdad. —Dougal se cruzó de brazos mirando a su padre con franqueza.

—¿Y a quién le importa la verdad? ¡Os casasteis con el castillo lleno de invitados que dirán, a todo aquel que quiera escucharlos, que estabais felices por ello y que os retirasteis juntos!

—Hablaremos con el reverendo Campbell. Si Elizabeth y yo le decimos que no ha habido consumación, nos creerá.

Craig se mesó la barba sin dejar de mirar a su hijo mayor.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó—. ¿Qué narices ha pasado, Dougal?

—Eso no es cosa tuya.

Elizabeth llevaba un rato fuera del salón escuchando los gritos y finalmente se decidió a entrar. Aquello era tanto problema de Dougal como suyo.

—Disculpad mi intromisión…

—¡Dios Santo, mujer! ¿Qué os ha pasado? — Craig la miraba incrédulo —. No puede ser tan grave.

—Aún no está decidido. Dougal solo quiere que esté preparado por si finalmente…

—¿Que no está…? No entiendo nada. ¿Qué tiene que pasar para que os quedéis como estáis?

—Papá, te he dicho que no es asunto tuyo. Lo decidiremos mi esposa y yo. Quiero decir, Elizabeth y yo — rectificó sin mirarla.

—Todavía soy tu esposa —aclaró ella sin mirarlo tampoco.

—Estáis para que os encierren. — Craig movió la cabeza y abandonó el salón sin querer oír nada más.

Dougal se volvió a mirarla y comprendió por qué su hermano le había recomendado no confesarle sus sentimientos. Ahora todo era mucho más incómodo.

—El reverendo Campbell…

—Está en Londres, lo sé —dijo Elizabeth —. Se ofreció a hablar con mi familia, ¿recuerdas?

—Pues espero que no coincidan en ningún evento.

—No lo creo. Con el avanzado estado en el embarazo de Katherine no habrá nadie en Londres a estas alturas. Va a tener gemelos.

—Lo sé, me lo contaste hace unos días. — ¿Por qué su voz sonaba tan rara?

—Dougal…

—Tendremos que esperar a que el reverendo regrese.

—Dougal…

—Y William llegará antes, así que…

—Para, por favor —pidió ella—. Creo que es mejor que vuelva a casa de los MacDonald.

—¡No! —Frunció el ceño y su voz recuperó el tono normal —. No quiero que estés bajo el mismo techo que Bhattair.

—No puedo estar aquí… contigo.

—¿Quieres que me vaya?

—No digas tonterías.

—No las digas tú —la retó.

Elizabeth no pudo evitar sonreír, ahora mismo era como un niño enfurruñado.

—Es lo mejor. Cuando llegue William no puede alojarse aquí.

Dougal respiraba agitado y su fuerte pecho subía y bajaba para evidenciarlo.

—Me quedaré hasta que Chisholm pueda caminar y entonces nos iremos los tres. William se alojará en el castillo de los MacDonald y cuando haya tomado una decisión, te la comunicaré.

Él la miró con fijeza y después de unos segundos, asintió.

—De acuerdo.

—Aún me quedaré unos días — dijo con suavidad.

—¿Has leído su carta?

Ella negó con la cabeza.

—Lo que quiera decirme prefiero escucharlo cara a cara. — Dio un paso hacia él y lo miró sin subterfugios —. ¿Podemos intentarlo, Dougal? ¿Podemos hacer como si esto no hubiera pasado? Era lo que tú querías, ¿no? Querías que pasáramos tiempo juntos y ver si…

Si dejabas de beber los vientos por ese sin sangre. Pero ahora que sabes que viene a por ti, ya no sirve.

—Está bien —dijo él con resignación.

⁎ ⁎ ⁎

Elizabeth observaba a Dougal de pie junto a Tórradh con evidente fascinación. El sol de la tarde se cernía sobre ellos, creando un espectáculo de luces y sombras en los vastos campos de los McEntrie. Tórradh tenía un pelaje alazán, de un rojo dorado que brillaba como un campo de trigo

bajo el sol del atardecer. En su frente llevaba una mancha blanca, como si la misma luna se hubiera prendado de él.

—Es su primer entrenamiento — dijo Kenneth en tono bajo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Elizabeth.

—Dieciocho meses.

Dougal acariciaba el cuello del animal y le hablaba con dulzura, pero también con firmeza.

—¿Le habla en gaélico? —preguntó ella.

—Sí, siempre les hablamos en gaélico — respondió Kenneth sin quitar ojo a su hermano.

Desde que Dougal se marchó, él era el mejor entrenador de los McEntrie y para él era un orgullo que lo comparasen con su hermano. Dougal tenía una facilidad para conectar con los caballos que él admiraba y verlo en plena acción de nuevo, era un regalo para sus ojos.

—La mayoría de los entrenadores — susurró Kenneth —, empezamos con un paseo. Caminamos con el potro incentivándolo para que siga nuestro ritmo. Es el modo más sencillo de que aprenda a seguirnos. Y el más seguro. — La miró con una sonrisa —. Pero Dougal no opina lo mismo.

En ese momento el escocés ponía un pie en el estribo mientras Tórradh se movía inquieto hacia delante y hacia atrás como si quisiera impedirle la tarea, pero sin atreverse a dar la espantada. Elizabeth contuvo la respiración igual que los demás y con un movimiento fluido, Dougal tomó posición en su montura. El animal cabeceó y se agitó incómodo, pero el jinete siguió hablándole con la misma firmeza y suavidad mientras sostenía las riendas con una ligera tensión.

—¿Por qué lo monta enseguida? — preguntó Elizabeth con curiosidad —. ¿Por qué no hace como los demás?

—Dice que el caballo ya sabe andar, que no es eso lo que necesita aprender. — Kenneth entornó los ojos con mirada atenta mientras su hermano se preparaba para hacerlo trotar —. De las tres veces que nosotros intentamos ese método, dos acabamos en el suelo y la tercera el caballo no se movió del sitio.

—Está tenso —susurró Caillen refiriéndose al caballo.

Dougal permanecía inmóvil sin dejar de hablar con aquellos susurros ininteligibles que a Elizabeth le recordaban la voz que utilizaba para hablarle al oído.

—¡*Siuthad*! —ordenó Dougal con voz fuerte y al tiempo le dio un toque con los talones.

El potro se resistió, sus patas parecían estar clavadas en el suelo. Pero después de unos momentos de indecisión, dio un primer paso, y luego otro, hasta que ambos, jinete y caballo, comenzaron a moverse en armonía.

Los hermanos se miraron y sonrieron satisfechos, pero no emitieron el menor sonido que pudiese interferir en el trabajo de su hermano. Dougal guio al purasangre y lo hizo trotar en círculos antes de decidirse a iniciar un corto galope. La confianza del animal fue creciendo a medida que los minutos pasaban y después de media hora los McEntrie dieron por bueno el entreno.

—Tenemos trabajo que hacer. Si finalmente lo tira, de un grito, vendremos corriendo a verlo. — Kenneth siguió a sus hermanos que lo habían dejado atrás.

Media hora más y Dougal desmontó y la miró de soslayo.

—Voy a llevarlo a su cuadra. ¿Quieres venir? — preguntó y ella asintió.

Caminaron juntos hacia las cuadras en silencio.

—¿Pasa a menudo lo que me ocurrió anoche? — preguntó consciente de que no habían hablado de ello —. Lo de la marea que casi me cuesta la vida.

Dougal la miró burlón.

—Esas cosas solo les ocurre a las mujeres irresponsables que salen solas sabiendo que va a haber tormenta.

Ella levantó una ceja para mirarlo como merecía y él sonrió por primera vez esa mañana.

—¿Quieres la versión larga o la corta? — preguntó.

—Una que pueda entender y que me ayude a no volver a cometer un error semejante.

—Bien. En primer lugar, se llaman mareas vivas. — Elizabeth asintió, se lo había oído decir a alguno de sus hermanos —. Se producen cuando la Tierra, la Luna y el Sol se alinean. Esto sucede durante las lunas nuevas y llenas.

—Anoche había luna llena.

Dougal asintió.

—En estos momentos, la atracción gravitatoria de la Luna y el Sol se combinan, lo que resulta en un aumento en el rango de las mareas. Las mareas altas son más altas y las mareas bajas son más bajas.

—Entonces no tengo que preocuparme si estamos en cuarto creciente o menguante.

—Exacto.

—Lo tendré en cuenta.

—Más te vale.

Llegaron a las caballerizas.

—Tengo trabajo —dijo Dougal deteniéndose.

—Creí que me enseñaríais…

La expresión en su rostro fue más que elocuente.

—No tiene sentido si no vas a quedarte.

Elizabeth asintió incómoda y después de tomar una honda bocanada de aire la dejó escapar con un suspiro.

—Entonces iré… Veré a Chisholm.

—Muy bien.

Su esposa miró hacia el lugar en el que trabajaban sus hermanos y se dio cuenta de los esfuerzos que hacían por fingir que los ignoraban.

—Te dejo entonces.

—Nos veremos en la cena.

—¿No vas a almorzar? —preguntó sorprendida.

—Tengo que ir al pueblo.

—Ah.

Dougal esperaba a que ella se marchara, pero Elizabeth no se decidía.

—¿A qué vas al pueblo? Quizá podría acompañarte.

—Tengo que ir al banco.

—Al banco… Ya veo.

—Te aburrirías.

Ella asintió con los labios muy juntos.

—Bien… Entonces me voy. Que tengas un buen día.

—Igualmente. —Tiró del caballo para llevarlo a su cuadra y Elizabeth se alejó de allí con paso lento.

Capítulo 45



Los dos días siguientes Elizabeth intentó pasar tiempo con su esposo y Dougal se esforzó mucho en que eso no sucediera. Desde el momento en que le confesó sus sentimientos el escocés perdió las fuerzas para enfrentarse a ello. Elizabeth se lo había dejado muy claro, quería a William y no importaba que él no sintiera lo mismo. Era algo que él podía entender, se había casado con ella sabiendo que no lo amaba con la esperanza de que algún día… ¿Por qué con el inglés tenía que ser diferente? William aprendería a amarla. Era demasiado fácil hacerlo para que pudiese resistirse. Así que, de pronto, su plan cayó como un castillo de naipes, no tenía sentido obligarla a soportar su presencia y se convirtió en gota de agua, escurriéndose de su lado cada vez que ella se acercaba.

Y una mañana de principios de noviembre, William Bertram llamó a la puerta del castillo de los McEntrie. Cuatro días antes de la fecha que había adelantado en su carta. Elizabeth lo miraba con el corazón latiendo acelerado y expresión desconcertada. Desvió la vista hasta el carruaje, los caballos parecían agotados.

—He llegado antes de lo previsto — dijo él con aquella sonrisa que a ella encandilaba.

—Has debido correr mucho.

—Salí antes de lo esperado — confesó —, pero sí, hemos corrido bastante.

Uno de los mozos de cuadra se acercó para ayudar al cochero a desenganchar a los animales y William entró en la casa. Elizabeth se mordió el labio retorciéndose las manos nerviosas. No era así cómo deberían haber sucedido las cosas, ella tendría que estar en el castillo de los MacDonald.

—Fui a la dirección que me dio Meredith y allí me dijeron que estabas aquí. — William frunció el ceño mostrando su desconcierto.

—Vayamos al salón —pidió Elizabeth consciente de que allí podían escucharles los criados y era una conversación que no admitía testigos.

—¿Casados? —El rostro de William mostraba sorpresa y decepción a partes iguales —. Meredith no me habló de…

—Ella no lo sabe. Nadie lo sabe en Inglaterra. — Espero, se dijo.

—Pero… Lo siento, sé que debería felicitarte, pero… ¿Leíste mi carta?

—Sé lo que dices en ella.

William frunció el ceño, ¿eso era un sí?

—Sentémonos, William, te lo contaré todo.

Él buscó un lugar a su alrededor y escogió el sofá que tenía más cerca. Necesitaba escuchar lo que fuese y esperaba que la explicación aliviase en algo lo ridículo que se sentía. Elizabeth habló con total sinceridad sobre los motivos que la llevaron a proponerle la idea de matrimonio a Dougal. En ningún momento mencionó los sentimientos del escocés por ella, de manera que William dio por hecho que se trataba de un matrimonio de conveniencia que ni siquiera había sido consumado.

—Entonces… ¿Estás diciéndome que podría anularse? Quiero decir, ¿tú querrías anularlo para casarte conmigo?

Elizabeth respiraba profundamente, demasiado profundamente y un ligero mareo la hizo llevarse el dorso de la mano a la frente.

—El reverendo Campbell fue quien nos casó y se encuentra de viaje en Londres. Volverá en unos días.

—Entiendo —asintió—. Es más fácil que sea él mismo el que solicite la anulación.

—Como es una decisión por ambas partes, no será necesario hacerlo público. Simplemente él debe constatar que el matrimonio no se produjo en realidad.

William frunció el ceño un poco más.

—Caillen te lo explicará si quieres, él es el que entiende de leyes.

—¿Caillen?

—Es uno de los hermanos de Dougal.

—Ah. Y ese Dougal del que tanto me han hablado… ¿Voy a conocerlo?

—Esta es su casa, así que… — ¿Por qué no dejaban de temblarle las manos?

William estaba allí, delante de ella. Hacía mucho desde la última vez que se vieron. ¿No debería estar contenta? Había viajado hasta Escocia para pedirle… De repente se dio cuenta de que todavía no le había pedido nada.

—No leí tu carta —dijo—. Sucedió un accidente y no pude, pero sé lo que ponía.

—¿Cómo sabes lo que ponía si no pudiste leerla?

Ella trató de sonreír evitando responder a eso y William no tuvo más remedio que aceptarlo.

—¿Querrías…? —¿Iba a tener que pedirle que se lo dijera en persona?

—Claro, debería… —Miró a su alrededor y finalmente se puso de pie acercándose a ella —. ¿Me arrodillo?

Elizabeth se puso de pie nerviosa.

—No creo que haga falta.

William asintió y carraspeó repentinamente inquieto. La carta le parecía el modo más… cómodo de hacer aquello. Pero estaba claro que iba a tener que recurrir a la fórmula clásica.

—Elizabeth… —Cogió una de sus manos y la miró a los ojos —. He pensado mucho todo este tiempo. Entiendo que me rechazaras la primera vez, fue una sorpresa para ti. Lo fue incluso

para mí… —Sonrió nervioso—. La cuestión es que en este tiempo tú no…

Se dio cuenta de que las cosas habían cambiado. Cuando pensó en proponerle matrimonio ella era una mujer de treinta años sin compromiso y sin visos de tenerlo. Ahora era una mujer casada. En un matrimonio bastante raro, es cierto, pero casada. Su discurso debía cambiar.

—Quiero tener una familia —dijo y soltó su mano. Era su amiga y como tal le hablaría—. No puedo ofrecerte amor, aún no, pero conozco tus cualidades y sé que algún día, sucederá. Estoy seguro. —Hizo una pausa—. Lo que sí puedo darte es estabilidad, mi amistad y mi cariño. Seré un buen marido y un buen padre. Todo lo mío será tuyo. —Sonrió con complicidad—. Te prometo que visitaremos a los Wharton a menudo. Alexander y Edward nos han ofrecido su casa para cuando viajemos a Londres. No se me ocurre una unión mejor para nosotros, ¿no crees?

La puerta se abrió en ese momento y apareció Dougal con signos de haber corrido.

—Dougal… —Elizabeth lo miró sorprendida, pero enseguida se recuperó—. Este es…

—William Bertram, lo sé —dijo avanzando hasta él. Le tendió la mano—. Soy Dougal McEntrie, el marido de Elizabeth.

William le estrechó la mano con expresión desconcertada.

—Ha llegado antes de tiempo —dijo el escocés con rudeza—. Sus caballos están agotados.

—Sí, reconozco que me impacienté un poco.

—Lo imagino. ¿Ya le ha contado Elizabeth la situación? Nuestro matrimonio no ha sido consumado, le doy mi palabra.

—Lo sé. No me hace falta confirmación, confío plenamente en Elizabeth.

—Bien. Se alojará aquí —dijo más como una orden que como un ofrecimiento—. No tiene sentido que se hospede en una posada, aquí tenemos habitaciones de sobra. Tendrán que esperar a que regrese el reverendo Campbell.

—También lo sé.

—Siéntase como en su casa. —Miró a Elizabeth y la saludó con una ligera inclinación de cabeza para después salir del salón tan rápido como había entrado.

William miró a su amiga con ojos inquisitivos.

—Menudo personaje es Dougal McEntrie.

Ella no dijo nada. Se sentó en el sofá con la mirada fija en la punta de sus dedos.

Capítulo 46



—¡Traigan más agua! —pidió la partera desde lo alto de la escalera.

—¡Más agua! —gritó Alexander al aire esperando que lo escuchara alguien más útil que él. Porque para lo único que estaba sirviendo era para pisotear el suelo con sus zapatos.

—Voy yo —dijo Frederick.

Edward vertió un dedo de *whisky* en un vaso y se lo llevó a su amigo.

—Te hace falta.

—Ya lo creo que sí. —Dio un largo trago.

—Todo va a salir bien —dijo Edward —, ya has oído al médico.

Alexander asintió, pero su rostro contraído no decía lo mismo.

—Son gemelos… —musitó—. Gemelos, Edward.

—Tu madre tuvo gemelas —le recordó su padre.

—Lo sé.

—Katherine es fuerte, podrá con esto, hijo mío. — El duque le dio una palmada en el hombro y fue a sentarse junto a la ventana.

Frederick regresó con ellos mientras que dos criadas subían con sendos cubos de agua caliente. Y Alexander miró al barón con exagerada admiración.

—¡Cinco veces! —exclamó—. ¡Cinco veces pasó por esto!

—Y no, muchacho, no mejora en absoluto — respondió su suegro sonriendo —. Estar aquí esperando es un suplicio.

Enid miró a su hermana con expresión interrogadora, le había hecho una pregunta y Marianne no parecía dispuesta a responder. Se levantó del sillón, la cogió de la mano y la arrastró fuera de aquella sala.

—¿Qué haces? —preguntó Marianne sin resistirse.

—Vamos a hablar a un sitio en el que pueda decirte lo que pienso de ti.

—Ya sé lo que piensas de mí.

Entraron en otro de los salones y Enid cerró la puerta antes de volverse a mirarla.

—No oiremos cuando haya terminado — advirtió Marianne.

—Te aseguro que lo oiremos igual que oímos sus gritos. Hay que ver los pulmones que tiene Katherine.

—No creo que tener un hijo sea agradable — dijo Marianne sentándose en el sofá con evidente aburrimiento.

Su hermana se sentó a su lado y la miró con fijeza.

—Desembucha.

—No tengo nada que decir.

—¿Quieres que te arranque ese bonito tirabuzón que te ha hecho Emma? — advirtió Enid con una sonrisa perversa.

Marianne apretó los labios retándola con la mirada.

—No tenemos diez años —recordó Enid —. ¿Quieres dejar de hacerte la interesante y decirme qué te dijo Harvey?

—No es asunto tuyo.

—¿Qué? —Abrió la boca incrédula —. ¡Si te vas a ir a vivir a la India sí es asunto mío!

Su hermana desvió la mirada y Enid se puso de pie furiosa.

—¡Vas a irte!

—Enid…

—Eres una sabandija, una traidora. ¿Cómo puedes abandonarme así?

—No te abandono, soy yo la que se va, tú te quedarás en casa, con papá y mamá… O podrías venirte aquí, con Katherine y Alexander. Necesitarán ayuda con los gemelos…

Enid la miraba como si se hubiese vuelto loca. O como si ella se estuviera volviendo loca.

—¿Quedarme aquí? ¿Vivir con papá y mamá yo sola? ¿Tan poco me quieres? — Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Quieres venir con nosotros? — Marianne la cogió de las manos y sus ojos también comenzaron a lagrimear —. ¿Quieres, Enid? Me gustaría mu…

—¡Antes muerta! Si rechacé a Harvey fue por no tener que vivir en…

—No lo rechazaste —aclaró Marianne —, nunca te lo pidió.

—Serás.

—Enid… —La llevó hasta el sofá y se sentó a su lado —. Escucha, hermanita, esto tenía que suceder. Creímos que serías tú, pero una u otra iba a casarse primero.

—No. Las dos a la vez.

—Eso no ha podido ser. Tú no quieres a nadie.

—¿Y por qué tú sí? —dijo con un mohín lastimero mientras las lágrimas caían a borbotones de sus ojos —. Marianne, ¿qué voy a hacer sin ti? Mamá estará todo el tiempo pendiente de mí, querrá encontrarme un marido… Será horrible.

—Tienes a Harriet y a Elinor.

—Harriet solo piensa en Joseph. Y… ¿Elinor? Ella es peor, porque además de Henry están las fábricas, los trabajadores, los derechos de las mujeres… — Negó con la cabeza —. Siempre hemos sido tú y yo, Marianne. Siempre tú y yo.

Su hermana la abrazó llorando también. Sentía algo muy parecido a lo que sentía Enid. Ella amaba a Harvey y le ilusionaba la idea de viajar a un país extranjero, con otra cultura y otra

historia, pero estaba muy unida a su hermana, más que a nadie en el mundo y la idea de separarse de ella se le hacía insoportable.

—¿Qué hago, Enid? No puedo dejar de quererle. — Sollozó.

El llanto de su hermana arreció al escucharla, que se lo plantease siquiera la llenaba de tristeza y de amor. La abrazó más fuerte y lloraron hasta que los gritos de Katherine cesaron. La primera de las gemelas nació a las cinco y cinco de la tarde.

—Es preciosa —decía Emma sosteniéndola en sus brazos —. Es igualita que Andrew.

Katherine la miraba embelesada. Una niña, su preciosa hijita.

—Aquí llega la otra —anunció el médico —. Por suerte no se ha dado la vuelta. Será rápido esta vez.

Katherine se agarró con una mano a su madre y con la otra a su suegra y empujó al tiempo que gritaba como una posesa.

—No te asustes, pequeñina, tu mamá siempre ha sido un poco escandalosa — dijo Emma sonriéndole a la pequeña.

—¿Escandalosa? No pienso volver a tener hijos. Desde hoy Alexander dormirá en… ¡Aaaaaaaaaah!

La tercera hija de los condes de Greenwood, Charlotte, nació a las cinco y treinta y cinco de la tarde, media hora de diferencia con su hermana Maddison.

—Tenías los nombres preparados — dijo Sophie sonriente.

—Sabía que serían dos niñas. — Katherine acariciaba los deditos de Maddison mientras la pequeña trataba de aferrarse a su teta —. Lo supe desde el primer momento.

—Y te has encargado de torturar a mi pobre hijo durante todo el embarazo — dijo su suegra sin acritud.

—Él tiene la culpa de esto.

Emma soltó una carcajada.

—Claro, tú no has hecho nada.

—Eso no tiene nada que ver.

—Yo creo que sí. ¿Qué opinas, mamá? ¡Mamá! ¿Por qué lloras?

Meredith miraba a sus dos hijas sosteniendo a los bebes y una enorme felicidad la embargó. Nunca imaginó que su vida sería tan plena y feliz. Los días que pasó en Escocia en el castillo de los MacDonald, le hicieron vislumbrar lo que podría haber sido su vida en otras circunstancias. Cuando conoció a Frederick, un barón, siendo ella una mera institutriz, llegó a pensar que su origen era una desgracia. Si sus padres hubiesen tenido título o dinero, su vida habría sido más fácil. Eso pensaba. Se limpió las lágrimas y sonrió.

—Soy muy feliz, hijas, muy feliz.

—¡Oh, mamá! Si lloras me harás llorar a mí también — dijo Katherine con los ojos anegados en lágrimas —. Yo también soy muy feliz. ¿Sophie, podrías decirle a Alexander que venga? Y dejadnos a solas un momento, por favor, tengo que pedirle perdón…

—Deja que los hombres se fumen un puro tranquilamente — dijo la duquesa cogiendo a Maddison para que Emma colocase a Charlotte y estimular la otra teta —, es una tradición de la familia. Apestosa, pero tradición. Mi hijo no necesita que le pidas perdón, te quiere demasiado, niña, ya lo has visto cuando ha subido antes, lo único que él necesita es que tú seas feliz. Y no llores tanto, no vas a poder hacer leche si no tienes con qué.

—En mis tiempos las damas no daban de mamar — dijo Meredith sentándose en la cama con su nieta en los brazos —. Estaba mal visto.

—Desde luego —corroboró la duquesa —. Éramos muy tontas.

—Ahora también lo está —dijo Emma animando a la pequeña —. Si vierais la cara que puso *lady* Allaway cuando supo que había amamantado a Robert…

—¿Podemos entrar? —Enid asomó la cabeza por la puerta con los ojos cerrados —. ¿Ya no hay sangre?

—Entrad, niñas —animó su madre—. Mirad a estas dos preciosas criaturas.

Las gemelas entraron a saludar a sus sobrinas y miraron para otro lado para no ver el pecho de Katherine.

—No seáis tontas —dijo su madre —, no tiene nada que vosotras no tengáis. ¿Y qué os pasa en los ojos? ¿Habéis llorado?

—Un poco —reconoció Marianne.

—¿Un poco? —Emma sonrió—. Tenéis los ojos como tomates. ¿Es porque Marianne se marcha a la India?

—¡Emma! —La regañó Katherine—. Ya están llorando otra vez.

—¡Oh, pobrecitas! —exclamó Meredith compasiva —. Toma, Sophie, coge a Maddison. Venid aquí, muchachas. Pobres niñas, no lloréis, seguro que os esperan grandes cosas, ya lo veréis, esto solo es el inicio de vuestras aventuras.

—De las aventuras de Marianne, querrá decir. — Se lamentó Enid —. Yo voy a quedarme sola.

—¿Sola? ¡Por supuesto que no! Está Harriet, y Elinor…

Los sollozos de Enid arreciaron y Emma sonrió con buen humor.

—La vida que no se detiene — murmuró para sí.

Capítulo 47



Harriet entró en el dormitorio y lanzó los zapatos lejos de sus pies.

—Estoy muerta —dijo tirándose encima de la cama.

Joseph dejó el libro que sostenía en las manos y la miró risueño.

—¿Cansada?

—Elinor es imparable. Me ha hecho ir a una reunión de esas a las que ella asiste y después hemos tomado el té con sus amigas, que también organizaban una charla y luego…

—Me hago una idea —la cortó al tiempo que extendía los brazos.

Ella corrió a guarecerse en ellos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Espero que Katherine y los pequeños estén bien.

—Mañana los veremos —dijo él, empezando a quitarle las horquillas del pelo —. Harvey y Bethany se quedarán a cargo de todo.

—Pronto no podrás contar con él — dijo cerrando los ojos para disfrutar del masaje que había empezado a hacerle en la cabeza.

—Lo sé. Aunque los duques no están muy contentos con la idea de una boda rápida. — La hizo recostarse sobre sus piernas para poder seguir masajeándole la cabeza más cómodamente.

—Habría sido maravilloso que esperaran a la primavera, a Elinor le habría encantado que se celebrasen las dos bodas juntas.

—El puesto de Harvey es de incorporación inmediata.

—Lo sé. —Abrió los ojos y lo miró sonriente —. No me puedo creer que Marianne vaya a casarse con Harvey. Y menos aún que se case antes de Enid. Nunca lo habría dicho.

—Pues Harvey está feliz con ella.

Harriet se incorporó para cambiarse.

—Yo también lo estoy, no digo lo contrario, es solo que siempre creímos que Enid se casaría primero. Pobre Enid, va a estar muy triste sin Marianne.

—Son gemelas.

Harriet asintió al tiempo que dejaba caer el vestido al suelo.

—Tendrás que buscar ayuda — dijo recogiéndolo y colocándolo sobre una silla —. Bethany no puede cargar con todo cuando tú no estás.

—¿Bethany? ¿Es que tú no piensas ayudarla?

Harriet se quitó las pocas joyas que llevaba y las depositó en una cajita.

—Claro.

Joseph frunció el ceño, ese «claro» le había sonado raro. Apartó la ropa de cama y se levantó para ir hasta ella. La agarró de un brazo y le dio la vuelta para mirarla. Harriet tenía la mirada baja y eso lo puso nervioso. Le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada.

—Harriet, no me asustes, ¿qué pasa?

Ella bufó molesta.

—¿Por qué no puedo esconderte nada? Elinor lo ha dicho, no lo engañarás, es demasiado listo. — Se soltó de su agarre y le dio la espalda para que le desatara el corsé.

—Si sabes que me lo vas a contar, ¿para qué darle tantas vueltas? ¿Qué has hecho? ¿Has comprado el caballo que…?

—He ido a ver al médico esta tarde.

La mano de Joseph quedó suspendida en el aire con el cordón del corsé entre los dedos.

—¿Al médico? —Un sudor frío recorrió su espalda.

—No tenías que saberlo porque no iba a ser nada. — Movió el corsé hasta que se aflojó y dejó que se deslizase hacia abajo para quitárselo —. Iríamos, me diría que eran imaginaciones mías y todos tan contentos. Pero no, tenía que estar embarazada. Ahora, en el momento más inoportuno. Aunque no se me ocurre cuál podría ser el momento oportuno, la verdad, porque me apetece muy poco engordar como una ballena y tener una criatura que será más importante para ti que yo…

Se había desnudado y puesto el camisón sin que su marido se lo impidiese y se volvió a mirarlo sorprendida.

—¿Tan pronto he dejado de interesarte? Nunca me…

Joseph estaba boquiabierto y sus ojos eran la esencia misma del terror.

—Cariño, ¿qué te ocurre?

—¿Estás… embarazada?

Ella asintió y la habitación comenzó a dar vueltas. El pirata llegó hasta la cama, no supo cómo, y se sentó tembloroso.

—Embarazada —susurró—. Está embarazada.

Harriet se sentó a su lado con los hombros caídos y la mirada escapando por la ventana.

—Veo que la noticia te alegra tanto como a mí.

—Embarazada.

Harriet empezaba a enfadarse.

—No me parece una reacción muy halagadora — dijo.

Joseph dejó escapar el aire de golpe con la misma expresión aterrada.

—Voy a ser padre.

—Para eso falta un poco. Primero tengo que engordar doscientas libras, se me hincharán las piernas como columnas jónicas y al final, en medio de unos terribles dolores, expulsaré de mi cuerpo a tu hijo para que puedas ser padre.

—Harriet… —susurró él visiblemente asustado —. No puedo ser padre, aún no. No estoy preparado.

—¿Que no estás…? —Lo miró boquiabierta —. ¡Lo que me faltaba!

Se puso de pie y lo miró con las manos en la cintura y los largos rizos rojos cayendo en cascada a ambos lados de su rostro.

—¡Ni se te ocurra entrar en pánico!

—Vas a ser un padre fabuloso y yo seré la mejor madre del mundo.

—No puede ser —siguió él al tiempo que negaba con la cabeza sin parar —. He sido pirata, ¿cómo voy a ser padre? No tengo ni idea de lo que tiene que hacer un padre. El mío fue un desastre, el peor padre de la historia. No sabré qué hacer, no tengo…

Harriet le cogió la cara entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Este niño será la criatura más querida del mundo. Lo cuidaremos, lo protegeremos y lo haremos feliz. Nunca le contaremos que fuimos piratas, eso no, solo falta que se parezca un poco a mí, irá corriendo en busca de aventuras… ¿Por qué sonríes?

—Tú nunca has sido pirata — dijo cogiéndola por la cintura y colocándola entre sus piernas abiertas.

Harriet entornó los ojos.

—¿Ya estás como Dougal? ¿Te recuerdo que yo…? Espera un momento. — Trató de empujarlo para separarse, pero era mucho más fuerte que ella y la tenía bien agarrada por las nalgas —. ¡Serás…!

—Sabía que ibas al médico, me lo contó Elinor.

—¡Maldita traidora! ¡Suéltame ahora mismo! — ordenó.

—La culpa es tuya por portarte tan mal con tu marido.

—¿Qué yo me he portado mal?

—Ibas a ocultármelo.

—No quería preocuparte sin necesidad — dijo, aún forcejeando con él.

Joseph la levantó del suelo y la tiró sobre la cama inmovilizándola con su cuerpo.

—Tenemos que aprovechar estos meses antes de que nazca el bebé. Después él será tu prioridad.

—Querrás decir la tuya —dijo ella retorciéndose.

—Sabes que haciendo eso me excitas mucho más, ¿verdad?

—Déjame las manos libres y te quitaré la excitación rápido.

—Me lanzarías por encima de tu cabeza.

—Puedes jurarlo.

—Se me ocurren maneras más placenteras de someter a alguien — dijo y sujetando sus brazos con una mano utilizó la otra para liberar su erección y situarse en la placentera entrada.

—Pagarás cara esta bromita tuya — lo amenazó.

Joseph sonrió antes de penetrarla de una estocada. Una vez dentro se quedó quieto sin dejar de mirarla.

—¿Sabes cuánto te quiero? Tener un hijo tuyo es el mayor regalo que puedas hacerme. Ojalá sea una niña y se parezca a ti.

—De eso nada —dijo ella rodeándole la cintura con las piernas —, la malcriarías y se parecería a mí.

Salió y volvió a entrar con la misma fiereza. Harriet echó la cabeza atrás notando el temblor de su sexo. Tenía el poder de dominarla, de hacerla sentir casi al instante. Era un don, estaba segura, algo mágico. En cuanto entraba en ella su cuerpo respondía con llamaradas que anticipaban el placer. A veces la mantenía en una meseta constante, sin llegar al clímax, pero sin que mermaran sus sensaciones. Una noche la tuvo así durante una hora entera, sin parar. Subiendo y bajando en una imparable excitación. Otras, como aquella, la penetraba de repente y su cuerpo se aceleraba solo, como si tocara un secreto resorte que la llevaba directa a la cumbre.

—Ahora… —susurró él cerca de su boca.

Y Harriet se convulsionó en oleadas apretando su miembro con tal fuerza que lo exprimió hasta dejarlo seco. Se quedó dentro de ella y ninguno de los dos se movió. Solo se miraron, intensa y silenciosamente. Y después de no se sabe cuánto tiempo, ella bajó las piernas y él se echó a su lado.

—Vamos a ser padres —musitó Harriet. Giró la cabeza para mirarlo —. Por Dios, no digas nada mañana o mi familia se volverá loca.

Joseph cogió su mano y se la llevó a los labios para besarla.

* * *

—¡Mi pequeña va a ser madre! — Meredith le cogía la cara y la miraba con lágrimas en los ojos.

Harriet buscó a su alrededor hasta localizar a la pérfida de Elinor que trataba de ocultarse detrás de Henry. Iba a matarla, en cuanto pudiese quedarse a solas con ella, iba a matarla.

—Es muy pronto aún —dijo intentando sonreír.

—Estamos muy contentos —dijo Joseph para neutralizar su falta de entusiasmo.

—Quiero ver a mis sobrinas — dijo Harriet caminando hacia las escaleras.

Enid se unió a ella y la cogió de la cintura.

—Vas a ser madre —musitó—. Dios Santo, me siento como un bicho raro.

—Ojalá me sintiese yo así — dijo para sí.

Las gemelas consiguieron que se olvidara un momento de su situación, pero enseguida sus hermanas mayores empezaron a hablar de cosas de embarazadas y la espantaron. En el pasillo se encontró con Caroline que acababa de llegar y puso a Scarlett en sus brazos.

—Sujétamela mientras veo a las gemelas, por favor. Así vas practicando. — Sonrió malévola y Harriet puso los ojos en blanco.

Bajó las escaleras y encontró a las abuelas en un rincón del salón y a los hombres bebiendo y charlando de sus cosas.

—¿Entonces no te reincorporas al ejército? — preguntó Alexander a James después de entregarle su copa.

—Al parecer no. No quiero morir lejos de mi familia. En un momento todo puede acabar y ahora tengo dos grandísimos motivos para no arriesgarme.

—Bien hecho. Brindo por ello — dijo Edward levantando su copa.

—Toma, James, esto es tuyo. — Harriet le entregó a su hija y salió del salón en busca de su hermana pequeña con la que seguía teniendo un asunto pendiente.

Después de buscar por todas partes sin éxito volvió a subir a la habitación de la parturienta y allí estaba, ella y las demás Wharton, además de las cuatro gemelas y los dos pequeños hombrecitos de la familia.

—Ojalá las cartas llegasen más rápido — decía Emma —. Quiero tener noticias suyas más a menudo.

—Sobre todo ahora que William ha ido a verla — añadió Caroline.

Harriet frunció el ceño con desagrado, pero se abstuvo de decir nada.

—¿Entonces James no se reincorpora al ejército? — preguntó Katherine.

Harriet puso los ojos en blanco.

—Nos pasó una cosa muy extraña — dijo Caroline dejando a la pequeña Maddison en los brazos de su madre —. Cuando ocurrió el accidente en la mina me di cuenta de que donde está el cuerpo está el peligro y que si lo obligaba a quedarse y llevar una vida que no era la que él quería, podría morir igual y lo haría siendo infeliz. Así que esa noche hablé con él y le dije que lo entendía y que quería que se incorporase de nuevo. — Sonrió al tiempo que se encogía de hombros —. Y entonces él me dijo que ya había tomado la decisión y que no quería ir a ninguna parte. Que la vida es muy corta y el tiempo que tenga quiere pasarlo a nuestro lado.

—Hombres —dijo Elinor—, luego dicen que nosotras somos complicadas.

—¿Nosotras? —Katherine movió la cabeza incrédula —. No hay nada más sencillo que una mujer. Solo tienen que querernos.

—Así es —dijo Caroline convencida.

Emma se abstuvo de opinar, pero no estaba de acuerdo con sus hermanas. Sí que eran complicadas, muy complicadas, y admiraba la paciencia y la entereza de sus hombres por tratar de entenderlas cuando ellas no querían dejarse entender. Le dio un beso en la cabeza al pequeño Robert y lo hizo trotar en sus rodillas.

—Elinor —dijo Enid—, ¿no te gustaría celebrar la boda en Londres? Podrías retrasarla un poco y hacerla coincidir con la temporada social.

—Ni se os ocurra retrasarla — advirtió Joseph mirando a Henry —. Y mucho cuidado con lo que hacéis durante la espera, ya ves lo fácil que resulta tener una… sorpresa.

Henry miró al barón con cara de susto.

—¿De qué hablas, Joseph? No están casados, así que no hay nada de lo que preocuparse. ¿Verdad, Henry? — preguntó con expresión siniestra.

—Desde luego que no, señor.

Edward y Alexander se habían apartado un poco del resto y miraban por la ventana.

—Voy a publicar el libro de Emma — susurró Edward.

—¿Qué? —Su amigo lo miró asustado —. ¡No!

El otro lo miró con el ceño fruncido.

—¿Es que no has aprendido nada de lo sucedido este año? — preguntó Alexander —. A las mujeres no hay que sorprenderlas, hay que fingir que las sorprendemos, pero en realidad debemos saber de antemano lo que quieren antes de sorprenderlas con ello.

—¿Y no eso lo que digo? Emma quiere publicar su libro.

—No, no quiere. Antes quería, pero ahora no.

—Claro que quiere, lo que pasa es que piensa que yo no quiero.

Su amigo lo miró con ironía.

—¿Crees que eso importaría algo?

Edward enarcó las cejas.

—¿Tú crees que no?

—Ay, amigo mío, claro que no. Emma no quiere publicarlo, lo dijo bien claro. No metas la pata otra vez.

—Lo hago por él. —Emma dejó a Robert en el suelo junto a su primo Andrew y miró a sus hermanas —. Quiero que esté tranquilo y si para ello debo esperar, esperaré. No tengo prisa.

—Lo hacemos todo por amor — dijo Caroline y todas asintieron.

—¿Sabéis con quién me estoy carteando? — Emma se sacó un papel del bolsillo y se lo mostró una a una.

—Jane Austen —leyó Katherine—. ¿Quién es?

—No puedo decíroslo, pero debéis saber que es una persona a la que admiro muchísimo y con la que comparto mi gran pasión.

—¿Es la autora de *Sentido y Sensibilidad*?

—¡Caroline! —exclamó Emma con cara de susto —. ¿Cómo lo…?

—¿Una persona a la que admiras muchísimo y con la que compartes tu gran pasión? Chica, habría que ser lerda para no saberlo.

—Yo no lo sabía —dijo Katherine.

—Yo tampoco —dijeron las demás.

—Mmmm. —Caroline se encogió de hombros.

—No podéis decírselo a nadie — pidió Emma —. No debería haberla mencionado, me siento fatal.

—Eso demuestra que esta clase de secretos son muy difíciles de mantener — mencionó Katherine.

—Siempre estuviste de parte de Edward. — Emma la miró entornando los ojos.

—Pero él nunca lo sabrá. —Su hermana sonrió inocente.

Elinor salió del dormitorio y Harriet fue tras ella.

—¡Tú, sucia traidora! —La llamó en el pasillo —. ¿Cómo pudiste…?

—¿Decirle a Joseph, mi cuñado, que su esposa, mi hermana, iba a ir al médico porque creía que estaba embarazada o le pasaba algo malo? — Enarcó las cejas —. No sé cómo se me pudo ocurrir decírselo. Debo estar volviéndome loca.

—Eres…

—Tú eres.

Harriet abrió la boca de repente y sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas.

—¡No se lo dijiste tú!

La otra puso cara de susto.

—Fue ese… ¡Maldito Henry! ¡Lo estabas protegiendo! ¡Los dos lo hacíais!

—No te enfades, Harriet —suplicó su hermana cogiéndola de las manos —, lo hizo sin maldad, pensaba que él lo sabía.

—¿Por qué se lo contaste?

—Voy a casarme con él, no tenemos secretos.

—No era tu secreto, era el mío.

—No le castigues, por favor.

Harriet apretó los labios sopesando sus opciones.

—¿Es que no estás contenta? — preguntó Elinor empezando a preocuparse.

—No. Sí. Bueno, no sé cómo estoy. — Suspiró y miró un momento hacia la habitación de Katherine —. Me abruma todo eso.

—Lo entiendo. A mí también.

—Hace un año solo pensaba en tener aventuras — dijo Harriet con cierta tristeza.

—¿Y te parece poca aventura traer un hijo al mundo? Si lo piensas bien, es una gran hazaña.

Escucharon las risas de sus hermanas ante las palabras ininteligibles de los pequeños y sonrieron.

—Lo cierto es que son maravillosos — dijo Harriet.

—Lo son. ¿Y las gemelas? Nunca había visto unas cositas más preciosas.

Se abrazaron.

—Todo saldrá bien —susurró Elinor con emoción —. Ojalá sea una niña y se parezca a ti.

Harriet se apartó y la miró severa.

—Qué empeño tenéis todos por sustituirme.

—Tú eres insustituible, hermanita.

—Me alegra que lo sepas. —Sonrió —. Y tú pronto estarás casada. La que no iba a casarse nunca. ¡Y con Henry!

Elinor asintió.

—Lo quiero con locura, Harriet. No puedo ni imaginar lo triste que habría sido mi vida sin él.

La pelirroja la cogió por los hombros y juntas caminaron hacia las escaleras.

—Tenemos que cuidar de Enid. Cuando Marianne se marche se va a quedar muy triste.

—Yo estaría desolada si tú te fueras para siempre, y nosotras no somos gemelas.

Capítulo 48



—Es un paisaje magnífico —dijo William cuando se detuvieron frente a los acantilados.

—Lo es —afirmó Elizabeth mirando hacia la playa con un revoltijo en el estómago.

Se giró a mirar el árbol por el que pasaron la cuerda que Dougal usó para descender por la escarpada pared de roca.

—Blumdell es muy diferente — explicó William —. Reconozco que al principio me costó habituarme a los colores ocres y al brillo del sol. Echaba de menos el verde intenso de nuestra campiña y las tardes de lluvia… Pero acabas acostumbrándote.

Elizabeth sonrió tratando de mostrarse amable.

—Sé que para ti es difícil aceptar la idea de la esclavitud, pero te aseguro que nuestros esclavos nunca sentirán la opresión de unas cadenas. Jamás permito que se utilice el castigo físico.

Ella lo miró horrorizada ante tal posibilidad y William desvió la mirada.

—Habrá cosas en aquella forma de vida que no te gustarán, no todos los vecinos son de mi mismo parecer. Algunos piensan que sus esclavos son como niños y que si no los castigas se aprovechan de ti. — La miró encogiéndose de hombros —. He de decir que en parte tienen razón y que algunos de ellos no te respetan cuando eres blando como yo, pero cada uno debe vivir según su conciencia y la mía no me permite hacer según qué cosas.

—Me alegra oírlo —musitó ella.

—Me gustaría ver esos purasangre de los que tanto me has hablado desde que llegué.

Elizabeth sonrió e inició el paseo hacia las caballerizas.

—Es curioso que todos los hermanos se dediquen al negocio familiar. Se ve que es una familia muy bien avenida.

—Sí, aunque Dougal estuvo fuera unos años.

—Ya, cuando trabajó con Joseph Burford, el esposo de Harriet. Cómo han cambiado las cosas en la familia Wharton, ¿verdad? Elinor a punto de casarse también.

—Sí, en primavera.

—No quieren celebrar la boda sin que tú estés presente. Deberías avisarles de que no vas a poder asistir.

Ella se detuvo y lo miró sorprendida.

—No puedo quedarme tanto tiempo. Mi idea es que nos casemos enseguida y partir antes de Navidad.

—Pero… Elinor va a casarse y yo tengo un compromiso aquí, no puedo irme. Quizá puedas irte tú y yo iré después.

—Esto no es asunto tuyo, Elizabeth. Perdóname que te lo diga, pero la baronesa no puede anteponer sus deseos a los tuyos.

Ella lo miró molesta.

—No hizo tal cosa, ella era necesaria y yo podía sustituirla. Que pensara en mí para ello demuestra en la estima que me tiene. No me gusta que lo plantees como una cuestión de interés egoísta porque no es así.

—A veces los demás dan por hecho cosas sobre nosotros sin tenernos en cuenta. No digo que a la baronesa no le importes, lo que digo es que si hay un motivo para que tú no puedas quedarte debería ser tan valorado como el que tuvo ella para irse.

Estaba claro que a Elizabeth no le gustaba nada su planteamiento y no iba a dar su brazo a torcer.

—Está bien, si es lo que quieres, lo aceptaré — dijo conciliador, aunque era evidente que le desagradaba la idea —. Quiero que te sientas cómoda, Elizabeth y me amoldaré a tus deseos. Pero me habría hecho ilusión que volviésemos juntos. Además, el viaje es largo y pesado y me preocupa la idea de que lo hagas sola.

—Deja que me lo piense —pidió.

—Por supuesto.

Siguieron caminando hasta que William le ofreció su brazo para que se agarrara a él. Elizabeth sonrió con timidez y aceptó el gesto. Cuántas veces había soñado con caminar de su brazo, con convertirse en la señora Bertram… Sonrió más ampliamente y él la miró satisfecho.

—Me gusta verte sonreír. He recordado tu sonrisa muchas veces deseando volver a verla.

—¿Qué pasó con la señorita Sawyer? — preguntó sin recato.

—Oh, eso —desvió la mirada con timidez —. Tiene demasiado desparpajo para mi gusto. Y se preocupa por cosas superfluas y absurdas.

—Pero es guapa. —Sonrió.

—Muy guapa. —Miró a su alrededor reflexivo —. Lo cierto es que yo le parezco aburrido.

—¿A la señorita Sawyer?

William asintió.

—Me preguntó cuántos años tenía y cuando se lo dije me soltó: pensaba que era usted de la edad de mi padre porque se comporta como él.

Elizabeth no pudo evitar soltar una carcajada, pero rápidamente contuvo su risa y trató de poner cara seria.

—Puedes reírte, me lo merezco. La verdad es que dañó un poco mi autoestima, aunque te prometo que no siento el menor interés por esa señorita. Si me acerqué a ella fue por mi firme propósito de formar una familia. Pero me di cuenta de que estaba siendo un estúpido, había ido a

un país extraño a buscar a una mujer con la que formar esa familia, cuando tenía a la candidata perfecta para mí al alcance de mi mano. Alguien con quien charlar, con quién compartir el día a día, alguien a quien conozco y me conoce. Sin sorpresas y sobresaltos. — Sonrió.

Elizabeth lo miró un momento antes de volver a fijar la vista en el camino.

—No te gustaría…

—¿El qué? —La animó él.

—Si Seo-jeon no hubiese muerto, ¿te habría gustado casarte con ella?

El rostro de William se transformó al escuchar ese nombre y apartó la mirada fijándola en el horizonte.

—No me gusta hablar de eso.

—¿Por qué? Somos amigos, podemos hablar de cualquier cosa.

—Pero eso… no.

Elizabeth recordó cuando Dougal le habló de Nuna y de todo lo que le había sucedido.

—Está bien —aceptó.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a las caballerizas. Lachlan estaba entrenando a uno de los potros y lo paseaba caminando a su lado. Los dos se acercaron a la valla para observar un rato.

—Lo siento —dijo William—. No quería parecer enfadado. No lo estoy.

—Lo entiendo.

—Me cuesta mucho hablar de ella.

Ella asintió.

—No quiero volver a amar así, Elizabeth.

Un pellizco retorció su corazón, pero no mostró el menor indicio.

—Mañana podríamos salir a montar — dijo William después de un largo silencio.

Elizabeth asintió.

* * *

—Tener esclavos para mí no se diferencia mucho a tener caballos para ustedes — dijo William esa noche durante la cena después de varias preguntas al respecto —. No me malinterpreten, no estoy comparando a personas con animales, de ningún modo, lo que quiero decir es que el hecho de que sus caballos no puedan vivir en libertad no significa que ustedes los maltraten. Yo tampoco maltrato a mis esclavos, los trato como si fueran meros trabajadores a mi servicio. Mis normas son bastante laxas y soy muy criticado por ello.

—Pero aun así —dijo Kenneth—, siguen siendo personas privadas de libertad, no caballos.

—Por supuesto. Ha sido una pésima comparación, discúlpenme.

Elizabeth observaba a Dougal que jugaba con la comida de su plato sin probar bocado.

—Le he mostrado los acantilados a William — dijo.

—Son impresionantes —dijo el susodicho —. Imponen respeto.

—No se acerque a la playa cuando haya luna llena o luna nueva — dijo Dougal sin levantar la mirada —. Es peligroso.

—¿Por las mareas?

—Así es.

—He oído hablar de las mareas vivas — dijo William —. Supongo que todo el mundo por aquí las conoce.

—Aun así te puedes llevar una desagradable sorpresa.

Elizabeth miraba a Dougal con fijeza y William la miraba a ella de soslayo. Estaba claro que la situación no era tan sencilla como habían dado a entender.

—¿Cuándo llegarán esas doncellas, Elizabeth? — preguntó Craig para cambiar de tema.

—El jueves estarán aquí.

—Tom está deseando —se burló Brodie —. Creo que ya le ha echado el ojo a una de las hermanas, la pequeña, creo.

—No debería ilusionarse —dijo Dougal cogiendo su copa de vino —. No van a quedarse mucho por aquí.

Apuró el contenido y se levantó.

—Disculpadme, pero tengo cosas que hacer. Disfrute de la cena, William.

Salió del comedor dejando un silencio correoso detrás de él.

Capítulo 49



Chisholm y Bonnie jugaban a cartas después de cenar y Elizabeth los visitó antes de irse a la cama.

—Mañana ya podrás levantarte y almorzarás en el comedor — dijo con satisfacción.

—Sí, ya estoy bien —dijo el joven sonriendo.

—Bonnie, ¿querrías bajar a cocina y prepararme una infusión que me ayude a dormir? Últimamente no estoy descansando mucho y me irá bien.

—Por supuesto, Elizabeth —dijo poniéndose de pie contenta de poder servirle de algo.

Chisholm adivinó que quería quedarse a solas con él.

—Te irás a Londres con William. Escribiré una carta para mi hermano pidiéndole que te alojen en Harmouth hasta que yo vuelva. Por Bonnie no te preocupes — dijo impidiendo que la interrumpiese —. Volveremos al castillo de los MacDonald pero estaremos juntas. Haré que se aloje en una habitación contigua a la mía y la vigilaré todo el tiempo. Estará bien.

—Pensará que la he abandonado.

—No lo hará, porque yo se lo explicaré todo y le diré que vendrá conmigo cuando me marche.

—¿Por qué se va a ir de aquí?

—Vamos a anular el matrimonio.

—¿Qué? ¿Es por ese William?

—Es complicado y no quiero hablar de ello ahora, solo quería que supieras lo que he pensado y saber si quieres seguir mi consejo antes de dar los pasos pertinentes.

Chisholm se sintió como una rata.

—Sí. Me quiero ir de aquí — musitó.

—Bien. No le digas nada a Bonnie, yo me encargaré de eso.

—De acuerdo. Y ahora, ¿me va a hablar de ese tal William?

* * *

Eran las dos de la madrugada y seguía vestida paseando por su cuarto. Había escrito su carta para Meredith una y otra vez, pero una y otra vez volvía a romperla para empezar de nuevo. Había un pequeño monstruo en su cabeza que le insistía en que debía irse con William y no esperar. Que aquello no era su problema, que la boda de Elinor no era cosa suya y que lo que sí era suyo era el futuro en una nueva tierra. Con él. Se llevó las manos a las mejillas, necesitaba asegurarse de que estaba despierta porque todo parecía un sueño. ¿O era una pesadilla? Frunció el ceño y negó con la cabeza. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Una pesadilla que William hubiese cambiado de opinión? ¡Era lo que ella deseaba! Se había arrepentido de no aceptar su oferta, esa era la verdad. Las lágrimas, la angustia de todos esos meses eran fruto de ello. Tuvo la oportunidad de coger lo que la vida le ofrecía y dijo que no. ¡Que no! ¡A William Bertram! ¿Qué mujer en su situación estaría tan loca para decirle que no a William Bertram? Era un hombre guapo, inteligente, divertido, bueno y rico, enormemente rico. Había que estar muy loca para decirle que no.

Se acercó a la ventana y la abrió para oír el rumor del mar. Un mar bravo y extraordinario, como aquella tierra. Como su gente. Dougal la amaba. La amaba de verdad, profunda e intensamente. Y aun así, había sido capaz de aguantarse las ganas de hacerla suya. La tuvo al alcance de la mano. ¡Oh, desde luego! Se ruborizó al recordar las veces que le había pedido… Cómo la había acariciado haciendo que ella fuese lo único importante, que su placer fuese el único importante.

Agitó la mano delante de su cara para bajar la temperatura de sus ardientes mejillas. No debía pensar en eso. No debía guardarlo en su memoria siquiera. Iba a casarse con William. ¡William, el hombre que amaba! ¿Cuántas noches le había llorado a su recuerdo? ¿Cuántas veces había anhelado sus caricias, sus labios…? Ella amaba a William, Dougal solo había sido la posibilidad de formar una familia, de tener hijos y un propósito en la vida. No tenían nada en común. Con William lo tenía todo, las tenía a ellas, a las Wharton.

El frío de la noche le llegó hasta los huesos y cerró la ventana rápidamente. Miró la cama y la escena que se manifestó ante ella atenazó un nudo en su garganta. Negó con la cabeza y salió de allí sin pensar, solo quería salir de allí.

Cuando entró en la biblioteca Dougal estaba sentado en una butaca, con la única compañía de una botella de Drambuie y la luna, casi llena, mirándolo desde la ventana. Tenía los ojos cerrados, o al menos desde donde ella estaba lo parecía. Se planteó darse la vuelta y marcharse por donde había venido, pero no pudo hacerlo. Quería estar allí. Lo quería con toda su alma.

—Entra o sal —dijo sin moverse—, no te quedes ahí, hay corriente de aire y vas a resfriarte.

Cerró la puerta con cuidado y se acercó. Fue hasta la bandeja y cogió otra copa para servirse un poco de Drambuie. Dougal sostenía la botella sobre su rodilla y no la soltó cuando ella trató de cogerla.

—No son horas para que una dama beba — dijo con voz adormilada —. Deberías estar en la cama, Elizabeth, soñando con fiestas y una vida feliz al lado de tu futuro esposo.

Ella tiró con más ímpetu y consiguió que él soltase la botella. Se sirvió una poco y la dejó sobre la bandeja.

—Tráela aquí —dijo él haciéndole un gesto a la botella para que regresara —, no he terminado con ella.

—Yo creo que sí. Ya estás borracho.

—No estoy borracho. Tú no me has visto nunca borracho.

—Cierto. Hasta hoy.

—He dicho… da igual, no me creerás. Pero solo he bebido la mitad de la botella, así que aún me falta media más para emborracharme. Es mi medida, una botella de Drambuie. El *whisky* es más efectivo, pero prefiero el Drambuie. Me gustan las cosas dulces, ya lo sabes.

—Veo que hablas mucho cuando bebes, lo tendré en cuenta.

Él estaba reclinado en el respaldo, pero se había ido deslizando hasta que su trasero había llegado al borde del asiento. Sus piernas, demasiado abiertas para un caballero que está frente a una dama, se veían demasiado largas. La luz de la luna dibujaba sombras en su cara que lo hacían parecer temible y su melena roja no hacía más que afianzar la estampa de un verdadero pirata.

—Me habría gustado verte en tu barco. Esas historias que me contaba Harriet sobre cómo eras capaz de gobernarlos a todos solo con un gesto o una mirada.

Dougal se arrastró hacia atrás hasta colocarse erguido en el asiento y la miró de un modo extraño. Elizabeth subió las piernas al sofá y las cubrió con la falda de su vestido gris. Bebió un trago de su copa sin dejar de mirarlo.

—Caillen puede vigilar a Bhattair — dijo muy serio —. Meredith tendría que regresar en primavera, pero no sería necesario que retrasaras tu viaje. Márchate, Elizabeth, vete con él de una vez.

—El reverendo…

—Mañana estará en Lanerburgh.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí?

—¿Es necesario que seas cruel? — dijo él con su pecho subiendo y bajando agitado —. No es muy tuyo hacer leña del árbol caído.

—Dougal…

—¿Por qué has venido aquí? ¿Quieres torturarme?

—Yo… —Bajó los pies al suelo cuando él se puso de pie y dio un paso hacia ella.

Pero Dougal se detuvo y en lugar de acercarse se fue hasta la ventana y le dio la espalda.

—Déjame solo, no estoy para charlas coherentes y amigables. Tengo demasiado trabajo intentando borrarte de mis pensamientos.

—Voy a volverme loca —dijo sin más —. No puedo pensar con claridad. William es el hombre al que amo, es él y está aquí. Ha venido a buscarme. Pero no puedo estar feliz porque sé que tú…

Dougal soltó una larga y ruda retahíla en gaélico de la que Elizabeth solo captó la rabia y la furia que destilaban las palabras. Cuando se volvió su mirada era la del mismísimo demonio.

—¿Te estorbo para que tu felicidad sea perfecta? ¿Es eso? No parecía estorbarte cuando metí mi mano entre tus piernas.

—¡Dougal! —Miró hacia la puerta horrorizada.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que tu futuro marido sepa que me suplicabas que te hiciera mía? — Se acercó como una ráfaga de viento y la cogió sin miramientos.

—¿Qué estás…?

La besó con la misma rabia con la que le habló a la luna. Duro e implacable la penetró con su lengua mientras una de sus manos le sostenía la cabeza para que no pudiera apartarse y la otra se

aferraba a su trasero apretándolo sin contención. Elizabeth sentía la fiereza de su caricia y lo que debería haber sido temor se convirtió en un fuego que prendió en su vientre y se extendió por todo su cuerpo. Le rodeó el cuello con los brazos para no caerse y dejó que la llevara hasta el sofá y se tumbara con ella. Encima de ella. Ella le devolvió la caricia y lo que había sido un beso exigente y violento se convirtió en un suave y delicado gesto. Su lengua dibujó los labios femeninos y después volvió a tomarla para sí, deleitándose con cada roce, replicándolo en cada centímetro de su piel.

Elizabeth no podía pensar, solo quería sentirlo a él, que el mundo desapareciera y que solo fueran ellos dos en aquella biblioteca llena de historias. Podría vivir allí, en aquellas cuatro paredes y no salir nunca si estaba con él. Sintió la presión entre sus piernas y abrió los ojos mirándolo con determinación. ¡Adelante, gritaba su mirada! ¡Hazlo! ¡Hazme tuya! Dougal tenía una expresión extraña, dolorosa y profundamente triste. Elizabeth empujó sus caderas hacia él y de repente un largo y profundo gemido escapó entre sus dientes y lo derribó. Dejó caer la cabeza sobre el pecho femenino y respiró varias veces con extrema dificultad. Después se puso de pie con firmeza y se arregló la ropa devolviendo todo a su lugar.

—Dougal…

—Me iré —dijo para sí—. Me marcharé hasta que todo esto pase. Hasta que te vayas de Escocia.

—Dougal…

—No podré contenerme si te quedas aquí. Si te veo. Si te tengo… tan… — La miró con tristeza —. Nunca había sentido algo así, sé que no lo entiendes, pero jamás me ha vencido el ansia, el deseo me consume…

—Soy tu esposa, Dougal —dijo sin moverse.

Él la miraba confuso, desconectado de la realidad, como si fuese un fantasma que se hacía pasar por ella y trataba de volverlo loco.

Elizabeth se puso de pie y se arregló la ropa también antes de encararlo.

—Cuando he bajado no sabía muy bien qué quería de ti. — Sonrió —. Solo sabía que tenía que verte. Necesitaba verte. No voy a marcharme. No vamos a anular nuestro matrimonio y no voy a casarme con William.

Dougal no podía moverse, no se atrevía ni a respirar por temor a que la fantasía se esfumase. Pero entonces esa fantasía le rodeó la cintura con sus delgados y grises brazos y recostó su mejilla en el lugar exacto en el que su corazón retumbaba como un tambor anunciando el comienzo de la batalla.

—Te amo, Dougal McEntrie. — Al ver que no decía nada se apartó para mirarlo —. He dicho que te amo, esperaba alguna reacción por tu parte.

El escocés estaba tan abrumado por sus sentimientos que con dificultad era capaz de mantenerse en pie. Ella lo soltó para dar un paso atrás.

—Hay que reconocer que el Drambuie te provoca un efecto nada dese…

—¿Puedes repetirlo? —pidió él.

—Te amo. Con todo mi corazón, con cada fibra de mi ser. Te amo, Dougal, y jamás dejaré de amarte.

El rostro del pirata se fue transformando lentamente con una enorme sonrisa y con una zancada llegó hasta ella y la levantó del suelo cogiéndola por la cintura para darle varias vueltas

antes de besarla en los labios. Ella le rodeaba el cuello con los brazos mientras sus pies seguían en el aire. El escocés apartó su boca y la miró a los ojos.

—¿Esto está pasando de verdad?

—Ya lo creo que sí —dijo sonriente —. Y ahora, señor McEntrie, esposo mío, déjame en el suelo que puedo caminar solita.

—No pienso soltarte nunca. A partir de ahora iremos así a todas partes. — Comenzó a caminar por la biblioteca con ella en volandas.

—No sé cómo vas a entrenar a tus caballos entonces.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Y tampoco creo que así puedas cumplir con tus obligaciones conyugales — dijo perversa.

Dougal la dejó suavemente en el suelo y la miró fijamente.

—Aún faltan un par de horas para que amanezca — dijo con voz profunda.

Elizabeth asintió y lo cogió de la mano para salir de allí.

Capítulo 50



Se habían desnudado el uno al otro, despacio, mirándose como si estuvieran ante un prodigio de la naturaleza viva. No dijeron una palabra, tan solo alguna risita nerviosa, alguna exclamación admirada o un gemido ante el roce involuntario de una mano. Después la guio hasta la cama y ella se tumbó sobre las sábanas esperando, con ojos anhelantes. Dougal la contempló un momento, quería memorizar aquel preciso instante, porque en verdad era un romántico, y sabía que después, cuando la tocase, perdería el uso de sus facultades racionales.

Elizabeth lo miraba expectante. Se mordió el labio con el corazón latiendo tan deprisa y tan fuerte que casi podía oírlo. Era su marido, su hombre, y ahora iba a hacerla suya para siempre. Por fin iba a suceder y sentía una humedad entre las piernas que sospechaba tenía algo que ver con lo que esperaba.

Dougal se tumbó junto a ella y colocó una pierna encima de las suyas, marcando su territorio. Eres mía, decía aquel masculino gesto. Elizabeth sentía aquel miembro duro sobre su vientre, tan cerca y tan lejos de su destino.

—¿Cómo quieres que sea? —preguntó él pasando un dedo alrededor de sus pechos sin tocar las zonas más sensibles —. ¿Quieres que sea delicado? — Rozó suavemente la aréola —. ¿Quieres que sea atrevido? — Sujetó el botón erecto con dos dedos y Elizabeth gimió sin contención —. ¿O quieres que sea yo mismo? — Inclinó la cabeza y lo capturó con su boca succionando y después mordiendo lo bastante para que ella se aferrara a la cama como si temiera caerse por un precipicio —. Creo que prefieres que sea yo mismo.

—¡Oh, sí! —exclamó incontenible —. Sé tú mismo, por Dios.

Dougal se inclinó sobre su pecho de nuevo y la devoró con mesura, no quería asustarla la primera noche, ya habría tiempo para dejarse ir por completo. Un poco de contención era necesaria, se dijo con una sonrisa silenciosa. Elizabeth enterró los dedos en su pelo rojo y se arqueó cuando él bajó su mano y la colocó entre sus piernas sin liberar su pezón en ningún momento.

Su esposa gemía y se retorcía entre sus manos y él estaba cada vez más duro y más ansioso. Cuando llegase el momento no iba a poder ser delicado, y tenía que ser delicado. Necesitaba que ella se tranquilizase para que su excitación no lo hiciese estallar en llamas. Abandonó su pecho y se deslizó hacia abajo sin que ella soltase su pelo. La miró divertido.

—Necesito moverme —dijo y ella lo soltó pidiéndole perdón avergonzada.

Dougal la miró aún un momento, el pelo revuelto, las mejillas encendidas, los pechos enhiestos y enrojecidos por sus caricias…

—¡Dios! Eres preciosa…

Se colocó entre sus piernas y metió las manos bajo su trasero para elevarla lo suficiente. Sin dejar de mirarla acercó lentamente su boca y una expresión deliciosamente asustada apareció en el rostro femenino.

—¿Vas a…? ¡Ooooooooh! ¡Dios mío! ¿Eso es tu…? ¡Ooooooh!

Las sensaciones eran desconocidas y familiares al mismo tiempo, como si su cuerpo supiese cosas que ella desconocía. Respondiendo a esa lengua, a su contacto, a su aliento frío a los dientes y los labios, como si hablaran un lenguaje que entendía. Se arqueaba y retorcía con cada envite. Su excitación subía y bajaba a voluntad de esa boca capaz de tocar en el punto preciso con la presión justa. Después de varios minutos torturándola, Dougal comprendió que ya podía darle lo que necesitaba y la llevó al borde del abismo para finalmente, dejarla caer en un salto extremadamente placentero.

Elizabeth quedó exhausta y desmadejada sobre las sábanas. Estaba abrumada por las sensaciones que recorrían aún su cuerpo. Sentía cómo el corazón le palpitaba allí abajo mientras que las contracciones de su sexo seguían y seguían. Dougal se arrastró sobre ella hasta cubrirla con su cuerpo y se colocó en posición. Elizabeth sintió la presión, pero estaba tan relajada que no tuvo miedo.

—Al principio te dolerá un poco.

—Lo sé —dijo ella en un susurro.

Dougal asintió al tiempo que empujaba lentamente. Elizabeth se mordió el labio al sentir cómo la llenaba y cómo su cuerpo, hasta ahora conciliador, se resistía a esa presencia dura y contundente. Se agarró a la cama sin dejar de mirarlo a los ojos. El dolor se reflejó en su mirada, pero sabía que él tenía que seguir y asintió para que lo hiciera. Dougal sabía que retrasarlo solo lo haría más doloroso y apoyando las manos en la cama dejó escapar el aire de sus pulmones antes de empujar hasta el fondo. Elizabeth sintió que su carne se abría partiéndose en dos y luego mientras él se quedaba quieto en esa posición, un ardor molesto que pedía que lo echara de allí.

—Sigue —dijo decidida.

—Puedo esperar. —La voz de él sonaba áspera y profunda.

Se tumbó sobre ella y la besó, un beso profundo que fue despertando de nuevo sus sentidos. Él lo supo cuando sintió la presión que ejercía a su alrededor, su carne trémula y recién descubierta se movía allí abajo abrazándolo. Ya estaba lista. Sonrió contra sus labios.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella.

—Eres maravillosa, Elizabeth y voy a tener que moverme.

Ella asintió sin poder ocultar del todo el temor que esa idea le producía. Pero sorprendentemente, no le dolió. Dougal se deslizó lentamente hacia fuera y después volvió a penetrarla despacio. Agarró uno de sus pechos y lo apretó suavemente encarando el enhiesto

botón hacia su boca y lo atrapó con los labios para estimularlo. La conexión entre ese punto y su centro la hizo arquearse, provocando una respuesta en él mucho más intensa y violenta. Se aceleraron sus movimientos y Elizabeth se movió a su ritmo, empujando y retirándose al unísono. Dougal tembló todo él y luego se tensó invadiéndola aún más antes de la intensa liberación y ella lo siguió obediente, decidida a cumplir con esa promesa hasta el fin de los tiempos.

Se acurrucó en sus brazos en cuanto él cambió de posición y la atrajo. Permanecieron en silencio durante unos minutos, recuperando el aliento y la cordura que tantas emociones les habían quitado.

—¿Ha sido como… esperabas? — preguntó ella temerosa.

Dougal frunció el ceño sorprendido e inclinó la cabeza para mirarla.

—¿Estás preocupada?

Su esposa asintió.

—Yo no he hecho nada. Supongo que tenía que hacer algo.

Él sonrió divertido.

—Si llegas a hacer algo más yo habría hecho el ridículo. Así que agradezco tu consideración.

—¿El ridículo por qué? —preguntó apoyando las manos en su pecho y la barbilla en las manos.

—Pues… se necesita tiempo para satisfacer a una mujer.

—Ajá.

—Y si el hombre termina demasiado pronto…

—¿Te refieres a…? ¿Bueno… a eso… a…? — No podía hablar de ello. Aún no.

Dougal sonrió apartando un mechón de su cabello para ver bien su rostro.

—Sí, me refiero a «eso».

Elizabeth se mordió el labio pensativa.

—Entonces, si yo quiero sentir lo que he sentido hoy… tengo que quedarme quieta, ¿es eso?

—No, desde luego que no. Es solo que era nuestra primera vez y llevaba mucho tiempo deseándolo y tenía que estar a la altura…

—¿A la altura de qué? Sabes que no tengo con qué comparar. — Frunció el ceño mirándolo con atención —. Tú, en cambio…

Dougal la apretó contra su cuerpo sonriendo.

—Eres incomparable, Elizabeth.

—Pero has estado casado antes. Y con una mujer mucho más joven que yo. — Se apartó colocándose bocarriba para mirar al techo —. Y sé que no ha sido la única. No es justo.

Él se colocó a su lado apoyando el codo en la cama y la cabeza en el codo.

—¿Qué no es justo?

—Que yo no pueda comparar.

—¿Quieres que te mate en nuestra primera noche juntos?

Elizabeth lo miró con sus grandes ojos sonrientes.

—No matarías ni a una mosca.

—Que se lo digan a los franceses — dijo él enarcando una ceja.

Durante unos segundos la habitación se llenó de silencio y sus ojos permanecieron cautivos del otro.

—¿De verdad me amas? —preguntó él.

Elizabeth asintió despacio y él asintió también.

—¿Puedo dormir en tus brazos? — preguntó ella.

El escocés se tumbó y la acogió en ellos. La mañana los encontró abrazados muy juntos y desnudos bajo las sábanas.

* * *

William y Dougal se miraban de frente. No parecía haber animadversión en los ojos del inglés y tampoco arrogancia en los del escocés.

—Me habría esforzado en hacerla feliz — dijo William con tono amigable —. Pero creo que a ti te resultará más fácil.

Elizabeth soltó a su marido del brazo y se acercó a William con una expresión de enorme cariño.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Él le devolvió la sonrisa.

—No podía ser de otro modo. Quiero que seas feliz, Elizabeth.

—Yo también quiero lo mismo para ti.

El inglés movió la cabeza dudoso.

—Me parece que no va a ser tan fácil.

—Lo será cuando le des la oportunidad al presente — dijo ella —. El pasado no existe, en realidad. Debemos dejarlo atrás si queremos seguir adelante. La vida no se detiene, William.

—Sabias palabras —dijo él asintiendo —. Bien, debo marcharme, nos quedan muchos días de viaje por delante.

Elizabeth le entregó varios sobres y William los cogió con expresión seria.

—Supongo que aquí les cuentas… todo.

Ella asintió.

—Hay uno para las señoritas Ashton, son unas partituras. Puedes pedirle a Bethany que se las entregue, sé que va a visitarlas de vez en cuando.

Lo abrazó con afecto, pero él no fue capaz de reaccionar con la mirada del escocés clavada en su rostro que lo mantuvo con las manos pegadas a ambos lados del cuerpo.

—Que tengáis buen viaje —deseó Elizabeth, despidiendo a Chisholm con la mano una vez más, cuando William subió al coche.

—Gracias por todo —dijo el joven MacDonald —. Bonnie…

—Tranquilo, estará bien. Cuidaré de ella.

Su hermano le había pedido que no saliera para no verla llorar.

—Gracias por cuidar de los caballos — dijo William cerrando la portezuela —. Están como nuevos.

—Buen viaje —deseó Dougal con voz fría.

—Os deseo que seáis muy felices. De corazón. — Miró a Elizabeth un momento más y golpeó en el techo para que el cochero se pusiera en marcha —. Adiós.

El carruaje se alejó del castillo de los McEntrie y Dougal miró a su mujer al fin. Desde que habían salido a acompañarlo no lo había hecho ni una sola vez. Quizá temía ver algo en su

mirada que lo mortificase y quería protegerse de un dolor innecesario y absurdo. Pero los ojos de su esposa lo miraban con tanto amor en ellos que se sintió estúpido.

Ella le rodeó la cintura con las manos y sonrió divertida.

—¿Elucubrando malos pensamientos?

—Mmmm. —Desvió la mirada.

—Dougal McEntrie, tienes que dejar de hacer eso.

—¿El qué?

—Evitar mi mirada.

—Yo no hago eso —dijo observando el horizonte con suma atención.

—Dougal. —Pausa—. Mírame.

Él lo hizo reticente.

—Me haces sentir como un niño.

—¿Yo te hago sentir como un niño?

—Sí, eres como la madrastra del cuento. Cuando pones esa voz me muero de miedo.

Ella se rio a carcajadas y su marido la miró con disgusto.

—¿De qué te ríes? ¿Te gusta darme miedo?

—Eso mismo me decía Emma. Pero ella decía que parecía una institutriz. Y eso que entonces no llevaba estos vestidos.

—Hablando de tus vestidos, mañana mismo iremos al pueblo a encargar unos nuevos. No quiero verte vestida siempre con el mismo color. Y te harás alguno rojo.

—¿Rojo? —Ella lo miraba sorprendida.

—Te he imaginado de rojo muchas veces.

—Ese color no me favorece nada.

—Ya lo creo que sí. Es tu color.

—¿De qué hablas? Dices tonterías. Mi color es el azul.

Caminaron hacia la entrada cogidos de la cintura.

—Tu color es el rojo.

—No pienso hacerme un vestido rojo.

—Ya lo creo que sí.

Capítulo 51



La noticia de la boda de Elizabeth causó un enorme revuelo en la familia Wharton. Hubo de todo: desconcierto, enfado, alegría, entusiasmo y, finalmente, una profunda e intensa felicidad. Fue el tema de conversación de todas las reuniones familiares y no dejaron de hablar de ello ni siquiera en Navidad.

A principios de diciembre Harvey y Marianne se casaron. Fue una boda por todo lo alto, la clase de boda que habría querido Meredith para sus hijas, pero la baronesa la disfrutó igualmente y ayudó a la duquesa en todo lo que pudo. Enid lloró mucho. Tooodo el tiempo. Antes de la boda con los preparativos, durante la boda y, sobre todo, después de la boda. Unas veces lloraba enfadada y otras triste, pero lo cierto es que lloró hasta que decidió que no lloraría más. Y eso fue exactamente la víspera de Nochebuena, quince días después de la partida de Marianne hacia Calcuta.

—Tengo que hacer algo con mi vida — dijo decidida mientras esperaba que Elinor sirviese el té —. Creo que me voy a encargar de las obras de beneficencia de mi madre. Ella nunca tiene tiempo para nada, al menos eso dice todo el rato, así que puedo hacerlo yo.

—Estoy segura de que puedes encontrar algo más interesante que eso. ¿No hay nada que quieras aprender? ¿No te gustaría ir a alguna parte? Ya sé que la India te parece demasiado lejos, pero…

—¿Estás intentando librarte de mí? ¿Te agobio, verdad? ¿Vengo demasiado? Seguro que estás harta de mí — dijo cogiendo la taza que le ofrecía.

—No estoy harta de ti, deja de decir tonterías.

—Agobio a todo el mundo. Mi madre no sabe ya cómo decirme que la deje tranquila. Y pensaba que iba a ser al revés, que sería yo la que tendría que quitármela de encima.

—Enid…

—Tranquila, lo entiendo. —Bebió un sorbo de su té lo bastante rápido como para que a ella no le diera tiempo a meter baza —. Soy la pariente incómoda. Todas las familias tienen una. Es

un incordio y se mete en la vida de todos porque ella no tiene vida.

—¿Quieres parar? —Elinor contenía su risa a duras penas —. Si te vieras ahora mismo…

—¿Qué? Soy patética, ¿verdad? Lo sé, soy patética. — Dejó la taza en la mesa y se levantó —. Creo que me iré a vivir con Alexander, ellos tienen tres niños a los que cuidar. Seré la tía solterona. ¡Seré Elizabeth! — exclamó al darse cuenta —. Voy a ser Elizabeth, pero sin escocés, claro.

—No creo que ella supiese cuál iba a ser su destino — dijo Elinor dejando la taza en el platito que sostenía en la otra mano —. Nadie lo sabe en realidad. ¿Te crees que yo me imaginaba siquiera que Henry era el hombre de mi vida? Si alguien me lo hubiese dicho habría pensado que estaba loco. No sabes cuál será tu futuro, Enid. Solo tienes que esperar para descubrirlo.

—Claro, esperar. Es fácil para ti decirlo. Esperar supone vivir. Pero para mí esperar es… nada. Dejar que pasen los días, uno tras otro.

—¿Por qué no vienes a una de mis reuniones? Hay una después de Navidad, podrías acompañarme.

Enid se encogió de hombros. Ya había asistido a otras reuniones de Elinor y le parecían de lo más aburridas, pero al menos era algo. Y, quien sabe, a lo mejor se le pegaba un poco de sus ganas de cambiarlo todo.

—Creía que te lo pasabas bien con Chisholm, os he visto tocar a cuatro manos y te reías mucho.

—Es un buen chico —dijo Enid—. Y guapísimo. Pero…

Elinor asintió, sabía lo que significaba ese «pero».

—Oye. —Enid la miró con esa expresión que podía presagiar una idea loca o una genialidad —. Podría seguir tu plan.

—¿Mi plan?

Enid se sentó junto a ella en el sofá.

—Sí, el que tenías con Colin.

—¡Enid!

—¿Qué? ¿El plan era bueno para Colin, pero no para Chisholm?

—No digas tonterías. Colin y yo éramos amigos desde niños y los dos sabíamos…

—¿Crees que Chisholm no lo sabe? Yo creo que sí — dijo con una expresión de lo más elocuente.

—Supongo que lo sabrá, pero vosotros no sois amigos, ¿cómo va a querer casarse contigo?

—Bueno, nos llevamos muy bien. Y a mí me gusta mucho la música, no sería ninguna tortura oírlo tocar todo el día. Además, mi casa es grande podría no oírlo — dijo para sí consciente de que sí le molestaría.

—No lo veo factible —negó Elinor.

—¿Por qué no lo había pensado? Sería perfecto. — Miró a su amiga al tiempo que asentía —. Llévame a esas reuniones tuyas, sobre todo a las que organiza tu amiga, la señora Proser. Me interesa tener una larga conversación con ella.

Elinor puso los ojos en blanco preguntándose cómo iba a salir de aquello.

* * *

El cielo del atardecer de la víspera de Navidad tenía un tono púrpura oscuro, mientras en casa de los Wharton ultimaban los preparativos para la cena de esa noche.

Frederick se encontraba en la biblioteca con el resto de caballeros disfrutando de un vaso de ponche, mientras repasaba con el duque de Greenwood sus planes de caza para el día de San Esteban.

Meredith supervisaba la decoración del gran salón, donde Katherine, Emma y Caroline colocaban guirnaldas de acebo y muérdago sobre los cuadros, y flores en los jarrones. La gran chimenea crepitaba con un fuego festivo combatiendo el frío que hacía en el exterior.

En la cocina, la cocinera estaba ocupada preparando la cena navideña. El enorme pavo se estaba cociendo en su propio jugo, rodeado de castañas y relleno de salvia y cebolla. Mientras se horneaban los pasteles de carne y el pudín de ciruela. El aroma de las especias y la cocción llenaba la casa dándole un ambiente familiar.

Elinor y Harriet eran las encargadas de preparar los regalos para el día de San Esteban, envolviéndolos en seda y colocándolos primorosamente dentro de una gran cesta. La tradición familiar dictaba que los regalos debían ser muestras de afecto nada extravagantes. Y, como siempre, habría uno con el nombre de Elizabeth, aunque no podrían dárselo hasta la primavera.

* * *

En la región montañosa de las Tierras Altas de Escocia, la llegada de la Navidad se celebraba con un carácter distinto pero no menos alegre. Craig y sus hijos estaban en la sala de estar bromeando sobre los adornos que Elizabeth y Bonnie habían colocado por toda la casa.

—Parece un mercadillo —decía Kenneth.

—Tendremos que habituarnos a esta parafernalia, me temo — constató Craig —. Cuando esa mujer tenga hijos va a ser mucho peor.

—Dejad de meteros con mi esposa — advirtió Dougal —. Bien que os gustan los regalos que os ha comprado.

—¿A quién no le gusta un regalo? — dijo Brodie —. Pero tanto acebo y tanto musgo por todas partes…

Mientras tanto Elizabeth y Bonnie se encontraban en la cocina supervisando la preparación de la cena. En el horno, un cordero se asaba lentamente, mientras que en la mesa, se estaban preparando pasteles de avena y pudín de cebada. El olor terroso y humeante de la turba se mezclaba con los aromas de la comida, creando un ambiente cálido y hogareño. Gavin nunca había preparado tantos platos y tan diversos y estaba un poco más irritado que de costumbre. A Tom le dolían las orejas de las veces que se las había pellizcado, pero no pensaba quejarse y estropearle la ilusión a su señora, a la que adoraba.

—Quiero que cenen lo mismo que nosotros — recordó Elizabeth dirigiéndose a la puerta —. Y beban vino del bueno.

Las dos doncellas acudieron a preguntarles sobre qué vestidos debían preparar.

—Yo llevaré el granate y Bonnie el turquesa — respondió la señora sin detenerse.

Bonnie corría tras ella, no entendía como podía caminar tan rápido.

—¿Qué quería mi padre? —preguntó cuando estuvo a su lado —. Sé que has recibido una nota esta mañana.

—Al parecer, este mes ha tenido más gastos de los que esperaba y solicitaba mi permiso para ampliar el presupuesto. Le he dicho que le contestaré cuando haya hablado con el contable, después de Navidad.

Bonnie contuvo una sonrisa, Elizabeth trataba a Bhattair con mano dura y resultaba de lo más agradable ser testigo de ello… desde la distancia.

—Ya he recibido la confirmación de la escuela Robertson — dijo Elizabeth entrando en el comedor para revisar el servicio y asegurarse de que todo estaba perfecto —. Te esperan el uno de enero.

Bonnie se tapó la boca para ahogar una exclamación entusiasmada.

—¿De verdad? ¿Tan pronto?

—La modista ya ha terminado de confeccionar toda tu ropa y solo faltarán unos cuantos accesorios. Iremos a comprarlos la semana próxima.

—¡Ay, Elizabeth! ¡Me hace tanta, tanta ilusión! Toda mi vida he querido estudiar y no puedo creerme que se vayan a cumplir todos mis sueños.

Su amiga se detuvo y la miró con fijeza.

—Espero que todos no, no me agradaría nada verte haciendo experimentos científicos con ratas.

Bonnie se rio y la contagió de su risa.

—Era una broma. Ewan siempre me está tomando el pelo, ya lo sabes.

—Eso espero.

Alineó uno de los cubiertos y movió un poco un jarrón para que le diese mejor la luz.

—Elizabeth…

—Sí, Bonnie. —Se giró hacia ella y la joven le rodeó la cintura con los brazos apretándola con fuerza —. No puedo respirar — se quejó riendo.

—Gracias, gracias, gracias. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí y por Chisholm.

Elizabeth la apartó con cariño y la miró sonriente.

—Vamos, no seas tonta, no tienes nada que agradecerme. La vida ha sido muy buena conmigo y solo devuelvo un poco de la felicidad que me han otorgado. Y ahora, dejémonos de sensiblerías que tenemos que cambiarnos para la cena.

* * *

—¿Cuánto tiempo os quedaréis en Harmouth? — preguntó Lachlan.

—Supongo que hasta que la familia se marche a Londres — explicaba Dougal —. La boda de Elinor será a mediados de abril y Elizabeth quiere estar allí desde principios de mes para poder ayudar en lo que…

—¡Dios Santo! —exclamó Caillen.

Dougal se giró y su corazón dio un golpe tan fuerte en su pecho que lo dejó sin aliento. Elizabeth estaba de pie en mitad el salón con su vestido rojo oscuro y no le cupo la menor duda de que aquel era su color preferido.

Cuando todos pasaron al comedor el escocés se quedó rezagado sujetando la mano de su esposa para evitar que escapara. Cerró la puerta y la apoyó en ella enjaulándola entre sus manos.

—¿Cómo voy a poder cenar tranquilo si tengo que verte así vestida toda la noche? — preguntó comiéndosela con los ojos.

—¿No te gusta mi vestido? — preguntó con expresión desvalida pasando las manos por el corpiño —. ¡Qué desilusión!

—¿Gustarme? No veo el momento de quitártelo, maldita sea.

Elizabeth sonrió divertida y lo apartó lo bastante para poder moverse. Lentamente subió su falda hasta que asomaron los volantes de sus pololos de un color rojo intenso.

—Y estoy deseando que veas el corsé… — musitó con una mirada que hizo que se le licuara el cerebro —. Vamos, amor, la cena se enfría.

Salió del comedor, pero él tuvo que esperar un poco para no dar carnaza a sus hermanos.

Capítulo 52



—He venido a despedirme y a darle esto. — William le entregó a Bethany el sobre con las partituras que le había dado Elizabeth cuando se marchó de Escocia —. Las guardé y no volví a acordarme de ellas, hasta que hice las maletas y aparecieron por casualidad. Son unas partituras para las señoritas Ashton.

—¡Oh! Supongo que tengo que entregárselas.

William asintió y Bethany las dejó sobre una mesilla para volverse a mirarlo después.

—Oí lo sucedido —dijo la hermana de Joseph —. Al parecer las cosas no salieron como esperaba.

—No.

—Me alegro.

William no pudo evitar la sonrisa.

—No puede decirse que no sea usted directa.

—No lo decía por usted. Me alegro por Dougal y por Elizabeth. Son perfectos el uno para el otro.

—Desde luego. En cambio yo…

—Usted no la habría hecho desgraciada, pero tampoco habría sido feliz.

William entornó los ojos mirándola con curiosidad.

—Oyéndola hablar, cualquiera diría que es usted una experta. ¿Ha tenido muchas experiencias amorosas?

—Ninguna. Así que podría decirse que soy una completa lerda en el tema. Sin embargo, eso no me quita ni un poquito la razón. — Sonrió divertida —. ¿Le apetece una taza de té, señor Bertram? Ahora mismo iba a tomármelo y será más entretenido si no lo hago sola. Desde que Harvey se marchó dependo exclusivamente de la compañía de Harriet y Joseph y están en Harmouth, como bien sabrá.

—Claro, han ido a celebrar la Navidad. Me sorprende que no haya ido con ellos.

—No me gustan las fiestas familiares, las evito en lo posible.

—A mí tampoco me gustan mucho — reconoció él —. Mis padres organizan una pequeña reunión con algunos amigos, si quiere considérese invitada.

—¿Algunos amigos cuántos son exactamente?

—El señor Prescott y los Waterman, nada más. El único inconveniente es que yo también estaré.

Bethany sonrió ligeramente y William se apuntó el tanto.

—Si la oferta del té era sincera y no ha expirado, estaría encantado de aceptarla.

—Entonces será mejor que dejemos de hablar en el *hall* y pasemos al salón, ¿le parece?

Bethany avisó al mayordomo de que sirviera té para dos y después le pidió a William que la siguiera.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó ella ya sentados y con la taza en la mano.

—Después de las fiestas.

Ella asintió pensativa.

—Entonces a lo mejor le apetece venir conmigo a ver a las señoritas Ashton y así les entrega usted mismo esas partituras. Me consta que reciben muy pocas visitas y muchas menos de caballeros jóvenes y atractivos como usted.

William entornó los ojos con una sonrisa cínica.

—Eso es lo que dirían ellas, ¿verdad?

—Desde luego, yo jamás haría distinciones con la edad de un caballero.

—Señorita Burford…

—Puede llamarme Bethany, ha soportado estoicamente mi sinceridad y eso merece consideración por mi parte.

—Bethany, ¿a usted le gustan las cartas? Me refiero a recibirlas y contestarlas.

La hermana de Joseph sonrió abiertamente y dejó la taza sobre la mesilla.

—¿Está usted pensando en pedirme matrimonio, señor Bertram?

—Confieso que se me acaba de pasar por la cabeza. ¿Le parece una idea muy descabellada?

Bethany lo miró con atención.

—¿Cuánto dinero tiene? —preguntó.

William frunció el ceño desconcertado, pero a continuación le dio una cifra que a la joven no pareció disgustarle.

—Contestaré a sus cartas con una condición.

—Adelante —dijo él expectante.

—Que nunca me llame Beth. — Se recostó en contra el respaldo —. Odio ese nombre.

William sonrió al tiempo que asentía con una expresión divertida.

Capítulo 53



Los gélidos vientos del invierno cedían su lugar a los templados soplos de la primavera. El paisaje inglés se despojaba de su frío invernal, para vestirse de nuevo con un tapiz de verdes campos y floridos jardines. Las desnudas ramas de los árboles comenzaban a brotar con hojas frescas y brillantes, transformando el paisaje en un mar verde y ondulante. En Harmouth, como en Londres, las damas abandonaban sus pesados abrigos de invierno y se vestían con vestidos livianos y de colores brillantes, mientras que los caballeros se despojaban de sus gruesos abrigos y se ponían chaquetas de lino y chalecos de seda. Las fresas silvestres comenzaban a asomar entre las hojas verdes, prometiendo un festín de verano, mientras que las manzanas y los perales mostraban sus primeras flores, presagiando una abundante cosecha de otoño.

—La primavera es hermosa —decía Meredith emocionada —. Es un tiempo de renacimiento, un tiempo en que la vida regresa en toda su gloria y belleza. En que cada rincón de la tierra parece estallar con vida y color, llenando el aire con la fragancia de las flores y la música de los pájaros…

—Mamá, por favor —pidió Elinor—, basta.

—¿Qué?

—Llevas así toda la semana.

—Es que estoy feliz, ¿no puedo estar feliz? Elizabeth regresa, la he echado mucho de menos.

—Y yo, muchísimo, pero si oigo un comentario más sobre lo maravillosa que es la primavera te juro que me tiro por esa ventana.

Su madre levantó una ceja mirándola con elocuente expresión ya que estaban en la planta baja.

—Justo debajo hay uno de los rosales de Caroline — dijo soberbia —. Se me rompería el vestido.

—Y eso sería problema tuyo, no creo que ahora que vas a casarte quieras tener un vestido menos.

—Me importan muy poco los vestidos — murmuró.

—¿Qué has dicho, Elinor?

—Nada, mamá.

—Mejor.

—Señora, se acerca un carruaje — anunció Daisy entrando en el salón a la carrera —. Parece que son ellos.

Meredith y Elinor corrieron hacia la puerta y, claro, Elinor llegó antes y dejó atrás a su madre sin consideración.

—Avisa al barón, Daisy.

—Sí, señora.

El coche se detuvo en la puerta justo en el momento en el que Elinor salía de la casa. Elizabeth bajó sin esperar a que le abrieran la portezuela y su sobrina se abrazó a ella riendo y llorando a la vez.

—Madre mía, Elizabeth. —Se apartó un momento para mirarla bien y luego volvió a abrazarla —. Estás guapísima.

Dougal le dio la mano a Bonnie para que bajara y juntos se acercaron a ellas.

—¡Elizabeth! —Meredith la abrazó también —. ¡Cuánto te he echado de menos, hija!

Su cuñada lloraba emocionada y permanecieron abrazadas un momento antes de que Bonnie pudiera saludarla.

—Cuánto me alegro de verla — dijo la joven sonriendo.

—Estás radiante, niña —dijo la baronesa —. Está claro que la escuela esa a la que vas te está sentando de maravilla. Esta es mi hija Elinor, de la que tanto te hablé.

Las dos jóvenes se saludaron.

—¡Dougal! ¿Dónde está tu barba? — preguntó Meredith riendo.

—Pensé que así le gustaría más.

—Ciertamente, estás muy guapo.

Los miró a los dos admirada.

—Estáis muy guapos los dos. Frederick, mira quién ha venido.

El barón caminó hacia ellos con semblante orgulloso.

—Bienvenidos. —Se inclinó a besar a su hermana en la frente y después estrechó la mano del escocés —. Veo que has cumplido tu promesa.

—Así es, barón.

—Me alegra, muchacho. Vamos dentro, tomaremos algo para celebrarlo.

—Eso me recuerda… —Dougal regresó al coche para coger una caja —. He traído unas botellas de Drambuie.

—Excelente. —Frederick reparó entonces en Bonnie —. ¿Quién es esta jovencita?

—Es Bonnie, te he hablado mucho de ella, es la hermana de Chisholm — dijo su esposa cogiendo a la muchacha del brazo —. Vamos, entremos en casa. Vas a conocer a todas mis hijas. Llegarán mañana. ¡Otra vez la casa llena de gente! ¡Qué alegría!

—¿Mi hermano no está?

—¿Bonnie? —Chisholm corría hacia ellas y se detuvo patinando sobre la arena —. ¡Bonnie!

La joven corrió a sus brazos y él la levantó dando vueltas con ella eufórico. Estaba contenta de que Elizabeth hubiese pedido permiso a la señorita Robertson para que pudiera asistir a la boda y así ver a su hermano, al que echaba muchísimo de menos.

—Prepárate, muchacho —dijo Frederick a Dougal —. Me temo que vamos a tener una boda pasada por agua. Y no precisamente por la lluvia.

⁎ ⁎ ⁎

El gran día llegó y la boda de Elinor y Henry se llevó a cabo sin sobresaltos. Las flores estuvieron a tiempo, los vestidos no sufrieron el más mínimo percance y no faltó comida ni bebida durante todo el día. Fue completamente perfecta. A media tarde, los invitados que deseaban regresar a Londres o a lugares de similar distancia, se marcharon, y para el baile de la noche solo quedaron los que pasarían la noche alojados en la zona, tanto en casa de los Wharton, como en la de los Woodhouse o en la de Katherine y Alexander.

Nunca en su vida había bailado tanto, en cuadrillas y con su esposo, pero también bailó con su hermano y con Edward al que se alegró de ver mucho más alegre que cuando se marchó. La vida seguía su curso natural para todos. ¡Harriet embarazada! Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras abandonaba el salón de baile para ir en busca de Chisholm. Supuso que el joven estaría sentado frente al piano al que nadie había dado mejor uso en toda su existencia, según palabras de Meredith. Se detuvo al ver a Enid sentada en las escaleras del *hall*, con los codos apoyados en las rodillas y cara de aburrimiento.

—Enid…

—Estoy harta de bodas —dijo, respondiendo a la pregunta antes de que fuera formulada —. Las odio con toda mi alma. No pienso volver a asistir a una en mi vida. Se acabó. Y me da igual si mamá se enfada y me tortura con sus lamentos.

Elizabeth se sentó a su lado.

—Te entiendo.

—Lo sé. Eres la única que puede entenderme. Podía, porque ahora… — La miró muy seria —. Eres una de ellos.

Elizabeth sonrió.

—Enid, eres muy joven.

—Tú también fuiste muy joven.

Eso era cierto. Y recordaba haberse sentido así ya alguna vez. Muchas veces, en realidad. Aunque lo cierto es que ella tuvo suerte, sus sobrinas no se casaron hasta mucho después, así que la tortura real no empezó hasta…

—Me he quedado sola —dijo la otra con las manos en las mejillas y bufando como un caballo —. Completamente sola.

—No estás sola. Marianne se ha ido, pero…

—No lo digas —la cortó—. No me digas que Elinor y Harriet están aquí. ¿Las has visto? ¡Están enamoradas de sus maridos!

La sonrisa de Elizabeth se hizo mucho más grande.

—¿No te alegras por ellas?

—Si vas a hacerme preguntas estúpidas, mejor sigue tu camino. ¿Adónde ibas, por cierto?

—A ver a Chisholm, quería hablar conmigo…

Enid se puso de pie de golpe.

—Perfecto. Vamos.

—He oído que os lleváis muy bien.

Enid asintió.

—Es el único que no habla de casarse. Ni de su marido. Ni de la India. — De nuevo aquella expresión amargada.

—Enid… —Se puso de pie para acercarse a la joven y la miró con seriedad —. No deberías… encapricharte con él. Chisholm…

—Es como Colin, ya lo sé. — La sorprendió —. De hecho, me estoy planteando casarme con él. Eso solucionaría nuestros problemas.

Elizabeth abrió la boca y los ojos, asustada. ¿Otra vez con eso? Ya tuvieron bastante con Elinor. Claro, se dijo, Enid lo vivió de cerca y ahora cree que esa es su única posibilidad de escapar de… aquello. Miró un momento hacia el salón de baile. Podía entenderla muy bien. Estar fuera puede ser muy duro para una joven sensible como Enid. O como ella. Volvió a mirarla sin saber qué decir.

—¿Qué hacéis aquí?

La voz de Bonnie la salvó de sus aterrados pensamientos.

—Estábamos charlando un rato — dijo Elizabeth, contenta de verla —. ¿Y tú dónde estabas?

—Hablando con Emma. Es sorprendente la cantidad de libros que ha leído. Aunque no he conseguido que me diera un número concreto. No sé por qué la gente es tan reacia a contar las cosas, sería todo muchísimo más fácil de entender. — Sonrió.

—Mira, leer es algo que voy a poder seguir haciendo el resto de mi vida — murmuró Enid.

—Yo sería feliz si alguien me asegurase eso — afirmó Bonnie —. No quiero nada más.

—¿No quieres nada más? —Enid frunció el ceño —. ¿Tienes hermanas?

—Una, pero preferiría no tenerla, la verdad.

—¡Bonnie! —La regañó Elizabeth.

—Es la verdad y tú siempre me dices que la verdad no es mala ni buena, solo verdad.

—Eso es cierto —dijo Enid.

—Estar en un salón de baile sin poder bailar es un rollo — siguió Bonnie —, por eso me he alegrado cuando Emma me ha pedido que la acompañase a ver a su hijo. Es muy guapo. Estaba dormido y los niños son más guapos cuando están dormidos. Despiertos pueden ser una lata. Luego le he pedido que me enseñara la biblioteca. No es muy grande, pero es normal que cualquier biblioteca me decepcione después de ver la de los McEntrie.

—¿Es muy grande? —preguntó Enid con curiosidad.

—¿Grande? ¡Oh, ya lo creo que es grande! ¡Es enorme! Claro que está en un castillo.

—Tu familia también vive en un castillo.

Bonnie asintió.

—Chisholm me ha hablado de ello.

—Entonces también te habrá hablado de lo horribles que son todos.

—Algo, pero no mucho.

—Cuando vayas a visitar a Elizabeth a Escocia, asegúrate de no acercarte a los MacDonald. A ninguno, sobre todo…

Elizabeth las observó mientras hablaban y poco a poco la amargada expresión en el rostro de la gemela Greenwood se fue suavizando y sus ojos recuperaron la chispa que ella recordaba. Lástima que Bonnie estuviese en la escuela Robertson, Enid podría haber ido a visitarlas… La echaba muchísimo de menos. Vivir con los McEntrie le gustaba mucho, eran buenos, divertidos y… hombres. Todos hombres. Suspiró sin darse cuenta. Tener doncella estaba bien, pero Bonnie había sido mucho más que una dama de compañía, era su amiga y su pupila.

—… de purasangre. Eso sí son caballos y no…

—Tengo que ir a hablar con Chisholm. ¿Por qué no os quedáis charlando un rato?

—Vale —dijo Enid animada—. Tu hermano me ha dicho que has leído más de cuatrocientos libros.

—Cuatrocientos sesenta y cinco, para ser exactos — dijo Bonnie mientras se dirigían hacia alguna parte.

—¿Llevas la cuenta?

Elizabeth sonrió satisfecha mientras se alejaba.

—¡Oh, sí! Lo cuento todo. ¿Sabes cuantas ventanas tiene esta casa…?

Capítulo 54



—Colin… no sabía que estarías aquí — dijo Elizabeth sorprendida al encontrarlo apoyado en el piano escuchando a Chisholm tocar.

—¡Elizabeth! —Su amigo apartó las manos de las teclas y se puso rápidamente de pie —. Estaba… tocando.

—Ya lo he oído. —Se acercó a ellos con mirada curiosa. ¿Colin se había sonrojado?

—Toca maravillosamente bien — dijo el hermano de Henry.

—Así es —afirmó ella.

—Has venido —dijo Chisholm y enseguida se dio cuenta de que había sonado muy tonto —. Quiero decir…

—Podemos hablar en otro momento — dijo ella haciendo ademán de marcharse.

—No, por favor. —La detuvo Colin —. Mi hermano es el novio y no puedo estar tanto tiempo lejos del salón de baile o se preguntará si ya me he escapado.

—Nunca te gustaron mucho estas cosas — dijo ella con mirada cómplice.

—Son Elinor y Henry, dos de mis personas favoritas en el mundo — respondió él.

—Claro. —A Elizabeth no le pasó por alto la mirada de soslayo que le dedicó a Chisholm al decirlo.

Colin se despidió visiblemente turbado y los dejó solos. Cuando hubo salido, Chisholm dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones.

—¿Ha sido muy raro?

—Mucho —afirmó ella.

El joven se sentó en la banqueta sin fuerzas.

—Se va a dar cuenta.

Elizabeth sonrió con ternura. Si es tan ingenuo como tú, está claro que no.

—¿Desde cuándo pasa esto?

—Desde que lo conocí. Es tan… — No encontró un adjetivo lo bastante grandilocuente.

—Está claro que no querías hablarme de volver a casa. — Acercó una silla para sentarse frente a él —. ¿De qué querías hablarme?

—Precisamente… de eso. ¿Puedo quedarme aquí? No me atrevo a preguntarles a los barones, pero me gustaría tanto quedarme…

Elizabeth sonrió con cariño.

—Puedes preguntarles, sé que su respuesta te va a encantar. Ahora que Elinor se ha casado, esta casa se va a quedar muy vacía. Meredith me ha dicho hace un rato que tu llegada ha sido providencial para ellos.

—¿De verdad? Me tratan muy bien, me he sentido como en… — Se detuvo —. Iba a decir «en casa», pero lo cierto es que nunca me había sentido así antes.

Elizabeth sabía que había sufrido mucho con su familia, aunque él no quería hablar de ello nunca, Bonnie le había contado más que suficiente. No solo eran las palizas y los desprecios, sobre todo la sensación de no poder contar con nadie, de estar tan solo con su… diferencia. Bonnie no quería saberlo. Lo sabía y lo quería con locura, pero no quería que esa peculiaridad de su hermano estuviese presente entre ellos. Elizabeth había sido la primera persona en el mundo con la que había podido hablar de ello casi sin tapujos.

—Bonnie está muy feliz en la escuela Robertson — dijo él sonriendo —. Casi no la reconozco. Y está muy guapa con esos vestidos que le has comprado. Debéis haberlo pasado muy bien juntas.

Elizabeth asintió.

—La echo muchísimo de menos.

—Ahora que eres la señora McEntrie tendrás que conocer gente y asistir a eventos…

—Eso dice Craig, pero Dougal…

—Dougal llevaba mucho tiempo viviendo como un aventurero, ahora ha sentado la cabeza. Estoy seguro de que no le importará…

—¿Qué no me importará? —El escocés entró en el salón con su acostumbrada seguridad al caminar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Elizabeth frunciendo el ceño.

—Hace mucho que te fuiste del salón.

—¿Y no podías esperarme allí?

—He bailado demasiado. Todas las Wharton querían interrogarme. No deberías haberme dejado solo con ellas. Son terribles.

Elizabeth sonrió. Imaginaba que se lo habrían hecho pasar mal. Se puso de pie y dejó que le rodeara la cintura con las manos.

—Pobrecito —dijo ella acariciándole el rostro.

—¡Oh, no! —Chisholm se levantó para salir de allí cuanto antes.

—¿No puedes estar ni un rato separado de mí?

—Ni un segundo —murmuró él con una voz que su esposa conocía bien.

—Dougal… —advirtió.

—Te quiero tanto que me duele aquí. — Llevó su mano al lugar en el que su corazón latía acelerado.

Elizabeth sonrió sintiendo que el suyo se derretía de felicidad.

—Me gustaría que me enseñaras una cosa — dijo él con una mirada tierna y dulce —. Quiero ver tu habitación.

—¿Mi habitación?

Él asintió.

—El lugar en el que pasaste años esperándome.

Elizabeth sintió un estremecimiento y sin saber por qué los ojos se le llenaron de lágrimas. Acarició el rostro de su esposo prendada en su mirada. Después lo cogió de la mano y lo llevó hasta el que fue su dormitorio.

Dougal se paseó por la estancia con devoción, como si estuviese en un lugar sagrado. Acarició los muebles, se sentó con delicadeza en su cama, se asomó a la ventana para ver qué era lo que se veía desde allí.

—No hay duda —murmuró su esposa —. Eres un romántico.

Sonrió como un niño. Lo era. Se acercó a ella y la envolvió con sus brazos.

—Bésame —pidió mirándola fijamente —. Bésame, amor mío.

Ella no lo dudó, nunca dudaba y puso toda su alma y su corazón en aquel beso. En aquella habitación había vertido amargas lágrimas muchas veces. Se había sentido sola, abandonada, marginada y despreciada. Pero ahora estaba en los brazos de su amante, de su amado, de su amigo. El hombre más maravilloso de la tierra. Y era suyo, completamente suyo. Dougal apartó su boca un momento para mirarla, había determinación en sus ojos. Y deseo, un insoportable e irresistible deseo. Tenía que hacerla suya, allí, con urgencia. La empujó hasta que su espalda chocó con la puerta. Mejor, pensó Elizabeth, de ese modo nadie los sorprendería.

—Es una locura —dijo ella, pero no trató de zafarse, al contrario, elevó la barbilla para dejarle espacio en su cuello.

Dougal hundió la mano en su escote y cogió uno de sus pechos.

—Espero que tu vestido aguante — murmuró al tirar de la tela para liberarlo —. Es una cuestión de vida o muerte. Mi muerte.

Atrapó la dura protuberancia con sus labios y la torturó con su lengua hasta que ella gimió contenida y lo agarró del pelo para apartarlo.

—Hazlo ya —le ordenó y soltándolo se quitó los pololos dejándolos caer al suelo.

Dougal sonrió perverso y metió la mano bajo su falda para acariciarla sin dejar de mirarla.

—Estás mojada —susurró.

—Eres malvado. —Se rio antes de volver a gemir desesperada.

La mano de su esposo la acarició una vez más y después liberó su erección dispuesto a satisfacerla.

—¿No deberíamos tumbar…? ¡Oh, Dios mío!

Se hundió en ella de una estocada y comenzó a moverse empujándola contra la puerta con tal fuerza que Elizabeth supo que acabaría por escucharlos alguien.

—Al suelo —musitó con urgencia—. Túmbate en la alfombra.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y bajó lentamente tomando el control. Ahora era Dougal el que gemía y ella se sintió poderosa y dominante. Nunca lo habían hecho así y quiso alargarlo lo más que pudiese. Se movió despacio, mirándolo con intensidad, quería ver sus reacciones, su anhelo sabiendo que solo ella podía colmarlo. Mientras se movía recordó la música de Chisholm,

su ritmo y cadencia, y se movió con ella provocando en el escocés un placer delicioso e insoportable.

Miró la cama que la había acompañado en sus desvelos y se rio de sí misma. De sus falsas certezas. De sus amargos presagios de futuro. Sola. Siempre estaría sola. Aceleró sus movimientos escuchando a su propio cuerpo que danzaba al ritmo de los jadeos y gemidos de su esposo.

—Elizabeth, ya no puedo más — advirtió.

Ella apoyó las manos en su pecho antes de asentir. Más lento. Más profundo y la explosión de sensaciones irradiando desde su centro en todas direcciones. De uno a otra y de ella a él. Dándolo todo hasta que no quedó nada más que dar.

Y entonces, la calma.

No se apartó, quería mirarlo un poco más. Jadeante. Agotada. Había subido por la pared de roca. Sus manos sangraron y sus uñas se rompieron, pero ahora estaba en la cumbre. En lo más alto. Y él estaba a su lado.

Dougal la observó maravillado mientras ella se reía a carcajadas. Amaba a esa mujer como jamás imaginó que podría amar a nadie.

Elizabeth levantó los brazos sintiéndose etérea, una diosa. Cerró los ojos sin dejar de reír.

Se sentía libre.

Se sentía amada.

Y era feliz.

Epílogo

A las dos de la madrugada, fieles a su cita, las Wharton se reunieron en el antiguo dormitorio que compartieran Katherine y Caroline desde niñas.

—¿Sigues poniéndote esas cosas asquerosas? — preguntó Elinor con expresión de asco.

—No pongas esa cara, es pepino, limón y clara de huevo, no estiércol — respondió Katherine ya sentada en la cama recostada en los almohadones y con las piernas dobladas para dejarles sitio.

—¿Y tu marido te ha visto? — preguntó Harriet divertida ocupando su habitual espacio —. Porque no lo he visto salir corriendo de la casa y sería divertido…

—Supongo que no hemos venido para hablar de los potingues de Katherine. — Emma subió a la cama y se sentó a los pies sonriendo a Elizabeth que se acomodó a su lado.

—Mejor que hacer una de sus listas, sería — se burló Caroline que fue la última en sentarse —. Oye, ¿hemos engordado? Yo diría que antes teníamos más espacio.

—La única gorda aquí, soy yo — dijo Harriet poniendo los ojos en blanco.

—No estás gorda, pero lo estarás — se rio Katherine —. Pero no te preocupes, esa gordura se quita, hermanita. Que me lo digan a mí que con las gemelas parecía una ballena varada en la playa. No me podía ni mover.

—Tú ve haciéndote a la idea — dijo Harriet con malvadas intenciones mirando a Elinor —. Eres la siguiente.

—¡Ja! —Se burló ella—. Mi método funciona.

—¿Tu método? —Katherine la miró con los ojos muy abiertos —. Entonces, ¡era cierto! ¡Has estado…! Como papá se entere va a matar a Henry.

—Papá nunca lo sabrá si vosotras no se lo contáis. — Elinor las señaló con una advertencia en la mirada.

—Ese método no funciona siempre — dijo Caroline, June es la prueba viviente.

—Ay, hermanita… —se burló Harriet —, que a lo mejor no soy la única que va a engordar aquí.

—¡Cállate! —exclamó asustada—. Tú me dijiste…

Harriet se rio tanto que a punto estuvo de caerse de la cama.

—Dinos ya por qué querías vernos — pidió Emma —, me caigo de sueño y a Robert le encanta madrugar.

—Mamá se encargará de Robert — dijo Caroline —. No nos va a dejar tocar a nuestros hijos mientras estemos aquí.

—Eso es cierto. —Sonrió Emma aliviada —. Pero tengo curiosidad.

Elizabeth las miraba con evidente felicidad.

—Solo quería estar aquí con vosotras un momento — dijo —. Os he echado muchísimo de menos.

—¡Oh!

Todas se acercaron a abrazarla y a punto estuvieron de irse al suelo. Volvieron a sus sitios riendo a carcajadas.

—La señora McEntrie —dijo Katherine —. Jamás lo habría pensado. Siempre te imaginé con alguien como William.

Elizabeth desvió la mirada un instante.

—¿Os lo ha contado? —preguntó Caroline.

—No hemos tenido tiempo de hablar a solas — dijo Emma —. Yo solo sé lo que decía en su carta.

—A mí me lo ha contado Dougal — dijo Harriet y Elizabeth la miró asustada.

—Ya puedes empezar a hablar — advirtió Elinor —, después de lo que me has hecho no te voy a permitir que encima me…

—¿Lo que te he hecho? Yo te dije que no era un método seguro. Además, si estuvieses embarazada, lo sabrías, no seas tonta, solo me estaba riendo de ti.

—Pues no tiene gracia. Acabo de casarme, quiero disfrutar de mi… marido. — Sonrió al escucharse —. ¡Qué bien suena!

—Serás boba —dijo Katherine negando con la cabeza —. Quién te ha visto y quién te ve.

—Harriet iba a contarnos algo… — Recordó Caroline.

—Pues…

—¡No! —exclamó Elizabeth antes de que empezara —. Si hay que contarlo, lo haré yo, pero no podéis pedirme detalles… ya sabéis… de eso.

Harriet soltó una carcajada.

—Entonces es que hay «detalles» — dijo Caroline sorprendida —. ¿Con William?

—¡No! —exclamó Elizabeth demasiado alto.

—Shssssss —dijo Emma cogiéndola del brazo —. ¿Quieres que nos oigan los Ingram?

—Ha sido un detalle que mamá no alojara a nadie en nuestras habitaciones — dijo Elinor —. Las tiene tal y como las dejamos.

—Elizabeth… —animó Katherine.

Todas escucharon con atención el resumen de su aventura escocesa. Por supuesto quisieron los detalles y muchos. Elizabeth se vio hablando sin parar durante más de una hora. Nadie mejor que ellas para comprender lo que su tía había sufrido y también lo enormemente feliz que Dougal la hacía. Emma también habló de su descubrimiento con lo sucedido con Edward. Reconocer con ellas que aún era tremendamente vulnerable y no había superado aún sus cicatrices, resultó sanador. Elinor les confesó que sí lo habían hecho y que Henry lo había pasado fatal esos meses por su culpa. Harriet admitió que en el fondo estaba muy ilusionada con el embarazo y que le encantaría tener una niña de pelo rizado que se pareciera a Joseph. Y Caroline se mostró madura y sabia al hablar de los peligros de la mina y de que se alegraba de que James no volviese al ejército.

Durante la noche, unas trajeron comida y otras bebida. Elizabeth se encargó de «sustraer» una botella de Drambuie de la caja que Dougal le había regalado a su hermano. Se cuidaron mucho de no hacer ruido para no tener que dar explicaciones e improvisaron un pícnic en mitad de la alfombra repartiendo los cojines y almohadones por el suelo. Rieron y lloraron juntas y se hicieron toda clase de confidencias. Sin temor a ser juzgadas. Sin miedo a no ser comprendidas.

Un suave resplandor empezó a filtrarse por la rendija de las cortinas y el nuevo día las alcanzó. Harriet se levantó del suelo y fue a descorrerlas para dejar que la luz entrase.

—Ya es de día —anunció girándose para mirarlas.

—Nuestros maridos se preguntarán dónde estamos — dijo Caroline levantándose también.

—¿Tú crees? —dijo Emma colocándose a su lado.

Las otras las imitaron observando el paisaje ante ellas. Miles de recuerdos se agolparon en sus mentes. Diferentes e iguales en múltiples variaciones. Emma subiéndose a un árbol, Katherine con sus lacitos azules, Caroline saltando un charco, Harriet corriendo descalza o Elinor llena de barro hasta las orejas. Y siempre, con todas ellas, Elizabeth. La dulce, paciente y cariñosa Elizabeth, dispuesta a inventar excusas, esconder ranas del estanque o fingir un desmayo para que no acabaran castigadas.

Los primeros rayos del sol comenzaban a trepar por el cielo, disipando las sombras de la noche y pintando el cielo con tonos de rosa y oro. La bruma matinal se elevaba desde los prados, como un velo de gasa que se disipa lentamente ante el avance del sol. Los pájaros empezaban a despertar, sus trinos suaves y melodiosos llenando el aire con la música de un nuevo día.

No habría más noches como aquella. Cada una viviría en su casa, con su familia, y, aunque se reunirían todas muchas veces, ya no sería en aquel cuarto. No de ese modo.

Elizabeth lanzó un largo y sonoro suspiro y sus sobrinas la miraron interrogadoras.

—Estoy pensando en llevarme a Enid a Escocia — dijo de pronto.

Pero esto, querida lectora, es otra historia…



Nota de la autora



¡Hola!

¿Habéis llorado? Porque yo sí, muchísimo. No sé cómo voy a hacer para dejar ir a estas chicas a las que adoro. Me encantaría saber de ellas y de su futuro. ¿Qué pasará con las pequeñas gemelas de Katherine? ¿Serán como sus tías? Esa Enid que se enamora tan rápido como se desenamora…

¿Creéis que Emma acabará por publicar su novela? ¿Y qué me decís de su «carteo» con nuestra queridísima Jane Austen? Menuda envidia me da.

No sé vosotras, pero yo me alegro mucho de que James haya colgado el uniforme por siempre jamás. Caroline se merece tenerlo a su lado. Hay que tener en cuenta que es la hermana que está más lejos de los suyos y solo faltaba que él la dejase sola con la pequeña Scarlett. Que ya sé que no está sola, sus suegros la quieren como a una hija, pero ya me entendéis.

En cuanto a Harriet, madre mía, esa niña o niño va a ser de armas tomar. Un padre pirata y una madre… bueno, una madre como Harriet que no encuentro un adjetivo que le haga justicia. Ahí va a haber mucha tela que cortar. A ver cómo le dice a la criatura que el *jō* no se toca y que las flechas hacen pupa.

Menos mal que Elinor y Henry se han casado, estaba sufriendo por él un montón, que uno tiene su aguante y me parece que el de Henry estaba más que agotado. En cuanto a las fábricas, creo que Elinor será una excelente empresaria y las llevará directas hacia el progreso. Directas o a empujones, dependerá de la resistencia de su entorno.

¿Y qué me decís de nuestra queridísima Elizabeth? Yo estaba deseando verla quitarse esos vestidos grises. Al final va a tener razón Dougal y su color es el rojo porque hay que ver lo que se ha espabilado nuestra remilgada puritana. No veo el día de que tenga hijos, estoy segura de que va a ser una madre extraordinaria y con ese oso de peluche que ha resultado ser el escocés…

Bien, aquí acaba la serie de «Las Wharton», pero no nos despedimos del todo porque, como muchas habéis sospechado, empieza una nueva aventura, esta vez con cinco escoceses de las Highlands que nos van a acelerar el corazón y nos van a llevar por sendas pedregosas. ¿Sabéis ya de quién os hablo? Seguro que sí. Dougal ha sido el primero, pero los otros van detrás y ya veo que van a dar muchísimo juego porque se las traen. Os los presento…



¿Qué tal? ¿Os apetece conocer sus historias? Pues en agosto nos reencontramos. Hacedme un huequito en vuestras lecturas.

No os olvidéis de dejar vuestra valoración en Amazon, y seguidme en mis redes sociales para que no se os escape ninguna sorpresa o novedad. Allí os daré la fecha exacta de la publicación.

Espero que hayáis disfrutado de estas historias y que os hayáis quedado con un buen sabor de boca. En agosto os espero, no me faltéis.

Besos, Jana.

JANA WESTWOOD (Tarragona, España, 1992). Empezó a escribir cuando era una niña, aunque hasta ahora no se había atrevido a dar el salto de publicar.

Es una apasionada de la novela romántica, a la que no considera un género menor.

Actualmente, vive en un pueblecito de la costa catalana donde trabaja en su siguiente novela.

Índice de contenido

Cubierta

La decisión de Elizabeth

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora